UNIV. OF ARIZONA
863.59 E77r mn
Espina, Concha/La rosa de los vientos :
3 9001 03944 5187

Digitized by the Internet Archive
in 2026

https://archive.org/details/larosadelosvient0000conc

LA ROSA DE LOS VIENTOS

SPANISH and FRENCH BOOKS
ZABALA AND MAURIN
5 WEST 47th ST. NEW YORK CITY

589

OBRAS DE CONCHA ESPINA

La niña de Luzmela.—(Novela.) Segunda edición.

Despertar para morir.—(Novela.) Segunda edición.

Agua de nieve.—(Novela.) Segunda edición.

La esfinge Maragata.—(Novela.) Segunda edición. Obra premiada por la Real Academia Española de la Lengua.

La rosa de los vientos.—(Novela.) Segunda edición.

Al amor de las estrellas (mujeres del *Quijote*).

Ruecas de marfil.—(Novela.)

CONCHA ESPINA

LA ROSA DE LOS VIENTOS

(NOVELA)

SEGUNDA EDICIÓN

N

RENACIMIENTO
Calle de San Marcos, núm. 42.
MADRID
1917

ES PROPIEDAD

UNIVERSITY OF ARIZONA
863.59
E77r
LIBRARY

Imp. de Ramona Velasco, Viuda de Prudencio Pérez, Libertad, 31.

I

LA INVISIBLE ESTELA

Guardo yo en el fondo de mi espíritu un rincón oscuro, una secreta sombra, adonde no llega la audacia de mis curiosidades ni la ardiente luz de mis contemplaciones; viene á ser como un sagrario defendido allí contra mí misma, foco de ansiedad, germen de inquietud, que me procura el raro deleite de poder arrodillarme todos los días ante un misterio de mi corazón.

Y, sin embargo, mi corazón no debía tener misterios, porque mi vida, clara y transparente, no los acusa en su cristal.

Vine al mundo en un bravo confín de la ribera cántabra, y con los horizontes altaneros de tal cuna forman raro contraste mi naturaleza tranquila y mi sosegada condición.

Soy fuerte de cuerpo y valerosa de ánimo para embarcarme sola en la bahía, para discurrir, sola tam-

39613

bién, por montañas y riscos, olvidando á veces que me persiguen el temporal ó la noche; pero mi intrepidez tiene un reposo interior, una serenidad y mansedumbre en nada semejantes á la valentía dominadora del mar y de la tierra que me vieron nacer.

He cumplido dieciocho años, gozo fama de mujer bella, soy feliz y me llamo Soledad: Soledad Fontenebro y Romerosa, para servir á Dios.

Mi casa es un palacio del siglo XVII, que mandó construir cierto famoso arzobispo de Sevilla, antepasado de mi padre. Se eleva el edificio en lugar eminente del paisaje más espléndido y brioso de la provincia; el mar y la tierra se unen aquí en un empuje formidable, lleno de hermosura y majestad.

La casa del arzobispo fundador es un modelo italiano del Renacimiento: portada severa de estriadas columnas y grandes balcones sostenidos por férreos tenantes que forjó la mano de primoroso artífice. Entre las columnas campea el cuartelado escudo, y en él, una torre de plata, un caballero y un azor, dos águilas y cinco calderones. El lema dice así:

BELAR SE DBE Á LA VIDA Đ TAL SVERTE
QVE BIBA QVEĐ EN LA MVERTE.

Aunque la traza del palacio es suntuosa, le da su agreste emplazamiento un aire de austeridad que templa los elegantes perfiles del edificio y atenúa su altivez, como si con este marco arrogantísimo de mar y de cumbres ninguna bizarría humana pudiese competir.

No es mi casa por dentro tan hermosa como por fuera; pero si descollante y señorial en estos contornos un día suyos. Empobrecida por la abolición de los mayorazgos, la heredó mi padre y supo conservarla dignamente hasta que, desposado con mujer rica y generosa, pudo traer aquí, á la vez que su nueva felicidad, todas las devociones del más exquisito gusto.

Era entonces el autor de mis días coronel; tenía la figura gallarda y atrayente; noble y bondadoso, el carácter. Primogénito de ilustre familia, errabundo por su profesión y llegado ya á los términos de la sabrosa madurez, halló tierna acogida al prendarse de una dama joven y bella, huérfana de un general.

Ocurrió el amoroso encuentro en Madrid, donde mi madre vivía con la suya á la sazón. Contaba Amalia Romerosa, que así se llamaba mi madre, veinticinco años, y era tan bonita y dulce como su nombre.

No tardaron en realizar la boda y venir al viejo nido montañés por el empeño que tuvo mi padre de que naciera su primer vástago en la cuna familiar de los Fontenebros. Y aunque achacosa la generala viuda y poco aficionada á los goces del campo, como sólo tenía otro hijo, también militar y residente fuera de la corte, quiso acompañar al matrimonio. Vinieron, pues, á Traspeña y aquí nací yo, contrariando las ilusiones de mi padre, que ambicionaba un heredero.

Crióme una linda moza, seducida por cierto galancete del vecino puerto de Torremar, muchacha ruda y noble á quien mis padres cobraron grande

afecto por la solicitud que puso en mi lactancia y el tesón con que se proponía educar honradamente á su hijo.

Aquel rapaz, que es hoy un valeroso marinero, fué el predilecto camarada de mi niñez; juntos hicimos herbarios y colecciones de conchas, y escudriñamos los escondites de las riberas después de haber aprendido á correr y á nadar.

Recuerdo que entonces había yo descubierto en Agustín, mi hermano de leche, un lejano parecido con *Amor*, el lebrel de mi padre. Tenía el muchacho las orejas caídas, el labio superior un poco lacio, el cuerpo erguido y las piernas largas; tenía, sobre todo, un aire de sumisión y cautela, una actividad alegre y pronta para servirme; y á menudo, viéndole en acecho de mis menores caprichos, yo gozaba en llamarle con el nombre del perro. Cuando el animal estaba cerca, acudían ambos á la vez, igualmente gozosos y me miraban con una misma expresión de ternura y de solicitud; en el abismo de aquellos ojos mansos aprendí yo á enamorarme del misterio y á espiar los enigmas.

Hoy Agustín, más proporcionado en las líneas robustas de su cuerpo y más expresivo de rostro, aun me parece que conserva sutiles semejanzas con el viejo lebrel. Todavía cuando *Amor* me mira largo rato á plena luz, en sus pupilas turbias resplandecen vislumbres doradas y temblorosas, como en los ojos claros de Agustín. Y cuando el marinero se absorta distraído, cuando está solo y callado, en algún instante de extraña melancolía, sorprendo en su resignada actitud

humildades tristes y profundas, muy parecidas á las que revela en sus miradas el pobrecillo *Amor*...

Si echo á vagar la memoria sobre lo pasado, no sé cuál recuerdo me inspira mayor cariño: todos ellos se confunden en mi evocación con una gratitud sazonada por lágrimas y risas, como fruto llegado á madurez entre lluvias y soles generosos. Pero las cosechas de mi espíritu deben al sol de la felicidad más favores que á las aguas del dolor.

La primera nube de mi cielo estalló, como una galerna inesperada, con la muerte de mi padre.

Tenía yo doce años, y *Amor* era un cachorro valiente, ya solícito y fiel como Agustín. Jugábamos los tres, á orillas de los cantiles, en una hermosa mañana del mes de Octubre, cuando un criado llegó á decirme que papá estaba enfermo. Yo le había dejado en la biblioteca, una sala profunda y elegante donde él solía pasar algunas horas; allí fuí á darle un beso después de estudiar las lecciones y concederme su permiso para jugar hasta el mediodía.

Con la escolta de mis dos amigos y guardianes volví á casa corriendo. La confusión que advertí al llegar acabó de aturdirme: estaban los muebles en desorden; las cortinas, temblorosas; sirvientes y jornaleros se revolvían alarmados; un aire de consternación delataba al punto la tragedia. El éter que solía usar mi madre para su histerismo, llenaba con su olor todas las estancias.

Me lancé por ellas, preguntando y gimiendo:

—¿Dónde está papá?... ¡Le quiero ver!...—No estaba en su cuarto ni en la biblioteca. Nadie me respondía.

Siguiendo los veloces pasos de *Amor*, di en un gabinete desusado del piso principal. El olor del antiespasmódico era allí más violento; mi padre yacía en la cama sobre la colcha de damasco, al abrigo de franelas y cobertores, con que procuraban reanimarle. A su lado, mamá, atónita y muda, parecía no conocerme, según el asombro de las miradas que fijó en mí.

—¡Está muerto!—balbucí locamente. Quise llegarme hasta la cama, pero unos brazos me detenían mientras mamá dijo con voz sorda:

—¡Está frío!

Puso el dorso de su mano pálida en la frente de mi padre, y cerró los ojos, tan descolorida como él.

La mulata Lupe, una servidora lealísima que mis abuelos habían traído de Cuba, me rogaba suspirando:

—¡Sálgase, niña Soles!

Me resistí; pugné entre sus caricias y toqué yo también aquella frente glacial. Mi padre era de hielo y la seguridad espantosa de semejante horror me hizo desfallecer; mientras la pobre mamá repetía como un eco:

—¡Está frío!...

Cuando volví á darme cuenta de lo que sucedía, halléme acostado en un sofá. Isabel, mi nodriza, vigilante al lado mío, apretaba entre los dedos un frasco de aquella droga que parecía multiplicarse de un modo fatal al través de la casa y empaparla toda con su acerbo perfume.

—¡Papá está muerto!—repetí con desolación—Mi ama sorbía el llanto sin responder, y yo, espantada al recordar el frío terrible de la muerte, lloré temblando horas enteras, confundida en un implacable sentimiento de pesar y estupor.

Nada más pregunté. Y lo que oía murmurar en cautelosas voces era tan doloroso para mí, que un instinto de fuga me obligó á cerrar los ojos y taparme la cara con las manos, como si así huyese del atroz misterio, huésped inevitable de la vida.

En vano Isabel y Guadalupe intentaron distraerme: sus acentos sonaban tan tristes, y atravesados de tan hondos suspiros, que me sumían cada vez más en la certeza del infortunio.

Apelaron entonces á mis camaradas habituales, el niño y el lebrel; pero su presencia desbordó mi angustia con tal ímpetu que el silencio fúnebre de la casa quedó estremecido por mis lloros. Sólo un instante descubrí la cara para mirar á los amigos, inmóviles y mudos á mi lado; mostraban una expresión de infinita zozobra y un lamentable aspecto de impotencia.

Poco después *Amor* aullaba sordamente, tratando de escapar, y protestaba Agustín de los pellizcos de su madre, que á la fuerza pretendía retenerle. Tardé algunos días en ver de nuevo al cachorro y al rapaz, y parecióme que las orejas de los dos colgaban más crecidas que antes y más lánguidas que nunca...

Con un traje negro y el corazón en un puño me llevaron, por fin, donde mamá. Tenía su gabinete los postigos entornados y no la distinguían mis ojos,

llenos de lágrimas y de luz; pero Isabel me condujo hacia una de las sombras replegadas en los sillones, y un abrazo trémulo se encargó de decirme sobre cuál corazón se refugiaba el primer dolor de mi vida.

Largo rato me retuvo mamá con sollozas y besos, y entre un diluvio de palabras tristes, algo confusas para mí, rogóme que rezase por él».

Un secreto medroso parecía mediar entre nosotras; ninguna de las dos nos atrevíamos á nombrar á mi padre, como si su muerte nos causara un respeto y un terror indecibles; durante mucho tiempo el nombre amado quedó escondido con piadosos velos de alusiones y memorias; vibraba y latía en nuestra existencia, cuajado en los labios de todos, mudo bajo el imperio de un inapelable destino.

Así quedé bautizada por el dolor; probé las amarguras del llanto, y supe cómo cae una sombra espesa y cruel sobre la más resplandeciente felicidad.

Acaso en otro ambiente no hubieran sido para mí eficaces aquel bautismo y aquella prueba, porque mis pocos años eran ligeros y volubles, aunque la curiosidad y el sentimiento me inclinasen ya á la meditación. Pero cambió de tal manera el íntimo semblante de nuestra casa, que mi sensibilidad, estimulada y despierta, profundizó en aquel nuevo aspecto de la vida, y ensanchóse en él con una fuerte plenitud, dejándome la existencia, para siempre; ungida de esa gracia dolorosa, mediante la cual se convierten los rescatados en más dichosos que los elegidos. La imponente soledad de nuestro paisaje, su tristeza y su bravura, influyeron para hacer trascendental la crisis

de mi espíritu y señalarla en él con imborrables huellas.

Nuestro hogar quedó entorpecido y silencioso; allí donde antes reinaron el equilibrio y la armonía, imperaban las inquietudes y el desconcierto. A mi madre, endeble de salud hacía algunos años, se le recrudecieron los achaques nerviosos; dejóse dominar por una cobardía cruel, y se encerró en sus habitaciones como en una tumba. Las contadas personas que transponían aquellos umbrales pisaban quedo y hablaban en voz chita. Trascendía la casa á inquietantes aromas como de medicinas y flores secas, y hasta parecía que la frecuentasen vagos fantasmas y medrosas voces.

Fuera, el otoño arrebataba las últimas hojas; rugía el pecho fiero de la mar, y las espumas, barridas por el viento, azotaban los cantiles con una lluvia amarga y furente. Sobre el encrespado oleaje no se atrevían las embarcaciones costaneras; sólo navegaban las gaviotas, *nétiguas* del Cantábrico, agoreras y fatídicas lo mismo que las del valle.

Cuando bajábamos á la misa parroquial, el templo me parecía otro; nunca había notado el sudor oloroso y frío de sus paredes ni el vaho singular que emanaba del suelo desde las viejas sepulturas. El grupo formado por mamá y por mí, con nuestros familiares, enlutaba toda la iglesia; y luego que recibíamos la santa bendición, los responsos cantados delante de nuestros cirios eran tan solemnes y lúgubres como jamás se oyeron, á mi parecer. Salíamos al camino sin levantar los ojos, y los murmullos que nos saludaban

en el atrio tenían un eterno sabor de pésame; por todas partes aquel acento de compasión me perseguía como una sombra fatal.

Ya no vivía en Traspeña el bueno de Agustín, circunstancia que aumentó mi duelo y mis soledades y que me entretuvo á la vez con muchas sorpresas y cavilaciones. Al cumplir los doce años embarcóse mi amigo en un patache costanero que, llevando calamina y trayendo carbón, frecuentaba la travesía entre los puertecillos de Cantabria y Asturias, y solía venir cada mes á nuestro chiquito muelle si las galernas ó las averías no le aprisionaban en otro semejante.

Yo había oído en mi casa decir, discretamente, que iba siendo hora de evitar un poco mis excursiones y mis juegos con Agustín, y quizá se enterase de estos vagos propósitos Isabel; mas de seguro no fueran tan radicales sus medidas para cumplirlos si papá hubiese vivido ó mi madre no se mostrara indiferente á cuantos asuntos habían interesado su corazón en otro tiempo; parecía no existir más que para sus desventuras y mostróse apenas sorprendida cuando el niño, mal vestido de hombre, fué al palacio á despedirse antes de embarcar.

Lloraba yo mucho, no comprendiendo que fuera menester ganarse la vida en plena infancia sobre un barco tan frágil y pequeñito, y recordando que mi padre deseaba para Agustín un trabajo menos duro y peligroso que el de la mar. Pero él sonreía con jactancia contándome que le iban á dar tres duros al mes, y la madre se mostraba orgullosa de la resolución del niño. Decía que el patrón del bergantín era

un viejo marino oriundo de Traspeña, honrado y bondadoso, hábil para convertirnos al grumete en un bravo capitán.

La voz de Isabel temblaba un poco al referir estas cosas y, cuando yo dije que Agustín había mostrado siempre aficiones de mecánico, me parece que las palabras de ella se tiñeron de más viva emoción.

Mamá guardó silencio, embebida en sus amarguras, y el ama, como la solíamos llamar, después de mirarnos á una y á otra, suspiró diciendo que la profesión de marino había sido para ellos la única herencia familiar y era preciso honrarla conformándose con la voluntad de Dios.

Puso mi madre algunas monedas en manos del pobrecillo navegante, y yo me colgué á su cuello con desconsolado transporte. Ciego de lágrimas y de inquietudes, no le vi marchar; pero al día siguiente estuve presa en un balcón espiando la salida del *Milagroso*. Con la alta marea comenzó el barquito á desatracar. Estaba aproado al viento; izó el foque y el trinquete, y largó luego la mayor hasta «meter el aparejo en caja»; muy empavesado de lona y muy ronco de sirena, tomó rumbo, cabeceando con gallardía.

Había caído la tarde; se deshacía murmurando la blanca melena de las olas, y la luna, delgada y curva como un alfanje de oro, señoreaba el despejado cielo.

Nunca me pareció el *Milagroso* tan atrevido y minúsculo, ni tan vasto el horizonte sobre el abismo de la mar. Yo relacionaba el tamaño de Agustín con el de la embarcación; á tal marinero, tal bajel.

Ambos eran ágiles, intrépidos, chiquitines; me inspiraban un sentimiento confuso de admiración y de ternura, una lástima y una envidia indefinibles, parecíame que los dos tenían unas mismas alas finas y valientes: las velas, que, al hender brumas y nubes, horadaban en los cielos el camino del ideal.

Venían las olas en tropel hacia la playa; tornábase más resplandeciente el medio aro de la luna; el velamen del bergantín esfumaba su punto blanco en las azules lejanías, y el punto negro de mi vestido temblaba en el balcón; ni el temor de que me buscasen con zozobra, ni el frío de la noche decembrina disipaban la incertidumbre y el encanto de mi alma, cautiva ya de una invisible estela...

II

LA ROSA DE LOS VIENTOS

Isabel, que desde la muerte de sus padres vivía con unos parientes, arrendó sus pobres tierras para volverse á nuestra casa, donde mamá la puso á mi servicio cón una previsión quizá un poco egoísta y perezosa.

Todos los cuidados de la hacienda y del hogar vinieron á recaer en doña Matilde, mi institutriz, señora complaciente y despierta. Ella se encargó, al cabo, de dirigir nuestra labranza y administrar las aparcerías, lo mismo que de gobernar la casa y los destinos familiares. Si es verdad que con esto ganaban nuestros intereses, completamente abandonados por mamá, perdieron mis lecciones y la minuciosa vigilancia que exigía mi educación.

Anduve ociosa y triste, consumida en violenta soledad hasta que mi madre, más para contener sus tardíos escrúpulos que para remediar mi abandono, colocó á Isabel cerca de mí.

Era el ama una joven de treinta años, fuerte y hermosa aunque se hubiese amenguado el brillo de su primera mocedad. Tenía los ojos grises, la boca encendida, el perfil sereno, y arrogante el busto. La habitual inclinación de su frente parecía obedecer al peso de las trenzas oscuras que la servían de corona; luego he pensado que tal vez incline el ama la cabeza desde que nació su hijo... Sin embargo, pudiera levantarla con orgullo.

Las virtudes raras de esta mujer devolvieron á su honra lustre y pureza. Invencible para el trabajo, resignada con su destino, prudente y formal como ninguna, desoyó proposiciones de matrimonio y consagró la vida á rescatarse de unas horas de credulidad y embriaguez.

A despecho de la suerte, Isabel no era triste y en su franco rostro pugnaba siempre por asomarse una sonrisa bajo la grave sombra del desengaño y la amargura. El espectáculo de aquella bondad constante y dulce operó una reacción confortadora en mi espíritu, propenso á las observaciones y los análisis. Yo comprendía que la pobre ama pensaba en su hijo con mucha pena, y la veía servirme y entretenerme con el buen humor de una criatura feliz; jugaba conmigo igual que una niña; cosíamos juntas la ropa de la muñeca; me contaba cuentos de reyes y navegantes; me acompañaba á rezar y á dormir.

Algunas veces yo sorprendía á Isabel con los ojos nublados y fijos en el mar; de aquellas evocaciones amorosas tornaban las pupilas de la madre llenas de resplandor. Y entonces hablábamos del ausente, con-

tando los días que el *Milagroso* tardaría en arribar.

Transcurrieron los meses sin ninguna alternativa consoladora para nuestra existencia; pero no abundó el invierno en temporales tanto como el otoño, y comenzaron á crecer los días con cierta dulzura bonancible, que llegó á penetrar los muros de mi retirada habitación. Sentí acaso un vago anhelo de volver á alegrarme con la vida y recobrar mis placeres infantiles. Comencé á encontrar menos adustos los salones de mi casa; ahuyentóse un poco el miedo que me perseguía al través de ella, y en los repliegues y altibajos de cada pasillo volví á tropezar sombras amigas, residuos de felices memorias.

Se hubiese renovado mi corazón, como un rosal con la savia de la primavera, si la actitud indiferente de mi madre no hubiera enfriado con un soplo invernizo el reflorecer de mis alegrías. Cada vez más absorta en su dolor, mamá parecía desentenderse de mí, hasta el punto de confiarme al ama por completo. Apenas lograba doña Matilde algunos minutos para dedicármelos, y yo solía decirle á mi compañera única:

—¡Tú sola me quieres!

Pero Isabel aseguraba que mamá me quería mucho.

—Está enferma—decía—; ¿no ves cómo desmejora y palidece?

—También tú te quedaste viuda—protestaba yo, creyéndolo así—, y sonríes, juegas conmigo, me cuidas y trabajas.

—¡Ah! no es igual, yo soy una pobre.

—¿Los pobres no sienten?

—Sienten; pero están acostumbrados á sufrir, y les

falta tiempo para quejarse; mientras que una señora tan delicada y fina como tu mamá...

Isabel solía dejar estos argumentos en el aire, subrayados por algún suspiro misterioso, y aquella lógica tan insegura y cándida influía en mi corazón mucho menos que la presencia de mi madre.

Pocas veces la cámara, refugio de inconsolable viudez, me cerraba sus puertas; yo entraba allí á cualquier hora, como no hubiese alguna visita de cumplido, lo cual no era frecuente. Me acogía siempre mamá con un estremecimiento doloroso, y, apretándome contra ella, me daba unos besos tan largos y transidos, que entonces no podía mi amor dudar del suyo, y la dulce seguridad de aquella ternura, necesaria á mi corazón, me iba acompañando como un sueño feliz, hasta que las frías realidades de mi niñez, sin rumbo y sin apoyo, me despertaban á la oscura certeza de haberse convertido mi enamorada madre en una mujer inútil y pasiva, triste sombra de lo que fué.

Yo no sé cómo, por encima de angustias y perplejidades, me adueñé, al cabo, de la risa y torné á sentirme contenta.

Aunque de mis recuperadas ilusiones trascendían amargos aromas, estuve de nuevo en posesión de la felicidad, estimándola doblemente por aquel ácido sabor, precio de su rescate.

Lo raro era que me parecía haberla reconquistado en una hora determinada. Fué en el mes de Julio.

Había entrado en el puerto el *Milagroso* y el ama obtuvo permiso para arreglar la ropa de Agustín;

desapareció con la cara radiante y no volví á verla hasta que subió á comer con su hijo, por encargo de mi madre, como otras veces. Entonces saludé al marinero en la puerta de la cocina; era el punto donde solíamos tener algunas conferencias en cada uno de sus viajes, y sólo en aquella discreta penumbra lográbamos encontrar nuestra antigua confianza, ya un poco recelosa delante de los criados.

Mi amigo me contó que el patache había aumentado su dotación con un gato, un perro y un malvís.

—¡Ay, qué bien!; te divertirás mucho—le dije, admirada.

— Mucho; pero también aprendo — repuso enfático—. Ya conozco el «cuarteo de la rosa».

Y dióme en seguida una explicación llena de nombres náuticos muy donosos, que me dejaron con la boca abierta; todo el misterio de las bitácoras se rasgaba magnífico, y los rumbos, cuadrantes, grados y agujas voltearon en mi fantasía con la *rosa* de papel.

—¡Qué preciosidad!—murmuré, fascinada por la sabiduría de Agustín.

—Ser marino es muy precioso—asintió—, y sus pupilas claras recogieron con ingenua gratitud el éxtasis de las mías. Luego me ponderó mucho la importancia suma de cierta raya negra llamada *línea de fe*, donde era preciso contar los rumbos de la «rosa».

Aquella tarde campé por mis respetos, libre de toda vigilancia, y las nacientes codicias de libertad me picaron con fuerza el corazón.

En vano dominé el paisaje desde los balcones, recorrí la casa y los jardines, y anduve al través de las

huertas deseando calmar mi fiebre de aventuras; la belleza de cada lugar, contemplado desde lejos, excitaba mi ambición hasta el punto de sentirme sacudida por tempestuosas inquietudes. Después de muchos años he comprendido que entonces sorprendí por primera vez el verso de un poeta oriental:

«Todo canta, todo ama, todo palpita,...»

Escuché voces penetrantes en todos los sonidos humanos y me dijeron palabras mudas las ondulaciones del éter, la ronda azul de las montañas y las encendidas ráfagas del sol.

De pronto sentí que me llamaban los suaves plañidos de las olas. Fué cierto; me llamaron; desde aquel inolvidable día, el mar y yo nos hemos entendido con señas, con gritos, con «escuchos», con abrazos y silencios; como dos amigos, como dos amantes.

Aunque me movía fascinada por inconscientes impulsos, fuí previsora para buscar mi bañador y la llave de una caseta que tenemos en la playa.

Salí con sigilo, y sin que nadie me viera bajé al arenal, casi de anochecida; llevaba los nervios tremantes y colmado el espíritu de hervorosos pensamientos.

En un decir Jesús me desnudé para aquel primer baño de la temporada, y me zambullí en el mar. Cuando alcé la cabeza entre las espumas, un espectáculo viejo y magnífico me dejó atónita: el sol se bañaba también. Había caído en el agua vivo y rojo, fulgurante como una antorcha, y esparcía su fuego y

su luz sobre las olas y las nubes. Entre el cielo y el mar dibujaba el horizonte su linde oscura, y el astro, al partirla, me pareció una enorme *rosa de los vientos* marcando infinitos rumbos sobre eterna *línea de fe*.

Pero aquel instante visionario quedó interrumpido por el temblor súbito de cierta cosa blanca. ¿Era aletazo de gaviota?... ¿albo jirón del oleaje?

No; fué el pañuelo de Agustín, que desde el *Milagroso* me hizo un saludo. Mientras agitaba yo la mano hacia el barquito anclado en el muelle, junto á la playa, acabó el sol de hundirse, y aparecieron las aguas teñidas de una sangrienta luz.

Tendí en ellas los miembros con refinadísimo placer, imaginando que me bañaba en oro líquido, en peregrina sangre de cielos y de astros. Y tuvo lugar entonces aquella maravilla que bendigo siempre; sin duda luces y olas traspasaron mi carne hasta refrigerarme el corazón, porque salí al arenal impregnada de un gozo raro y profundo, como si los pesares fueran algo tangible que yo hubiese podido ahogar en un baño de mar y de sol.

III

RUMBO ADELANTE

Mi madre sintió como una ofensa las nuevas alegrías que logré; se enfriaron los besos que me daba, y comenzó á lamentarse de mi tornadiza condición.

Yo recordaba que al morir mi abuela, tres años antes, mamá había llorado mimosamente algunos ratitos durante un mes, muy embellecida por el luto y consolada por los fervorosos halagos de mi padre; quedóse luego bañada de una suave tristeza que la hacía de cuando en cuando suspirar, y acabó por reirse y acomodarse á todos los disfrutes de la vida con plena satisfacción.

Cuando se inició aquella desgracia vivía la abuelita en Madrid, y mis padres me dejaron con doña Matilde, para correr junto á la paciente. Como yo quería tanto á la generala, mi madrina y abuela, pregunté muchas veces por su salud, y estuve aquéllos días apenada y ansiosa pensando en los bombones riquísi-

mos y en los juguetes preciosos que la buena anciana solía traerme todos los veranos y enviarme por Navidad. Creo que también pensé con rara inquietud en los cabellos blancos de la pobre señora y en su metal de voz muy dulce, teñido con el meloso acento de Cuba. Al volver mamá de aquel triste viaje, sollozó un poco mientras me abrazaba, y después sonrió al darme un montón de regalos; me parece que entonces no debía sufrir mucho.

Todas estas memorias las resucité un día que ella se escandalizó de oirme cantar. Quedó confundida ante mi alegato ingenuo; se disgustó conmigo más que nunca, y acabó por decir que era menester corregirme, porque las libertades que me daban iban convirtiéndome en una niña irrespetuosa y vulgar.

Oí durante aquella temporada rodar nombres de colegios en la familiar conversación, y supe cierta noche, por Isabel, que me iban á internar en un pensionado de Madrid. Era el mismo en que se educaba mi prima Pilar Romerosa, linda nena de trece años, que, con su hermano Vicente, completaba la felicidad de un simpático matrimonio.

Yo conocí á estos niños desde muy chiquitina, cuando por primera vez me llevaron á la corte, donde mis padres debían apadrinar á Vicentín. Éramos Pilar y yo unas muñecas, tan menudas, que apenas guardo la pálida memoria de aquellos días; una lejana impresión de bullicio y muchedumbre y la brusca intimidad con los bigotes de mi tío, son los únicos detalles que reviven para mí en la masa confusa de tales recuerdos.

Más adelante, cuando el capitán Romerosa estuvo de guarnición en Santander, nos comunicamos con mucha frecuencia y pasaban aquí los niños algunas temporadas con su madre, criatura encantadora y dulcísima que tenía el privilegio de hacerse querer.

Pero ya entonces Pilar se ponía triste en el campo, lo mismo que la abuela; sobrecogíale aquí una singular emoción y sus éxtasis angustiosos degeneraban á menudo en acerbas crisis de lágrimas. Por cierto que su padre se daba á los diablos con semejantes sensiblerías.

Es Romerosa un militar de cuerpo entero, algo rudo en sus maneras, no muy lozano de imaginación, de carácter sencillo y equilibrada voluntad. Tiene la figura recia y noble; usa mostachos belicosos y salpica de muletillas la conversación; se llama Pedro.

Aun parece que le oigo reñir á su hija por aquellos incomprensibles llantos; mientras ella se preocupaba mucho más de las melancolías del crepúsculo que de las amonestaciones de su padre.

—Vamos á ver, mentecata—solía él decirla—, ¿no has visto anochecer en todas partes?

—Como aquí, no.

—¿Y en qué consiste la diferencia?

—Aquí viene la noche más despacio.

—Mejor; así no nos asusta.

—Viene mucho más triste... mucho más grande...

—¡Esta chiquilla es tonta!—murmuraba mi tío, preocupado.—Y era fácil oirle marginar las impaciencias con una frase de su repertorio: —¡No me lo explico!...

En aquel tiempo ya comprendí que el hermano de mamá era muy sincero al decir á menudo que «no se explicaba» ciertas cosas. Sobre todo, cuando Pilar aseguraba que el Cantábrico era aquí más hondo que en Santander, más inquieto y más fuerte; que los montes crecían en estos parajes de una manera fabulosa; que las arboledas decían secretos imponentes y que la luna no tenía comparación posible con la que paseaba los cielos de la ciudad.

—¿Pero es más fea?—le preguntaba su padre.

—No; al contrario.

—¿Más bonita?

—Es otra; es diferente; ¡esta es la verdadera luna!

—Entonces, ¿por qué lloras?

—No lo sé...

Los aumentativos y las ponderaciones aplicadas al paisaje parecían doler en el pecho de la niña y convertir en lágrimas aquel dolor, y el capitán Romerosa se cansaba de repetir:

—¡No me lo explico!...

Pero su mujer yo creo que se explicaba aquellos enigmas tan difíciles para el capitán y aun es probable que supiera crearlos en esas misteriosas regiones que se extienden entre la fantasía y el corazón.

Se llama Beatriz la esposa de mi tío; es rubia y cándida, muy tímida, de una belleza sosegada y pura. En aquellos días que evoco tenía esta señora una traza tan infantil que siempre la llamé por su nombre y la traté como á una niña, más sabia y más buena que ninguna otra. Yo la comparaba furtivamente con mi madre y ambas me parecían dos cria-

turas distintas y perfectas. Si hubiera sabido definir mis observaciones, hubiese asegurado que mi madre se hacía admirar y Beatriz se hacía querer; el corazón de aquélla pedía, sin duda, tanto como daba; el de ésta daba mucho más de lo que pedía; mi madre necesitaba ser dichosa; á Beatriz le bastaba con que los demás lo fueran.

Y yo encontraba naturalísimo que todos tributásemos á la primera nuestra admiración, y á la segunda, nuestra gratitud; luego caí en la cuenta de que las personas muy admiradas suelen convertirse en egoístas, y en sacrificadas, las muy generosas...

Una noche de estío me asomé con mi madre á la ventana de nuestro salón, donde Beatriz y su niña contemplaban el horizonte.

—Las estrellas son ojos—dijo Pilar entre medrosa y contemplativa—, pestañean y me hacen guiños.

—Son nubes de polvo que levantan las sandalias de Dios—murmuró la madre.

—Pero, ¿en el cielo hay polvo?—preguntó sus pensa.

—Polvo de soles; es que el Señor, al caminar, mueve la luz—aseguró Beatriz, reverente.

Mamá, que estaba silenciosa, interrogó sonriendo.

—¿Oís las estrellas?

—¿Oirlas?—pronunciamos á coro.

—Sí, dicen que un ciego las oyó.

Quedamos asombradas, y cerramos los ojos para escuchar. Entonces tuve por primera vez en mi vida la idea de que todo aquello había sucedido ya en otra ocasión; sentí despertarse en mi espíritu, inculto y

ávido, la memoria de rumores indescriptibles, una vaga sensación de misteriosas armonías, que sin duda otras veces me habían enviado las estrellas.

Pero una carcajada burlona quebrantó aquel sutil descubrimiento; mi tío, que fué á sorprender nuestras meditaciones, hallaba cómoda mánera de explicarse uno de tantos problemas como le impacientaban á menudo.

—Sois un atajo de románticas—sentenció regocijado.

Desde aquella noche la palabra sonora «romanticismo», nueva para mí, era en labios del capitán una fórmula ingenua para suponer cuántos secretos le hurtaba el ajeno corazón.

La necesidad que mi madre mostraba de recibir continuas atenciones, y las que se complacía en prodigar Beatriz, eran puro romanticismo para el capitán Romerosa; romanticismo, los raptos melancólicos de Pilar y las extravagancias de mi carácter curioso; romanticismo, latente ó declarado, cada oscura sombra de unos ojos ó de un sentimiento. Llegué á atribuir á tal palabrita un valor omnipotente sobre las oscuridades de vidas y almas. Y, sin embargo, sorprendí en muchas ocasiones á mi tío Pedro absorto ante una idea esquiva, confesando con un murmullo de involuntaria incapacidad:

—¡No me lo explico!..,

Todavía necesitaba mi primo Vicente los brazos de la niñera cuando fué trasladado su padre desde San-

tander á Alcalá. Contaba el nene tres años, y hasta cinco más su hermanita, que me aventajaba en uno, aunque era menos alta que yo.

Volvimos á vernos cuando, al año de fallecer mi padre, me llevó doña Matilde al Colegio de los Sagrados Corazones, en Madrid.

Al bajarme del tren, unos brazos fornidos me levantaron á la altura de oscuros y erizados bigotes, y estuve cierta de hallarme sobre el corazón bondadoso de mi tío. Allí, al lado, Beatriz, muy conmovida, escondía apenas sus lágrimas ante mi vestido de luto; y un infantuelo blondo, con traje de marino, me miraba algo triste. Reconocí á Vicente, y poco después abrazaba á Pilar en el Colegio. Era también rubia, y se parecía, como el niño, á su madre, con una belleza apacible.

Pronto reanudamos nuestras íntimas relaciones de otros tiempos y nos sentimos dichosas con la mutua compañía.

Como Pilar estaba mucho más adelantada que yo, los estudios de ambas eran distintos; pero nuestras camas quedaron próximas, y en los recreos, lo mismo que en el comedor, nos hallábamos siempre juntas. Habíamos establecido una tácita alianza que nos conquistó mucho auge: Pilar me auxiliaba todo lo posible en mis lecciones y yo defendía su débil condición, propensa á someterse á los caprichos de las demás alumnas; mi fortaleza campesina, un poco salvaje, impuso respeto á nuestro alrededor.

En mi primera época de educanda fuí bastente rebelde. No me conformé sin resistencia á la clausura

del internado ni á la disciplina del trabajo y el silencio; sufrí muchos castigos y lloré de rabia muchas veces.

Era el Colegio un edificio hermoso, antigua residencia de blasonados próceres, dirigido por religiosas de origen francés. Vestidas de blanco, finas y sonrientes, las Madres no imponían un áspero rigor, ni mucho menos; se hacían obedecer y amar por niñas más dóciles que yo y mejor enseñadas. Independiente y rústica, tuve que hacer esfuerzos dolorosos para doblegarme á una vida tan nueva para mí. Por un lado mi humor tranquilo era opuesto á toda rebelión; y por otro, esta misma cualidad me inducía, con una lógica muy humana, á declararme en contra del régimen que violentaba mis gustos, ociosos y singulares. Todo estaba allí en pugna con las costumbres arraigadas en mi existencia durante el último año y con el fondo de mi carácter holgazán y pasivo, hecho á la peregrina vecindad de la playa y la mies; parecíame absurda nuestra obediencia á un reglamento que nos hacía despertar á toque de campana, oir la misa sin devoción, aprender aritmética y cálculo, gramática y latín.

Al cabo, estimulado mi amor propio, vencí en parte la repugnancia al yugo impuesto, y el sacrificio de mi voluntad obtuvo alguna recompensa. La historia, la geografía y el francés me apasionaron; alcancé medallas de honor, bandas y diplomas, y supe cómo nace el humano orgullo en la conciencia virgen de las criaturas.

Las habitaciones reglamentarias del Colegio, el es-

tudio y la exactitud me fueron pronto familiares, y hubiera estado allí casi contenta si, desde alguna ventana, el mar ó el campo hubiesen asistido á mi clausura. Pero los únicos rumores del mundo nos llegaban de la vieja calle de Fuencarral, al través de espesas celosías y de vidrios pintados: rodar de trenes, cantares rotos, fragor de multitudes...

Con frecuencia un pregón entero, delgado y triste, caía dentro de la clase; voz de mujer cantaba, quejumbrosa, al pie de nuestros muros:

—¡Parroquianaa... rabanitos... como el agua, tiernos!...

Cuando oí por primera vez el agudo reclamo, imaginé que una viejuca muy pobre me suplicaba favor para su mercancía. Yo era la parroquiana á quien aquella voz punzante debía conmover. ¡No cabía duda!...

Lo creí con tal certeza, que anduve hacia el balcón, llevando maquinalmente una mano al bolsillo.

—¿*Où allez vous, mon enfant?*

Me detuvo la severa pregunta de la Madre, y quedé avergonzada.

—Iba—dije luego en castellano—á dar una limosna.

Sordo murmullo de risas coreó mi rara explicación. La monja se encogió de hombros sin comprenderme, y, por haber quebrantado el idioma oficial del Colegio, me castigó á escribir cien veces en francés la extravagante respuesta.

Pero la única voz distinta que nos traspasaba desde la calle siguió pareciéndome una saeta disparada certeramente á mi corazón; bajo el dominio absoluto de aquella rara idea, vivía yo tan segura de llamarme

Soledad Fontenebro, como de ser «la parroquiana» á quien ofrecía rabanitos el cantar angustioso.

Un día, por extraordinario permiso, fué mi tío á buscarnos para comer en Alcalá. Cuando, á la puerta del Colegio, montábamos en el coche que nos había de conducir, vibró en mis oídos, desgarrado, aquel pregón que me obsesionaba; la misma voz plañidera, más estridente y aguda, sin el denso tapiz de las paredes, emergía al borde de la calle, entre un jirón de ropa y un cestillo de plantas. La vendedora no era una vieja, sino una niña mustia y humilde, que levantó hacia mí los ojos y el gesto cuando me detuve á observarla. Sin vacilar desocupé en sus manos mi modesto bolsillo, y ante el mudo asombro de la pobre rabanera me justifiqué explicando:

—Soy «la parroquiana»; ¿sabes?

Nada supo; bien lo conocí. Hizo ademán de entregarme toda su mercancía, y en tal conflicto, ya en el instante de partir el coche, por complacerla tomé un rábano... verdaderamente por las hojas. No sabiendo qué hacer con él, le mordí fingiendo que me gustaba mucho, y aunque Pilar no solía asombrarse de mis antojos, me miró con extrañeza, mientras mi tío exclamaba casi indignado:

—Hija, ¡tienes cosas inexplicables!...

Fué aquel paseo al través de Madrid el primero del que tuve conciencia, y en él puse toda mi curiosidad. Parecióme que en las calles sobraban transeuntes ó faltaba espacio; que había mucho ruido y mucho desorden, que nadie llevaba prisa ni quehacer. Nosotros mismos aparentábamos vagar sin rumbo al paso del

caballejo miserable, mejor que correr á la estación para la hora fija del ferrocarril; pero la mañana de otoño era tan bella, había en el aire tanta luz y en el cielo tan profunda serenidad, que yo también, como aquella gente calmosa y distraída, hubiese querido no llegar á ninguna parte mientras esplendieran las nubes y calentara el sol.

Sin duda en el concierto alegre de aquel público sobraban los vendedores ambulantes; me sonaba cada pregón como el eco de una pesadilla. No podia yo entonces parar mientes en si el conjunto de las voces prestaba gracia y clasicismo al cuadro madrileño; escuchaba los anuncios aislados, y me parecían súplicas ó quejas dirigidas á mí; pudorosos disfraces para pedirme á gritos una limosna. Niños, ancianos y mujeres, eran los vocingleros; iban andrajosos, cansados, con estigmas de enfermedad y huellas de dolor. Al trote, al paso, entre las ruedas de los vehículos y la indiferencia de la multitud, el ejército de vendedores se desplegaba, deprecante y ansioso, llenando el mundo á mi parecer.

Todo el clamor de la calle se me había contristado en el alma. Madrid no era tan risueño como antes me parecía.

Y pensaba con amargura en la impotencia de mi compasión; entre tantos pregones lastimeros, sólo uno pude acallar con eficacia transitoria...

De mi paseo por la corte, volví á la clausura aquella tarde llevando en el exhausto monedero, como fruto de triste experiencia, las hojas lacias de un pobre rabanito.

IV

VIDA Y DULZURA

Pasé las vacaciones de Navidad en casa de mis tíos; mamá me escribió que el tiempo era muy desapacible para hacer un viaje á Traspeña. En sus cartas, entre dulces frases de cariño, colocaba invariablemente la perpetua alusión: «Llora por él; reza por él».

Conocía yo que se ponían muy en duda mis lloros y mis rezos.

Y, sin embargo, siempre tuve vivo en el alma, con dolor y piedad, el recuerdo de mi padre. Su noble figura se dibujaba en mi conciencia con el resplandor de una dulce sonrisa; ya tenía yo capacidad para comprender que había sido afable y generoso, enamorado y justo.

Así cada vez me parecía más santo y respetable el duelo de la abandonada compañera y me acostumbré á pensar que mi madre debía vivir consagrada á su desventura como á un culto sagrado, aunque yo que-

dara al margen de aquella vida triste esperando el soplo de la suerte que había de señalarme rumbo en el camino. Mi actitud moral, algo indecisa, era de expectación; sentíame sola y despierta delante de lo porvenir, y aguzaba el oído á todos los rumores inesperados.

Muchas veces Beatriz se complacía en repetirme la bella historia de mi primera infancia, cual si con ella me quisiera escudar contra posibles infortunios.

—Tu nacimiento — me decía — renovó con tales emociones la felicidad de tu padre, que solicitó prematuramente su retiro para comenzar una nueva vida, toda suya y gozosa. El país y el hogar propio le cautivaron desde entonces con ansiedades un poco egoístas. ¡Su niña y su mujer!... ¡No sabes cuánto os amaba!

Yo sentía descender sobre mí las bendiciones de aquel amor perdido y revivía las horas sonrientes de mi infancia, cuando fuí entre mis padres el cumplimiento de todas las promesas, la carne viva de su corazón. Me adaptó cada uno á la medida de sus ambiciones: para él era yo el deber y la esperanza; para ella, el juguete y el orgullo. Todo esto lo he comprendido poco á poco.

Mi padre me quiso hacer fuerte y denodada; mi madre me deseó dócil y bonita. Pero suavemente, con singulares blanduras, él impuso cerca de mí su voluntad. En sus manos la esposa era una madrecita de cera. ¡Quizá por eso no se ha sentido nunca madre abnegada! Fué siempre una mimosa criatura necesitada de amor...

Contra todos mis temores se me hicieron cortos los meses y aun hubiera sido capaz de creer que no habían pasado. Sin mares recias ni desolantes lluvias, sin el bravo viento de mi costa y las húmedas nieblas de mi valle, apenas conocí el invierno. Nuestras habitaciones eran calientes y el breve techo de nuestro jardín estuvo casi siempre azul; desde él bajaba á visitarnos con frecuencia un alegre chorro de sol, y la luna, no menos cortés, nos enviaba por allí el misterioso rayo de su luz.

Lecciones, fiestas y descansos se habían sucedido tan iguales bajo la monotonía del régimen, que se confundían en la imaginación como resumen de una sola jornada.

Los domingos, días oficiales de visita, nos llamaban por la tarde al salón, una estancia lujosa, algo severa, con cierta rigidez conventual. Y Beatriz, acompañada de su esposo ó del niño, sola algunas veces, nos colmaba de besos y regalos. Tímida y modesta, ocupaba siempre el lugar menos visible y aparecía insignificante, á pesar de ser muy hermosa. En varias ocasiones nos tomaron por hermanas suyas, aunque ella se apresurase á decir que éramos sus hijas; un sentimiento de piadosa delicadeza la obligaba á tratarme con la misma ternura que á Pilar.

Madres mías eran también las profesoras del Colegio; así me lo aseguraban ellas con insinuante dulzura. Nada más blando que las invitaciones á la confianza y la captadora intimidad de sus confidencias:

—*Ma petite fille... Ma chère fillette...*—El monjil

blanco, la sonrisa tenue, la subrayada frase, excitaban, de seguro, á dejarse convencer y amar.

Pero cuando Beatriz pronunciaba únicamente: ¡Hija!, entonces hubiera yo respondido: ¡Madre!, de mucha mejor gana que jamás se lo dije á las religiosas del convento. Ellas nos amaban en Dios, á todas las alumas igual, con místico entusiasmo. Beatriz me quería por mí, de una manera humana mucho más asequible á mi corazón. Luego supe, con no pequeño asombro, que había gérmenes de herejía y paganismo en mi sistema de analizar y preferir los amores...

Cerca del salón principal donde las familias formaban grupos en las horas de recibo, había grandes cámaras con elegante mobiliario, muy relucientes de limpieza, aun á la media luz que consentían persianas y colgaduras. En cualquiera de estos gabinetes solía asistir á sus visitas particulares la Madre Superiora, y en contadas ocasiones las internas, á quienes algún deudo, ó persona autorizada, solicitase ver.

Una tarde, la Madre Amparo me condujo á uno de estos locutorios.

—¿Quién me espera?—pregunté extrañada.

—Un caballero.

—¿A mí sola?

—Solita... Pero yo la acompaño.

Como nunca me visitaban sin llamar también á mi prima, sentí cierta inquietud, y me encontré delante de un señor de mediana edad, bien fachado y sonriente. De pronto no vi más que el conjunto de su agradable figura; luego reparé que tenía los ojos

oscuros y muy tristes, el cabello entrecano y la tez bronceada.

—¿Esta es la niña?—inquirió al verme.

—Esta es—dijo la monja, invitándole á sentarse.

Hecho lo cual, pareció que el caballero no llevaba allí otra intención que la de conocerme. Mirábame con fijeza, que se me antojó ansiosa, y hubo una larga pausa que la Madre llenó de suspiros, hasta creerse obligada á preguntar:

—¿El objeto de su visita?

—Conocer á la pequeña—confesó el interpelado, saliendo de la contemplación con vago asombro—; he tratado mucho al general Romerosa y á sus hijos.

—¿Y á mi padre?—interrogué.

—No.

La voz era simpática, quizá algo trémula.

—¿Te llamas Amalia?—dijo.

—Me llamo Soledad.

—¡Ah!... yo creí...

—¿Y el nombre de usted?—susurró la Madre al cabo de otro silencio.

—He pasado mi tarjeta á la Superiora, recomendado por un amigo.

Esta evasiva nos dejó perplejas, pero el visitante se cuidaba de nuestra curiosidad menos que de la suya, y seguía con los ojos obstinados en mí.

Caía la noche y la monja se levantó para dar luz. Después amenizó nuestro silencio con algún otro suspirillo y arriesgóse á decir:

—Pues el tío de la señorita vive en Alcalá de Henares; ya lo sabrá el señor.

—He llegado de América hace poco.

—«Entonces»—añadió la Madre Amparo, que traducía del francés—don Pedro Romerosa tiene aquí una niña interna.

—Ya, ya.

—Y «monsieur» Fontenebro, padre de la señorita «es» fallecido.

—Sí, sí.

No había medio de interesar al incógnito en la conversación. El latido de un reloj de mesa volvió á prevalecer en el silencio, y á la buena Madre, cansada, sin duda, de suspirar, le entró una tosecilla sospechosa mientras yo me entretuve en recorrer con la vista el amplio gabinete, que me recordaba los de mi casa montañesa; los mismos espejos velados con gasas; las sillas expectantes y profusas, en hilera como para un combate; duros los sillones, poco usados; el ambiente enrarecido de las habitaciones muy cerradas y un tenue perfume como de rosas marchitas y tapices viejos.

De repente el son de una campana vino á romper nuestro mutismo; nunca me pareció tan vibrante y oportuno aquel toque habitual.

—Llaman á la capilla—advertí yo, que apenas había desplegado los labios.

El caballero se puso lentamente de pie y, al tomar el sombrero de una silla próxima, dejó visible un ramito de violetas.

—Es para ti—murmuró.

Alargué la mano, agradecida, y el desconocido suplicó vacilante:

—¿Me das un beso?

A la monja le picó la tosecilla de un modo tan singular, que retrocedí cuando ya iba á conceder aquella gracia. Hubo éntre los tres un instante de indecisión; pero mi nuevo amigo apresuróse á levantarme la barbilla con halagadora delicadeza. Vi sus ojos, sombríos y profundos, apacentados en mi semblante, llenos de infinita dulzura; puso en mi frente una caricia entre beso y sollozo y se despidió de la Madre con una cortesía reverente.

Ella le precedió, tosiendo muy alarmada, con visible propósito de acompañarle hasta la puerta principal, acaso deseosa de verle salir pronto.

Y me quedé en la galeria, con el ramo de flores en la mano, agitada no sé si por la curiosidad ó la emoción.

Sin atreverme á preguntar á las madres el nombre de mi caballero misterioso, consulté el caso con Beatriz, la cual pareció muy sorprendida y algo inquieta. Ignoro si habló del asunto con la Superiora ó con mi tío, pues no volvió á decirme una palabra sobre el particular, y sólo cuando insistí en ello manifestó, un poco azorada:

—Pedro no cae en la cuenta de quién puede ser...

Guardé el marchito ramo entre mis chucherías, con estimación inexplicable, y llegué casi á olvidar el extraño episodio.

Empezaba entonces á revivir el pequeño vergel de nuestra clausura; querían estallar los capullos en las ramas verdes, y yo, como apasionada jardinera, asistía vigilante al desarrollo de cada brote amigo. Du-

rante las horas de recreo me aislaba muchas veces para engolfarme en la contemplación de árboles y plantas renovados; creía sentir las palpitaciones de la tierra henchidas de secretos, y la generosa circulación de la savia rezumando en el seno de los cálices. Bajo la sugestión de este hechizo, alumbró mi fantasía esplendorosos pensamientos, y con el testimonio de novedades tan sutiles, me convencí de que había nacido la primavera.

Aunque los días caminaban despacio, llegaron las vacaciones del estío, y doña Matilde fué á buscarme. Al verla se me despertaron de improviso las adormecidas memorias; me acordé con el corazón de todo lo pasado, y tuve ganas de llorar y de reir á un tiempo. La buena señora me abrazó, rebosante de una cordialidad muy suya, sin palabras ni expansiones, y hubiérame sentido feliz, á no apartarme de Pilar.

Por consolarnos, Beatriz nos prometía llevarla una temporada á Traspeña, para que volviésemos juntas en el mes de Octubre; no dimos crédito á una esperanza que parecía insegura, y nos separamos llorosas.

Pero mis lágrimas se borraron bien pronto, porque el aire libre deshizo mi dolor como una gota de espuma. Viajé contenta, dormí soñando, y de amanecida desperté en la montaña, corriendo al través de los mojados follajes. Había llovido mucho, y aunque la aurora tiñó el cielo de rojo, con anuncios del sol, llegaron empujadas por el vendaval unas nubes grises que apaciguaron la encendida luz, dejándola envuelta en melancólicos cendales. Así los horizontes húmedos

y lueñes, de gloriosa verdura, tenían una comunicativa tristeza, penetrante, á mi parecer, hasta las entrañas.

Dejando el ferrocarril, debíamos terminar nuestro viaje en un coche que estaba esperándonos en la estación, y caminábamos en él cuando, ya bien crecido el día, me dió en la cara un oreo de mar. Subíamos una loma, entre álamos, á la orilla de una cañada, y, al trasponer la altura, aparecióse en el fondo del paisaje el escorzo valiente del Cantábrico.

Experimenté un placer serio y profundo; el bravo amigo de mi infancia me recibía desde lejos con aquella voz sollozante que tenía para mí sordos rumores de arcano y de eternidad.

Ya no hice mención de las vedijas de niebla empujadas desde el monte hasta el llano como errantes pesadumbres del país. Sierras y bosques, rocas y mieses, fraguras y jardines, eran caminos por donde el entusiasmo me dejó ver y sentir el mar.

Tuve en la boca el sabor de sus auras, aromático beso que mis labios conocían bien, y ensanché la mirada codiciosa en aquellos vastos horizontes, imagen de infinita libertad para mis ojos, tantos meses cautivos de la clausura.

Tocamos la cumbre que domina el puerto, y al doblarla descubrimos el muelle; la grímpola del *Milagroso* se mecía en el aire.

—¿Hace mucho que llegó?—indiqué á doña Matilde.

—Habrá entrado ayer, porque no le dejé aquí.

La coincidencia me puso muy alegre; supuse que

iba á encontrarme con mi amigo el marinero á la entrada de la cocina.

Y de pronto me sobrecogió una ansiedad confusa al detenerse el coche en la puerta de mi casa.

Agiles brazos me recibieron con fuertes apretones; besos y lágrimas rodaron sobre mí.

— ¡Isabel, querida Isabel! — pronuncié, devolviendo con gratitud aquellas caricias—. Y mamá, ¿no me espera?

—Está en su cuarto; sube; se desvive por verte... ¡Qué alta, qué hermosa estás! ¡Válgame Dios, si viviera tu padre!...

Quise yo subir pronto, y, sin embargo cierta oscura turbación me detenía.

Ya en la escalera, un cuerpo vivo y atolondrado cayó á mis pies. Era *Amor*, que, gozoso y palpitante, luego de hacer mil contorsiones acompañadas de ladridos, me puso las manos en la cintura para lamerme la cara. Detrás del perro bajaba Guadalupe muy afanosa.

—¡Niña Soles!... ¡Qué linda! Dios la guarde...

Por fin llegué á los brazos que yo buscaba; los sentí vacilar al acogerme y vi á mi madre pálida como un lirio, conmovida, pesarosa, inquieta...

Se me pasó el verano ligero y alegre aunque Pilar no fué á buscarme. Y ya los colores rubios del otoño echaban sobre el campo su melancolía cuando me volvió al Colegio doña Matilde.

En el mismo sitio donde encontré á mi madre me

despedí de ella, dejándola en igual actitud de emoción y pesar. Había sido complaciente en extremo con mis costumbres de campesina y marinera, y parecía no haber moderado las suyas de riguroso luto. Ya no me recomendaba á cada instante: «reza por él». Sin duda tenía más confianza en la fortaleza de mis afecciones ó sorprendió en mis ojos la luz de los recuerdos que revivían al ausente, proyectando en el hogar su amada sombra. Al mismo tiempo no se mostraba hostil á la natural alegría de mis años en flores, y aun creo que á menudo descubrí en los labios de mi madre la huella casi imperceptible de una sonrisa; era algo así como un olvidado vestigio de fracasados goces ó quizá una siembra muy leve de consuelos futuros.

Yo puse en aquel descubrimiento, enteramente superficial, mucha menos atención que en las lecciones de Agustín, ofrecidas con lápiz y papel junto á la rosa náutica del *Milagroso*. Por cierto que mi amigo estaba muy flaco y algo feo, sin la menor apariencia de poder llegar nunca á capitán. Había crecido mucho y se agachaba con cierto rubor de su repentina estatura y con visible languidez de sus orejas. Pero yo seguía descubriendo extraordinarias visiones en sus ojos abismados y profundos, más abiertos y más llenos de luz en el semblante oscurecido por el sol y la mar.

Mi segundo año de colegiala se deslizó con la misma sencillez que el primero y con mayor dulzura, por hallarse mi espíritu mejor disciplinado y más despiertas mis aptitudes intelectuales. Mostróse Pilar muy complacida de mis progresos estudiantiles, hallando generoso placer en que yo la venciese. Y cuando quise

lograr de sus padres el permiso para llevármela á Traspeña, como premio de mi aplicación, halléme sorprendida con la novedad de que yo misma pasaría el verano en Alcalá de Henares.

—¿Por qué?—dije absorta.

—¡Porque sí!—contestó mi tío, brusco y malhumorado. Luego, al ver mi triste asombro, añadió con más blandura:

—Tu madre lo dispone.

—¿Y está bien de salud?—murmuré alarmada.

—Muy bien; no lo dudes.

—¿Pues cómo no me lleva?

Mi tío volvió á impacientarse; era evidente que me ocultaba alguna cosa.

—Aquí tienes una carta suya que te dará explicaciones—pronunció al cabo.

Y me entregó un papel, donde con mucho cariño me decía mamá que Beatriz la reemplazaría á mi lado en los meses de vacación, ya que á ella le era imposible cuidarme «en aquellos momentos». Añadía que acaso, por motivos de interés, emprendiese un largo viaje, y prometía escribirme con frecuencia.

Por encima de unos renglones tan ambiguos, yo vigilaba la sorda inquietud de mi tío Romerosa, comandante á la sazón, vestido de uniforme y molesto entre los muebles graves de aquel reservado locutorio, donde, por excepción, recibíamos visitas.

Se paseaba con el ros en la mano, y me parece que repetía á menudo:

—¡No me lo explico!...

Estuvimos de acuerdo aquella vez, porque yo tam-

poco me pude explicar la carta de mi madre, y pasé amargas horas de impaciencia, hasta que al dia siguiente fué Beatriz á buscarnos.

Nada me reveló; cerróse á mis preguntas, arguyendo que nada sabía de semejante particular. Pero se mostró tan amable conmigo, gusté en sus brazos un calor tan dulce y en sus palabras tal solicitud, que me sentí calmada como por encanto.

Tenían mis tíos en Alcalá una casa muy grande, con jardín, patriarcal mansión al uso de la tierra.

Allí pasamos el estío, fuerte en los llanos de Castilla, no exento de placeres para la intimidad apacible de nuestros holgorios.

Pilar y yo hallábamos siempre al lado de Beatriz asuntos para entretener las horas; charlas y juegos, meditaciones y lecturas, adquirían un interés penetrante y simpático junto á la señora de la casa. Su rostro de niña y sus ternuras de madre tuvieron milagrosos atractivos para mi corazón, y á tales influjos abrióse en mi existencia solitaria un paréntesis de comunicativas emociones. Aquellos entusiasmos que yo consagraba al campo y al mar con enamoradas inquietudes, remansaron en las almas amigas, hallando goces y embelesos mucho más exquisitos que en la Naturaleza; me sentí otra criatura, y hasta supuse, á veces, que había soñado una vida anterior.

En cambio, ahora memoro aquel aparte de mi niñez como ensueño de la vida más dulce que se puede gozar.

V

EL INTRUSO

Las cartas de mi madre aquella temporada fueron muy cariñosas y frecuentes. Aparecieron las del mes de Julio fechadas en París y las demás en distintos puntos de Italia, hasta que en Octubre me avisó el regreso á Traspeña con excelente salud, según me decía, y en buen temple de ánimo á lo que pude imaginar.

Cavilaba yo mucho en semejantes excursiones y comprendía que encerraban algún misterio para mí. En vano procuré descubrirle; los tíos contestaban siempre á mis preguntas asegurando que mamá viajaba por asuntos de interés.

Ella poseía más caudal que su hermano, por importante donativo de un pariente que la dotó al sacarla de pila. Y aunque las rentas de aquel dinero habían contribuído á la restauración de nuestro palacio montañés, el dote, como la herencia familiar, se los dejó mi padre intactos en papel español.

Yo cumplía ya quince años muy despiertos y no ignoraba aquellos detalles. ¿Qué asunto «de interés» pudiera preocuparla hasta el punto de hacerla entretenerse por Italia y París?...

Daban mis tíos por terminada la educación de su hija; pero cuando tuve que volver al Colegio me entristecí de tal modo al partir sola, que, á ruego de la misma interesada, consintieron que me acompañase; la insistencia con que la niña solicitó un nuevo año de clausura fué asunto que el comandante Romerosa «no se pudo explicar». Por no confesarnos á cada momento las dificultades de sus comprensiones, afirmó, como si nunca lo hubiese dicho, que la chiquilla era muy romántica.

Sensible sí que lo era y melancólica también. Su propensión á intimidarse, á llorar y sufrir, le daba un aspecto algo enfermizo y ofrecía singular contraste con mi genio optimista y alegre, inclinado á la esperanza como un fruto de robusta salud. Y á nuestros lazos del alma y de la sangre dieron otros estímulos raíces; Pilar buscaba para su desánimo la doble influencia de mis vigores, y yo, al prestársela, sentía orgullo y placer; así, mezclando el sentimiento con el egoísmo, aseguramos desde niñas una amistad indisoluble.

Tenía Vicente el mismo carácter que su hermana, impresionable y triste, muy apagado. Dócil el niño, igual que ella, con buen talento y dulce corazón, encogíase demasiado, se acobardaba al menor tropiezo y era á los once años un parvulillo sin propósitos ni voluntad; ya entonces me parece que Beatriz miraba

á sus hijos llena de zozobra, procurándoles mi compañía, como si con ella pudiese darles energía y salud.

Y había llegado á estar la niña tan identificada conmigo, que las nubes de mis tristezas tocaban el rostro de la madre con doble sombra por haberse ya reflejado en el bello rostro de Pilar.

Anduvo mi prima buscando silenciosamente un remedio para la inquietud que me asediaba, y cierta noche, al acostarnos en el dormitorio del Colegio, me dijo á «escucho»:

—Ya sé por qué ha viajado tita Amalia.

—¿Lo sabes?

—Creo que sí.

—¿Y por qué viajó? Dilo.

—Para buscar un convento; quiere meterse monja sin que tú lo sepas.

No adiviné cómo se había procurado Pilar tales noticias ni en qué oscuros raciocinios las fundaba; porque cuando le pregunté el origen de sus descubrimientos, murmuró algo confusa:

—Lo he comprendido escuchando lo que dicen á solas papá y mamá.

Comencé á discutir mentalmente la probabilidad de aquellas novedades y no las hallé difíciles; un convento donde la viuda cambiara el traje de luto por un hábito blanco y el sombrío dolor por las resignaciones melancólicas... ¡no estaría mal!

Como no conocía yo más casa religiosa que aquella donde me educaba, no pude idear á mi madre sino vestida como las *mères*, con níveo sayo y cofia de ca-

ñones. «¡No estaría mal!» —repetí en mi soliloquio—, y aun hubo de hacerme gracia el imaginarla hablando siempre en franchute, pronunciando á cada instante con acento melifluo: «*¡Ma fillette!*»... De seguro aparecería interesante y guapa, mucho más en carácter que si alguna vez pretendiese exclamar con fuerza y pasión: «¡Hija mía!»...

Noté con algún remordimiento que las divagaciones y comentarios sobre aquel trance no me afligían gran cosa y, en cambio, me preocupaba la futura situación de nuestro hogar. Di muchas vueltas á las posibilidades de lo porvenir y acabé resolviendo todo un plan de existencia independiente y fácil, muy bonito: Yo viviría en Traspeña con Isabel y doña Matilde hasta que me casara—lo cual, según mis cálculos, no tardaría mucho en suceder—y, casada ó soltera, haría todos los años un viajecito muy alegre á París para hablar en francés con mi mamá, una madre blanca y pura, encerrada en el convento para mejor alimentar la sagrada lumbre de una memoria: Pilar y Beatriz no serían extrañas á mis planes.

Muy cierta de una suposición tan gratuita, que mi tío hubiese calificado de romántica, lancé sobre ella algunos suspiros de procedencia indefinible, y quedé conforme con la suerte.

Como Pilar me había encargado que guardase el secreto de aquellas revelaciones, no quise descubrírselas á su madre, la cual disfrutó el descanso de no verse acosada por mis preguntas y entristecida con mis inquietudes.

Y cuando á fin de curso fué á buscarme doña Ma-

tilde, me costaba trabajo contener la risa al ver sus ojos inquiridores y la perplejidad de sus palabras. Ella y Beatriz me aludían con gestos y medias frases, con breves lamentaciones y furtivos coloquios.

La amargura de una despedida que quizá me apartase por largo tiempo de personas amadas, quedó envuelta en artificios y precauciones.

—¡Dígaselo usted!—suplicaba doña Matilde, huyéndome.

—Es mejor que usted la hable por el camino—respondía Beatriz llena de angustia. Pilar lloraba, y yo, á punto de gritar, como en las comedias, «¡lo sé todo!», me hacía la indiferente, con aire cándido. El comandante Romerosa me había dado un beso muy de prisa, reclamado lejos de mí, según afirmó, por asuntos de servicio...

Salimos de Madrid por la mañana, en el rápido, para llegar á Traspeña aquella misma noche.

Todo el camino fué doña Matilde rodeándome de una solicitud muy compasiva, haciéndome con los ojos confidencias oscuras y deteniendo en los labios, con sonrisas tenues, el brote de una revelación sensacional. Yo gozaba malicioso placer al descubrir en cada gesto de mi amiga indecisiones, sustos y afanes, cuyo origen, lejos de hacerme desgraciada, tenía para mí, y acaso á pesar mío, un raro sabor de novedad y de aventura. ¡Mi madre monja, mi madre ausente y francesa, encerrada en un claustro, convertida en la *Mère* oficial de muchas colegialas! Este pensamiento

no podía menos de divertirme, aunque al acercarnos á la Montaña procurase yo dar alguna interesante melancolía á mi continente reservado.

Dejamos atrás la última estación del ferrocarril, y en plena carretera nos conducía un coche de alquiler, cuando á favor de la oscuridad se resolvió doña Matilde á enterarme de aquel suceso que promovía tantas incertidumbres alrededor de mi optimismo.

Estaba la noche sombría y caliente, rumorosa, incitando á esas meditaciones penetrantes que duelen con una rarísima sensación de impotencias y ansias.

Yo empezaba á conocer el devorador anhelo de escudriñar vides imperceptibles en cada brizna menuda de la hierba, en todos los átomos del aire y en la lumbre lejana de todos los mundos; exaltándose con la fiebre del misterio, aun pretendía mi ambiciosa razón explorar los dobleces de las almas y los silos de las conciencias.

Al acercarme así, con la embriaguez del vértigo, á la orilla moral de los abismos humanos, quizá el traje religioso de mi madre flotaba como una interrogación entre nubes del pensamiento. Y en aquel instante doña Matilde me dijo con voz rápida y dulce:

—Soledad, Solita, escucha; tu mamá...

Creyéndome adormilada, sacudía mi brazo suavemente. Me volví hacia ella sonriendo:

—Ya lo sé todo; Pilar me lo ha contado.

—¡Ah!—murmuró admirada—¿Y estás conforme, hija mía?

—Yo no mando en mi madre—creo que dije, evadiendo una respuesta categórica.

Quería volver tranquila á mis ensueños, y más que la pregunta me turbó su acento consternado y el brillo de unas lágrimas que fueron á relucir en los ojos de mi compañera.

Pero ya subía el coche la pendiente que descubre al mar, y los resuellos bravíos del coloso comenzaban á decirme ternezas. Traté de verle; estaba allí tendido en el fondo oscuro de la noche, preñado de zozobras la infinita lontananza del paisaje. Y anegóme el hechizo de la suspirante llanura, hasta que me sentí detenida en el umbral de mi casa.

No recuerdo de qué brazos fieles recibí las primeras caricias. Sé que mi madre no estaba en el zaguán y que un extraño soplo de confusión dificultaba los pasos de la servidumbre y hacía gemir las puertas en el piso de arriba. Me pareció que Isabel susurraba impaciente:

—¿Ya «lo sabe»?

Y que afirmaba alguna cosa doña Matilde mientras subía yo á las habitaciones de mamá, entre la luz temblorosa de dos velas. La encontré vestida de blanco, bajo el dintel de su dormitorio, con la cara del color del traje y tan violenta la sonrisa como si fuese á convertirse en lágrimas.

Una multitud de ideas inverosímiles se me agolparon á la imaginación. ¿Era ya monja mi madre?

No tuve tiempo más que de apreciar el tono inmaculado de su vestido y, apremiada por la actitud indefinible de los brazos que se abrían hacia mí, quedé prisionera de mil ansiedades y emociones.

De pronto aquel dulce abrazo dejóme libre y me

hallé delante de un señor. ¿Desconocido?... ¡Bah!, era mi caballero misterioso; la visita enigmática del Colegio, el maduro galán de las violetas. ¿Cómo estaba allí? Creí que soñaba. No supe qué preguntas hacer, atónita entre mi madre y el intruso.

Él me miraba algo triste y ella murmuró débilmente:

—¿Le conoces?

Acaso dije que «sí» con la cabeza.

—Pues ahora es tu papá.

La estupenda noticia entró con tal desconcierto en mi razón que al principio no la comprendí. Mi sonrisa estúpida y tirante se debió parecer mucho á la que me estaba dando pena en mamá y aun á la del mismo caballero, empeñado en sonreirme al través del turbado rostro.

—Pero, ¿no vino esta niña «preparada»?—creo que preguntó—Sé que algo más dijo y que su voz vibrante sacudió mi inteligencia, en suspenso ante la magnitud del asombro. Fuí entendiendo lo que sucedía y me obstiné en admirar el vestido de mi madre, mundano y alegre, á cien leguas del hábito de monja. Las ideas me penetraban con lentitud y huían después veloces como dardos, sin que yo las pudiese definir. Contesté acorde á lo que me hablaron, obedeciendo al mecanismo imperioso de la costumbre, y en la profunda alteración de mi espíritu hallé un poco de sagacidad para fingir deseos de acostarme.

Concedida que me fué la licencia de buen grado, quizá con prisa exagerada, no supe cómo despedirme de aquel señor. Pero él se adelantó á mis

dudas, preguntándome como en nuestra primera entrevista:

—¿Me das un beso?

Vacilé mucho más que cuando me detuvo la tos insinuante de la Madre Amparo y, lo mismo que en tonces, el caballero me calentó el rostro con la lumbre amorosa de sus pupilas, suspirando al besarme la frente.

En mi aposento, á solas con Isabel, procuré disimular aquella terrible sorpresa y oculté la equivocación de mi prima, avergonzada de haberla compartido. Bien segura estuve de que la pobre Pilar no trató de engañarme y comprendí que el cariñoso interés de los que me rodearon había sido, con mi excesiva credulidad, cómplice del tremendo error.

No obstante mis precauciones, anduve á punto de descubrirme cuando aludí:

—¿Cómo se llama?

—Pero... ¿no lo sabes?

—No me acuerdo—murmuré desdeñosa.

—Don Germán Ercilla.

Me fué el nombre completamente desconocido, y entre las maniobras de mi disimulo advertí que Isabel aguardaba más preguntas. Aunque yo se las hubiese hecho con mil amores, guardé mi dolorosa impaciencia y acabamos por hablar de Agustín, distante mi pensamiento de la conversación y embebida en ella la madre poco á poco. Decíame que el hijo estaba hecho un hombre, valiente y guapo, y que seguía fondeando á menudo su bergantín en nuestro muelle. Ya no tardaría; le tocaba arribar con la creciente de la luna.

Mientras me desnudaba, fingiendo gran cansancio, puse maquinalmente los ojos en una hermosa fotografía de mi padre. La marcial figura, vestida con uniforme de coronel, se inclinaba sonriente sobre mi lecho, colocada allí por la mano de quien temió los olvidos en un frágil corazón de niña.

Sentí que el llanto me traicionaba, desde el pecho donde hervía amarguísimo; pero hice esfuerzos sobrehumanos por dominarle con la voz, y pedí á Isabel que me llevara una cena muy frugal, para recogerme á dormir en seguida.

Estaba yo resuelta á ejercitarme de mujer fuerte; había cumplido quince años, y sólo con echar alrededor de mi aposento una mirada hube de comprender que se me recibía como á una persona formal.

Ya no velaba el lecho de mi nodriza junto al mío, ni los taburetes enanos insurgían por los rincones. Un armario moderno y elegante ocupaba el lugar de la vieja cómoda, donde antaño guardé los juguetes, y una estantería con libros se respaldaba en la pared, haciendo fondo á un costurero maqueado y á una butaca preciosa. Sillas y cortinajes nuevos ostentaban alegres matices, aun al pálido resplandor de la bujía, y el conjunto del amplio gabinete, casi lujoso, acusaba la previsora influencia de una fina voluntad. No lo quise reconocer así; la pena y el orgullo atribuyeron aquella transformación halagadora á lo que merecían mi estatura y la ciencia de que eran testimonio muchas bandas de honor distribuídas en mi bagaje de colegiala.

Llegó Isabel á interrumpir mis encontrados pensa-

mientos. Me llevaba una jícara de chocolate sujeta en original manzarina, resto de los antiguos aparadores del palacio, conservado con mucha estimación. Los ricos bizcochos y el vaso de leche, servidos en maciza bandeja de plata, contribuyeron á persuadirme de que yo era un verdadero personaje.

Lavada y fresca, pedí al ama una camisa de noche. Fué á buscarla en el armario, y desdobló, orgullosa, una prenda sutil, con encajes y cintas. Al vestirmela dijo:

—Te la «han» comprado en el extranjero.

Suspiré lastimada, aunque me sentía satisfecha sin poder remediarlo.

Isabel, para consolarme, añadió:

—Y otras muchas cosas... Tienes un equipo nuevo «de señorita»; alhajas y adornos, como tú mereces.

Me hundí en la blandura suave de los colchones y comencé á tomar el chocolate con altiva indiferencia.

—Don Germán es muy rico—decía el ama—y parece muy bueno; un año lleva aquí sin darnos un disgusto... A veces se pone algo triste, como si tuviera una pena oculta.

Yo mojaba los bizcochos, poseída de melindrosa dignidad; pero al saber cuán poco tiempo había tardado mi madre en sustituir al llorado esposo, quedé tan consternada, que me amargó la dulce golosina. Y nunca olvido el trabajo que me costó sostener aquella postiza actitud de persona mayor, desengañada y prudente.

Gracias á que no duró mucho la comedia. Isabel,

creyendo en mi fatiga, se llevó el servicio del chocolate y, dándome un largo beso, prometió contarme al día siguiente «la mar» de cosas.

—¡Figúrate... en dos años y con tanto *sucedido!*... —ponderaba al despedirse. Cerró la puerta, lamentando: —¡Como no sé escribir!...

Acaricié entonces la íntima esperanza de que fuese mi madre á decirme algunas palabras cariñosas. No me había olvidado en su nueva felicidad; el gabinete, el ropero y los regalos de que hacía mención el ama, eran, á despecho de mis enojos, testigos del amor que discutía mi conciencia en continuos debates...

Pasaba el tiempo sin que yo apagase la luz, por miedo á dormirme antes de recibir la anhelada visita. Además, pensé: «mi madre comprenderá que la espero al ver debajo de la puerta el resplandor»... Varias veces sentí pasos en los corredores; sin duda bajaban á cenar....Rotas las costumbres del luto, volvería á usarse el comedor que yo recordaba iluminado y alegre en las noches que le disfruté con mis padres; voces y pláticas que llegaron indistintas á mis oídos, temí que fueran un eco de aquellas dulces memorias más que una confirmación de la presente ventura... Y sentía, de pronto, un verdadero cansancio, producido por las emociones mucho más que por el viaje. Sin querer me dejaba dominar por esa placentera laxitud precursora del sueño, que invade poco á poco la vida como sombra apacible de la muerte.

Se quebraron en el comedor los rumores, y el tránsito por escaleras y pasillos resonaba otra vez en mi gabinete; pero nadie se detuvo en la cinta de claridad

que mi esperanza tendía por debajo de la puerta... Los pensamientos, desconcertados y turbios, me dolían en la frente. Ya sólo estuve segura de un deseo, convertido por instantes en una necesidad: quería ver á mi madre, quería besarla y dormirme al arrullo de su voz. Iba á llamarla á gritos, pero no me atreví... Rechinaron alguazas y fallebas, y después el silencio se extendió impenetrable por la casa.

Un resto de mi pobre ilusión ardía con el pábilo moribundo de la vela, mientras yo rezaba, equivocando las oraciones con los sueños, á punto de rendirme. Con los ojos medio cerrados, vi cómo se extinguía la luz, y al sentir la oscuridad, me pareció que un suspiro atravesaba el silencio. Atenta, quizá un poco miedosa, supuse, para tranquilizarme, que la brisa rondaba en el jardín. Y busqué en los murmullos de la noche la compañía que el hogar me negó. Como él callaba, hermético, pude escuchar mejor las sutiles palpitaciones del aire y de la tierra; pronto quedaron confundidas por el ancho cantar de la marejada, y me dormí á los acordes de la mar, la eterna arrulladora de los siglos.

VI

EXPLORACIONES

Cuando me desperté, una claridad encendida y alegre entraba por las rendijas de mis dos balcones, formando brillantes iris en la luna del ropero.

Debía ser tarde, puesto que el sol había tocado ya en la fachada del mediodía, dueña, en parte, de mi gabinete, situado encima del comedor.

Salté de la cama para abrir mayor espacio á la luz, que entró á resplandecer en todo el aposento, y la tentación, más fuerte que mi voluntad, me detuvo al pie de la estantería, leyendo y comentando nombres en el lomo de cada volumen: Dickens, Andersen, Fernán Caballero, Pereda, Coloma... Los conocía un poco; Beatriz me había dado en Alcalá libros de estos autores, que me gustaban mucho. Hallé otros que me eran todavía más familiares: Becquer, Zorrilla, Campoamor... ¡versos!; eran mi flaco; los devoraba, los aprendía de memoria ¡y hasta los hacía en secreto!

Al recordar este detalle íntimo, me avergoncé un poco, y di media vuelta para volverme á la cama; pero me quedé enfrente del espejo, contemplando mi elegante camisón. ¡Vaya si era bonito!; con manga perdida, abullonado canesú y gorguera de blonda. Me arrastraba algo, y para andar tenía que recogerle por delante, con un pulido gesto de minué. La admiración de tan donosa prenda llevóme al deseo de las otras que me habían anunciado, y esta perspectiva, llena de homenajes, me condujo, no sé cómo, á la creciente estimación de mi persona.

Sí; ¡yo era una criatura importante á quien adula y obsequia su familia! Y me puse á mirar de hito en hito la imagen reflejada en el espejo: alta, fina, con ojos grandes y oscuros, trenzas largas y firmes, la boca suave, graciosa la nariz, unos hoyuelos en las mejillas, unos rizos en la frente... ¿Era yo hermosa?

Creo que no. Interesante, simpática; eso sí.

Con frecuencia oía en torno mío murmullos que profetizaban: «Cuando esta niña se forme, será una gran mujer...»

—¡Cuando me forme!—repetí burlona, ciñendo el pomposo camisón á mi cuerpo infantil, que no acusaba línea alguna. Y un poquito desconsolada corrí á zambullirme en el lecho, porque en el corredor sonaban pasos hacia mi gabinete.

Era que Isabel me servía el desayuno.

—He visto el balcón abierto, y como no bajabas...

—¿Es muy tarde?

—Las nueve y media.

—¿Se levantó mamá?

—No; aun están acostados.

Al decir esto, Isabel se puso colorada. Yo sentí en las mejillas el contagio de su rubor con instintivo recato de todo punto inocente, y ella volvió la cara hacia el desorden de mi equipaje y comenzó á trajinar muy laboriosa.

Una hora después, vestida con el uniforme negro y liso de colegiala, pasaba yo revista á los tesoros de mi ropero: trajes de última moda, cuellos y «fichús»; ropa blanca, elegante; medias de seda... Había para satisfacer á la más exigente niña de mi edad.

En los cajoncitos interiores del armario estaban las joyas, sencillas, pero de muy delicado gusto: reloj y cadena de oro, arracadas de perlas, una pulserita de eslabones y dos anillos preciosos.

Quedé encantada y agradecida; debo confesarlo. En la explosión de tales sentimientos, le dije á Isabel:

—¡Pobre mamá, cómo se ha ocupado de mí!

—¡Quiá!... ¡Si ha sido el señor!

¡«El señor» en aquella casa ya no era mi padre!... Esta reflexión me detuvo antes de replicar:

—¿El?

—¡Ya lo creo! La misma señora lo ha dicho: «Todo se le hacía poco para comprárselo á Solita»... Luego que trajeron el armario y los demás muebles por orden de don Germán, él, con sus propias manos, colocó aquí tus prendas. Llamó á su esposa, y va y le dice: «¿Está bien?»... Ella fué y contestó: «Divinamente»... Lupe, que era testigo, asegura que al señor, de pronto, se le saltaron unas lágrimas y que la señora se puso muy seria...

—¡Pues no lo entiendo—hube de murmurar, sintiéndome sobrina de mi tío.

—Hijuca, ni yo tampoco... Para mi cuenta, él está algo picado de la melancolía...

Un viento de aguda curiosidad corría por la casa, ó mis observaciones eran contagiosas, porque los rostros donde yo espiaba señales de escondidos secretos no daban noticia sino de celarse mutuamente, y juntos pretendían leer en el mío alguna singular revelación.

Sobre todo en la mesa, donde la proximidad era inevitable, yo me sentía blanco de todas las atenciones; don Germán me miraba de frente; mi madre, de soslayo, y doña Matilde, á intervalos. Guadalupe esperaba órdenes, envolviéndome en la caricia mansa de sus grandes ojos, y á mi lado *Amor*, con el hocico apoyado en el mantel, me contemplaba largamente desde el fondo de sus pupilas leales...

En la primera comida familiar, al día siguiente de mi llegada, me sentí muy confusa: no había salido de mi cuarto hasta la hora de bajar al comedor, porque nadie preguntaba por mí, y al encontrar á mi madre con su nuevo esposo, estuve á punto de echarme á llorar. Ella me abrazó con timidez, y él me pidió un beso, lo mismo que por la noche. Casi no me atreví á levantar los ojos del plato; comí poco y contesté por monosílabos á lo que me decían, acariciando al perro con nerviosa obstinación y alisando multitud de veces sus largas orejas sobre mis rodillas.

A los postres pedí permiso para levantarme, y mientras los demás prolongaban la sobremesa junto á las tazas de café recorrí el palacio en impaciente visita con el vago deseo de hallar algún motivo de lástima ó censura al través de las habitaciones; quizá techos ruinosos, muebles maltratados, recuerdos preteridos; me parecía imposible que la casa de mi padre no ofreciera á mi compasión dolorosas perspectivas. Bajé y subí los tramos de todos los pasillos, inspeccioné todos los rincones con enconados propósitos, y hube de confesarme, no sin despecho, que si en el interior de nuestra morada había alguna transformación, era beneficiosa y liberal.

No es el palacio precisamente un museo de antigüedades; pero el sobrio aderezo de salones y camarines, entona bastante bien con el estilo arquitectónico del edificio. Patrimoniales ó logrados por felices adquisiciones, se destacan en la señorial armonía de los muebles algunos de exquisito valor, joyas de que mi padre se mostrara muy orgulloso. Hay bufetes de cedro, chapeados de marfil; armarios de nogal con pilastras y cuarterones labrados; vargueños de artísticos herrajes; arcones de talla primorosa; sillerías con ricos guadamaciles; arambeles y colchas de brocatel. Entre notables cuadros de antiguos pintores, sobresale el retrato de un famoso virrey de Nueva España, hermano del arzobispo que fundó este solar; la imagen, de bizarra hermosura, preside el estrado preferido, y se atribuye al pincel de Pantoja.

En mis pesquisas alrededor de tan familiares objetos advertí que las alfombras, harto usadas, y los ta-

pices de pared, demasiado achacosos, se habían sustituído con otros más brillantes, que me gustaron mucho. Lo mismo que en mi gabinete, encontré en algunas estancias telas vistosas y muebles modernos; luego supe que aquellas innovaciones desafinaban en la grave entonación del conjunto y colegí que don Germán no debía de ser muy hábil en materia de estilos y de tonos.

Pero la buena intención del intruso se me ofrecía tan patente aquella tarde que, aunque hubiese conocido yo entonces su poca habilidad, no sentiría menos fracasado mi rencor.

Desde la puerta, sin atreverme á pasar el dintel, recorrí con los ojos la estancia donde la noche anterior fuí recibida y en la cual apenas había reparado. Vi, á la primera ojeada, un gran lecho de bronce muy vestido de tules, en lugar del antiguo de mis padres; me parecieron claras y nuevas las tapicerías, más resplandecientes los espejos; alegre como nunca el recinto, que, abierto al sol, parecía vengarse de las sombras pasadas. Un ramo de flores, recién cortado á juzgar por su lozanía, aromaba el ambiente, y este detalle aumentó de un modo extraordinario mi tristeza.

No se me olvida el grave impulso vindicativo con que desde allí pasé al aposento donde cuatro años antes había quedado huérfana; era la última estación de mi requisa, el santuario triste que yo pisaba rara vez y siempre con medrosa inquietud. La imagen de la muerte se me presentaba con dolor y espanto, y un tumulto de sensaciones me reproducía la inolvi-

dable escena: mi padre herido por la congestión mortal, helado, inmóvil encima de la colcha carmesí, entre el inútil calor de las mantas y el violento perfume del éter, y mamá contemplándome con aire de loca, transida de pena... ¡Dios mío, cuán pronto se extinguió el pesar de la viuda! Ya reía, casada con otro hombre, cuando aun me parecía que duraba en el aposento mortuorio la esencia de las flores marchitas sobre el cadáver; aquel aroma otoñal que en mi fantasía tuvo muchas veces gemidos de hoja seca y colores de sangriento crepúsculo.

Lloré de bruces en la cama hasta que mi llanto salpicó de señales oscuras el damasco antiguo de la colcha. Al erguirme, con lenta resignación, reparé que en el ancho dormitorio había otro lecho, desnudo como altar abandonado: era el de mis padres, la cuna de los Fontenebros que me había recibido al través de ilustres generaciones: tenía un aspecto muy lastimoso, y ante su ancianidad, arrinconada como cosa inservible, me encontré yo culpable de extinguir el noble apellido solariego. Quizá me hubiese abismado en la pueril consideración de aquella circunstancia; pero sentí en la escalera pasos y voces y me entretuve en escuchar hasta que mi madre y su esposo atravesaron el pasillo. Hablaban indudablemente de mí.

—Yo no quiero que sufra—decía él.

—No sufre—respondía ella, suspirando—; es «así» su carácter.

Esta ambigua definición encerraba cierta amargura, y, con el acompañamiento del suspiro, hasta me pare-

ció que suponía un desdén pesaroso. Sentíme víctima de ofensas ocultas y de pérfidas maquinaciones, y corrí á encerrarme en mi gabinete creyendo que me sería necesario llorar mucho.

Dispuesta á derretirme en lágrimas sobre la butaquita preciosa, abrí los ojos á la playa y al campo, descubiertos desde el balcón. Estaba el mar en quietud de éxtasis bajo el viento caliente y perezoso, y la blancura lejana de las velas parecía dormir entre las olas, mientras en el valle caían y murmuraban los riachuelos como alegres voces de vida escapada por los senos henchidos de la Naturaleza.

Quise enjugarme el llanto muy compungida; pero sa radiante visión del mes de Julio lo había hecho ya, sin darme yo cuenta del prodigio. Así como tampoco supe por qué evoluciones sentimentales y mecánicas vinieron á mis manos un lápiz y un papel, cómplices de unos versos tristes y ripiosos, cuyo aliño me dejó en un feliz estado de laxitud y serenidad; puse en ellos al corazón un «taladre» aconsonantado con «padre», de la manera más delicada y sensible, y sin duda por aquel «agujero» cordial se me escaparon lágrimas y rencores.

Cuando fuí á esconder los versos con íntimo recato, tropezaron mis ojos en las violetas de don Germán, dentro de un cofrecillo. ¿Tuve impulsos de tirarlas por el balcón?

Creo que me conformé con suspirar, y estoy segura de que el memorable ramo envuelve todavía con desvaído perfume las pobres estrofas elegíacas.

Al cabo de ocho días, con paciencia y habilidad me

había enterado yo de muchas cosas y pretendía encontrar para ellas explicaciones y razón.

Don Germán—como yo le llamaba silenciosamente con el pensamiento—pidió á mi madre en matrimonio por aquel tiempo en que estuvo á visitarme en Madrid; la había conocido soltera, no sé si como amiga ó como novia.

Y mamá, con una decisión cuyo origen se escapaba absolutamente á mis alcances, aceptó por esposo á don Germán.

Aquel mismo verano se celebró la boda, de riguroso incógnito, en la Basílica de Lourdes.

En Octubre volvió el matrimonio á Traspeña, y el marido, que se hizo querer aquí en seguida, á pesar de la amada memoria de mi padre, mostróse desde la primera temporada melancólico y preocupado; ¿qué tenía don Germán?...

Mi madre se manifestó á su regreso contenta y orgullosa, mas acabó por sufrir achaques de histerismo como en los peores días de su viudez y como en los tiempos en que se vió harto regalada por su primer esposo; el segundo no la mimaba tanto, según ciertas hablillas de la servidumbre... ¿Era mi madre feliz?...

Yo tenía mucho empeño en responderme á estas dos preguntas, pero mi poquísima experiencia en quebrantos sentimentales me dificultaba el propósito. Supuse que doña Matilde era la única que vislumbraba aquel misterio, y procuré ganarme su voluntad, acercándome á la buena señora más que de costumbre, y halagando, con astucia y diplomacia, sus gustos y pareceres.

No me había mostrado hasta entonces muy agradecida y afectuosa con mi primera maestra. Su carácter reservado, su constancia para hacerme estudiar y obedecer, no fueron grandes atractivos para mí; sin embargo, en el fondo de mi corazón la quería con respeto y docilidad, segura de que merecía aquel cariño.

Ella y Guadalupe habían sido para nosotros una especie de legado de mi abuela.

Guadalupe vino á España muy niña desde Cuba, cuando mi abuelo regresó de ejercer allí el generalato, en su segundo viaje á las Antillas. En el primero, ya al servicio del Rey, se casó con una habanera y dió cuna á sus hijos, que luego se educaron en la metrópoli.

Pasiva y humilde como su raza, la mestiza quiso ser para mi madre sierva y juguete; pero su abnegación, con reminiscencias de esclavitud, halló patria y amparo en el hogar ajeno, y al morir la generala, Lupe, que siempre consagró á mi madre fanáticas devociones, se ofreció á servirla con inquebrantable lealtad

No me era tan bien conocido el advenimiento de doña Matilde á la familia. Creí entender que mi abuela, poco aficionada á paseos y salones, quiso que su hija se acompañase en sociedad con una señora de respeto y que doña Matilde, por su procedencia y educación, había llenado todas las condiciones necesarias á tan delicado propósito. Y le cumplió admirablemente hasta que mamá se casó, quedándose entonces al cuidado de la generala, que ya estaba viuda. Pero

cuando yo salí de los brazos de la nodriza y fuí creciendo, comenzó mi madre á sentirse neurasténica, y desmañadá para regir su hogar y mi educación. Ante dificultades tan lastimosas la abuelita renunció á su dama de compañía en favor nuestro, y doña Matilde, convertida primero en institutriz y ama de llaves, y después en administradora y regente, ocupó en nuestra casa un lugar insustituíble.

El esfuerzo con que me propuse conquistarla para merecer sus confidencias, convirtióse muy pronto de sacrificio en goce, un goce raro y oculto que estimulaba mis aptitudes observadoras de una manera singular. Porque empecé á descubrir en doña Matilde un tipo interesante y curioso, lleno de simpatía. Como si hasta el presente no la hubiera visto, reparé con suma curiosidad en aquella señora de pelo gris, bellos ojos tristes, fina tez y manos aristocráticas. En todo su aspecto sorprendí un aire de señorío y delicadeza encantadores. Su velo y sus vestidos tenían un perfume especial, como si el roce de su cuerpo les comunicara aromas y finura. La cabellera, abundante y canosa, lucía, á mi parecer, matices de raso y terciopelo, de luna y de noche; la voz y la sonrisa recordaban retratos de beldades muertas, paisajes de otoño, melancólicas puestas de sol.

Yo me extasiaba en las imágenes que me sugería esta mujer; admirábame de haberla tenido tantos años ignorada cerca de mí y fugaces relámpagos de la fantasía quisieron alumbrarme recuerdos de aquellas mismas sorpresas, no sé cuándo entrevistas ni gozadas; todas estas impresiones eran embrionarias y con-

fusas en aquel tiempo, y las he madurado y comprendido mucho más tarde.

En aquellos días quise creer que doña Matilde se había transformado de repente, descubriendo en el fondo de su modesta persona la sonrisa, la voz, el perfume y el aire, con los demás sutiles encantos que me apasionaban en ella. Golosa y audaz, trataba yo de hacer exploraciones también en su corazón; pero allí me detuvieron invencibles dificultades y halléme presa en las mismas redes que tendía; porque á mis primeras escaramuzas en tan penumbroso camino, la dulce señora, mirándome profundamente á los ojos, me leyó los pensamientos y les dió claridad en sus labios.

—Quieres saber mucho más de lo que yo te puedo decir—sentenció. Al verme azorada y ansiosa, pareció emocionarse, y aunque no era muy demostrativa en sus expresiones de cariño, me abrazó con ternura, murmurando:

—Cuando crezcas, si lo mereces, te haré depositaria de mis secretos.

La impaciencia de mi semblante debió alarmarla, porque añadió en seguida:

—Pero tengo pocos, Soledad, muy pocos y descoloridos. Tú los buscas graves, complicados, como en las novelas; llenos de pasiones explosivas, que al final de los dramas armen mucho ruido y hagan estragos sensacionales... Pues no, hermosa; las tragedias humanas son, por lo general, mudas y ruines; ¡no merecen la pena de vivirlas!...

Quedé asombrada de la sabiduría y el aplomo con

que aquella señora había leído en mi conciencia. La amargura noble de sus frases me dolía como una decepción y una lástima, y dime á pensar que, en efecto, las cosas en la vida no suelen ocurrir lo mismo que en los folletines, con sistemática mezcla de víctimas y verdugos y emocionantes ejemplos de muertes ó de bodas.

Yo conocía padrastros de novelas, atormentadores de infelices criaturas, y cuando un repentino lance de la suerte me pudo colocar en trágica situación de víctima, veíame sujeta al amable dominio de un señor generoso y correcto, empeñado en merecer mi gratitud.

Aquel fracaso de una probable desventura me reconciliaba con mi buen sino, pero las dolientes insinuaciones de doña Matilde me prevenían contra desconocidas miserias, por ocultas y silenciosas, quizá inevitables. ¿Cómo no tropezarlas?

Parecíame ya sentirlas á mi alrededor, entreverlas bajo el soplo de un suspiro, en el pliegue de una sonrisa, en el abandono momentáneo de una actitud; Isabel, Guadalupe, mi madre y don Germán acaso guardaban, como doña Matilde, escondida con pudor, una tragedia ruin.

Y yo acuciaba en los semblantes la ráfaga de pasión que me descubriera el rumbo de los supuestos dramas; ni más ni menos que si tuviese delante de los ojos una enigmática «rosa» de papel.

VII

LAS CUERDAS DE LA CÍTARA

Creció la luna, y arribó Agustín. Era verdad que estaba guapo: más grueso, más listo y más alegre. Subió á comer con su madre, y no hallé pretexto para hablar con él á la puerta de la cocina, porque don Germán, así que supo la llegada, se apresuró á recibirle en nuestras habitaciones como á un buen amigo. Le quería mucho, según me había contado Isabel, y prometía comprarle una lancha pescadora, para que fuese patrón en la ribera, si no ascendía desde grumete á capitán en buques «de alto bordo».

El contento que experimenté con estas buenas disposiciones de mi padrastro quedóse mustio cuando Agustín me llamó señorita, hablándome de usted.

Su finura, premeditada como si hubiese aprendido una lección, no estaba exenta de cordialidad y traslucía el gozo de las miradas y la voz, dirigidas hacia mí entre rubores.

—Trátame igual que siempre—protesté—; somos hermanos.

Isabel y don Germán sonrieron complacidos; mi madre se puso muy seria, y el muchacho, mirándola de reojo, insistió débilmente:

—Ya es usted una señorita...

—Tienes razón—dijo mamá.

Todos callamos, y aunque yo pensé que no la tenía, sólo más tarde, en el pasillo, encarecí al marinero con cautela:

—Cuando «ella» no lo oiga, me hablas de tú.

Contestó que sí, poniendo gran cuidado en no obedecerme; pero se le escapaba á menudo llamarme Soles, como en nuestra libre niñez. Así lo pude comprobar en los tres días que el *Milagroso* permaneció en el puerto y el grumete gozó de vacaciones mediante la influencia de su nuevo amigo.

Cuando éste supo lo que me gustaba pescar en las rocas y «andar á la solea» bajo la mañosa dirección de Agustín, dióse traza para que mi madre consintiera en aquellos placeres, más apetecidos por difíciles y lejanos; mamá puso por condición que nos acompañara Isabel, y torció el gesto, muy desabrida, las veces que nos acompañó el mismo don Germán.

En cambio él mostrábase feliz aprendiendo nuestra jerga marinera, remando al sol, curtiéndose al influjo del terral y el «forano»; reía con nosotros por cualquier incidente pueril; participaba de nuestras ansiedades y decepciones como otro niño más. Y creyendo que aquellas horas alegres habían tendido entre él yo lazos de firme simpatía, al zarpar el bergantín y que-

darnos solos me preguntó con fervorosa blandura:

—¿No me quieres llamar padre?

Respondí: —No, señor.

Mi entereza estuvo muy lejos de mostrar el oculto deseo con que hubiese dicho que sí. Y me quedé tan triste como aquel hombre extraño y dulce conmovido ante mi negativa.

Aun me detuvo por la mano cuando quise, turbada, echar á correr.

—¿Tampoco—dijo—me devolverás nunca los besos que te doy?

—Tampoco—repuse con la cabeza mejor que con los labios. Furiosa contra mi absurda tenacidad, que obedecía á un ciego designio, traté de huir nuevamente. Estaba presa entre unos dedos convulsos y la blanda voz, ronca y rápida entonces, murmuró todavía:

—¿Sufres cuando te beso?

Alcé los hombros, siempre obstinada en manifestar un vengativo desdén. Y mientras se alejaba silencioso mi padrastro por la vereda del jardín que nos había reunido, rompí á llorar bajo la sugestión de los más oscuros sentimientos. Sordas voces de la conciencia me acusaban de injusta; acusábame de traidora el propio corazón; pero un instinto de rebeldía violentaba mis palabras y actitudes, obligándome á sostener un gesto duro en mis particulares relaciones con el esposo de mamá. Si había yo permitido que me besara, no llegaría mi docilidad hasta devolverle las caricias; la educación me imponía el deber de tolerarle con aparente agrado; mas los fueros de una memoria reclamaban indiferencia y orgullo contra el usurpa-

dor de los derechos de mi padre. ¿Darle este nombre? ¡Nunca!... Para mí don Germán Ercilla era un desconocido, un intruso en mi hogar.

Aunque sospechaba haber leído razonamientos semejantes en alguna página novelesca y me parecían elocuentes, la verdad es que no los encontraba muy conformes á mi situación; la lógica me trataba de sofista. Al admitir yo los beneficios y regalos de don Germán, ya no tenía mi altivez derecho á despreciarle.

Sentí vergüenza y vacilaciones, y debo reconocer que de buena gana hubiese concedido á mi padrastro una devoción superficial para transigir con la conciencia; pero tuve miedo á quererle con entrañables ternuras, porque su voz y sus ojos me conmovían demasiado, y su bondad me atraía como un abismo. Sospeché que otro ruego suyo, una nueva solicitud de su alma dulce y triste, me descubriría la seguridad de que le podía querer como á mi padre; mejor aún, porque habían crecido en mí con los años la finura y consciencia del sentimiento.

Desconfié de aquella simpatía misteriosa tanto como de la culpable soberbia que me dictaba el instinto; en ambos impulsos hallé cavilaciones, y quedéme á la expectativa, en falsa actitud, impropia de mi carácter, que ya tenía robustos perfiles. Tratar á Ercilla en la intimidad con reserva, y con agrado en público, fingiendo ignorancia de los favores que debía agradecerle: tal era mi propósito, apenas concebido y ya mortificante para mi honradez espiritual.

En vano quise suponer que siendo mía la casa de

mi padre; don Germán era en ella un forastero. Bien sabía yo que mi modesta orfandad no servía para mantener la carga del palacio y que sin las rentas de mi madre no hubiéramos podido vivirle ni aun con el pobre rumbo de hidalgos pueblerinos, mucho menos con la añadidura de más escogida servidumbre y de coches elegantes, según nos preparábamos á hacerlo.

Precisamenta acababa de decir mi padrastro que necesitábamos ayuda de cámara, cocinero y automóvil. Y con la sencillez de quien no atribuye importancia á estas necesidades, expuso á mamá la conveniencia de transformar en seguida las antiguas cuadras y pedir un «Minerva» al extranjero.

Quizá me hubiesen dolido estas ventajas igual que una humillación, siendo menos delicado y prudente el esposo de mi madre; pero, como si adivinara mis escrúpulos, me trató con la mayor cordialidad después de mi repulsa, haciendo habilidades de tacto y de paciencia para no verme cohibida; ya no me besaba ni me volvió á pedir ninguna prueba de cariño. Por cierto que mamá, al sorprender este cambio en nuestras relaciones, no manifestó extrañeza ni disgusto, y por algunas frases suyas que cacé al vuelo, comprendí que suponía á su marido desengañado de la rareza de mi carácter. Esta suposición la obligaba á suspirar, y ponía en sus bellos ojos una languidez muy dolorosa, aunque yo, malévola, hubiese jurado que tales artificios escondían el goce de un éxito...

Desplegó el estío su espléndido aparato floral impregnando la tierra en los misteriosos perfumes de la

fecundación, y, persiguiendo á los clementes días azules, vimos aparecer al otoño en los horizontes del año. Cuando la rapiña del huracán precipitó las hojas, alfombrando de tristeza nuestros caminos, ya teníamos el auto en las cocheras, y la casa, en pie de invierno, pertrechada de estufas, prometía un confort sabroso.

Pero una ráfaga de pesadumbre ensombrecía los semblantes al través de aquellos preparativos.

En la solicitud de don Germán había un fondo de aburrimiento y de amargura; probaba el automóvil y el mecánico por costanillas y carreteras con un aire sombrío y descontento; inventaba nuevas reparaciones en el palacio, y era frecuente hallarle absorto ante las grietas de una pared ó la pátina augusta de un sillar. Sólo cuando el velero de Agustín aparecía en la costa, lograba mi padrastro sobreponerse á sus abstracciones y recobrar los bríos juveniles en alguna excursión á la montaña, lances de pesca ó paseos contemplativos á la orilla del mar. Agustín sabía muy bien relatarnos las peripecias de sus viajes, y en sus efemérides de marino sonaban ya con orgullo arribadas forzosas, peligros y averías llenos de emoción. Él hablaba lentamente, con frases marineras y rotundas que en sus labios adquirían fervor ingenuo y contagioso; yo me encargaba de interrumpirle á menudo, y don Germán de escucharle en un silencio subrayado por complaciente sonrisa. Nadie como el grumete del *Milagroso* conocía los subideros de la montaña, los pliegues de la ribera y los arrecifes de la costa, y nunca me propuso mi padrastro correr

aventuras por aquellos parajes atrevidos sin la experta compañía de Agustín.

Cuando el mes de Noviembre encrespó la melena de las olas y arrió el velamen de las embarcaciones menudas á lo largo del litoral, fué preciso que durante las arribadas del bergantín aplazásemos nuestros placeres al aire libre, con gran satisfacción de mi madre, que veía en ellos peligros é inconveniencias «de mal gusto», según su frase favorita. A ella le agradaban el mar y el campo desde el carruaje ó los balcones; á lo sumo desde la arena rubia en un hermoso día veraniego; pero no comprendía que nuestras caminatas, riesgos y percances tuvieran exquisitos alicientes, y sólo por complacer á su marido consentía, con un gesto de resignación, que yo tomara parte en aquellas excursiones.

En cambio Isabel padeció mucho cuando se hicieron imposibles los holgorios de Agustín á nuestro lado; señal de que mares y vientos se enfurecían contra embarcaciones y riberas en implacables amenazas. Ya el pobre *Milagroso* atracaba á bandazos, haciéndose esperar durante días eternos para la madre. Y el grumete, estropeado y tundido, se aselaba triste en la cocina después de saludarnos, sin que las influencias de don Germán, algo entumecidas y achacosas con el mal tiempo, lograran para el mozo un lugar en nuestra lánguida tertulia.

Si el temporal no era muy rudo, subían al palacio algunas noches el médico y el cura, ambos pobres y viejos, muy adictos á los blasones de mi familia; nunca les faltaba alguna historia que contar al foras-

tero; hazañas de cazadores, rigores de la nieve, duelos de las galernas. Las fechas memorables en el país desdoblaban sus pliegues ante mi padrastro, que también se lanzaba á relatar aventuras exóticas de sus viajes; así conocimos varios episodios de su vida, siempre envueltos en extraña pesadumbre.

Pero cuando estos contertulios se acobardaban junto á su llar, medrosos de la altura donde los vendavales y las aguas parecían más inclementes, quedábamos solos alrededor del fuego. Doña Matilde y yo soliamos hacer encaje hasta la hora de cenar; mi padrastro leía ó paseaba silencioso, y mamá se arrebujaba en un sillón, con melindrosas actitudes de enferma.

Pocas veces el marido prestaba un señalado interés á tales gestos dolientes, y en ocasiones mi madre, viendo la imposibilidad de atraer con disimulo la atención de Ercilla—como ella le llamaba—, lanzábase al abierto quejido, lamentando no tener un buen médico que la asistiera.

—Don Luis...—solía insinuar el esposo.

—¡Ya te he dicho que no me entiende!—y la voz querellosa abría curso á un arroyuelo de lágrimas.

Aunque no estuviese yo muy convencida de los padecimientos de mamá, quería enojarme contra la indiferencia de su marido, y buscaba en doña Matilde un apoyo para mis agravios; pero la buena señora, con palabras suaves ó con expresivos silencios, hallaba siempre manera de favorecer á don Germán. Lo mismo le sucedía á Isabel y aun á la propia Guadalupe, tan apasionada de mi madre; hasta el perro pa-

recía sugestionado por el singular atractivo del señor, apacible y melancólico, á quien me empeñaba en considerar como un intruso. Una sorda irritación me enardecía, comprendiendo que yo no escapaba tampoco al dominio de aquel carácter profundo y triste, lleno de piadosas blanduras, sólo rebelde á los pueriles artificios de mi madre, que pretendía ser idolatrada por su belleza. Y estaba hermosa; hubiese podido dar la razón al filósofo optimista, que supone hallar en los cuarenta años amaneceres de tierna juventud.

Yo hacía esfuerzos por recordar si mi padre había consagrado á su mujer un culto más fervoroso que el de Ercilla; parecíame que sí. Consultada sobre el caso doña Matilde, confesó después de algunas vacilaciones:

—Tu papá tenía un genio más alegre que el de este señor; era más juvenil. Luego tú les unías mucho, mientras que á esta pareja...

—¿Qué?

—La separas.

—¿Yo?

Ante mi asombro, la señora murmuró confusa:

—No entiendes lo que quiero decir.

Y, como arrepentida de haber hablado, añadió vagamente: — Tu padre era más feliz que don Germán.

Quedé muy perpleja y acordéme de la dificultad que hallaba mi tío Romerosa para explicarse ciertos asuntos de íntima comprensión. ¿Por qué don Germán no era tan dichoso como lo fué mi padre?

El hecho estaba allí, según doña Matilde; pero yo no me lo explicaba. Y orgullosa para reconocerme un escaso desarrollo de entendimiento, atribuí la sagacidad de mi amiga á su estado respetable de viudez. Una viuda tenía, á mi juicio, muchísimas razones para ser sabia: había penetrado los graves secretos del matrimonio, las sagradas inquietudes de la vida y de la muerte; conocía la felicidad y el dolor, dos grandes sentimientos que producen la experiencia.

Doña Matilde crecía en importancia para mí con estas reflexiones—no tan cabales como ahora se me ofrecen—. Y los bellos ojos de la dama, enamorados y tranquilos, adquirieron en mi fantasía un poder sobrehumano para descubrir las más ocultas dobleces del corazón.

Tuve entonces mucho empeño en ver el retrato de don Julián Collantes, difunto esposo de mi amiga, y conseguí que ella me enseñara un cuadrito guardado en el fondo de su baúl. Era la fotografía de un señor arrogante y correcto, vestido con suma elegancia á la moda de treinta años atrás; usaba patillas, bigote y raya de medio lado; tenía el cabello rizo, los ojos profundos, la boca risueña, las manos aristocráticas.

Me pareció muy guapo don Julián y pregunté con aturdimiento:

—¿Le quería usted mucho?

—¡Niña, niña!...

Alcé la mirada desde el retrato al rostro de la viuda y le hallé impasible, cuando creí encontrarle lleno de lágrimas.

Volví á mirar la fotografía como buscando el mo-

tivo de la indiferencia que doña Matilde revelaba por el muerto; pero aquel hombre me agradaba cada vez más. Aun torné los ojos hacia la impenetrable señora, que me preguntó con alguna ironía:

—¿Te gusta?

—Mucho.

Volvióse ella hacia el baúl destapado, y ofreciéndome otro cuadrito idéntico al que yo contemplaba, dijo con oprimida tristeza:

—¡Así era yo!

Quedó ante mí la figura admirable de una mujer en toda la plenitud de su beldad. Aquellos eran los cabellos copiosos de doña Matilde, rubios en la época de la fotografía; sus ojos, mayores y más apasionados; su frente, ensoñadora; su perfil, casto y noble, y el aire de suprema distinción que aun la envolvía y me subyugaba.

Comparé los retratos, y se me antojó que el del marido respondía con leve gesto de impertinencia á la sonrisa inefable de la mujer. Una injustificada compasión por aquella joven serena y hermosa obligóme á insinuar:

—¿Era bueno?...

—Muy bueno—aseveró doña Matilde. Pero su voz sonaba fría y su ademán tuvo cierta rigidez que me desconsoló.

Con menos curiosidad que lástima, quise á todo trance saber:

—Y... ¿fueron ustedes muy felices?

—Muy felices—repuso la viuda como un eco. Clavé en ella la mirada con tan sincera inquietud, que me

besó conmovida, y sólo entonces descubrí en su rostro y en su acento un tinte de escondido pesar. Recuerdo que aquella doliente expresión creí verla extendida á otros semblantes, y hasta la quise sorprender en las nubes y las olas cuando los horizontes se amansaban un poco en los claros de la tormenta.

Durante aquel otoño, una inclinación fatal nos relacionaba con el paisaje, y le consultábamos impacientes á cada minuto, igual que si la aguja imantada de nuestros destinos girase en él reveladora.

Como ya empezaban á preocuparme los asuntos de amor, estuve intranquila bajo el presentimiento de que mi institutriz había sido infortunada en su matrimonio, y en cuanto pude le pregunté á mamá:

—¿Sabes si fué bueno el marido de doña Matilde?

—Sería—repuso con desdén—como todos los maridos.

—Mi padre...—comencé á protestar ofendida, cuando me interrumpió entre amenazas de lloro:

—Ese era una excepción, un modelo...

Estalló la nube y al través de una lluvia de lágrimas reapareció el ruego antiguo:

—«Reza por él», hija mía; «reza por él».

Tuve á la punta de la lengua una serie de lógicas reconvenciones: ¿Por qué le olvidaste? ¿Por qué le has sustituido? Pero, viéndola tan afligida, guardé mis quejas y me conformé con lanzar el cabo de una averiguación:

—¿Entonces, don Germán?...

—Lo mismo que todos—se apresuró á decir mi madre—; lo mismo que todos: egoísta, indiferente, dominante, sin parecerlo. No me hace caso; estoy enferma, abandonada...

—¡Pobre mámá!—exclamé, no muy segura de sus cuitas—Y al proferir esta inocente lamentación, se redoblaron sus lágrimas y gemidos con barruntos de ataque nervioso.

Acudieron doña Matilde, Isabel, Guadalupe y, en último término, el culpable Ercilla, nada alarmado y hasta un poquito sonriente.

—En dejándola sola, se le pasa—manifestó con aire de experiencia.

El consejo parecióme cruel y me indujo á pensar si aquel hombre tan amable sería en el fondo un solapado atormentador de mujeres, maestro en el disimulo, un tipo misterioso de folletín.

Le miré arisca y me sostuvo sereno la mirada. Aunque los semblantes de mis compañeras estaban igualmente calmados, dije con acritud:

—Mejor será que bajen al pueblo y avisen á don Luis.

—Que bajen—asintió al punto don Germán—; y él mismo se disponía á transmitir la orden cuando se recobró mi madre del desmayo que la inmovilizaba en un sillón, pálida y muda, tendido el cabello no sé por cuáles combinaciones de la casualidad.

—¡Ya sabes que este médico no me entiende!—gritó con la voz entera y el gesto airado—Lo que yo necesito es consultar mi enfermedad con buenos especialistas, fuera de aquí.

Ercilla habló de otra cosa, haciéndose el desentendido, y las mujeres, sin dar valor ninguno á las palabras de la enferma, siguieron prestándola sus cuidados mientras yo me proponía no volver á preguntar nunca por la bondad de los maridos.

Pero no quedé conforme con la ambigua solución de aquel disgusto que mi curiosidad había provocado. ¿Por qué don Germán se negaba, tácitamente, á lo que su esposa le pedía? Tratándose de la salud, tal comportamiento era injusto y arbitrario.

Expuse á doña Matilde mi parecer con muchos bríos, y ella me contestó que á mamá le convenía, sobre todo, el aire puro de la montaña, el reposo de las emociones y los sanos alimentos del país.

—A pesar de esas medicinas, ella sufre—protesté.

—Con la imaginación.

—¿No ve usted que se desmaya, que llora y languidece?

—Veo que luce una envidiable hermosura.

Sentí el frío de la sospecha. ¿Tendría doña Matilde celos de mi madre?

Dejé volar la imaginación hasta los más atrevidos comentarios. ¿Estaría la viuda enamorada de don Germán?

Todas las ficciones me parecieron aceptables para forjar una de las tragedias que sin duda estaban al caer entre nosotros. Inutilizada para víctima de mi padrastro por la elocuencia abrumadora de sus bondades conmigo, me quedaba el recurso de atribuir á mamá un destino doloroso, y el vago recelo de que doña Matilde fuera cómplice en él, causaba á mi tiran-

te fantasía una morbosa excitación llena de atrayentes angustias. El estado febril de la conciencia me llevó á extremos delirantes; atisbé los rostros con audacia increíble; en cada rumor inusitado escuché los estallidos del drama, que, á mi parecer, era inminente, y me creí defraudada cuando pasaron los días holgados y tranquilos como de costumbre, sin que las tristezas otoñales abrieran rumbo á ningún trágico suceso.

Aunque mamá continuaba sosteniendo con tenacidad su pabellón de enferma, érame preciso reconocer que nos descubría un saludable rostro en medio de sus languideces mimosas, un apetito muy consolador bajo sus melindres de comensal, y un gusto depurado y constante para enaltecer su hermosura en el cuadro sombrío de nuestra existencia.

Siempre fué mi madre aficionada á componerse mucho; gustaba de joyas y telas con pueril entusiasmo, concediéndolas una importancia decisiva para el realce de la persona. Mis recuerdos más remotos la descubren vestida con elegancia en todos los instantes, y tengo aún presente su expresión de triunfo cada vez que papá le ponderaba los vestidos como á una niña los juguetes.

La esposa del coronel Fontenebro gastaba menos lujo que la del indiano Ercilla; pero este marido no parecía darse cuenta del arte delicioso con que su mujer se adornaba para enamorarle. Ella sabía vestirse rasos y pieles á tono con la majestad noble de nuestro escudo, sin que parecieran exóticas sus galas en el fondo austero del palacio; y sabía elegir para el cam-

po y los caminos adornos de exquisita sencillez, siempre conformes con la hora y el lugar. Era elegante por naturaleza; su figura pedía el aliño como un complemento del propio ser; delgada, rubia, frágil, chiquita, necesitaba envolverse en volantes y estolas, igual que una sirena entre las espumas del mar.

A despecho de complicaciones tan sutiles, aquella mujercita, educada en las mejores ciudades españolas y excursionista en las más insignes del extranjero, habíase encerrado voluntariamente en Traspeña, encantada de la soledad y el retiro en el viejo palacio de su esposo. Muchas veces mi abuela quiso llevársela á Madrid y mi padre apoyaba aquel deseo; pero mamá decía que en el rincón de la costa era más feliz que en ninguna parte del mundo. ¿Con qué goces? No sentía los placeres del campo; no era hábil para labores del hogar ni siquiera golosa de lecturas... El amor fué su cebo; yo no podía dudarlo. Hasta cuando comenzó á resentirse de la extraña dolencia que más tarde se acentuó con la viudez, insistía en quedarse aquí, probando que su mejor medicina eran las atenciones del marido.

Isabel me ayudaba á resucitar estos recuerdos.

—La señora—confirmó—no reclamaba consultas ni viajes. Cuando tu papá quiso llevarla á Santander, ella se resistió, y al fin vino de allá un médico de mucha nombradía que no la mandó cosa de fuste: aire, reposo, leche fresca y ninguna toma de la botica... Se me hace que el señor la curaba con el cariño, siempre buscándola los gustos, tal que de novios. ¡Había que verlos!

—Don Germán no se ocupa de semejante cosa—lamenté.

—Cada uno es á su manera: éste gasta menos palabras; pero, en lo tocante á humano y desprendido, no desmerece de ninguno.

Me dolieron las ponderaciones á mi padrastro por lo mismo que las consideré justas; no podía avenirme sin humillación á que él reinara por méritos propios en los dominios de mi padre y, con el inconsciente empeño de restar influencias al intruso, me propuse admitir como fundadas las quejas de mamá y suponer en Ercilla un culpable abandono hacia su esposa.

Nadie acudió en mi auxilio; únicamente ella se mostró dócil á mis falaces propósitos, que se estrellaban á nuestro alrededor en una sorda hostilidad. Mis años inexpertos conocían su impotencia y se rebelaban, presuntuosos, en la mezquina lucha; provoqué, imprudente, las crisis lastimosas de mi madre; exacerbé sus nervios, dando lugar á escenas de reproches y llantos, y, sembrando malas intenciones en el terreno propicio de aquella débil imaginación, logré en pocos días convertir en caso patológico la interesante dolencia que mamá guardaba para su uso particular con la inocente coquetería de quien se aficiona á un dije, á un encaje, á una flor.

Se embotaron en la enferma las graciosas aptitudes con que asociaba sus achaques y su languidez, á los peinadores desceñidos, los lazos sueltos ó las babuchas ondulantes. Sintióse fallida en las ilusiones de su hermosura, que no desconcertaba á don Germán, y en la ruina de tan frágil fortaleza no tuvo una es-

peranza donde asirse. Yo la veía caer por la resbaladiza pendiente del pesimismo, y el espectro de mi culpa se me asomaba á los umbrales de mi conciencia; pero mi transitoria perversidad me oscurecía todas las buenas reflexiones, privándolas de influjo.

Una tarde me sorprendió Ercilla alentando las tristes querellas que mamá acumulaba contra él, y no me atreví á ocultarle la hostilidad de mis palabras temiendo demostrar cobardía.

Me escuchó asombradísimo, cambiando de color y de actitud, y cuando temí que estallara su cólera, hizo un visible esfuerzo para contenerla, volvióse hacia mi madre y ofreció, tranquilo, al parecer:

—Iremos donde tú digas, y consultarás á cuantos médicos necesites; dispón de mí.

Había en este rendimiento cierta frialdad penosa que la enferma tradujo en lágrimas. Ella pedía, sin duda, como el más pronto remedio para la salud, un interés enamorado, una vehemente pasión que don Germán estaba muy lejos de sentir.

Pero, ¿acaso mi madre la sentía?... Quizá sólo necesitó inspirarla; en aquel tiempo no profundicé tan serias cuestiones.

Vi á mi padrastro dar media vuelta y detenerse junto á mí para decirme:

—Vendrás con nosotros.

—¿A dónde?

—A Madrid.

—Prefiero quedarme con doña Matilde—contesté resueltamente.

—¿Madrid no te gusta?—dijo mamá que ya no

lloraba y sorprendía la contrariedad de su esposo.

—Ni pizca—aseguré, pensando con inexplicable tristeza en la vendedora de los rabanitos.

—Pues á mí sí—repuso adusta. Y añadió: —Te volverás al Colegio.

Creíme envuelta en las amenazas y la ingratitud de mi madre, y llena de indignación torné los ojos con instintivo anhelo á don Germán. Un instante nuestras pupilas se bañaron en una misma luz, dulce y caliente; fué como una sonda que nos quiso medir los sentimientos; pero yo tuve cuenta con los míos, acusadores, y hurté la mirada sin dejarlos ver. En aquel momento mi padrastro dijo con exquisita bondad:

—Puedes quedarte con doña Matilde.

No sé qué dulces cuerdas, como de blanda cítara, vibraron en mi pecho al oir estas palabras; mas refrené, como siempre, todo impulso de noble cordialidad. Y pugnando entre mucha vergüenza y poca voz, logré apenas balbucir:

—Gracias...

VIII

LA GALERNA

El alma loca del viento aullaba en los roquedales, y la mar, clamorosa, respondía con el ronco hervir de las espumas y el rudo golpe de las ondas bravas.

Mucho más que los elementos estaba conmovida la aldea. Los pescadores, hostigados por la necesidad, habían hecho una salida temeraria en la tregua de los continuos temporales. De amanecida, engañadas por la mansedumbre del cielo, hiciéronse á la mar cinco naves menudas tripuladas por veinte hombres. Desplegaron las velas y un ligero vahaje les prestó confianza; pronto se perdieron de vista, según testimonio de los compañeros que se quedaron en la ribera; algunos, con las embarcaciones averiadas; otros, detenidos por la vaga perplejidad de una experiencia triste.

A las dos horas de partir los más audaces, se cerraron las nubes de repente; convirtióse el «forano» en

tramontana y corrió por el pueblo la noticia de que volvía la galerna sin que arribasen los pescadores.

Cuando aquella mañana Isabel fué á despertarme como de costumbre, tenía demudado el rostro y desfallecida la voz. Me contó la medrosa novedad que alarmaba al vecindario y adiviné que pensaba en su hijo con terribles angustias.

—El *Milagroso* estará de arribada—le dije, disimulando mi propia inquietud.

—¡Si había de entrar hoy, mujer!

—Pero se habrá refugiado.

—¡No sé en dónde!

—En Llanes.

—Dios lo quiera...

Logré que se animase, hablándola de Agustín mientras me ayudó á vestirme; y nos detuvimos allí poco, impacientes las dos, alcanzadas por el formidable estruendo de la tormenta.

Yo intenté salir á las rocas en seguida, pareciéndome que el aire libre avizoraba mejor los cerrados horizontes del mar; pero doña Matilde se opuso á mis propósitos y ni aun me permitió abrir las vidrieras, azotadas por el viento y la lluvia. Puse entonces mi observatorio en el balcón más estratégico, el último del costado que asoma su esquina á la punta del cantil y señorea el Cantábrico como ningún miradero de la costa. Pertenece este balcón, así como otro de la fachada principal, á un saloncito muy alegre y fresco en el verano y nada confortable en el mes de diciembre.

Armada de grandes gemelos, surqué el abismo con

los ojos y descubrí entre la rabiosa crestería del oleaje algunos puntos insurgentes y veloces, llevados y traídos sobre las lívidas espumas.

—¡Son ellas, las lanchas!

Isabel, que me seguía como mi propia sombra, murmuró trémula:

—Son cinco: ¿las contaste?

—Yo no vi más que cuatro. Ella limpiaba con su delantal los cristales empañados por la lluvia.

—¡Fíjate bien, por Dios!

—¡Cuatro!—repetí.

Ya corría la noticia por el puerto, y en las rocas, llenas de gente, se agitaban saludos, ayes y plegarias:

—¡Cristo del Amparo!...

—¡Virgen de los Dolores!...

Detrás de nosotras temblaba también un murmullo piadoso; no habíamos sentido llegar á doña Matilde con parte de los criados y algunos vecinos á quienes ella invitó á subir. Preces y lamentaciones llenaron la estancia, y el vocerío que desde fuera levantaba el pueblo convirtióse, de pronto, en un solo clamor:

—¡Cinco!... ¡Allí está la otra!—gritó la muchedumbre.

—¿Es verdad?—me preguntaba Isabel.

Yo recorría con los gemelos el temible escenario, y ella, atormentada, desobediente, abrió los cristales, abalanzándose á mirar.

Una racha del temporal húmedo y fragoroso entró por la casa adelante, batiendo puertas y llenando las habitaciones de lamentables ecos. Nadie se cuidó de

impedirlo, y todos, en ansioso grupo, nos acercamos á Isabel, cuya vista de lince, hecha á navegar en la brava llanura, sorprendió luego la perseguida huella:

—¡Allí está! ¿Ves?... Más hacia el Miradorio... Enfrente del Remedio...

¿Estaba? Sí; al otro lado de la bruma palidecía una sombra casi imperceptible que bien pudiera ser la pobre nave. Lo era; todas las voces lo confirmaban, y una de las lanchas más visibles no se hallaba lejos de la recién aparecida.

Nuestro saloncillo se llenó de espectadores: el anciano médico con dos de sus hijas, señoras muy maduras y habladoras; el indianuco y su mujer, las sobrinas del cura, el tendero y el boticario, amén de otros vecinos más humildes; un enjambre de cabezas repartidas entre los dos balcones. Yo no cedí mi sitio ni tampoco Isabel el suyo, y todos prestábamos atención dolorosa á cuanto se decía sobre las contingencias de la arribada.

Cesó un punto la lluvia, como si el viento la sorbiera; se ennegrecieron más las nubes, henchidas de amenazas, y en la crespa corriente de las olas rugieron las iras del abismo con bárbara embriaguez. Doblaban á rebato los bronces parroquiales y á intervalos gemía, bajo los roncos bramidos del temporal, la campanuca del Remedio; su voz era una gota de esperanza caída en la tragedia.

Sirve aquí de brújula á los navegantes una ermita de la Virgen colocada en la cumbre del Miradorio. Este santuario, de milagrosa fama, no se distingue desde todos los puntos del horizonte que domina y sí

sólo desde cierto lado de la mar. Y los marinos saben que, para entrar en el puerto esquivando los peligros de la barra, hay que afrontarle hasta descubrir la capilla. En teniéndola presente, ya encuentran fácil abrirse camino entre los bajos, por la angosta canal, y á esta maniobra de orientación la llaman «meter el Remedio». «Sacarle» es salir de la rada con idénticas precauciones hasta poner los ojos en la ermita. Cuando el temporal dificulta el rumbo y las furiosas rompientes cierran con múltiples riesgos el paso de la barra, siempre algo temeroso, la faena del arribo adquiere los sombríos colores del naufragio y reproduce lances tan siniestros como éste, que nunca olvidaré.

Una de las cuatro lanchas que habían aparecido más distantes, lejos de avanzar como sus compañeras, íbase retirando hacia la otra, rezagada y confusa todavía en el turbio horizonte.

—Aquéllas no se atreven á acercarse—decía el vocerío señalándolas. Y crecía la angustia al suponerlas débiles y medrosas, vencidas, entregadas á la muerte.

No faltaba en nuestro concurso quien entendiese en lides marineras; un vecino, ex patrón de lancha, jubilado por los achaques y los años, el tío Celedonio—Loño por abreviatura—tomó la palabra, y dijo:

—Esos quieren embarrancar en el sable de la Moria.

—¿Es más llano que romper la barra?—preguntó don Luis, el médico.

—Según... Como llano, ni una cosa ni otra; cuestión de suerte. Allí las peñas despiden mucho arrecife, y no sabemos si el mar querrá abatirlos contra el escarpado ó cara á la playuca.

—Si los echa á las rocas, ¿perecerán?

—¡A ver!...

Se alborotaron voces de mujeres.

—¡No lo permita Dios!

—¡Madre del Remedio!

—Vamos á rezar el trisagio.

Doña Matilde abrió un libro y encendió unas velas; pero el vendaval se encargó de apagarlas mientras las continuas exclamaciones del auditorio interrumpían la oración.

Ya las tres naves más próximas demandaban el puerto con bríos denodados. Batidas por los hervores de la marejada, desaparecían durante segundos, que á los de tierra nos parecieron siglos.

—¡Se duermen!

—¡Zozobran!

—¡Virgen del Carmen!

Crecía en los vecinos acantilados la multitud y los murmullos; gritos y lloros de mujer traspasaban con desgarradora querella las voces furibundas del viento y de la mar.

En el muelle rebullía con inútiles actividades un grupo de atarantados marineros. Les vimos correr y gesticular, hasta que, de repente, dos saltaron á un bote, y con inaudito arrojo hicieron rumbo á la boca del puerto. Entre los que se asomaban, ávidos, á la punta del malecón, descollaba la severa figura de un sacerdote. Era don José, el párroco, descubierto, con el balandrán henchido por el aire y afanosa la actitud; su presencia allí nos impresionó como síntoma cierto del peligro mortal que corrían los feligreses navegantes.

—Los de allí abajo se tiran á la costa, ¿véislo?—murmuró el tío Loño.

Y dilataba sus pálidas pupilas hacia el sitio donde las dos embarcaciones ronceras desaparecían ya detrás de los cantiles. Forma allí la riba un seno limpio y fondable en horas de bonanza, y, según las explicaciones del anciano marino, era la bajamar propicia al peligroso intento de la varadura.

Un buen golpe de gente corrió por la rocosa orilla para dar vuelta al Miradorio y presenciar las peripecias del arribaje; y á este punto los del bote, que pretendían lanzar un cable á los otros náufragos, fueron arrojados contra el muelle, donde la nave se hizo astillas.

Alguien aseguró que las cenicientas espumas quedaron en aquel sitio rojas un momento; que la sangre del héroe hirvió en ellas con cárdenos fulgores. Yo no lo vi. Cerré los ojos espantada por el alarido de la muchedumbre y, al abrirlos, izaban desde el muro á un solo marinero, mientras que una voz más fuerte, más penetrante y aguda que el mugido bronco del temporal, clamaba al borde del cantil:

—¡Mi hijo!... ¡Mi hijo!...

Sobre mi brazo sollozaba Isabel, herida en mitad del corazón por el duelo infinito de aquella madre. Mezclé mis lágrimas á las suyas sin poder contenerme, y balbució con profunda zozobra:

—He visto al *Milagroso*.

—¿Dónde?

—Allí, entre la niebla.

—¿Cuándo?

—Hace un minuto.

—No puede ser, criatura.

En vano requerí los gemelos y consulté los horizontes, opacos, grises, negativos.

—Asomó un barco por el Nordeste—aseguraba Isabel—; navegaba muy de prisa y muy lejos, y tomó el rumbo afuera.

—¡Lo soñaste!

—No; que vi la sombra de los foques volando entre la cerrazón; por el velaje y el derrotero conozco que era «él»... ¡Dios mío!

Pero no me fué posible prestar mucho interés á las visiones de la inquieta madre, porque la lucha de los marinos frente á la barra trascendía á bárbara tragedia, solicitando toda mi atención.

—¡Ni un lanzacabos, ni una pizca de material de socorro!—compadecía la gente.

—¡Han «metido el Remedio»—clamaron algunos.

—¿Es de veras, tío Loño?—pregunté.

—Eslo, hijuca; metiéronle.

—¿Y se salvarán?

—¡Dios lo sabe!

Cayó sobre los espectadores un silencio espantoso; parecía que sólo respiraban el huracán y las olas. En vano los ojos, á ras del agua como el cielo, empañecidos por llantos y por brumas, se hundían en el drama desolados, allá en la cinta hervorosa de las rompientes, las barcas escupidas, azotadas, envueltas, tocaban en las nubes ó descendían al abismo sin vencer ni sucumbir.

Pero un clamor formidable estalló de súbito en las

rocas, y la gente, enloquecida, corrió sin saber adonde; unos bajaron á la playa; otros, al muelle; muchos trepaban á los negros islotes que la bajamar descubre.

—¡Han zozobrado!—decían los gritos, atravesando aquella ráfaga de locura.

Yo corrí también fuera de casa, como los demás concurrentes del saloncillo, impelida hacia el borde de la costa por el vértigo de la tragedia, y, tan atropellada por la emoción, que guardo una idea confusa de aquel momento. Advertí vagamente que había en todos los ademanes un instintivo impulso de tender los brazos hacia el mar: era el gesto piadoso y desesperado que nos confundía en un mismo dolor.

Cuando llegué, pasmada y jadeante, á los bajos de la playa, confieso que en la palidez frenética de las olas no descubrí aquellos puntos negros que la gente señalaba con horror.

—¡Son diez hombres!

—¡Son nueve!

—¡Allí se hunde otro!

Deprecaciones, votos y gemidos volaban en el viento como saetas; para clavarse en el mar.

Me parecía encontrarme entre personas extrañas; de tal manera vi desfigurados los rostros y escuché roncas las voces. Isabel desapareció á mi vista, y el chal de doña Matilde flameaba lejos, en un grupo de rezagados.

Arrodilláronse junto á mí unas mujeres, deshechas en lágrimas; otras, luego, hicieron lo mismo, y yo las imité creyendo que íbamos á rezar una oración de milagrosa influencia. Pero los semblantes se vol-

vían con suprema angustia hacia los muros del puerto, á cuyo borde, erguido, solemne, transfigurado por la compasión y el pesar, el cura, don José, bendecía á los náufragos agonizantes. Sólo entonces vi á flor de las espumas unos brazos, ya rígidos, combatientes aún. Y alguien que avanzó entre los médanos, hundiéndose hasta las rodillas en el mar, aseguró que al filo de las aguas una voz moribunda clamaba con desgarradora pesadumbre:

—¡Cristo del Amparo!... ¡Madre del Remedio!...

Los pescadores que en el drama buscaron el varadero de la Moria tuvieron más fortuna; el ciego impulso de las olas les echó á la arena y tornaron salvos al pueblo cuando las campanas tañían en tristísima posa de difuntos. Habían perdido las artes y roto las barcas; venían mojados y ateridos á paso lento, como criaturas uncidas á un invisible yugo. La amargura salobre de la mar parecía traspasarles el corazón, porque fué á encontrarles al camino la noticia espantosa que enlutaba la aldea y cada uno lloraba entre las víctimas afectos entrañables, Hijos, hermanos, yernos ó parientes de los vencedores eran los vencidos, y á todos alcanzaba el dolor de la derrota en la batalla horrible de aquel día.

Cuando los supervivientes columbraron la playa en la clamorosa procesión de su regreso, ya iba amansándose la tormenta, y la marejada, al crecer, iba arrojando cadáveres á la costa; cinco yacían á lo largo del arenal crispados, retorcidos, según el fiero sorbe-

dor de ágiles vidas desdeñaba la inútil carne de los muertos. Y en torno al macabro botín devuelto á tierra por la mar voluble giraba un atormentado grupo de criaturas.

Ya no lanzaban las mujeres gritos agudos al través del viento; el cansancio y el pesar las acobardaba entre sollozos, radías y lamentables, enfermas con la fiebre dolorosa de una trágica inquietud; querían reconocer el rostro hinchado de cada víctima, inclinarse á mirar el vidrio turbio de los ojos ciegos, sacudir los inertes brazos, tendidos en cruz por la suprema demanda hacia la vida. En las treguas ya largas del vendaval escuchábanse apagados murmullos de terror y de misericordia, débiles llantos de niños que gemían, de hambre y de espanto mucho más que de pena, y sordos aleteos de gaviotas augures; todo ello fundido en el rumor incansable de la marea y en el fúnebre toque de las campanas.

No sé cuánto tiempo anduve sin tino y sin rumbo detrás de Isabel por la ribera, á hurtadillas de doña Matilde, que nos dejó acudir á la parroquia para rezar los primeros responsos. Ni sé cuántas veces me detuve sedienta de pavorosa curiosidad delante de los cuerpos agarrotados en la arena, piadosamente cubiertos con mantas ó capotes y arrastrados con blandura, poco á poco, al cobijo de los pinares, según la mar crecía. Iba Isabel rondándoles de cerca, ansiosa y muda, volviéndose á menudo á escudriñar los cantábricos horizontes y registrando con aire dolorido los despojos que el oleaje devolvía: pedazos de las artes y de las barcas, remos y velas.

Ya crecida la tarde, volvíamos al palacio lentamente, romeras de la triste jornada, cuando mi nodriza tornó á medir con ávidos ojos la llanura cenicienta del mar.

—Un barco—dijo, señalando en la línea del cielo el perfil confuso de la nave—; ¿lo ves?

El rasgo blanquecino de una vela hendía la bruma y abanzaba rumbo al puerto entre la hinchazón rugiente de las olas, todavía desmelenadas.

—Es el *Milagroso*—se obstinó Isabel en repetir con la voz caída y el semblante descolorido. Y quiso que subiéramos corriendo á casa, para dejarme y volar al muelle. No protesté: el cansancio y el frío me atosigaban mucho, y un ansia de reposo y bienestar me iba recordando con secretas prisas el caliente rincón de mi aposento. Ya en su refugio vi poco después cómo llegaba el bergantín amigo, porque él era, barloventeando trabajosamente, con trazas de sufrir averías. Izaba una cangreja y dos foques, halados hacia proa por la relinga, para que el viento los hiriese. Tímido y demandante, el pobre navío interrumpía la soledad adusta de las aguas con un aire tan triste de vicisitud, que me sentí pesarosa de no haber corrido al muelle con Isabel para prestar al viajero más de cerca la compasión de mi saludo. Pero ya la barca del práctico salía con precauciones del puertecillo á dar entrada al *Milagroso*, que, al cabo de lenta maniobra, fondeó cuando la banda de una noche oscura se ceñía impenetrable sobre el mar.

Me impacienté, de ventana en ventana, hostigando las angustiosas tinieblas para descubrir alguna noti-

cia de los combatidos tripulantes, á quienes doña Matilde hizo conocer nuestro deseo de que subieran á calentarse y á cenar.

Allá abajo, desde el fondo de la sombra profunda, temblaban dos luces en la ribera: el farol único del muelle y la olvidada lantía del bergantín.

Y no advirtiendo ya otras señales de los pobres marinos á quienes aguardaba, tuve miedo de mi soledad y bajé al primer piso, donde no era menos grave la inquietud de las horas.

Ardía en el comedor la anchurosa chimenea, bien cargada la turba sobre el inflamado trashoguero, y el perenne sollozo de la marejada se extendía triste como nunca en el fatal silencio de la noche. A pesar del calor y de la luz, un aire desolado llenaba aquel recinto, á cuyo extremo suspiraba doña Matilde sobre una pieza de costura. Mirándome, con los afables ojos distraídos, salió al encuentro de mis preocupaciones, murmurando así:

—¡Cómo debe sufrir Isabel en días como éste!

Su voz, penetrada de ternura, me hizo recordar de pronto que mi institutriz había sido madre: tuvo una hija que vivió dos años y, transcurridos muchos, no hablaba de ella sin dolorosa emoción.

Pensé involuntariamente en la apostura de don Julián, en la malograda niña y en el bello retrato que de su juventud guardaba la señora, y no pude menos de sentir dulce veneración por aquella encanecida cabeza siempre meditabunda, á menudo inclinada bajo la pesadumbre de los recuerdos.

Quizá, por misteriosa correspondencia de impresio-

nes, doña Matilde me compadecía en aquel instante. Su mirada volvía sin duda de lejanos caminos para contemplarme, llena de sentimiento, al través de aquella habitación confortable y abandonada donde mi orfandad parecía absoluta.

Nos miramos silenciosas, muy tristes, como si la cruel tragedia del Cantábrico nos atravesara de repente el corazón. Toda la casa padecía bajo la misma angustia, á juzgar por la aplanante quietud de los habituados rumores; y así hubimos de escuchar, apenas resonaron, las pisadas rudas de unos zapatones marineros.

No era Agustín el que llegaba, sino el patrón y el segundo del *Milagroso*. Mostráronse tardos en contestar á nuestras preguntas inquietas, ya que, á su parecer, lo más urgente era saludarnos con mucha ceremonia, interesarse por la salud de la familia y dar las gracias por el convite de aquella noche.

—¡Pero, Agustín! ¿Qué es de Agustín?—interrumpía yo, apremiante.

Al cabo dijeron que estaba herido. Aun porfiamos algunos minutos para averiguar que la herida no era grave: un golpe en la cabeza producido por la verga de la escandalosa que, al romperse por la encapilladura, cayó sobre el grumete. Como el otro pedazo quedase prendido entre la jarcia, amenazando á los tripulantes, Agustín subió á desprenderle; subió mojado por los rociones de la mar y la sangre de la herida, acechado por la tormenta en el acunamiento insólito del bajel y las ráfagas traidoras del huracán. Nadie pudo evitarlo; él quiso á todo trance librar á sus com-

pañeros de la suerte que había corrido, y se escurrió como una anguila entre los conturbados marineros, trepando valeroso las escalas.

Esto en sustancia dijo el patrón, con otras frases más rotundas y una rara mezcla de entusiasmo y pesar. Era que el pobre bergantín, con una vía de agua, desarbolado, rotos los pescantes y la borda, había perdido el chinchorro y atracaba maltrecho, inútil acaso para muchos días.

Pero á mí no me importaban los achaques del barco; quería saber dónde estaba el heroico grumete.

—Fué á la botica con su madre, y llegará de un pronto—me dijeron.

Llegaba entonces mismo, y como salí á encontrarle, á la semioscuridad del carrejo me pareció que traía en la frente una corona blanca. Luego, á la luz del comedor, vi que el vendaje ceñido á las sienes le formaba un halo de singular hechizo. Bajo la inmaculada cinta, los ojos del muchacho eran más dulces, más audaces y profundos; la sonrisa, más intensa; la voz, más sonora; todo el pergeño de la figura, más decidido y varonil.

Quise abrazar á mi hermano, ennoblecido con la gracia cruenta de la caridad, y me detuve en el intento, confundida por inexplicables temores. Cuando el mozo me dió la mano con cierta soltura nueva y gallarda, me pareció que un hombre singular, protagonista de ensueños ó leyendas, tomaba posesión del puesto que hasta entonces había ocupado en la vida el entrañable amigo de mi niñez. Agustín no era el

mismo; yo lo veía con un asombro inconsciente y dulce, lleno de ansiedades.

Y ya asistí confusa á la velada grave y triste de aquella noche. Dijeron que la mar seguía arrojando á la costa jábecas y arboladuras, restos de bajeles y hombres ahogados; hasta nueve cadáveres se contaban recogidos, y aun faltaban cuatro para completar el terrible número de las víctimas.

Yo escuchaba al través de mis turbados pensamientos, y á cada lúgubre detalle de la conversación parecíame notar cómo crecía una mancha roja que iba extendiéndose sobre la venda blanca de Agustín.

Al acostarme, poco después, cansada y medrosa, la encendida flor de aquella sangre humilde flotaba en mi fantasía como resumen vivo del siniestro, y en el áspero dintorno del drama, la imagen de un héroe me ofrecía la vaga promesa de una revelación.

IX

«LITERATURAS»

Al siguiente día amaneció Agustín con fiebre, y el médico le mandó quedarse en la cama, aunque juzgó satisfactorio el estado de la herida.

—Los golpes en la cabeza son mala broma—dijo, sin fijarse en la angustia de Isabel. Y se propuso observar al paciente con el mismo afecto que profesaba á las personas de nuestra familia.

Hospedábamos al marinero en un dormitorio del segundo piso, cercano al de su madre, que solía compartirle con Guadalupe, ausente á la sazón. Tienen estas habitaciones, como las demás de la servidumbre y casi todas las del piso, aire y luz de altas ventanucas abiertas al mar ó al valle. Y cuando subí, aquel mediodía, á ver al grumete, un tímido rayo de sol bañaba los cristales del aposento y se tendía de soslayo hasta la cabecera de la cama.

No llegué yo á tal sitio con mucha menos timidez

que el sol; estaba todavía alucinada por las tremendas impresiones de la víspera y me pungía el corazón aquel lento retiñir de las posas fúnebres, que no acababan nunca de sonar.

En el tumulto de pesadillas y memorias afirmé aquella noche la creencia de que Agustín se había transformado en otra criatura, mezcla de galán y de héroe, mozo gentil con blusa marinera y corona de vencedor. A un hermoso rasgo de valentía daba yo proporciones de suceso incomparable, y me acercaba temblorosa al amigo, elevado de repente á la sublimidad por obra y gracia de mis fervores.

—¿Cómo estás?—le dije. Y cuando, sonriendo con aire feliz, contestó: —Muy bien—sentí deliciosa gratitud, como si tales palabras me favorecieran de un modo extraordinario.

Se incorporó el herido, vuelto hacia mí con el semblante un poco arrebolado por la fiebre, y, al brusco movimiento que hizo para recibirme, deslizósele por debajo de la almohada una menuda cartulina. Quise levantarla del suelo, pero el mozo, con violenta rapidez, puso la mano donde yo tuve la intención y se quedó mirándome impaciente, fija la calentura de sus ojos en el asombro de los míos.

—¿Es un retrato?—pregunté curiosa.

—Sí—repuso—, y le ocultaba sobre el pecho como una reliquia.

Entró Isabel á dar una vuelta por allí, siempre hacendosa y vigilante. Por hacer algo, estiró la colcha de la cama, resplandeciente de limpieza y pulcritud, lo mismo que el enfermo. Y volvió á salir, acelerada y muda.

—¿Tienes novia?—interrogué entonces, con toda la malicia de mis quince años inocentes.

—¡No, no; imposible!... ¿Novia?... ¡Válgame Dios, qué disparate!—balbució Agustín, muy confuso. Y con avaro gesto volvió á esconder el retrato.

—¡Enséñamelo!—supliqué, desbordada mi curiosidad ante aquella reserva misteriosa. Extendió los brazos para defender el secreto y á su vez rogó, tuteándome como ya no tenía por costumbre:

—¡No me lo pidas, Soles; no me lo pidas!... Es una imagen de la Virgen y tengo promesa de llevarla conmigo, así oculta, sin que nadie la vea.

—¿Para que te salve?

—¡Eso!

—¿Y te haga muy valiente?

—¡Claro!

—Pues lo cumple, ¿verdad?

Agustín sonrió, perdida su elocuencia después de la vehemente súplica. Me supuso conforme con la explicación que me daba y volvió á tratarme de un modo impersonal, á responderme en frases cortas, subrayadas con los ojos y la sonrisa. Pero yo no estaba muy segura de que él no me hubiese engañado y, golosa de la dulce plática, insistí con mucho empeño:

—Cuando tengas novia, ¿me lo dirás?

—¡Vaya!—musitó apenas.

—Eso no es prometer cosa de fuste.

—¡Como no ha de llegar el caso!

—¿Por qué, hombre?

—Porque es imposible.—Lo dijo así, con la voz

alterada, y entornó los párpados, mientras volví yo la memoria hacia la oculta fotografía.

—¿Qué virgen te inspiró ese voto?—pregunté, desconfiada. Vaciló sin dejar de sonreir, y viéndole obstinado en un amable disimulo, dije, cada vez más indiscreta:

—Será la del Remedio...

Alzó mi amigo los ojos, ávidos y relucientes, sin desplegar los labios, y añadí:

—Será la del Carmen...

Volvía Isabel con un vaso de limonada, y, antes de de que pudiera oirlo, murmuró Agustín en un repente ansioso:

—¡Es la Soledad!

—¡Mi Patrona!—exclamé con el pensamiento, cobarde, sin saber por qué, para decir en alta voz cuánto me conmovía la coincidencia.

Llegóse á nosotros muy contento *Amor*, cuñas finas pisadas en el pasillo ya le habian anunciado; apoyó la cabeza encima de la cama, y nos miró lánguidamente, mientras su cola interpretaba un discurso rápido y sonoro, á golpes en el suelo. Le respondimos acariciándole.

—*¡Amor!... Amor!...* ¡Pobre *Amor!*—repetí muchas veces, hundiendo las manos en su leonada piel; no sé de dónde procedía una lástima grande que de improviso me inspiró el animal.

También Agustín le halagaba muy conmovido. Fué doblándose, mudo y serio, hasta reclinar la herida frente en el agitado corazón del lebrel, el cual, temblando sobre sus patas nerviosas, mostrábase, como

siempre, tan sensible á las caricias, que le saltaban en el pecho los latidos de la gratitud.

—Te estás sofocando—advirtió Isabel á su hijo—. Y yo, alarmada por rarísimas confusiones, me despedí hasta más tarde. El grumete y el perro contestaron á mi adiós con un murmullo. Les dejé allí enlazados, palpitantes, mirándome desde el abismo rubio de unos ojos inmóviles y humildes...

Interesantes ocupaciones me alejaron del enfermo aquellos días; aunque subí á menudo á verle, apenas traspuse los umbrales de la habitación. Yo tenía mucho que hacer, y don Luis ordenaba que el paciente hablase poco; una fiebre nerviosa, que algunas noches provocó delirios y que pudo ofrecer complicaciones graves, fué el diagnóstico que el médico hizo de la dolencia. Por dicha, no duraron las horas de inquietud, en que una congestión cerebral parecía iniciarse; la dócil naturaleza del muchacho obedeció á la medicina y triunfó del peligro, no sin que el viejo galeno repitiese, ya en los avances de la mejoría y en son de vaticinio, que los golpes en la cabeza «eran muy mala broma».

Cuando más afligida estaba yo por la cruel amenaza de aquella enfermedad, supe de inesperada manera los detalles del nacimiento de Agustín; me impresionaron mucho. Ya los misterios de la vida replegaban la sombra ante mis ojos de mujer, y al rendirme el tributo de sus iniciaciones, iban dando complaciente luz á no pocas oscuridades de mis raciocinios. Pero la sorpresa de conocer de pronto al padre de mi hermano de leche en un señor de Torremar, me dejó atóni-

ta. Era él entonces juez de primera instancia en el distrito, soltero y buen mozo. Yo le había encontrado algunas veces en casas amigas del vecino puerto y le recordaba de un modo especial por su tipo de figurín y su almibarado empaque: se llamaba don Felix Iturbe.

Dieciocho años antes veraneaba este caballero en nuestra ribera, huésped de la fonda donde Isabel servía; la hermosura de la zagala, huérfana y niña, y la licencia del forastero, galán y astuto, fueron cómplices en uno de tantos sombríos infortunios reservados por la fatalidad al inadvertido amor de las mujeres. No tuvo la pobre seducida ninguna esperanza de lograr reparación á su deshonra; y al refugiarse avergozada en su pueblo, sólo á fuerza de sacrificios y trabajos impuso á los parientes la condición de criar con ellos al hijo que naciera. Tomaron relieve en mi memoria testimonios de la valentía incansable con que Isabel sostuvo aquella imposición durante los años en que la creí viuda. Y al mismo tiempo escuché cómo el padre de Agustín, siempre aficionado á la montañesa costa, que no dejó de frecuentar, se establecía en ella con la investidura de juez, tan ufano y engreído como en sus verdes jornadas de seductor.

Todo esto, con muchos pormenores y comentarios, se dijo en la salona de mi casa convertida en taller de costura por apremiantes órdenes de don Germán, cuya misericordia quiso vestir á la triste población marinera en el grave luto de la catástrofe.

Bajo la solícita gestión de doña Matilde llegaron de Santander piezas de género, varias y abundantes; y mientras se esperaban prendas para los hombres, en-

cargadas también á la ciudad, todas las manos femeninas, hábiles y piadosas, se dedicaron en Traspeña á cortar y coser. Acaso el pretexto de reunirse en cámara espaciosa y caliente, propicia á los murmullos y á la merienda, fueron parte á conseguir faldas y corpiños, delantales y blusas, mandiles y pañuelos en pocos días confeccionados. Si á la caridad se mezclaba algún interés pueril, es indudable que prevalecía el de dar pasto á las lenguas al través de asuntos divinos y humanos con soltura maravillosa; y aunque al principio se suspiraba mucho en tímidas conversaciones acerca del duelo general, fuese poco á poco relajando la tirantez sombría de las pláticas, y sobre la tela negra de los lutos resbalaron cuentos de todos los colores. Contribuyó á estas libertades la forzosa ausencia de doña Matilde, que, preocupada con el enfermo, requerida por sus deberes de administradora y secretaria, había de acudir á multitud de atenciones fuera de la sala de costura y necesitaba sostener una correspondencia frecuente con don Germán.

Pedía mi padrastro, con todos los detalles posibles, saber si sus limosnas tenían alguna eficacia contra los desatados rigores que padecía el pueblo. Y según le dábamos cuenta de unos y otros quebrantos, más profundos á medida que en ellos se hundían nuestros ojos, iba él mostrando la dilección de su alma, sensible como pocas al ajeno pesar; desde los trajes de luto, pasó á ofrecer prendas interiores de ropa, mantas y enseres, donativos en metálico, artes y barquías.

—¿Es tan rico?—le pregunté admirada á doña Matilde.

—Debe de ser millonario—respondió.

Algunos días ella me encargaba que le escribiera; hacíalo yo indirectamente, encabezando á mi madre la carta, pero viéndome, al fin, en la precisión de referirme al «señor Ercilla» ó á «don Germán», y él, entonces, me contestaba en términos amables, empezando por «querida niña» y despidiéndose con «tu buen amigo». Decíame siempre, en tales casos, que mamá «seguía delicada, aunque más tranquila y animosa».

Una de las veces que yo escribí, me tocó relatar la cuita de una viuda que dió á luz en la noche del naufragio, mientras el cadáver del marido era devuelto á la playa por el mar. La infeliz mujer tenía otras dos hijas pequeñas, y ya tan vergonzosas, que no acudieron á probarse los vestidos de luto... porque no llevaban camisa; con las tristes criaturas vivía el padre del náufrago, «ciego de nación», según frase de las nietas, quienes, remediada su interior desnudez, subieron al palacio, muy asustadas y llorosas.

Puse tanta piedad al referir á mi madre esta desventura, que mi carta, ya celebrada por doña Matilde, mereció en Madrid muchas ponderaciones entre la familia; mi tío Pedro, llamándome «romanticona» en una esquela de Pilar, dijo que yo tenía facultades de literata, y Beatriz me escribía «con lágrimas en los ojos» llena de admiración y de entusiasmo por los caritativos sentimientos que yo revelaba y las dotes de escritora que descubría. Y como, para corolario de tal éxito, asignara don Germán á la viuda una pensión, yo me puse muy hueca y comencé á explotar con verdadero frenesí las supuestas habilidades de mi pluma.

Entré á saco en el estilo epistolar, porque necesitaba público que me estimulase, y á vueltas de sendos borradores compuse unas epístolas sublimes, dirigidas con preferencia á mis primos, ya que así me atrevía mejor á vagar por alturas sentimentales y remotas, hasta perderme de vista. Es lo cierto, que hice prodigios de lenguaje y de imaginación, y que me sentí verdaderamente encumbrada á las altas regiones del idealismo. Pilar y Vicente debían de estar pasmados; me contestaban con mucha timidez y yo convertía en homenajes su laconismo, robusteciendo la creencia de mi superioridad.

Durante aquellos días, gloriosos para mis ilusiones, pensé escribir nada menos que una novela; y por de pronto, á guisa de ensayo, me entretuve en trazar la silueta de *Charol*, un golfillo del muelle muy pícaro y muy feo; un niño descamisado también, pero que no tenía vergüenza de enseñar entre los jirones de su ropa el cuerpo flaco y roñoso. Era «hijo por el amor de Dios», como aquí gráficamente dicen para designar á las criaturas cuyo padre no las reconoce. Le echó al mundo una pobre mujer menos virtuosa que despreocupada, madre ya de otros críos abandonados en la Inclusa, si era verdad lo que se murmuraba á paladinas. Difícil parecía suponer si por suerte ó desgracia halló amparo *Charol* junto á su madre, pescadera de oficio, arisca y bruta, que entre juramentos y pescozones dió al muchacho de comer poco y á deshora, y le dejó bordonear sin más afición que la de medir con los pies desnudos el muelle y la playa, ó tumbarse á la batola en el fondo de los *paneles*, al socaire

del puerto. Al cumplir los once años, vivía el pillete harto de mojaduras y de hambres, ayuno de toda disciplina intelectual y religiosa; era fuerte, arriesgado; tenía los ojos turnios, la sonrisa enigmática y el aire furtivo de quien huye con frecuencia los golpes. Se le llamaba por el apodo; no dormía sotechado casi nunca y durante semanas enteras no aparecía por su mezquino hogar. Alguien aseguraba que, entre los botes utilizados para siestas y holgorios, prefería *Charol* el de Martín, aquel arriesgado mozo que pretendió echar un cable á los pescadores el día de la tormenta y pereció en el noble intento, estrellado contra el muelle; hablillas públicas, resonantes en el improvisado taller de mi salona, dijeron, con un poco de lástima y otro poco de malicia, que Martín sentía por el chico una afición algo paternal; que solía favorecerle con ocultas limosnas y había prometido llevarle de motil cuando abonanzase el tiempo. Y desde el día de la catástrofe, *Charol*, más desastrado que nunca, de bruces en las losas del muelle, se pasaba las tardes contemplando absorto aquel sitio fatal de la escollera donde Martín halló la muerte.

Quise enternecer á mi padrastro con las oscuras desdichas del golfo, y las puse á su alcance en una carta muy ampulosa dirigida á mi primo. Yo sabía que entre mis deudos de Alcalá y Madrid reinaban íntimas relaciones, y que mi correspondencia era compartida y celebrada en común; y mientras maduraba el éxito de mis tropos y retóricas en manos de los parientes, fuí «perpetrando» una nueva composición tan retumbante como verídica, que abarcaba desde el ad-

venimiento de Agustín al *Milagroso* hasta la última proeza del muchacho.

De intento dejé para corona de mis narraciones dramáticas ésta, que me tocaba el corazón como ninguna. Pensé vestirla con muchos arrequives y hacer en ella un alarde fastuoso de mis conocimientos náuticos; ¡pues poquitas cosas sabía yo del mar y los peces de colores!

Ya saboreaba el triunfo de mi engendro, postre de la serie con que imaginaba haber dominado el arte epistolar, para desde allí lanzarme por el campo abierto de la fantasía hasta gloriosas cumbres de la vaga y amena literatura.

Estas meditaciones líricas, contrarrestadas con el trabajo material de coser y con los afanes que la obra de los lutos nos acarreó, contribuyeron á distraerme de tal modo, que casi no me di cuenta de que ya Agustín se levantaba. Una tarde le encontré en el pasillo, al buscar á Isabel; más pálido que en plena salud, con el cabello largo partido sobre las sienes y el capote con negligencia puesto encima de los hombros, se me pareció á don Félix Iturbe de una manera prodigiosa.

—¿Vas á salir?—le pregunté distraída en contemplarle.

—Quisiera bajar al muelle.

—Te «tira» el barco, ¿eh?

—Una miaja.

—¿Y qué tal van las reparaciones?

—Despacio, según dice el patrón.

—No se acabarán tan pronto.

—Las terminaremos en Avilés, que hay otros posibles, y aquí se hará lo más urgente ahora... Vaya, hasta más tarde—dijo apresurado.

Quise detenerle mientras reparaba que era más esbelto que su padre, la frente más noble, los ojos más rubios, la sonrisa más cordial.

—¿Tanta prisa llevas?—protesté.

—Hoy me dió permiso don Luis para bajar...

—Aun es temprano.

—Pero luego anochece.

—Todavía no me has contado tú cómo fueron los percances de la arribada.

—¡Bah!... Lo que me hace más duelo es la pérdida del malvís.

—¿Le perdisteis?

—Para el caso, como perdido; así que el maretazo aquel aflojó el estay y triscó la verga, aunque se levantó á bordo una buena racha de trajines y hubo que reforzar las amuras, no pasó un cuarto de hora sin que yo bajase al camarote: allí encontré la jaula, bien trincada al mamparo, según la puse cuando arreció la tempestad... pero el pajarín estaba muerto.

—¿De susto?

—¡Sabe Dios!

—¡Pobrecillo!

—¡Tan guapamente como cantaba!...

—¿Y el perro y el gato?

—Muy campantes; el micho se esconde hasta que amaina, y *Bolina*, el perruco, aguanta siempre las borrascas al socaire de una brazola.

—¿Sin miedo?

—Sin miedo ni vergüenza; á veces nos da risa oirle cómo ladra á los rachones del vendaval y á los salivazos de las olas.

Enseñó Agustín los dientes blanquísimos á lo largo de una sonrisa alegre, y gozando en escucharle, aun le detuve.

—Oye, ¿no me acabas de contar lo que os pasó?

—Pues, nada, como quien dice; capeábamos el temporal por ahí alante, cuando vimos á las lanchas dejar la baera, arriar los trapos y armar los remos. Después las perdimos de vista. La mar, cada vez más arbolada y más negra, nos sacó el chinchorro de los calzos y, con los pescantes hendidos, se lo llevó como una pluma; lo de la verga rota y la herida mía, ya de puro sabido da en cara...

Tuve nuevas admiraciones para la fina cicatriz cubierta de tafetán, tendida como una rúbrica color de rosa bajo el pelo castaño del mozo, sobre unos varoniles pensamientos. Y me volvió á parecer que alboreaba el heroísmo en aquella frente inclinada ante mí con devoción.

La imagen de don Félix Iturbe, rejuvenecida, hermoseada, con los ademanes más sueltos y el aire más bondadoso, iba oscureciéndose por el pasillo, y siguiéndola yo con los ojos, muy conmovida, disculpaba el pecado de Isabel, confuso en las penumbras de mi conciencia...

Aquella noche, á la hora del correo, padecí un desengaño formidable. Al dorso de una carta de mamá,

lacónica y algo sombría, apuntó mi tío: «Nena: Te has malogrado como escritora; suelta la pluma y ponte á zurcir la colada; te quiebras de puro sutil; eso no es estilo, hija mía; es un merengue, una cosa muy retorcida y cursi, oscura, insufrible. No creas que abundo yo solo en tal opinión, aunque los demás no se atreven á decírtelo con esta franqueza ruda que me debes agradecer.

»Escribiste una carta á tu madre que me enterneció mucho. ¡Vamos, casi me hizo llorar! Pero luego te has ido por las nubes, pasándote de lista, y no das pie con bola; ni nos conmueves ni te entendemos. Conque abandona la musa ó lo que sea; llama al pan, pan, y al vino, vino, y déjate de requilorios y de embustes. Y no te aflijas; aunque el arte carezca de sexo, á los hombres, por lo general, nos gustan poco las mujeres artistas. Yo, por mi parte, no me las explico...»

Como de costumbre, añadía el coronel una posdata:

«¡Ah! Tu padrastro es una bella persona; le hemos rendido la fortaleza de nuestras prevenciones, con armas y bagajes, desde las primeras escaramuzas. No merece mi señora hermana tan digno sucesor de aquel inolvidable Fontenebro. ¡Vaya una mujer con suerte y con melindres y romanticismo!... A ti, por lo que te corresponde en este milagroso hallazgo, la enhorabuena.»

El despecho, el sonrojo y hasta una ráfaga de ira me conturbaron profundamente. Rasgué la carta en pedazos menudos antes que la leyera doña Matilde y di muchas vueltas por mi silenciosa habitación, im-

pulsada por la tirantez violenta de los nervios. Cuando hube corrido sin necesidad las cortinas y los estores, deshice aquel trabajo; abrí una contrapuerta para mirar la sombra que nada me decía; desplegué un libro; volví á cerrarle; me miré en el espejo con una sonrisa irónica, muy amarga y terrible; por fin, encogiéndome en la butaca, rompí á llorar.

Media hora después, ablandadas por el llanto las rebeldías del amor propio, vuelto el espíritu á su habitual dulzura, pronta la voluntad al sacrificio, renunciaba yo al arte literario no sin oculto dolor y con ciertas presunciones de víctima. Juzgábame obligada por ruines exigencias al abandono de mi vocación y me consideraba objeto de envidias y maquinaciones fatales.

Borré en el tocador la huella de mis lágrimas y sepulté en el cofrecillo de mis secretos la patética historia del *Milagroso*, ya pomposamente escrita y que no tuve ánimo para romper. De esta manera, las páginas rebosantes de un ingenuo cariño adquirían el profundo valor del ideal, eran testimonio de mi primer renunciamiento, memoria de una esperanza fallida. Y en el casto sigilo de mis evagaciones, el nombre de Agustín guardaba con el sagrado nudo del misterio las ruinas de mi primera ambición.

Cuando me llamaron para cenar, salí de mis arrobos suspirando con el orgullo triste de la desgracia, creyéndome en posesión de la miserable tragedia que, según doña Matilde, llevábamos todos escondida, y suponiendo que en aquel instante la brújula de mis destinos temblaba con las oscilaciones de la «rosa».

X

DESDE EL SOLEJAR

Barridas las últimas hilachas de la tela negra; en orden la salona y muda otra vez, tornamos á la vida solitaria frente al mar, encima del valle, lejos del vecindario, fuera del mundo, según nos parece en ocasiones.

Desde la aldea no sube á nuestra altura otro rumor que el de las campanas; bien es verdad que son vocingleras: la muerte de un vecino, el tránsito de un ángel, la misa, las oraciones, el concejo, el naufragio; toda ocasión de duelo, de gozo ó de piedad; gime, alegra, implora, llama en los bronces parroquiales y viene á decirnos que no estamos solos con el arrullo gigante de las olas y las querellas bárbaras del viento.

Sin embargo, yo me encontré muy aislada aquellos meses; el palique de las costureras, la probadura de los trajes, el reparto de limosnas y consuelos, me habían proporcionado un imprevisto caudal de impresiones y, normalizada la vida de Traspeña, más triste

bajo la reciente pesadumbre, volvíamos á quedar distantes el palacio y el pueblo, inerte yo y sumida en impaciencias oscuras.

Había zarpado el *Milagroso*, maltrecho y lánguido en una pleamar tranquila. Con las velas inmóviles, como si el viento no respirase, fuese deslizando por el bruñido espejo de las aguas, mirándose en ellas con una silenciosa expectación llena de melancolía; á bordo no se destacaba el perfil de los marineros; en el aire no se agitaron voces; en la estela no hervían espumas; el barco navegaba con el sigilo de un «escucho» sagrado que la costa le contase á la mar... Aquel día Isabel lloró al despedirse de su hijo, aunque estaba ya resuelto que Agustín abandonaría en breve la «alta navegación» para gobernar una lancha propia, regalo de don Germán; la antigua promesa de mi padrastro iba á cumplirse mediante el valeroso comportamiento del grumete, cuya hazaña tuvo, sin duda, apologistas más decididos que yo. Pero el interesado no quiso aguardar en tierra la llegada de su bajel y tornó á embarcarse en el bergantín con una prisa algo ansiosa y huraña.

—¿No estás á gusto con nosotros?—le dije frente al mar la víspera del viaje.

—Sí, sí—murmuró conmovido—; pero me hace falta salir por ahí fuera, bregar mucho, rendirme... —Y ponía la mirada rebosante de misterios en un punto lejano del horizonte.

—Parece mal—añadí—que te vayas convaleciente, como si te echásemos de casa, cuando ya tu barquía está en camino.

—Mal está que yo abuse de unos amos tan generosos.

—¿Amos dices?... ¡Vaya hombre, tú no eres criado nuestro!; aquí el «ama» es tu madre.

—¡Sí!... ¡La pobre!...

Pronunció estas palabras con tan entrañable acento de pena y caridad, que nos sentimos consternados, y la perversa imágen de don Félix Iturbe alzóse entre los dos, culpada, burlona, insolente.

—¡Lo sabe todo!—me dije observando la agitación del marinero. Él sentía el influjo de mis reflexiones, y suspiraba, llevándose la mano, dura y morena, á la frente surcada por la cicatriz color de rosa. .

Me expliqué las murrias de mi nodriza, relacionándolas con la presencia de don Félix en Torremar; la cuenta de los días que él llevaba en el país con su flamante destino, venía justa con la del tiempo que yo le contaba á Isabel de honda preocupación, llanto frecuente y turbaciones repentinas. No me sorprendió verla llorar cuando soltó el *Milagroso* las amarras y resbaló mar afuera, con aquel aire extático y solemne de mensajero sagrativo. En mi solicitud para consolar á la madre, puse un interés nuevo, indefinible, mezcla de curiosidad y lástima, que me inspiraron las íntimas desventuras de Isabel, su situación, más penosa con la vecindad de don Félix. ¿Le amaba ella todavía? ¿Le perdonaba?

Hubiera yo querido averiguarlo, hundir en los pensamientos de la mujer honrada y seducida todas las inquietudes de los míos insomnes, agitados por sutiles soplos de la despierta mocedad.

Pero las ansias más ocultas y entrañables se me descubrían, por lo visto, en los ojos, en el acento, en no sé cuál expresión de mi sencillez infantil. Y el ama, decidida y alerta, opuso á mis intenciones todo el pudor de su carácter rudo y hermético, lleno, sin embargo, de fieles ternuras y nobilísimos procederes. Antes que mis labios curiosos rozaran la escabrosa cuita, Isabel me los cerró con un beso vibrante y dulce.

—Ya pronto—dijo, triste—me voy á separar de ti.

—¿A separarte?... ¿Cómo?...

—Pues, ¿no sabes que don Germán nos convierte en pescadores?

—¿Y eso qué importa?

—Importa mucho; necesitamos una casuca al respetive del oficio, y ya la tengo apalabrada para cuando los señores vuelvan. Lupe quedará al lado tuyo en mi lugar.—Trató de sonreir mirándome, y bajó de repente las pupilas, añadiendo con sorda inquietud:

—¡Así será mejor!

—¿Mejor?...—No acertaba yo á combatir sus escrúpulos tácitamente y ella me atajó con avidez, medrosa de que hablase:

—Sí, mejor; ya eres una señorita y no te sirvo como saben hacerlo las doncellas de la ciudad, menos torpes que yo, más á propósito...

Había una contradicción dolorosa entre su sonrisa complaciente y sus ojos llenos de lágrimas.

—¡Isabel!—protesté abrazándola, y á mi tierno reproche estalló en sollozos.

—Pero, ¿qué te sucede? ¿Por qué sufres tanto?, díme.

—No, no; ¡por Dios, no me lo preguntes!—clamó con un acento en todo semejante al de Agustín cuando, ocultándome el retrato, dijo: «¡No me lo pidas, Soles; no me lo pidas!»... Y sin desceñirme los brazos, la pobre mujer murmuró acongojada:

—¿Me quieres «ahora» como antes?

—¡Más que nunca!

Tomó un pico de su delantal para enjugarse el llanto, y con la voz caliente y remisa balbució:

—¡Dios te lo pague!

Yo la quise colmar de consuelos.

—Y mi madre te querrá lo mismo «ahora también»; nadie habla mal de ti; todos te compadecen y te alaban—insinué expresiva.

—Sí; el cielo me ayuda—dijo más serena—; ya ves cuanto nos favorece don Germán.

—¿Te quedarás con nosotros?

—Eso no puede ser.

—¡Porque no quieres tú!

—Allá abajo—pensó en voz alta—sufriré menos... Agustín ya es un hombre y me dará sombra; viviré en un rincón ayudándole á componer las redes, á repartir la rema, á ganar la vida...—Pronunció la última frase con acento firme y rotundo que en su mansa boca de mujer cobró intensidad valiente.

—¡Y yo no soy nadie para ti!—lamenté con pena.

—¡Oh, Virgen Santa!... ¿No comprendes mi sacrificio?... No sé, no puedo explicarme las cosas que se me ocurren...

Mirábame encendida, trémula; y otra vez abocada al llanto, se apuntó la frente para expresar:

—Hay aquí un griterío que me atonta.

Después la mano bajó hasta el pecho:

—Y aquí un dolor que me hiende.

—¡Pobre amita!—dije, lastimada por sus pesares. Al estímulo de mi compasión volvió á derretirse la ternura de la infeliz; de nuevo estuve en sus brazos y entonces me sentí envuelta en caricias y mimos, en palabras rotas y sutiles que me recordaron mi primera niñez.

—¡Soles!, ¡nena!, ¡rosa mía!... ¡No me culpes!; ¡no me olvides, hijuca!... Vendré á verte, á cuidarte... ¡Niña!, ¡pequeña!, ¡hermosa!...

Un diluvio de querellas y halagos, de lágrimas y besos, me enternecía el corazón. Dejándome arrullar como en lejanos días, pensé con honda nostalgia que sólo aquella criatura noble y fiel supo embriagar mis horas infantiles con maternales delirios.

Juntas y adoloridas contemplamos desde mi balcón la casa que en el barrio marinero, á ras del muelle, habitarían pronto Isabel y Agustín. Me pareció muy pobre y chiquita, pero el ama dijo animosa.

—Tiene por detrás una tejavana que sirve para meter las artes.—Luego, volviendo hacia mí los ojos, turbios por el vaho de la pena: —Me gusta—añadió vehemente—, porque desde allí veo tus balcones...

La perspectiva de esta separación contribuyó á entristecerme. Sentí el vacío de mi casa con atormentadora agudeza, y una urgente necesidad de esparcir mi alma fuera de sí misma.

Teníamos en el pueblo pocas relaciones; quizá mi padre no quiso cultivarlas, y mi madre no supo; acaso los dos fueron un poco avaros de su ventura. A él le bastaban sus libros y su familia; á ella las enamoradas solicitudes del esposo. Y Traspeña quedó moralmente lejos del palacio.

Todavía mamá equivocaba los nombres de las señoras que nos venían á ver de tarde en tarde, algo tímidas y muy compuestas; era casi ineludible esta duda.

—La de los mitones, ¿es doña Sinforosa?—preguntaba mamá en sus apuros.

—¡No, por Dios!; es doña Trini, la del boticario.

¡Pero al año siguiente subía la boticaria con guantes, y estábamos perdidos!

Con las hijas del médico y las sobrinas del cura frecuentábamos el trato un poco más, y yo tuve, un tiempo, grandes simpatías por Leonor, una nieta de don Luis, muy graciosa y amable. Mis largas ausencias quebrantaron aquella intimidad naciente, cuyo recuerdo se había extinguido en mi memoria cuando solté el uniforme de colegiala. Las novedades de mi hogar me distrajeron mucho; los sueños y quimeras me apartaron de la gente, y aunque al sentirme sola hubiera correspondido á las atenciones que Leonor y otras muchachas me prodigaron, halléme calificada de orgullosa y arisca, y hube de limitarme á los horribles cumplidos de etiqueta, contrahechos y ridículos, sobre toda ponderación, en la menuda sociedad aldeana.

No sin asombro supe que las reuniones caritativas

en el palacio habían contribuído á separarme del pueblo. Decían las piadosas costureras que yo observaba mucho y hablaba poco; que sonreía con expresión burlona, y sólo para los pobres tenía gracia, como si quisiera constituirme en providencia suya, dándome tono con el caudal ajeno.

Alguien aseguraba que mis silencios y mi aridez eran signos de graves disgustos entre mi padrastro y yo, y hasta dijeron que él y mamá habían tenido que abandonarme por culpa de mi genio estrambótico y huraño.

El soplo de estos chismes dejóme algo confusa y me indujo á un repentino examen de conciencia. Debo confesar que me absolví de vanagloria con los pobres desde el primer momento; yo sabía muy bien que la compasión tenía en mi alma profundísimas raíces y lamenté muchas veces no poder manifestarla en toda su magnitud y reciedumbre tal como la sentía; esperando adquirir con el tiempo fuerzas para sostener en mis hombros grandes obras de caridad. Acaso mis compasiones fueron impulsivas y poco sazonadas; pero eran cordiales, sin sombra del artificio y la ostentación que las quisieron atribuir.

En cambio, si estuve exenta de orgullo al tratar con el señorío de la aldea, no me hallé tan libre de una curiosidad algo maligna escuchando su charla y sorprendiendo sus vanidades. Doña Irene, la del indianuco, llamando *Mariprimores* á su hija Laura y poniéndola por las nubes, me dejaba atónita. Gorda, pequeña, atormentada por el duro cilicio de un corsé raras veces usado, la indianuca estaba á punto de re-

ventar en las explosiones del amor materno. Solía decir, entre otras muchas hipérboles, que su Laura tenía «una virtud sólida» y un «talento nada común». Estas dos frases, que nunca faltaban en los alabanciosos discursos de la mamá, traían siempre como escolta un murmullo de risas y de mordicantes comentarios.

—¡Vaya, la criatura que pasa de los treinta y nadie la dice «buenos ojos tienes»!

—Pues necesita depilatorio...

—Y se tiñe las canas...

—Y usa la *toalla Venus*...

Claro está que doña Irene había hecho mutis antes del estallido de los piropos. Tenía la costumbre de no acompañar á su hija para poder alabarla y salía de las tertulias sofocada en todo tiempo por «el calor de la improvisación», con un anadeo solemne y una sonrisa triunfante.

No me intrigaba menos doña Trini, la del boticario, señora joven, algo literata y muy redicha. Escribía en *El Faro*, periodiquín de Torremar lleno de ripios, tribuna de unos señores que se llamaban unos á otros «ingenios locales». Entre ellos la boticaria resplandecía con luz propia, como única poetisa no ya «local», sino también «litoral».

Ella refería con muchos dengues los principios y avances de su «carrera literaria»: fué en el Colegio donde se revelaron sus aptitudes; en la clase de composición. Desde entonces había colaborado con éxito resonante en periódicos de España y América, y hasta en *Los Lunes de El Imparcial*... Pero no quería exhibirse; sobre todo en Madrid, ¡qué horror!... Gus-

taba del provinciano retiro, del «huerto montañés», y sólo á *El Faro* concedía sus producciones, sencillas, trazadas á vuela pluma, porque, como á buena mujer de su casa, le faltaba tiempo para corregir los versos y aderezar la prosa, mucho más para escribir libros importantes... ¡Ah, si ella no se hubiese casado!... Seguramente ocuparía un puesto de honor en la república de las Letras...

No solía permitirse la boticaria estos desahogos delante de doña Sinforosa, su contrincante en intelectualismo ribereño, la cual justificaba las pretensiones de mujer letrada y culta, con documentos al canto; ¡era maestra superior! Y ante la autoridad del preciado título, parecía inútil que doña Trini se pusiera moños.

—¡Una mera aficionada! —repetía á menudo la maestra, designando con desdén á su rival. Se espiaban los gestos y las frases, se sorprendían los pensamientos, y aunque paseaban juntas, se acusaban mutuamente de plagios y de envidias. Doña Sinforosa «no se rebajaba» á colaborar en periódicos pueblerinos, y sólo escribía en revistas profesionales; su especialidad era la pedagogía...

También me hacía mucha gracia la madre de Leonor, doña Emilia, una habladora sempiterna que hasta para despedirse del templo hallaba necesidad de expresarse de un modo gráfico. Alguien la oyó clamar á media voz cierto día:

—Señor; no puedo permanecer en vuestra divina presencia, porque tengo que coser un cesto de ropa «así».—Y señalando la respetable altura de su cola-

da, se retiró haciendo genuflexiones. Hablaba de continuo: si no tenía con quien, con el gato, con las gallinas, sola y hasta con los ratones; durmiendo soñaba alto, según decía su padre, jefe de una larga familia tan locuaz y cariñosa como inútil.

Los yernos de don Luis eran un par de calamidades: dos hombres ociosos, risueños y fecundos, que amontonaron prole numerosa alrededor del abuelito, pagano hasta donde le alcanzaban las fuerzas, de las risas y retozos de su gente. Amadeo y Fabián, que no llegaron nunca á la categoría del don, primos entre sí, de la clase de «sevillanos» nacidos en la Montaña, enamoraron á doña Emilia y doña Julia, quizá sin la deliberada intención de explotar al médico. Pero él mismo se constituyó en blanco de las tentaciones familiares, oponiéndose á que las hijas idolatradas marchasen de Traspeña con los maridos. Algún tiempo ellos se conformaron con ir y venir solos á Sevilla; después hablaron de lo mal que andaban los negocios, y, por último, traspasaron una tienda que allí tenían, para retirarse á la vida holgona con pocos cuartos y muchos hijos. Dióles á todos albergue el médico en casas de su propiedad, y llevóse consigo á las dos nietas mayores: Leonor y Julita. Viudo, generoso, lleno de indulgencia para las criaturas de su sangre, y flaco de voluntad para defender sus pobres bienes de un absoluto allanamiento, vióse don Luis poco á poco esclavizado á las necesidades de la familia; así, las humildes rentas, las fincas, el sueldo de la titular, los modestos ahorros de la juventud, iban filtrándose al través de las manos pedigüeñas y acariciadoras

que rodeaban al viejo doctor. Él daba sonriente lo que tenía, sin fijarse en su raído gabán ni en el cansancio ruinoso de su existencia.

Lo mucho que en mi casa estimábamos á tan bondadoso señor, no fué motivo bastante para que tratásemos á su familia con verdadera asiduidad; diríase que el palacio, al empinarse en la costa, hubiese roto la frecuente relación con el pueblo. Sólo don Luis y don José, como bravos campeones de la constancia, subían á menudo hasta nuestro retiro, donde siempre se les dispensó cariñosa acogida. Ambos llevaban muchos años en el país, y me habían asistido al nacer: el uno junto al lecho de mi madre, el otro en la pila bautismal. Yo les profesaba un entrañable afecto, y me correspondían con especiales devociones.

Dolíame que la caridad, por encima de todos los inconvenientes pueriles, no hubiera tendido un fuerte lazo entre mi casa y el valle; ¿de quién era la culpa?

No podíamos, ciertamente, hacer muchos favores en vida de mi padre; pero ningún desgraciado llamó á nuestro hogar sin recibir auxilio, y en la comarca se sabía que don Vicente Fontenebro perdonaba á menudo las rentas y no apremiaba nunca á los arrendatarios pobres. No obstante, el más arraigado y viejo solar de la costa sólo recibía una respetuosa consideración en la aldea, un acatamiento lejano y frío, que en los ímpetus de mi cordialidad hubiese yo querido fundir en calurosas amistades. Mas el propósito era, indudablemente, superior á mis bríos, cuando el dinero de Ercilla, puesto con tal esplendidez al servicio

de las cuitas marineras, no bastó para derretir el hielo que nos separaba del vecindario.

Detenidas mis ansias de expansión ante el escollo de semejante indiferencia, comencé á descubrir en el carácter montañés, ahidalgado y despierto, amargas levaduras de fiero orgullo, sordas rebeliones que impiden al menesteroso expresar su gratitud, por limosnas, acaso agradecidas en lo profundo del corazón, y muy pocas veces solicitadas. Hay aquí entre los pobres una ostensible resistencia á tender la mano deprecativa, y una desdeñosa facilidad para dejarse proteger aparentando no conocerlo; su actitud suele parecerse á la de aquellos próceres vanidosos y arruinados que se figuran merecer de los demás mortales toda suerte de sacrificios y solicitudes. ¿Cómo llegué á penetrarme de ello?... Quizá buceando en la propia conciencia, sorprendiendo en su fondo la imagen de un espíritu dañado por el orgullo secular de los señoríos indomables; también yo me dejaba favorecer ocultando mi gratitud bajo ridículas altiveces... ¡Igual que la ignorante pobretería de Traspeña!

Vime retratada en aquel agrio gesto de los vecinos y fuí harto benigna para juzgarle; quise apreciar en él rasgos étnicos de una estirpe noble, atavismos de una raza infanzona y robusta; algo que me favoreciera ó disculpara, á la vez que á mis paisanos. Al perdonar generosamente en los demás la soberbia que en mí reconocía, puse en aquellas lenidades esa oculta inclinación que nos lleva á menudo á justificar las faltas propias compadeciendo y disculpando las ajenas.

No me seducían en aquel tiempo los paisajes mari-

nos, desolantes y turbios, malos consoladores de mis nostalgias, y hube de aficionarme al hondo solejar tendido en el palacio cara al pueblo, dominando su breve llanura. Apoyada en el rastel de madera ó recluída detrás de los cristales, contemplé muchas horas el horizonte, limitado al Mediodía por recias montañas, alejándose al Este y Oeste en estrechas planicies; entre los riscos de la costa y las bravas ondulaciones de la cordillera se humilla la hondonada apacible, con dulce semblante de reposo. Diríase que la mies y los huertos, el caserío y las arroyuelas, los arbolados caminos y las lindes de zarzamora, luego de padecer el vértigo de las alturas y la aspereza de las guájaras, descendieron, rendidos de fatiga, á buscar descanso; ¡con tal placidez se acuestan en la muelle quietud del valle! Algunas casas, algunos planteles cautivos de la alta soledad, no bajaron del todo y cuelgan de los alcores como un tributo que el pueblo rinde á la montaña. También la montaña siente el hechizo del llano y baja á hincar en él los dientes suaves de la niebla; así mordido por las nubes, sombrío y silencioso, está muy triste el valle en el invierno.

Lo miraba yo con una compasión simpática, juzgándolo, como á sus habitantes, víctima de fatal destino melancólico. Ya de antiguo los trovadores vienen cantando la descolorida pesadumbre de nuestro cielo, neblinas y tristezas de nuestros paisajes, y yo estaba aquellos días muy á tono con las dolientes musas del país.

Con aire meditabundo contemplaba el pueblo y

pretendía conocerle en sus aspectos más recónditos, como si un íntimo trato me identificase con él. Allí estaba el Círculo de «La Amistad», uno de esos casinos rurales que obsesionan á tantos novelistas modernos; tendría, de seguro, ancho zaguán; escaleras sombrías, desnudas salas, con muchas moscas en el verano y mucho frío en el invierno; cantina, billares y un amago de biblioteca... Yo no había subido nunca á las habitaciones de «La Amistad»; pero andando el tiempo, conocí otras semejantes al través de la literatura novelesca, con perfiles tan obstinados, que hasta me ha parecido algunas veces trasoir en mis soledades, por arte de sugestión, chasquidos de carambolas, murmullos de críticas y estrépitos de discusiones que pudiesen estallar en el pobre casino de Traspeña... Allí estaba, en frente del casino, la antigua y majestuosa iglesia, con su atrio postizo embadurnado de cal; la Plaza Mayor, con los soportales, donde el comercio luce vidrieras y tenderetes: carne, drogas, dulces, baratijas, telas y zapatos, pan y vino, de todo esto y mucho más se vende en «los portalones», como solemos llamar á la arquería de la Plaza. Allí, la calle de Fontenebro, la mejor del lugar, con aceras y adoquines más ó menos urbanos y un buen caserío de arbitraria arquitectura; más allá, la fuente un tanto decorativa, donde el chorro fresco restalla y ondula como un látigo de cristal; el puente de las Animas, con el humilladero al lado; la capilla del Carmen, pintada de amarillo; el averiado caserón de las escuelas; el hotel flamante del indianuco; la posada de los pobres; el Parador, con honores de fonda; costani-

llas, estradas, viviendas humildes, el río, el camino real.

Para mí, la mayor parte de aquellas casas no tenían paredes, lo mismo que en los vertiginosos cuadros «futuristas». Veía desde mi observatorio los interiores de cada hogar conocido, con asombrosa clarividencia; cómodas con tapete «de gancho»; fanales que enseñaban santos ó juguetes; mecedoras de rejilla; sofás tapizados; espejos cubiertos con gasas de algodón; esteras de cordelillo; arambeles de yute; grupos de postales en los blanqueados tabiques; sillas de anea; lechos pomposos; jardineras con flores de papel; camillas perfumadas y calientes... Sí; era seguro que en sala ó comedor de aquel estilo cosía doña Emilia una de sus famosas coladas, y que en otra habitación semejante planchaba Dolores, la sobrina del párroco, los manteles del altar. Al camarín de la boticaria había que añadirle mentalmente un escritorio, al cual ella denominaba *bureau*, no olvidando cómo en el Colegio, al mismo tiempo que «composición», había aprendido francés. Sobre la carpeta suspiraba, de fijo, doña Trini, «perpetrando» una crónica para el periódico; ¿sería cierto que escribía honra con dos erres? Así lo aseguraba su rival, la maestra superior.

El hotel del indianuco no se mostraba á mis comentarios tan complaciente como las modestas casas del contorno; aunque varias veces estuve en él de visita, tropezaban mis evocaciones don demasiados cortinajes, biombos y mamparas que me impedían recordar bien el aderezo y tipo interior de la vivienda. Profuso mueblaje «modernista», una pianola, muchos

colgajos en las paredes y ampliaciones fotográficas de toda la familia: no retuve nunca más detalles. Era el dueño de la casa tío de su esposa doña Irene, á la cual pensionó en un Colegio santanderino antes de elevarla á la categoría de doña y de consorte. Aquella educación oficial no caló mucho en la ignorancia de la ruda campesina; pero el genio espabilado de la montañesa respondió con algún éxito al barniz instructivo, y pronto la mujer, muy moza entonces, se halló á la altura social de don Gil Pérez, hombre pequeño, cetrino, callado, emigrante á Cuba desde muy joven y á quien yo conocí siempre viejo. De sus bodas con la sobrina tuvo dos hijos: Laura y Manuel, con nueve años de diferencia que correspondieron á otros tantos de separación matrimonial, ya que el marido nunca se decidió á que la esposa le acompañara allende los mares. Al cabo de muchas idas y venidas á la Habana, retiróse don Gil á Traspeña con un modesto capital y construyó la casita, que llamaron *hotel* para darle mayor importancia; la vistieron con mucha cretona, brillantes muebles, retratos y cromos, y, á guisa de escudo, pusieron en la verja del jardín un mote que decía: «Laura». Pero los dueños, padres é hijos, no pasaban de *indianucos* en la pública estimación, acaso por la pequeñez de la estatura en que los cuatro coincidían, acaso por la miseria del origen, que el pueblo montañés no perdona sin humillaciones á los paisanos enriquecidos en el curso de una generación; y había en la aldea muchos vecinos que anduvieron descalzos con doña Irene y don Gil. La hija de estos improvisados señores era menuda, rizosa, ojine-

gra, no mal parecida si el bello sobre el labio superior no la endureciese tanto el rostro; parecíame que en su carácter había adustez como en su cara. Llena de ambiciones y desengaños, Laura envejecía sin pretendientes, porque ni el dote ni los atractivos enamoraban en ella á los caballeros linajudos de la comarca, en los cuales puso los ojos. Su hermano, mejor avenido con la realidad, menos presuntuoso y más apacible, cortejaba tranquilamente á Leonor, la linda nieta de don Luis. Manolo Pérez no estudiaba; hízose bachiller á duras penas y luego se emperezó junto á la novia, pegajoso y holgazán. ¿Qué se dirían en pláticas interminables Leonor y Manuel?...

Muchos días mi espíritu, sediento de comunicaciones, se satisfizo en mudo soliloquio frente al valle. Todo en él se mantuvo dócil y asequible á mis confidencias ilusorias, tanto como en la realidad se me celaba distante y esquivo.

Encaprichada á ratos por convertir en goces reales aquellas dulces pláticas de mi fantasía, hubiera querido iniciar alguna buena obra que sirviese de aproximación entre el palacio y el pueblo; mas las recientes pruebas me habían descorazonado, y no reconocía en mí los prestigios ni la autoridad que fueran menester para tales campañas.

Sólo don José pudiera valerme en aquellos propósitos siendo más joven y menos rutinario, pero, ¿quién le iba con novedades y problemas al pobre señor, tan viejo y triste? Para orar y bendecir, para socorrer á los necesitados con abundancia y prontitud, aun prestaba excelentes servicios; no había que pe-

dirle iniciativas airosas ni encomendarle peregrinos asuntos.

Ya estaba harto alicaído nuestro venerable apóstol; aunque de la figura corpulenta y noble conservase alguna arrogancia, se apagaron mucho las luces de su entendimiento, quizá nunca muy resplandecientes, y aparecía remiso de palabra, torpe de ideas, suspirante y cansado.

Tal congoja de frío padeció aquel invierno en las mañanas crudas, que los acólitos le llevaron al altar una teja con lumbre, y á cada momento el aterido oficiante extendía las manos sobre las brasas, al través del Santo Sacrificio... Recordando la escena sentía que una entrañable dulzura me traspasaba el corazón; al abrirse transidas sobre el dorado rescoldo, junto al ara, bajo el suave murmullo de las oraciones, en la penumbra del tardío amanecer, había en aquellas manos diáfanas y temblorosas un estremecimiento inefable, una gracia tan humilde, tan pura y buena, que yo nunca las vi sin gozo y beatitud; nunca me conmovieron sin hacerme pensar en el frío de la noche sublime de Belén. ¡Manos benditas y martirizadas, yertas como la muerte, voluntariosas y dulces como el amor; siempre en el ministerio sagrado de la Misa me pareció que, al moverse, alzaban soplos de aquel inmenso frío que hizo temblar la Cruz!...

Ninguna fatiga humana quise pedir á las piadosas manos de don José, ni á su gastada imaginación, ni á su voluntad pronta y firme aún.

Guardé el secreto de mis aspiraciones, fugitivas acaso, de seguro volubles; ya de ellas brotaba una

duda con sus ribetes de filosofía: ¿no me bastaba poseer desde el solejar la llanura toda, con privilegios maravillosos de vidente, y extender mis dominios hasta el fin de los horizontes? ¿Podría nunca de otra manera tomar posesión del amado valle con menos riesgo y mayores ventajas?

Cabíame desde allí la suerte de errar por collados y cimas con la soñadora inquietud de mis ojos; aplacar la sed de los pensamientos en profundos hontanares; poner á prueba mi valentía imaginando el bramido del bosque y el arruar de los jabalíes; hartarme de bravura montaraz sin herirme en los abietes ni desgarrar las ropas en el pizco; adormecer el tumulto de mis ansias en las escondidas madrigueras del silencio, para bajar después á la llanura con los arroyatos; y más audaz que ellos, más curiosa, detenerme en las costezuelas aldeanas, en las esquinas y rincones de la puebla, á sorprender el secreto de cada vecino, registrándole á mi antojo el alma y el hogar.

Llegué á engreirme con el convencimiento de aquella dicha milagrosa, y tuve por míos el llano y el monte bajo las alas infatigables de la fantasía.

XI

LECCIÓN DE LIBROS Y PASIÓN DE ROSAS

Cantaban los «marzantes» á mi puerta la misma noche que cumplí diecisiete años, noche benigna, que quiso mostrarse despejada y me halló meditabunda frente á un libro, sola con doña Matilde en el espacioso comedor.

Fluía entonces el tiempo tan suavemente sobre mí, que parecíame escuchar cómo la mansa gota de cada segundo iba cayendo en el tranquilo vaso de mi vida. Con el oído propenso á estos rumores ilusorios no es maravilla que yo creyera sentir algunas veces los mudos pasos de una tristeza inexorable y fatal que se me descubría de soslayo en todas las penumbras y me hablaba con sigilo en todos los acentos; la naciente frondosidad de la selva, las gachas nubes de la costa, los entoldados aposentos de mi casa, el largo anochecer, la noche oscura, iniciaban la furtiva aparición, y dábanle amenazas y murmurios las voces de la

mar y de las brisas, el llanto de la lluvia, los élitros vibrantes de los grillos y hasta el blando espesor de los melancólicos silencios.

Yo padecía con valerosa resistencia el acecho de aquella cuita penetrante; no quería ser una criatura triste. Los anhelos de felicidad cundían de mi alma como fuentes arrolladoras, pugnando con los efluvios del dolor que mi sensibilidad percibía en el pliegue más recóndito de las emociones, allí donde la inteligencia pierde la zona de su luz y se aturde en la linde sombría del misterio.

Contra los sordos gritos de mi perseguidora era mal refugio la solitaria contemplación que me seducía al través del paisaje y que, al fin, me dejaba con infinita zozobra al borde sentimental de las trágicas interrogaciones. ¿Qué es la vida?... ¿Qué es la muerte?... ¿Y el espacio?... ¿Y la eternidad?... ¿Y el alma?... ¿Y el amor?... Quedábame sobrecogida por las más profundas inquietudes, devorada por ambiciones insaciables, y acudía á los libros, sedienta de luz, codiciosa de logros indecibles.

Por fortuna, la biblioteca del palacio era escogida y abundante: filósofos, historiadores, novelistas y poetas, hidalga multitud de sabios y de artistas, clásicos y modernos, decoraban con sus obras las estanterías del amplio salón, abandonado y silencioso como la mayor parte de nuestras inútiles estancias.

Me quise defender allí de incertidumbres y tristezas, poco segura de que no me acechasen con mayor perfidia en la novedad de cada volumen, y navegué

por ellos impaciente, recelosa, casi perdida en el hondo piélago de papel la imantada aguja de mis ansiedades.

La primera dificultad que se me ofreció en aquel empeño era elegir un libro. Entraba en la biblioteca con angustia; ¿qué obra me convenía?

Nunca me pareció más insustituíble la falta de mi padre. Precisamente aquella habitación la había él dejado vacía cual ninguna otra; la huella de su mano aristocrática se mecía, inmaterial como un perfume, en los estantes, en las mesas, en los brazos del sillón favorito, hasta en el aire saturado de humedad, enrarecido por la frecuente clausura de las ventanas. Rásganse éstas al Mediodía, en el piso bajo, un poco asombradas por la saliente del carasol, cuyo viguetaje sirve de arraigo á muchos nidos de golondrinas, y desde el arriate del jardín suben las enredaderas á tender otra leve penumbra entre la luz meridional y el austero semblante de este salón, que no plació á mi madre ni durante las horas felices en que le frecuentaba su primer esposo. Al segundo le vi contadas veces pisar aquel recinto, como si la sombra de su antecesor le impusiera allí un respeto invencible ó le causara tedio la literatura. Aunque yo no era miedosa ni agorera, trasponía aquellos umbrales con inquietud, tomaba un libro al azar y me refugiaba á leer en algún rincón menos solitario y adusto.

Así pasaron bajo mis ojos en atropelladas confusiones muchas obras insignes. Una embriaguez de lectura me dominaba con paroxismos de verdadera pasión; consumía las luces de la tarde en el hueco de

los balcones, y las velas desde la cama alumbrando mis vigilias hasta el amanecer.

Pero creyó necesario doña Matilde hacer uso de su autoridad contra semejante frenesí y tuve que doblegarme á la vigilancia de la buena señora. No se oponía á mis aficiones; mas parecíale imprudente que yo leyera á destajo sin previa censura y pasó grandes apuros con el propósito de aconsejarme.

Por más que conocía, según dijo, algunos autores y otros «le sonaban bien», oteaba entre los volúmenes intranquila y perpleja como yo; más que mirarlos, parecía olerlos, acabando por suspirar:

—¡Si viviera don Vicente!...

Observé que también mostraba allí un respeto algo medroso, andando pasito y haciendo en voz queda sus vagas explicaciones.

—Chateaubriand—decía—me parece mejor que Víctor Hugo; Zorrilla mejor que Espronceda, más á propósito para ti...

—Quisiera saber de escritores antiguos—insinuaba yo, sin confesar que había leído *Nuestra Señora de París* y *El Diablo Mundo*.

Entonces doña Matilde se remontaba á un estante muy enhiesto y empolvado.

—A ver: Homero... Esquilo... Sófocles...

—¡No, por Dios!; más modernos.

—Virgilio... Horacio...

—¡Más todavía!

—Dante... Milton...

—Los prefiero españoles.

—Cervantes... Fray Luis...

Sin decidirme, conociendo ya un poco toda aquella literatura, volvía yo las indecisas esperanzas á cierto armario donde aislaba mi padre á sus autores predilectos; mas creyó mi amiga que, para ponerme en las manos unos libros guardados con llave, necesitaba la anuencia de algún lector inteligente, y dispuso conciliadora:

—Consultaremos á don Luis y don José.

Trajo la consulta nuevas perplejidades; médico y sacerdote llegaron de puntillas á ver los tomos, y hablaron en voz baja luego de contemplar con atención religiosa el grave y severo recinto.

De la codiciada alacena salió un montón de volúmenes en cuyos tejuelos se leía: Plutarco, César, Cicerón, Mariana, Solís, Hurtado de Mendoza, Macaulay... A nuestros críticos «les sonaban» los nombres; pero no se atrevían á decidir. La dulce voz de doña Matilde siguió anunciando, un poco sigilosa:

—Platón... Séneca...

—Son filósofos—interrumpió don Luis, con aire suficiente. Don José repitió, algo mohino:

—Sí, claro, son filósofos...

—Descartes... Pascal... Rousseau...

—Extranjeros; todos extranjeros—murmuraba el doctor con desdén. Y el cura asintió á escape:

—Sí, señor; muy extranjeros, mucho.

—San Agustín... Kempis... Balmes...

—¡Hombre, eso ya es otra cosa!—exclamó el médico casi en alta voz. Y quedóse á medio entusiasmo, con la sonrisa cortada, porque, en realidad, aquellos nombres no le decían mucho. No obstante añadió,

volviéndose al párroco—Gente de Iglesia, ¿eh? Está usted en su elemento.

—¡Ya me falta la memoria!—respondió muy triste el aludido, evadiéndose.

—Pero siquiera de los santos españoles debe usted acordarse.

—San Agustín no era español—intervino doña Matilde, sonriendo.

—¿Cómo que no? Pues bien claro está: ¡¡Agustín!!... Y muchos que tenemos en España. ¡Nombre más sonoro!... ¡Si parece que lleva campanillas!

—¡Toma, y es verdad!—decíame yo interiormente—Es un nombre con música, con repiqueteo de cascabeles y badajos; un nombre que canta y plañe: ¡no es maravilla que me guste!

—San Agustín—afirmó doña Matilde—era natural de Africa.

—Hijo de Santa Mónica—apuntó el cura con timidez.

—Bueno: es igual—atajó don Luis algo confuso—. Sepamos qué clase de libros necesita Solés.

—Los necesito serios y alegres—declaré con firmeza.

—¡Mujer, qué contradicción!

—Serios, para que me digan verdades y me enseñen lo que ignoro, cosas profundas del alma y de la eternidad; pero que al mismo tiempo me den alegrías y esperanzas; no quiero estar triste.

—¿Por qué has de estarlo?—dijeron á la vez el médico y el sacerdote.

Alcé los hombros; no lo sabía. Un largo suspiro

hendió el silencio y sentí mi mano presa en la de doña Matilde. El cura, que meditaba muy abstraído, tuvo una repentina inspiración.

—Teresa de Jesús escribió libros serios y alegres.

—He leído alguno.

—¿Y no te satisfacen?

—Me parece que no los entiendo—confesé.

—Déjela usted de santos, y búsquela un buen novio—clamó don Luis. Y no les fué posible á los censores ponerse de acuerdo en el prolijo expurgo del armario. Después de inútiles dudas, á tientas en el difícil cometido, acordaron repartirse la obligación de hojear las obras que yo había de leer; poco impacientes y muy escrupulosos, entre las tardanzas y las prohibiciones acabaron con mi paciencia, y al cabo de unos días de sumisión eché por los atajos de la indisciplina leyendo cuanto quise, á hurto de mis amigos y guardianes.

Un hambre de saber, una ciega codicia de averiguar, me hicieron disimulada y artera. Escondía entre la labor los libros vedados, fingiendo que trabajaba; poníalos en los pliegues del abrigo durante mis solitarios paseos, para los cuales siempre obtuve licencia, ó debajo de los colchones, á fin de velar embebecida en la lectura.

Anduvo á la sazón doña Matilde muy atareada, dirigiendo una radical limpieza en el palacio y los jardines, para que los señores, al regresar de Madrid, lo hallasen todo embellecido y alegre. Isabel secundaba aquellos propósitos con el semblante cada día más nublado, y Agustín navegaba todavía pendiente de un

compromiso con el patrón del *Milagroso*: quería el buen hombre tenerle á su lado hasta el mes de Junio, en que pensaba retirarse, para trabajar con más sosiego cerca de su familia, en una playa de la costa.

Ya la flamante embarcación del grumete yacía bajo la «tejavana» de la futura vivienda, esperando la hora del bautizo. Era un hermoso bote, cuyo casco lucía gayas rojas sobre fondo gris y un letrero que rezaba: *Cristo del Amparo;* habíamos de apadrinarle don Germán y yo, cuando en junio llegasen á Traspeña el dueño y el padrino.

Mientras tanto, ajena á mis habituales sentimientos, olvidando mis gustos y costumbres, yo padecía una alta fiebre de ansiedad, con delirio de lecturas y enervación progresiva de mis fuerzas. Descolorida, delgada, inapetente, vivía como en sueños, dilatados los ojos y el espíritu ante las eternas preguntas: ¿Qué es la vida?... ¿Qué es la muerte?... ¿Y el espacio?... ¿Y lo infinito?... ¿Y el alma?... ¿Y el amor?...

Los filósofos no me respondían sino con la aspiración perdurable de conocer la verdad. Al través de experiencias y especulaciones, doctrinas y sistemas, «la gran sombra» proyectaba sobre empíricos y trascendentales su trágico misterio. Me inspiraban los positivistas una pavorosa angustia; los idealistas, una perenne ambición: así, á vueltas con mis afanes, siempre insatisfechos, crecientes y abrumadores, miraba todo lo desconocido con trémula inquietud, ponía en todos los pensamientos un prurito de loca indagación, y adopté un aire insólito de perturbada y estrambótica.

Me habían alargado las faldas sin recogerme las trenzas. Mis trajes de última moda, enviados desde Madrid, carecían de la gracia que presta el gozo de lucirlos; yo no buscaba entonces una sonrisa de orgullo en el fondo de mi espejo. Quería únicamente poseer verdades, y como si no me bastara el secreto de mi propia existencia, inclinábame sobre el de otras más oscuras y enigmáticas. Aún más que la vida de las bestias, mi interesaban los arcanos del mundo vegetal. Saber lo que se dicen los árboles y las flores en sus horas de quebranto y de amor; por qué sufren y curan, por qué enferman y mueren: eso pretendía yo, campo adelante, con la fiebre en los ojos y una orla de tierra al borde del vestido. A cada paso me detenía para auscultar los arbustos y las parasitarias, las arrugas de los troncos viejos, los brotes lozanos de la hierba y la flor. Una ternura ansiosa me acongojaba al suponer que sorprendía los sordos estremecimientos de la planta sedienta, los supremos temblores de la hoja moribunda, las heridas mortales en la oculta raíz.

Muchas mañanas, después de hábil escapatoria, amanecí de rodillas en el césped, arrastrando las trenzas sobre el sueño de las flores para verlas despertar; por verlas dormir, prolongué muchas noches el paseo. Supe cuáles eran las diligentes, las dormilonas, las sensibles, las adustas; creí sentirlas enamoradas de la luz, ávidas del aire, medrosas de la tormenta. Y me apasionó el misterio de sus desposorios, el enigma de su fecundidad, el origen divino de su perfume, todo el mudo poema de su vida inocente.

Ebria del encanto y el dolor que produce la curiosidad, alzaba los ojos desde el gran libro de la tierra, insondable y cerrado á mis codicias, hasta el abismo profundo de los cielos. Entonces mi asombro en los umbrales de lo infinito alcanzaba las cumbres del arrebato y la locura, y una impotencia dolorosísima luchó mil veces en los límites de mi razón, desesperada por vencer los humanos horizontes. Algún germen de mi alma, más fuerte que su cárcel mortal, se lanzaba frenético á las celestes inmensidades, atraído por secreto lazo hacia las islas de luz, los bancales de soles, los mundos eternos y las orillas jamás logradas.

Padecí mucho; el vértigo de lo inconmensurable me poseía y despeñaba en hondos barrancos de pasión y tristeza. Llegué á desconocer mis propios anhelos; no supe lo que buscaba y supuse que en lo más incógnito de mi espíritu dormiría la simiente de alguna potencia luminosa que, al fecundizarse y esplender, acaso en la sucesión de muchas generaciones, había de ensanchar con un glorioso rompimiento de tinieblas los caminos que conducen á la criatura hasta Dios.

Pero el fracaso y la ansiedad me dolían tan hondo que, al sentirme esclava de la aborrecida tristeza, busqué llena de congoja un remedio para mis males. ¿A quién pedírselo?

No sé qué impulso cordial me llevó una tarde á los brazos de mi nodriza.

—Isabel—le dije llorando—, ¡estoy triste!

Secó mis lágrimas con ardientes besos y respondió sin ninguna sorpresa:

—Todo el mundo está igual.

—¿Por qué?—murmuré absorta. Alzó los hombros y repuso:

—¡Qué sé yo!

Nos miramos inquisitivas, afanadas, y por sustraerme á la inquietud de aquel minuto, repetí una vez más:

—¡No quiero estar triste!

Hizo Isabel un rápido y apasionado gesto y me pareció que decía:

—¡Ni yo tampoco!

La voz se le quebró tan ahogada en un ronco murmullo, que pregunté:

—¿Hablaste?

—Creo que no... Pensaba que tú debías ser feliz.

—Pues no lo soy.

—¿Y qué te falta?

—Eso... ¡la felicidad!

—¡Mujer!... Tienes honra, madre, hermosura, juventud, posibles...—decía sofocadamente, con la cara tan ensombrecida y tan amargo el acento, que sus frases penetraron en mi conciencia con más eficacia que las de los filósofos. Me avergoncé de fraguar una desventura que estaba lejos de mi destino y no me atreví á contarle á Isabel mis ansias espirituales. Ella, mirándome con zozobra, añadía:

—Si te crees desgraciada, pecas.

Me quise defender de la acusación.

—Antes dijiste que «todo el mundo estaba igual»...

—No sé lo que digo.

Y acabó temblorosa:

—¡Como el diablo anda suelto!

Parecióme que el diablo era don Félix Iturbe en aquella atormentada imaginación.

Por la noche, doña Matilde me observó durante la cena de un modo especial, y sospeché que hubiese conferenciado con Isabel cuando me dijo:

—Tienes que confesarte.

—¿Con quién?—salté escamada.

—¡Hija, con el cura!

—¡Ah, vamos!

Hace días que no bajas á recibir á Dios, y de El nos vienen todos los consuelos.

Quedé silenciosa y prosiguió mi amiga:

—Confiésate bien; pídele al sacerdote auxilio en cualquiera oculta perturbación.—Seguía mirándome con alguna perplejidad, mientras yo hacía propósitos de asistir al día siguiente á la parroquia. Y añadió intranquila.

—Tu madre te va á encontrar desmejorada.

—He crecido—aduje, como si necesitase una disculpa.

—Pero «estás triste».

No me atreví á negarlo, y dejé que la señora continuara diciendo:

—La alegría te sienta mejor que la tristeza; alegre estás más hermosa y te muestras conforme con tu destino, que es envidiable: tu melancolía tiene trazas de ingratitud...

Aunque no era coqueta, cuando subí á mi gabinete corrí al espejo, algo curiosa. Halléme los ojos muy grandes, febriles, extraños; no parecían los míos. Me

llenaban la cara de un desasosiego profundo, anegando las demás facciones, y tuve que sacudir su influencia dominante para reparar en la boca extática, la frente pesarosa y las mejillas mustias.

Sí; era verdad; la alegría me sentaba mejor que la tristeza, y un deseo impetuoso de recobrarla me poseyó el corazón.

Acudí al confesonario, y dije á don José algunas de mis ansiedades, con cierta reserva, temiendo que no me comprendiese. Me oyó cuidadoso, y al través de la rejilla le vi cruzar los dedos exangües, surcados de arrugas. Sin moverse, con los párpados caídos y la voz contenida, respondió:

—Eso que dices son tentaciones del demonio. La vida y la muerte están llenas de misterios, y es soberbia culpable quererlos descubrir... Somos criaturas muy inferiores á Dios, hija mía; poco sabemos de El y de sus grandes obras. No nos queda más recurso que el de la fe y la confianza en los altos designios, que han de ser misericordiosos: ama, confía y espera.

Levantó la seráfica mano para echarme la bendición, y ensanché el pecho, invadida por inefable serenidad.

No salí del templo, aquella mañana, libre de mis deliquios y ambiciones; pero los sentí domeñados por el influjo del sentimiento y un aroma de placidez corrió por los valles de mi alma, allí donde trotaron, rebeldes, la codicia de lo infinito y el dolor de la impotencia. Ya mi voluntad apacible era más fuerte que

el tumulto de mis sueños, y mis locas inquietudes sanaban ungidas por el óleo de la esperanza. Se calmó por encanto mi sed devoradora de lecturas. Una suave inclinación á los libros me resignaba al dulce placer de deleitarme con ellos, y así fué cómo me proporcionaron alguna consoladora sorpresa. En la búsqueda alucinante al través de las estanterías, huyeron de mis manos joyas que después se me dieron por añadidura: páginas exquisitas, impregnadas de fervor y optimismo; libros sentimentales y devotos, llenos de paz; nunca los olvidaré.

Tratando á menudo con estos nuevos amigos, fuí perdiendo la extraña timidez que me cohibía en la biblioteca. Mi familiaridad con unos cuantos autores dábame cierta confianza entre los otros, y ya no entré con aire clandestino á buscar las obras predilectas ni la sala me pareció tan imponente. Una tarde placentera, de las últimas de Abril, alcanzaba yo el volumen apetecido en aquella hora cuando me pareció que llamaban en los cristales; eran los dedos verdes de un rosal empujados por la brisa. Acudí al reclamo y abrí la puerta, permitiendo á una magnífica rosa columpiarse en el vano de la ventana. Al estrépito de las enmohecidas fallebas voló asustada una golondrina; pero tenia su nido al amparo del solejar y tornó pronto, requeridora y mansa: *¡Quivit!... ¡Quivit!...* Cantaba como en los cuentos de Andersen, en el universal idioma con que estas sagradas avecillas se han hecho siempre escuchar por los poetas y los niños, y esperaba, sin duda, á su pareja, que llegó rauda, conferenciante amorosa. La cortina hecha por el rosal

quedó entonces atravesada de trinos y de vuelos, y entró en la sala con el aire y los aromas del jardín el balsámico aliento de la primavera.

Sentí el roce de una sonrisa en los labios y ocupé el antiguo sillon de mi padre sin temores pueriles. Ya no iría, como otras veces, á gustar el libro lejos de allí; posándole en la mesa, á orilla de la floreciente ventana, eché á volar los pensamientos por encima de la rosa, más allá del canto de las golondrinas, hasta el horizonte azul.

En aquel divino minuto nada me interesaban las verdades de la vida y de la muerte, las teorías de los filósofos, las sentencias de los sabios. Tenía las manos cruzadas sobre las estrofas de mi poeta favorito, y abierto el corazón á un raudal perfumado y caliente de extrañas emociones.

Las mentiras, las más encantadoras mentiras del mundo, me rondaban, en cambio; quimeras irrealizables, recuerdos de cosas imaginarias, sensaciones nuevas, audaces propósitos... Asocié de repente aquella resurrección de mi alegría con la memoria de cierto baño de sol y de mar; la silueta del *Milagroso* se manifestaba en la evocación con la misma intensidad que el agua y la luz. Y mi espíritu nadaba hacia el barco entre resplandores y delicias, pugnando por lograrle y gritar en la borda el nombre argentino de mi hermano el grumete. ¿Le pronuncié?

Una vibrante carcajada rodó por el salón; ¿pues no me habían engañado las golondrinas imitando el acento agudo de aquel nombre?

—*¡Quivit!... ¡Quivit!...*—repitieron, mirándome al

través de las ramas, con un poco de burla, á mi parecer. ¿Me había yo dormido?... ¿Soñé acaso?

La tarde se detenía en las cumbres antes de oscurecerse y, cuando atraje hacia mí la rosa para aspirar su esencia, imaginé que el rojo cáliz palpitaba caldeado por una pasión... Lanzaban ya las avecillas su postrer vuelo fuera del nido: *¡Quivit!... ¡Quivit!...*

XII

DON JUAN

Llegó junio muy ufano, vestido de toda gala, y con él una noticia sorprendente para mí. Pilar no venía á Traspeña aquel verano, según me habían prometido, porque tenía novio: un joven soldado de grandes méritos, que pronto ascendería á capitán y que estaba de guarnición con mi tío. Me lo decía la enamorada en unos renglones cariñosos, añadiendo que sus padres quedaban conformes con aquella elección, sobre la cual no quiso escribirme hasta verla consentida y formalizada, cosa que acababa de suceder. Llamábase el prometido Enrique Medina; era andaluz, buen mozo, serio y amable; muy valiente.

Ponderaba mi prima las excelencias de su amado con un calor de que nunca la creí capaz. Y yo, alegre con las alegrías suyas, pesarosa de no verla, conmovida por singulares confusiones, miraba al mar por

donde había de aparecer el *Milagroso* con la luna creciente.

Mi madre arribó primero que el bergantín. A pesar de la fatiga y el desaliño del viaje, me pareció tan hermosa como siempre, frágil y delicada como una flor. Nuestro abrazo fué muy estrecho; nos miramos á los ojos, y en los suyos aparecieron lágrimas. ¿Eran pór mí?. . ¿Por ella?... No lo supe; en la duda, acepté con poca efusión la mano que me tendía don Germán. Mientras mamá descansaba hasta la hora de comer, él buscó en los equipajes los regalos que me traían, y los envió por Guadalupe.

—Esto de parte del señor.

Era un gran paquete con vestidos de verano, algunas alhajuelas y monadas.

—¿Y cómo sigue mi madre?—pregunté sin prestar mucha atención á los obsequios.

—Pues, mire, niña, está lo mismito: triste, dengosa, encaprichada por cuanto hay, para luego cansarse de todo y decir que nadie la quiere, que no la la cuidan, que ya pronto se irá á la sepultura, ¡quién sabe las cosas!

—¿Pero no la han visto los médicos?

—¡Uf!... ¡Cansados de verla!

—¿Y qué dicen?

—Que todo el mal está en la mente.

—¿En la mente de quién?

—¡Digo!... ¡De la señora! Ella discurre fantasías, y luego cree que son verdades.

—No te entiendo.

—Piensa que le duele el corazón, que se le pican

los pulmones, que ya no es hermosa, que no está el señor prendado de ella... Y para creerlo, suspira, tose, llora, se desmaya...

—Nadie se queja por su gusto—dije, algo enojada contra el tono de censura empleado por Guadalupe.

—Así es—afirmó—. La señora padece una enfermedad que la obliga á quejarse sin que la duela cosa ninguna: toda la falta de salud la tiene en el pensamiento.

—Pero la tiene y sufre.

—Eso es lo triste—replicó la mulata, muy plañidera—. ¡Pobre mía de mi corazón! ¡Tan linda, tan inocente y sin hiel como una paloma! ¡Con un esposo tan cabal!...

—No será mejor que mi padre—interrumpí.

—Es igualito de bueno: un santo. Pero usa menos labia que el difunto don Vicente.

—Ella dice que aquél valía más.

—Porque la trataba como á una niña regalona, con mimos y embelecos; y éste quiere tratarla como á una mujer.

—Mi padre no era engañador.

—¡Ni quien lo piense! Era lisonjero y amoroso al estilo del mundo; como para arrullar á mi palomita.

—Pues don Germán estaba en el deber de hacerla dichosa.

—¡No es hombre para ella!—musitó Lupe, avergonzada de su propio atrevimiento—Para usted, niña Soles, hubiera sido mejor...

—¡Jésús!

—¡No se disguste, no me mire así! En el genio,

los gustos, las palabras y los sentires, á usted todito se le parece...

—¡Estás loca!—prorrumpí con tal enojo, que Lupe respondió humilde:

—¡Puede ser!

Y bajo el peso de mi indignación fué retirándose hacia la puerta, alebrados los ojos, confundida en una mansedumbre servil que me dió lástima; parecía un tímido animal amenazado.

—Mujer—le dije entonces con menos acritud—, ¿imaginas que hubiese yo podido casarme con don Germán?... Es viejo y huraño.

—¿Huraño?—interrogó con asombro.

—O triste; lo mismo da.

—Sí; él tiene una pena...

—Lo que tiene—insistí—es obligación de hacer feliz á mi madre.

—Pues la compra cuanto ella quiere; la lleva donde ella dice; la acompaña; la cuida... pero no la adula.

—¿Adular? ¿Y para qué?

—Me equivoco.. Quiero decir que no la camela... ¡Vamos, que no la enamora como el difunto señor!

—En fin, ¡que no la entiende!—murmuré abriendo un libro para dar por terminado aquel palique. Y al sentir que la mulata me dejaba sola, suspiré oprimida por el peso de las incertidumbres y cuidados que volvían con mi madre. ¿Tenía ella culpa en el fracaso latente de su matrimonio, ó la tenía el marido? Parecíame que todas las opiniones que yo hubiese podido consultar en aquella duda estaban á favor de él y que la mía debía quedarse, por lo mismo,

al lado de mamá incondicionalmente. Y aunque á flor de sentimiento juzgaba yo simpático este deber, no me creía con muchas fuerzas para practicarle. Quise buscarle apoyos en el cariño filial y tuve miedo de no hallarlos bastante firmes, porque, á menudo, una sombría nube me dejaba á oscuras por los caminos de aquel amor... Pensé reavivar los antiguos rencores hacia mi padrastro y en el fondo del ruin pensamiento sólo encontré una mentira y una vergüenza: ni yo aborrecí nunca á don Germán, ni era digno de mí el propósito de aborrecerle. Una superficial insidia, obsesionante y morbosa, ponía en contradicción mi alma y mi actitud al verme cerca de este hombre. La costumbre de mostrarme esquiva con él arraigó en mis hábitos por encima de los sentimientos; la indiferencia que mamá puso entre los dos, hizo más ostensible nuestra distancia, y luego me sostenían rebelde, contra mi voluntad, el amor propio empeñado en aquella vana altivez y el temor supersticioso y profundo de abandonarme á una apasionada ternura hacia quien fué causa de mi terrible desengaño.

Si creí monstruoso aborrecer á don Germán, quererle mucho me seguía pareciendo ingrato y lesivo á la memoria de mi padre. Un término medio entre el odio y el amor hubiera sido para mí la tranquilidad en tan fuerte disyuntiva; pero, ¿cómo lograrlo? Juzguélo difícil, y las ingenuas palabras de Guadalupe me penetraron la conciencia. Sí; era indudable; yo simpatizaba tácitamente con los pensamientos y las inclinaciones de aquel señor. Cuando él decía una cosa, ya la había yo pensado; cuando manifestaba un

deseo, ya lo había yo sentido. Su voz me conmovía de un modo singular, como si respondiera al reclamo de un acento muy escondido en mis entrañas, y sus ojos, enigmáticos y oscuros, ofrecían siempre á los míos una aquiescencia tan amable, una dulzura tan devota, que en cualquier lance angustioso de mi vida los hubiera búscado con esperanza... No, yo no podía presentar á mi padrastro la frente con un respeto afectuoso y comedido ni alargarle la mano como á un amigo cualquiera; ó rehuía cerca de él toda expansión cariñosa, ó me arrójaba en sus brazos llena de confianza y de amor, alma con alma, en un divino encuentro.

Exaltada y confusa, me sorprendió la hora del mediodía, y cuando bajé de mi gabinete, ya me esperaban en el comedor. En vano las flores prodigadas por doña Matilde, la suave luz tamizada al través de las cortinas y el apetitoso olor de los manjares, convidaban allí á la intimidad; una tirantez violenta nos cohibía, mudos delante de los platos, expectantes y serios sin saber por qué.

Mamá, con un precioso vestido, un poco lánguida, muy absorta, dió en mirar fijamente á un retrato de mi padre, en otro tiempo colocado por ella debajo del gran reloj. Acabó don Germán por contemplarle también, y luego clavó la mirada en mí; la sentía indagadora por encima de mis párpados caídos, y tal impaciencia me produjo, que los alcé, tratando de interrumpir aquella muda exploración. Los ojos graves del caballero, enterados al punto de mi súplica, me dejaron tranquila, y doña Matilde logró juntar unas pocas palabras.

—¿Ya sabes—me dijo—que vendrá este verano tu primo Vicente?

—Me alegro—contesté sin mucho calor, y mamá, reprochando aquella indiferencia, salió de su arrobamiento para decirme:

—Pues le debes recibir con gozo porque, además de ser tu primo, era ahijado de tu padre y lleva su nombre.

—Preferiría—repuse—que viniesen Pilar y Beatriz.

Pregunté por el novio de mi prima, y mamá creyóse obligada á suspirar y mover la cabeza con aire desolado.

—Es un chico excelente—aseguró don Germán.

—¡Sabe Dios!—replicó ella enigmática.

Dijeron que la boda estaba concertada para Octubre, y como no se ponían de acuerdo en augurar á los desposados largas venturas, doña Matilde hizo habilidades para cambiar de conversación.

—El que ha venido hoy con ustedes es don Juan—recordó.

El rostro de mi madre se alegró de repente.

—¡Ah, sí! Dicen que está casi curado.

—Pues bien lo disimula—sonrió don Germán—. Le hemos traído en el auto desde la estación hasta su casa, y nos ha divertido mucho con sus disparates.

—En algunas cosas está muy cuerdo—insistió mamá—, y conserva siempre su galantería de hombre de mundo; sabe decir las palabras que más gustan, las más dulces y hermosas.

—Sí, sí; es un loco sublime—afirmaba don Germán, riendo con un amago de ironía.

Comprendí que hablaban de don Juan Valdés, un

señor á quien sacaban entonces del manicomio, muy aliviado de una larga dolencia mental. Era hombre distinguido y culto, doctor en Leyes, íntimo amigo de los Fontenebros y muy aficionado á Traspeña, donde nació y donde sus dos hijas, una soltera y otra viuda, vivían en holgado retiro, entregadas á las devociones y envejecidas en plena madurez.

No tuvo don Juan con quién partir su abundante patrimonio, y cuando á la mayor edad entró en posesión de él, huérfano y libre, guardó en su equipaje de aventurero el título de abogado y paseó por medio mundo la bullanguera mocedad. Contaba mi padre que algunas veces aparecía Valdés en Madrid, haciendo mucho ruido entre los más revoltosos calaveras de aquel tiempo, hasta que en cierta ocasión había llegado á la corte con una dama inglesa diciendo que era su esposa. Instalóse con lujo y emprendió una vida moderada muy recogida en el amor y el orden, con asombro de cuantos le conocieron siempre inconstante y libertino. Cuando papá volvió á verle al cabo de algunos años, le halló viudo, con dos niñas preciosas, transformado en un hombre silencioso y triste. De taciturno trocóse en maniático, hasta que un día dió señales de loco. Yo le conocí, siendo muy pequeña, acompañado de dos guardianes por los hondos caminos de la costa, cuando los médicos quisieron probar si una existencia solitaria y campestre podía convenirle. Después el yerno le recluyó en un sanatorio, y, al fin, las hijas le sacaban, incurable y tranquilo, víctima de una enfermedad que los frenópatas llamaron «demencia secundaria».

Al evocar estos detalles, mientras servían los postres y languidecía otra vez la conversación, yo pensaba con tristeza en las hijas de don Juan, dos mujeres lacias, rubias, histéricas y misteriosas. Se habían refugiado en su caserón montañés al enviudar prematuramente la mayor, y hacían una vida rara y oscura entre la Iglesia y la casona, sin amistades ni expansiones, en absoluto divorcio con el pueblo. Aseguraba el párroco que eran muy compasivas y suponíamos que hiciesen las limosnas por mediación de él, ya que no daban indicios de una caridad comunicativa y sensible. Decía el médico que estaban enfermas, y contaba la servidumbre que permanecían horas enteras sin hablarse, encerrada cada una en su habitación. Desde nuestro solejar se ve la casa y el jardín de «las inglesas», como las llamaban, sin duda por el origen de la madre y el tipo sajón de las señoras, y á menudo contemplé con lástima los graves perfiles de aquella silenciosa finca. Aparece la casona destartalada, con vestigios de un largo abandono, y á su lado el jardín, lleno de melancolía, hunde en el valle las altas cercas que sólo descubren el sombrío dosel de la almajara; más que jardín es bosque, donde las rosas crecen descoloridas entre el boj, y corre el ajenuz vicioso por los arbustos y los céspedes. Una tarde, bajando del monte, sorprendí entornada la puerta del extraño vergel y cataron mis ojos los pálidos senderuelos comidos de yerbatos, la espesura salvaje del bosquecillo y la enmarañada floración de los planteles: recio perfume de mirtos y azucenas me detuvo embriagada, y un hálito de penas y silencios me

acarició la frente pensativa. Desde entonces la parda sillería del caserón y la hondonada oscura del jardín me producen infinita tristeza, y suelen perseguirme las imaginaciones de episodios dramáticos, en que allí toman una parte fabulosa el álabe gimiente de cada llorón y el trémulo corimbo de cada planta...

Removía yo aquellas impresiones con cierta curiosa pesadumbre, cuando anunciaron á don Luis, que subía á saludar á los viajeros. Después que mi madre se querelló de sus dolencias, asegurando que no les hallaba remedio ninguno, hablaron de don Juan, en torno á las tazas de café, y el médico anunció que venía de verle.

—Está mucho mejor de lo que yo creía—dijo—. Su lesión se ha estacionado en una psicosis funcional, caracterizada por humor alegre, exageración de movilidad y aceleración de ideas: todo ello con ese tinte delirante y ambicioso que se llama también «megalomanía».

—En efecto—corroboró don Germán—. Supone que ha sido almirante de la escuadra española, nada menos que al través de los siglos; de la *Invencible* para arriba y para abajo. Trasiega nombres de reyes y emperadores muy amigos suyos, y nos convierte á todos en personajes: yo soy don Alvaro de Luna, y mi mujer, la reina Victoria. Pero encuentra muy natural que vivamos juntos; recuerda perfectamente esta casa, y ha dicho que subiría en seguida á vernos.

—¡Ay, qué divertido!—exclamé.

—Sí; es muy gracioso—dijo mamá sonriente y animada—. Él cuenta que viene á desempeñar el car-

go de comandante de Marina, que este puerto es importantísimo y le visitan los reyes á menudo: asegura que en breve arribará el *Giralda* con Don Alfonso.

—¿Y no habrá peligro en recibir y tratar á ese señor tan «de remate»?—preguntó alarmada doña Matilde.

—Ninguno—afirmó don Luis—. Ha venido á caer en un estado crónico apacible, una hipomanía inocente que no suele curar ni agravarse... Y ha resuelto el problema de vivir con ilusiones. ¡Más lástima tengo de sus hijas!

Todos quisimos saber por qué, y el médico añadió:

—Las dos ofrecen taras inconfundibles que son el precedente de la herencia: no auguran nada bueno.

—¿Pero van á volverse locas?—interrogó mamá:

—¡No sé, no sé!... La mayor tiene ya síntomas de ese estado estuporoso que precede á la demencia, y mucho temo que se repita en ella el sino de su padre: enviudar y enloquecer.

Aquí mi madre creyó que era de todo punto imprescindible exhalar un hondo suspiro y levantar los ojos al techo. En tanto el esposo averiguó tranquilamente:

—¿Y la otra hermana?

—También manifiesta igual predisposición. Por ahora discurre bien; veremos cómo se defiende del contagio; ¡lo veo difícil!

Yo dije cuánto me intesaban aquellas mujeres entrevistas apenas, y pregunté muchas cosas suyas. Pero don Luis sólo supo que tenían dos sirvientes: una antigua, que las zagaleó; otra moza, de Traspeña, para los trabajos más ordinarios. Con don

Juan habían traído de Madrid un criado y acompañante á quien el enfermo llamaba «mi segundo». Y la finca estaba por dentro, como por fuera, abandonada, sin la compostura y aliño que revelase gracia ni juventud en las señoras.

Oscurecióse la conversación con nubes de melancolía, indefinible angustia que á mi parecer volaba hacia nosotros como una mariposa desde el triste jardín de «las inglesas»; pero don Germán creyó que el nublado venía del cielo ensombrecido de repente, y levantó los estores, dejando qne el parque nos metiera en el comedor los verdes tonos de su opulento vestido. Una ráfaga de aire húmedo y perfumado llegó hasta la mesa entre confusos rumores de trinos, ramas y vuelos, y comenzaron á sonar gruesas gotas de lluvia, atemperantes del rabioso calor de la mañana: todos volvimos la cara hacia la puerta para recibir la frescura de aquel saludo...

Por la tarde, ya bien sorbido el aguacero por el campo muerto de sed, consintió mamá en dar una vuelta por la finca, entre las sembraduras, las flores y los árboles.

Iba doña Matilde explicando el progreso de legumbres y planteles, su clase y utilidad, con cierto orgullo de labradora que sentaba muy bien á la finura de la dama. Recogía el vestido con pulcritud, enseñando unas abarquitas negras y lustrosas, elegantes como zapatos, y apuntaba con un dedo primoroso á cada vegetal preferido.

—Coles de Milán y de Nápoles; berza tronchuda y de pie corto; guisantes enanos; lechuga de Malta, calatraveña, imperial, del rey, moronda...

—¡Pero si todas parecen iguales!—sonrió mamá.

La cabeza gris de doña Matilde negó con un movimiento aristocrático y expresivo.

—Pues son diferentes, y aun tenemos la de alfanje, que espiga muy pronto, y la palatina, que acogolla mucho.

Yo meditaba en la posible sensibilidad de aquellas existencias inferiores, mudas y pasivas ante mis curiosidades, y don Germán oía con deleite la explicación de su administradora.

—Aquel cuadro es de repollos; los hay de varias clases: de York, corazón de buey, navarro, flamenco...

Lanzó mi madre una carcajada.

—¿De qué te ríes?—preguntó el marido algo ceñudo.

—De este plantío internacional.

Y como la miramos con aire de reproche, siguió riendo, riendo, cada vez más impertinente.

—Esto es nervioso—dije en voz queda por disculparla; pero debió de oirlo, y apoyándose en mi brazo igual que si fuera á desmayarse, trocó su risa en lágrimas y temblores con una facilidad asombrosa. Doña Matilde, después de contemplarla un momento, prosiguió tranquila hablando con don Germán, y al cabo de alguna vacilación, él volvió á escucharla, camino adelante, muy correcto y solícito. Aun entendí cómo ella decía, señalando á los árboles:

—Las peras de bergamota vienen este año un poco ruines; las de don Guindo...

No supe qué hacer en mitad de la vereda, sosteniendo á mi madre, que seguía entregada á un llanto espasmódico y absurdo; tuve tentaciones de gritar injurias á los que se alejaban ó decir insolencias á la que gemía. Ella aludió, entre sollozos:

—¡Ya ves que no me quiere ni hace caso de mí!

—Has ofendido á doña Matilde—repuse incomodada—. Te portas como una niña sin educación, y acabarás por aburrir á todo el mundo.

—¿Me insultas?... ¡Esto sólo me faltaba!—clamó redoblando sus lamentaciones.

—¡Madre, por Dios!...

Languidecía sobre mi hombro cada vez más, obstinándose en repetir:

—¡No me quiere, no me hace caso!

Y yo contemplaba al supuesto delincuente, muy emparejadito con doña Matilde por la estrecha ruta. Se detenían á menudo para observar alguna cosa á ras del suelo, y más allá hacían alto, mirándose al través de la conversación, como si en prolongarla se recreasen.

Orillando los planteles del huerto, les vi llegar junto al palacio: sus elegantes figuras se dibujaban con una fina majestad, en aquel fondo señoril, sobre el tostado asperón de la fachada. Los dos tenían nieve en los cabellos, gentileza en la apostura y un aire de suprema bondad en las distintas expresiones de la palabra y el semblante. Allí erguidos en la suave cumbre, donde era la casa dominadora de la huerta,

me parecían los señores del valle y del solar, las almas predestinadas para un amor exquisito y profundo, lleno de fortaleza y mansedumbre. Hasta hubiese jurado que la luz les formaba un nimbo al caer entre las crenchas del moribundo sol; que el celaje se inclinaba á escucharlos con una blanda melancolía hecha de sombras y misterio... Exhalaba la vegetación, húmeda y frondosa, un vaho caliente, empapado en fragancias; adquirían las ondulaciones de la tierra morbideces sensuales bajo la dulzura del crepúsculo; perdíanse las hondas lontananzas en vagos sumideros de penumbras.

Y llegué á imaginar, en una repentina exaltación, que todo el paisaje maravilloso florecía para servir de espejo al ocaso de aquella pareja.

—Sí— decíame obsesionada y envidiosa—; don Germán y doña Matilde han nacido el uno para el otro; se completan, se bastan: ¡merecen reinar solos en el valle frente á un sol que se muere de celos!...

Volvióme á lá realidad un fuerte suspiro, que trataba sin duda de aliviar un corazón, porque vi á la suspirante secándose los ojos con cierta prisa y tratando de poner orden en sus cabellos, algo esparcidos fuera de las sienes. Cuando quise asombrarme de la repentina bonanza, oí decir con dulzura:

—Allí viene don Juan.

Por una vereda silenciosa llegó un señor cetrino, ceñeño, sonriente, muy arrugadito el semblante, pero bien plantada la figura y llenos de expresión los ojos, oscuros como el bigote, que apenas blanqueaba.

Saludó á mi madre con gentil reverencia y preguntó melifluo:

—¿Es esta la Infantina?

—Mi hija, Soledad.

—Sí; la señora Infanta—y volviéndose al criado que le seguía, presentóle á su vez—. Mi segundo.

El sirviente permaneció apartado, y mamá, sin acordarse de sus querellas, propuso que nos fuéramos á sentar debajo de los magnolios, á un bello rincón del jardín desde donde se domina el mar y el valle. Anduvimos, mientras decía don Juan Valdés:

—Pues, sí; yo conocí á la Infantina cuando los funerales de Felipe II... ¡Qué tiempos aquellos!... Pero no ha cambiado; está muy guapa, y se parece mucho á vuestra majestad: la hubiera distinguido entre mil; esas trenzas no se confunden, ni esos ojos, ni ese talle... ¡Es un retrato vuestro, señora!

—Más morena, más alta—dijo mamá, tomando en serio la conversación.

—Como que es nacida en los Madriles, y usted natural de Inglaterra, rubia como las de allá abajo.— Señaló hacia su casa, y yo me apresuré á decir:

—¿Habla usted de sus hijas?

—¿Hijas?... ¡De su padre serán! Yo estoy célibe, por fortuna. Eso de casarse, ¡nones! Así, libre, me encuentro muy bien... Aquellas que digo son señoras muy principales, algo chifladucas y enclenques: les doy posada desde que se arruinaron por la muerte de sus esposos, los condes de Carrión...

Habíamos llegado bajo los magnolios, y allí estaban don Germán y doña Matilde, mano á mano, muy

conversadores. La saludó Valdés á ella con rendida finura, llamándola emperatriz, y nos entretuvimos un buen rato en pintoresca charla.

Observé que mi madre, sin pensar en sus desazones, se entusiasmaba con el loco, atenta á los desatinos como á novedad atrayente y magnífica. Él, viéndose favorecido por una solicitud á que, de seguro, no estaba acostumbrado, redoblaba su elocuencia, olvidaba los sonoros tratamientos y decía los más peregrinos dislates.

Cayó la noche, anunciada por el lento crepúsculo, y se encendieron en el espacio el fino creciente de la luna y el divino polvo de las estrellas. Ya no tuve atención para otra cosa; cautiva de los astros y del cielo, sólo bajé los ojos para buscar la huella de los resplandores estelares, perdida junto á los levantados perfiles de árboles y macizos, oscura y misteriosa en la honda lejanía de la mar.

De pronto, al filo de la luna imaginé que una ligera nube trasuntaba la forma de un navío.

—Parece un barco—dije en alta voz. Y don Juan repuso gravemente:

—Será el *Giralda*.

—Sí; allá se ve una luz—aseveró mi madre con mucha seriedad.

Despertando de mis ensoñaciones, vi en la marinera bruma aparecer el tímido resplandor de una lantía, y pensé con inexplicable sobresalto: ¡Es el *Milagroso!*

XIII

COSAS SIN NOMBRE

Adivinó don Germán mis deseos al preguntarme:

—¿No bajas al muelle con Isabel?

—Quisiera.

—Pues anda; os acompaño.

Y allá nos fuimos mientras el *Milagroso* arriaba el velamen, deslizándose en las quietas aguas del puerto. Junto á la orilla encontramos á don Juan, con una gorra de galones, radiante el rostro y diligentes los ademanes; disponía con voz de mando las maniobras del bergantín, y preguntaba impaciente por el Rey.

—Está durmiendo—dijo el patrón desde la nave. Detrás de él sonreía Agustín, y nos saludaba sin dejar sus faenas, con la cabeza al aire, desabrochada la blusa sobre el pecho. Le vimos desaparecer por la escotilla y subir á escape secándose las manos.

Al desembarcar, de un brinco, quedóse confuso en-

tre su madre y yo, y de la alegre fogarada que le encendía el semblante sólo brotaron con torpeza dos sílabas:

—¡Hola!

Llegó á librarle don Juan de aquel azoramiento.

—¿No puede don Alfonso recibirme?—le preguntó.

—Viene descansando.

Todos los presentes nos entendimos con una sonrisa de complicidad, y el loco, aplazando sus cumplimientos al rey para más tarde, nos acompañó cuesta arriba, decidido á establecer con nosotros íntimas relaciones.

Subía don Germán al lado de Agustín hablándole del próximo bateo de su lancha, y en torno al recién llegado prodigaba *Amor* unas abrumadoras caricias, rebosantes de gemidos. El mozo entregaba una de sus manos morenas á los fervores del lebrel, y se volvía á menudo para mirarme sonriente, con indefinible expresión de amor y de paz.

Al recibir en los míos la luz de aquellos ojos claros y nobles, sentía yo ensancharse el camino alegre de mis pensamientos, y hubiera querido prolongar la hora presente, subir, subir, sabe Dios hasta dónde. El esfuerzo material parecía corresponder al instinto de semejante ambición, de tal manera, que mi paso y mi deseo obedecían á un solo ritmo y me empujaban hacia adelante con misterioso impulso de conquista.

Nunca olvidaré aquella mañana, riente como una promesa; nos envolvía el sol, templado por el hálito sereno de la mar, y la regia hermosura del paisaje,

tantas veces melancólico, se embriagaba de luz bajo el índigo cielo, raso y puro.

Yo pensaba que la vida era dulce; el mundo, bueno, y mi padrastro indudablemente digno de todas las estimaciones; las fantasías de la víspera en que hubo contra él y doña Matilde sospechas de traición, se me escondieron, avergonzadas, en lo más hondo de la memoria.

Caminaba Isabel junto á mí, silenciosa y meditabunda, sin apartar la vista de su hijo, y don Juan me decía unas cosas muy raras, vigilado desde lejos por el sirviente.

Al volverse Agustín, una vez más, hacia nosotros, dijo:

—Allí viene *Bolina;* hay que echarle.

Vimos que, en efecto, el perruco del bergantín nos seguía cauteloso; sintióse descubierto y se detuvo agazapado, cobarde, como si temiera un castigo.

Es el animal un *grifo* ratonero de sombrío pelaje, hocico largo y obtuso, piernas cortas, cola y orejas recortadas.

—¿No me hablaste de su valentía?—pregunté al marino—¡El pobre tiene miedo!

—Es valiente para ladrar á las olas y á la luna; pero, cuando desembarca, los chiquillos le apedrean y está escarmentado.

—Déjale que suba.

—No, que estorba.

—¿Te quiere mucho?

—Me tiene ley, porque le recogí en la calle sin amo y hambriento.

—¿Aquí?

—En Gijón. Dió en seguirme y en hipar á la vera del barco como un ánima en pena, hasta que el patrón me dejó embarcarle; duerme en mi camarote, y no se aparta de mí.

—Es un perro anónimo, de origen desconocido, sin antecedentes ni ejecutoria—murmuró don Juan con voz campanuda. Y Agustín, en defensa del acusado, repuso.

—Pues, mire usted; limpia de ratones el velero; sirve de compañía por esos mares solitarios y barrunta las tormentas, seguro como la misma «rosa».

Admirada de tantos méritos, insistí:

—Déjale que suba; le convido á comer.

—Muy buena idea—apoyó complaciente mi padrastro. Agustín sonreía, y *Amor*, desde la altura de su legitimidad, contemplaba al advenedizo con una complacencia generosa. Pero Isabel se opuso á mi convite.

—No, no; que no suba: incomoda en la cocina; se mete en todas partes; es feo y está sucio.—Y como el animal ya se nos acercaba, inteligente y confiado, ella le repugnó con un gesto arisco. Nos quedamos un instante perplejos al borde de la cuesta.

—Le aborrece—me dijo Agustín en voz baja con aire resignado.

—¿Por qué?

—¡Manías!—rezongó encogiéndose de hombros. Y luego de mirar á los alrededores, como buscando alguna cosa, se hizo una bocina con las manos y gritó varias veces:

—¡*Charol*...! ¡*Charol*...!

A poco, bajo los socavones del altozano que nos conducía á casa, saltó un rapaz medio desnudo, y sin detenerse á dar la vuelta por el trillado camino, trepó entre zarzales y algaidas hasta quedarse de rodillas á los pies del marinero. Soslayando la mirada bisoja, con cierta desconfianza, preguntó:

—¿Qué quieres?

—Que bajes al perro y le amarres en el barco.

—¿Ya no vuelves tú allá?

—De tripulante, no.

—Y para el tu bote, ¿necesitas motil?

—Veremos...

—Yo te sirvo de balde.

—¡Jesús, vaya una compañía!—protestó con disgusto Isabel. Y, aparentando no escucharla, Agustín puso en manos del niño una moneda de cobre. No pude adivinar en qué túrdiga de su traje enigmático la dió fondo *Charol*. Le vi reirse, triscar los dedos, batir las palmas y gritar después:

—¡*Bolina*, aquí!... ¡Toma, *Bolina*... toma!...

El perro, que aguardaba impaciente en actitud de comprender, corrió á echarse en los brazos del chiquillo; se acariciaron, se divirtieron con gruñidos salvajes, y rodaron juntos hasta la playa, tendida bajo la cuesta, como el puerto y el muelle.

—¿No se lastiman?—preguntó don Germán cuidadoso.

—¡Quiá!; no señor: tiene costumbre de rodar por todos sitios. Son buenos camaradas—repuso Agustín mirándoles con simpatía.

—¡Tal para cual! – murmuró la madre entre dientes. El muchacho, acercándose á mí, dijo en el mismo tono:

—¡También aborrece á *Charo!!*

—¿De veras?

—Así parece.

—Tendrá motivos.

—Ninguno; ojerizas que vienen sin saber por dónde... ¡Y me da una compasión esa criatura, que de buena gana la recogía¡ ¡Menos vale el perro y le pude remediar!

—¿Tanto le abandona la madre?—aludí.

—Mucho; ahora se emborracha y se olvida de él.

—¿Y el padre?—insinué con recelo.

Agustín me miró atónito, hizo con la mano aquel gesto habitual sobre la frente, acariciando su fina cicatriz, y respondió lleno de amargura:

—¡Porque «no le tuvo», por eso me da lástima!

Se nos acercaba Isabel, sospechosa de nuestro aparte, ensombrecida por una pesadumbre que ni la presencia de su hijo lograba disipar. El la tomó del brazo con dulzura, como ayudándola á subir. Y oímos que don Juan le decía á mi padrastro:

—Yo gané aquella batalla con el marqués de Santa Cruz.

Se me habían caído un poco las alas del corazón. Vi de repente con menos alegría la belleza de la mañana, y supuse que el sol pesaba demasiado en los vegetales inmóviles, produciendo en torno suyo una modorra deprimente, una tortura cruel. Todo callaba quieto y absorto bajo el fuerte dominio de la luz; ni

un ala, ni una brisa, ni una hoja parecían conocer la libertad. Hasta el Cantábrico daba una desconocida sensación de quietud, envuelto en un vaho de neblinas y resplandores, calmoso el embatir de la marea, dormido el aire con las espumas en la costa.

Se bautizó la barca de Agustín con toda solemnidad, y aquel mismo día se trasladaron el patrón y su madre desde el palacio á la casuca ribereña. Ya la previsión del padrino había llegado á todos los rincones del humilde hogar, y el marinero empezaba su nueva vida con cierta holgura, sin acudir á los pobres ahorros familiares.

Pero la despedida que nos hizo Isabel no correspondía á las alegres esperanzas del muchacho. Lloraba ella como si se fuese del mundo, y bendecía entre sollozos á su bienhechor, mezclando de una manera febril el pesar con la gratitud.

Agustín estaba sorprendido y quejoso.

—Mujer, ¡si estarás allá arriba á cada momento!—le decía á su madre, abrazada á mí.

—Ya lo sé; ya lo sé.

—¿Es que sientes venirte conmigo?... Yo tengo la culpa de que llores; por mí te sacrificas.

Secó al punto las lágrimas, y mirándole con asombro, respondió:

—¡No sabes lo que dices!

Había en aquel acento una ternura tan poderosa, que el hijo sonrió triunfante, mientras yo les empujaba el uno hacia el otro, á la orilla de la puerta

donde nos despedíamos aún, cuando ya los demás invitados á la ceremonia del bateo ganaban la altura del camino.

Tomé yo uno diferente, más largo y suave, por la carretera que, enlazando con la general de la provincia, baja hasta el puerto en curvas apacibles.

Y cuado la casa de Isabel se perdió á mi vista en un recodo, me detuve al borde mullido de una pradera.

Allí, sentada frente al mar, sentí que de nuevo me rondaba la obsesión de las cosas desconocidas, de los ignotos pensamientos y las ocultas sensaciones.

Caía la tarde dulce y caliente, arrullada por las olas; caía despacio, como si, lo mismo que yo, se detuviera á descansar. El sol, herido ya de muerte por la noche, ensangrentaba con su agonía las aguas y las nubes, mientras que á oriente los paisajes desfallecían bajo los suaves matices de la luz. Soplaba el terral blando, ebrio de aromas y rumores, y me parecía sentirle trasfundido en el torrente de mis venas. Toda la poesía del manso y rojo anochecer me llegó al corazón; le contuve maquinalmente con las manos, impetuoso, henchido de inefables deseos, y cerré los ojos, avara de aquella plenitud sentimental, ansiosa de retener en un recogimiento sagrado todo lo que muere en nosotros á cada instante; cuanto de excelso nace y se extingue en el espíritu á cada sorda palpitación de la materia.

Había concebido yo unas locas esperanzas de vencer algún día los arcanos del entendimiento y penetrar en lo desconocido al través de mi conciencia. Suponía en mi codiciosa ignorancia que un deseo muy

ardiente, entrañable, agudo como un dardo y desprovisto de vanidad, pudiera merecer el alto prodigio de atravesar las fronteras divinas y clavarse glorioso en la revelación. Ya no sufro como antes con estas ambiciones: se han suavizado en unos anhelos humildes, amorosísimos, llenos de confianzas y dulzuras. Ni busco siquiera la ocasión de obtener el inmerecido milagro; no; sólo le alcanzan los perfectos. Pero aun, al sentir de improviso en mi alma el roce sobrenatural, tiemblo, y me pregunto: ¿no favorece Dios también á los humildes?

Así, muchas veces gozo minutos de suprema y religiosa exaltación, arrebatos de ardicia y de gracia que me conducen al vértice sombrío de la eternidad. Entonces me parece que escucho lo infinito, que rompo las ligaduras de la carne y tiento en la humana tiniebla los caminos sin fin.

De este delirio no torno á la realidad desengañada y triste, sino más segura de prender un día mi saeta en el azul abismo de los cielos. ¿Será esto orgullo?, me digo recelosa. Y en seguida me es forzoso confesar lo contrario; yo sé que en la insignificancia de mi vida sólo existe una cosa fuerte y grande: el insondable anhelo de conocer á Dios; de amarle y de sentirle, plenamente, en los misterios rotos, en las verdades claras y en las eternas luces. Si este afán me penetra, ¿no es Él quien me lo inspira? Sólo puede reposar allí donde nació, y vuelve á su destino con el soberano impulso de lo eterno. ¡Porque soy una criatura tan inútil, es más patente la grandeza de quien despertó en mí vestigios de la divinidad!

Así discurro, sumida en profundas humildades, siempre que la gracia me sacude con sobrehumanos atisbos.

Por cierto que esta maravilla casi nunca sucede á la luz del sol, sino á la emocionante hora del crepúsculo y bajo el dosel magnífico de la noche.

En el ocaso de aquel día que recuerdo, me apasionó como nunca la sublime quimera. El silo de lo inescrutable me atrajo y sedujo en su tenebrosa orilla, asomada á todos los secretos que envuelven á Dios, y cuando no pude resistir el ímpetu de mis voraces ansias, abrí los ojos á la tierra con el alma tan sensible y dócil, tan aguda la voluntad y llena de prodigios, que percibí del paisaje los rumores más leves, los más vagos contornos, las luces más desmayadas y el sentimiento más oculto.

Detrás de mí subía por la pradera un bosquecillo; más allá ondulaba el valle que iba á hundirse en la llanura, para volver á trepar á los alcores y morir abrazado á la montaña.

Enfrente, el mar, serenísimo, se fundía con el cielo en las líneas fugitivas del horizonte, y á los lados alteaba la costa, abierta y salvaje, sumiendo con dominio en el agua sus playazos y restingas.

El soplo silencioso de la noche bajaba por los cantiles y la sierra, abriendo cauce á esos ruidos tenues y confusos que blandamente componen armonías á favor de la sombra; roce de hierbas; silbo de insectos; vaivén de follajes; rasgadura en el espacio de unas alas; revuelos en los nidos; mansos pliegues de brisas y de olas; cien acordes indefinibles

que se adunan en honda pulsación de vida y de misterio, y penetran en el alma, insinuantes como un sollozo. Así se confundían enervadores y sutiles los perfumes del campo, más desbordantes en aquella hora de abandono y de sueño: aspereza bravía de las árgomas; tónica amargura de abietes y eucaliptos; desmayos generosos de la madreselva; denso vaho del heno y del pinar; todas las agrestes emanaciones de la gloriosa vegetación, me impregnaron la carne de caricias y languidez.

Al trasponer el sol había dejado en el firmamento ese baño de claridad ponentina que inflama las nubes con maravillosa dulzura, y sobre el rastro luminoso del día florecieron las estrellas, rosas de plata en la oscura noche de novilunio.

La infinita serenidad de aquel instante, plena, conjunta, avasalladora, traspasó de un golpe mis sentidos, tan viva y real como una cosa tangible, y por extraño contraste me produjo ansiosa turbación, una mezcla de miedo y asombro ya conocida por mí y gustada con refinamientos exquisitos.

Me levantaba estremecida cuando sentí en el camino el trote de un caballo que, á poco, atravesó la carretera, con elegante jinete. Dió el animal un respingo, espantado de mi sombra, y el caballero, refrenándole, me hizo un saludo muy ceremonioso. ¿Quién era? No le conocía; sólo distinguí de su figura el aire galán, y de su cara, los ojos dominadores y alegres.

Anduve absorta por la linde muelle del prado, donde, á trechos, ardía el oro fugaz de los gusanos de luz.

Pensaba que en las novelas suele aparecer un novio en veloz cabalgadura precisamente cuando la predestinada camina sola por el campo al filo de la noche: la coincidencia me hacía sonreir. Pasé luego á meditar en el noviazgo dichoso de mi prima, y me dije curiosa: yo también puedo enamorarme, pero, ¿de quién?... ¿como?... ¿qué es el Amor?

Todos mis presentimientos, incertidumbres, codicias y esperanzas derivaron en tumulto hacia estas preguntas, y se me hundieron en el alma y en la carne con impetuosa vehemencia; me dolían, me aceleraban los pulsos y los pensamientos, galopando sobre mí, con un terrible empuje de vida y ansiedad. ¿Qué es el Amor, qué es el Amor, Dios mío?—repetí mirando al cielo, llenos de lágrimas los ojos.

Algo inenarrable me decía el trémulo fulgor de las estrellas. Tuve intenciones de lanzar otra vez mi consulta al espacio, con gritos violentos y suplicantes, y apreté el paso, asustada de mí misma. Alcanzaba el alto nivel donde el terreno clivoso descansa en una cumbre para albergar el palacio y descender con el parque y las huertas á lo profundo de las mieses, ó quebrarse entre escarpas y riscos hasta el mar.

Cuando vencí la altura, el viento, más libre, arreció un poco y, á su impulso, todo el bosque lindante palpitó como un gran corazón estremecido; sentí el vértigo de los absurdos terrores, y eché á correr lo mismo que una loca.

Uno de aquellos días, á la hora del baño, supe que el *Milagroso* se disponía á zarpar. Entraba yo por las aguas adelante, cuando á bordo los marineros enver-

gaban en hábil maniobra y el bergantín henchía sus velas á impulsos del «forano».

Era la mañana dulce. El sol, templado por un ligero nordeste, mostrábase benigno y aun perezoso entre airones de nubes que á menudo le adormecían, blancas y soñolientas; así, de pronto, quedaba ensombrecida la costa mientras la luz caía en haces dorados sobre el mar.

Serena estaba la orilla, casi roto el clamor de las olas en la playa, y en ellas me tendí con blandura, abandonándome al movimiento profundo de mis sueños tanto como á la misteriosa inquietud de la marea.

Cerré los ojos para que, más reconcentrado el pensamiento, explorase con igual fe las altas cumbres del sol y la recóndita vida de la mar. Al través de los párpados la luz me parecía de plata ó de oro, según que las nubes la tuviesen libre ó cautiva de sus cendales. Y, como otras veces, el lánguido abandono de mí misma me produjo por contraste una alucinación de poderío. Creí lograr en un minuto yo no sé cuantas soberanías portentosas, y al recobrarme de aquella embriaguez, halléme desasida del mundo, sola y desnuda sobre el hondo secreto de las aguas.

Y en su cristal se reflejaba el perfil del *Milagroso*, que navegaba, orzando, fuera del puerto. Después de contemplarle bajo el encanto que las velas marinas ponen en su audaz henchidura, noté que Agustín despedía al velero desde el muelle.

Algunos pescadores y varios chiquillos que junto al mozo miraban, hicieron de repente señales de sorpresa; algo extraordinario ocurría que se relacionaba

con el bergantín. A fuerza de observar en aquella dirección, vi un bulto flotando en la espuma de las rompientes. ¿Sería un hombre? Pero no, porque la nave seguía su rumbo con toda tranquilidad, sorteando los escollos de la barra al amparo de la alta marea.

Los del muelle bajaron á la playa en bullicioso grupo, dirigiendo sus voces hacia el mar, y al cabo comprendí que el objeto de aquel asombro era *Bolina*, el fiel *Bolina*, que con heroico sentimiento intentaba recobrar á su protector.

Guadalupe me llamaba impaciente una vez más:

—¡Niña!... ¿Hasta cuándo?... ¡Sálgase, pues!

Empecé á sentir frío, y salí para envolverme en la capa, resuelta á esperar que el perruco llegase. Parecía muy cansado. Por un instante quedó inerte, igual que muerto, movido por el suave «trapalón» de la marejada, y á poco volvió á nadar con nuevo ahinco, sacudiendo á menudo la cabeza. Ya estaba á pocas brazas de la orilla, y un ansioso gemido se mezclaba con el arrullo manso de las olas; era un quejido humano tan lleno de pasión y de humildad, que tuve tentaciones de lanzarme á su encuentro y extinguirle en mis brazos, generosos de caricias.

Se nos acercaba Agustín desde la pandilla de curiosos, y le dije señalando al pobre animal:

—¿Voy por él?

—¡Quiá; estaría bueno! Arriba solo guapamente.

—¡Niña, por Diosito!—murmuró Lupe agarrándome de la capa.

Y entre blandos estallidos de espuma rodó *Bolina*

junto á nosotros, con la lengua fuera y los ojuelos espantados. Quedó hecho un ovillo sobre la arena enjuta, y luego se arrastró á los pies de Agustín, aullante y demandador, como si tratara de hacerse perdonar.

El mozo se puso de rodillas para acariciarle, y los espectadores de la escena acudieron á decir al «héroe» multitud de alabanzas. Con las cuáles, muy satisfecho, cobró ínfulas, y después de otear en la ribera igual que si buscase un rastro, lanzó unos ladridos briosos mar adentro, voces de victoria ó desafío, acaso de ferviente despedida, allá donde el bergantín navegaba con el viento puntero, frágil y audaz sobre el eterno golfo.

XIV

UNA COMEDIA, UN DRAMA Y UN IDILIO

La mansa locura de don Juan Valdés fué para nosotros un inesperado elemento de concordia, ya que sus vehementes discursos tenían el privilegio de envolver á mi madre de tal modo, que, participando de aquel delirio, se alejaba de la realidad como en un ensueño. Según combinación suya y de don Juan, era una reina hermosa y desgraciada de cualquier siglo y de cualquiera estirpe; llamábase Victoria, porque este nombre tenía una sonoridad antigua y moderna, triunfante para los dos ilusos.

Mamá repetía, sonriendo, que se conformaba con esta ilusión por no contradecir á su amigo; pero nosotros la veíamos contagiarse de las quimeras y compartirlas con una fe, que superaba en ocasiones á la del mismo loco. Cuando él, marrullero; decía á media voz que don Alvaro de Luna era un quídam, ella posaba los ojos en su marido con un aire amargo de reproche.

—Creo que le ajusticiarán pronto—añadía Valdés como para consolarla, y mi madre hacía un movimiento de horror enteramente igual que si la horca estuviese ya dispuesta.

Aquel árbitro de nuestros destinos trataba de frente á don Germán con muchas consideraciones.

—¡Hay que temer sus venganzas!—nos advertía con misterio de conspiración. Sin duda, como le seguíamos la corriente, nos juzgaba á todos unidos en el mismo resentimiento contra Ercilla.

Muy lejos estaba de suceder así, porque alrededor de don Germán las simpatías medraron hasta convertirse en adoraciones, y yo misma, poco á poco, subyugada por aquel ambiente cordial que le envolvía, comencé á mostrarle alguna estimación á despecho de mi reserva, sin que su afinidad con doña Matilde, ya bien patente, dejara de preocuparme. Ambos tenían iguales opiniones, los mismos gustos y una compenetración absoluta de caracteres, que por coincidir con el mío hubieran sido, juntos, como un bloque adverso á la insignificancia moral de mi madre. Yo no quería constituir una sorda alianza contra ella ni podía sustraerme del todo á la poderosa atracción de aquellas dos almas, centro de gravedad para la mía.

Y aunque seguí oponiendo resistencia á los sentimientos que me iban dominando, me opuse también á las pueriles intrigas de mi madre, sempiterna acusadora de su marido. Lejos de provocarlas, como en otras ocasiones, las censuraba y contenía, á riesgo de perder el cariño que más de cerca me tocaba en el mundo. No encontrando apoyo á sus quejas injustas,

ella les puso algún freno, y aparte las reticencias en la conversación y los mudos gestos de víctima á que se había acostumbrado, quedaban sus lamentaciones matrimoniales reducidas á los peregrinos coloquios de *la reina Victoria* con *el Comandante del Puerto*.

Para la familia era cómodo aquel pasatiempo raro, mediante el cual la enferma nos dejaba á todos tranquilos y vivía como en las nubes, sonriente y embelesada. Pero, sobre las ventajas egoístas de tal situación, yo sentía el remordimiento de contemplar á la infeliz sin auxilio ninguno en las fronteras de la locura.

Me parece que nadie se dolía como yo del culpable abandono; que nadie meditaba en él ni advertía en la abandonada los terribles síntomas.

Y crecía el contagio, porque don Juan casi vivía en nuestra casa; paseaba con nosotros, nos acompañaba á comer, y á todas horas se le veía en el parque ó en el jardín, en los cantiles vecinos ó en las habitaciones familiares. Con la inconsciencia de su enfermedad y la antigua confianza que gozó en el palacio, mezclábase en nuestra vida ansioso de ella, atraído quizá por sus recuerdos ó por el brillo que entonces nos daba el capital de mi padrastro. La servidumbre numerosa, los ricos trenes, las continuas reparaciones de la finca, todo el lujo que revelábamos, era, sin duda, un incitante para el maniático de grandezas. Y con ese agudo instinto que á los locos avisa de quiénes han de soportarles mejor, sintióse desde su llegada partidario de mi madre, y se mostró á su lado muy feliz.

No supe si en el fondo de aquella predilección retoñaba la vieja galantería de don Juan, ó si era pura demencia aquel mirar á la favorecida con ojos picaruelos y decirle homenajes y lisonjas como un enamorado. Sentí dudas y temores, y sin atreverme á compartirlos con la gente de casa, aproveché una ocasión de preguntarle, á solas, á don Luis, si para mi madre, débil y neurasténica, sería peligroso el trato asiduo con semejante hombre.

Yo quería un pretexto para alejarla de él, llena de compasión ante la sonrisa triunfante con que recibía los acatamientos de un loco.

Pero don Luis, desaprensivo y sonriente, acalló mis inquietudes.

—Tu madre mejora—aseguró—, y no hay motivo para alarmarse. Se la ve distraída y alegre; déjala con sus gustos; ya sabes que es algo caprichosa, y no conviene contrariarla.

—Yo temo que esa amistad la perjudique—insistí—; usted ha dicho que es contagiosa la locura.

—En algunos casos.

—¿Y en éste, no?

—¡Que no, hija mía!

Comprendiendo que yo guardaba alguna zozobra, añadió:

—Valdés no es un loco temible por ningún concepto. Su dolencia, hoy, se reduce á inofensiva chifladura, que le permite hacer una vida casi normal. Aquí se acentúa su mejoría, hasta el punto de que no necesita vigilancia y se vale por sí mismo como un caballero. Ya habrás notado que es hombre fino, in-

capaz de una incorrección que moleste; bueno, en suma, para divertir á una señora que se aburre. ¿No lo crees?

—Basta que usted lo diga...

Quedó al parecer solucionado el conflicto de mi conciencia, y traté de estar conforme con las circunstancias, de vivir sin mortificantes aprensiones, aunque no siempre lo conseguía.

Atento el oído á mi alrededor, entendí varias veces que don Juan, al envolver á mi madre en su manteleta durante las veladas al aire libre, le decía melifluo:

—Con el manto de Corte está usted mucho más bonita.

Y ella, una tarde, pidiendo el abrigo á la doncella, murmuró trasoñada:

—Quiero el manto.

—¿Qué manto, señora?

—El mío.

—¿Un chal?

—¡No, mujer!

—La manteleta—apunté compadecida y triste, sin que los demás parecieran sorprendidos.

También noté que mamá solía llamar á Valdés *el Comandante*, y que mostraba afición por los vestidos de cola, ya en desuso, los escotes exagerados y las actitudes solemnes.

Un día la sorprendí en su tocador probándose una diadema, antigua joya guardada entre los recuerdos de mi padre.

—¿Te la vas á poner?—le dije. Y me contestó ruborosa:

—No; estoy enredando.

Escondió la mirada, como si temiera que me descubriese ocultos pensamientos, y se quedó meditabunda con el adorno sobre las rodillas.

Desde su viaje á Madrid volvió á vestirse mucho y á ocuparse, con deleite, de modas y telas; según como trajo de llenos los baúles, supuse que se encapricharía allí de cuantas galas veía, y que no le fué negado ningún antojo.

Es lo cierto que manejaba otra vez á su sabor las artes de la elegancia, más fuerte y animosa que cuando salió de Traspeña el invierno último.

—Ya no le dan soponcios—decía Guadalupe.

—Está mejor; se repone y goza—observaba doña Matilde.

En cuanto á don Germán, la seguía tratando con atenciones reservadas y frías, muy pacientes, inalterables. Ya hacía tiempo que, con pretexto ó motivo de no molestarla, se había cambiado de dormitorio.

Era mi padrastro madrugador y andariego; mi madre, pasiva y dormilona; él, callado, pensativo; ella, mimosa, frívola: una mujer que pedía entusiasmo y admiraciones frente á un marido austero, refractario á zalemas y coqueterías, quizá solamente ansioso de un alma profunda y serena. Les vi cada día más distantes, y á intervalos sospeché que él sintiese una inclinación sentimental por la dulce amiga de nuestra casa, aquella discretísima señora de sonrisa tenue y acento balsámico.

Volviendo á observarla con atención crecida, pare-

cíame doña Matilde interesante como nunca; hubiera yo jurado que la serenidad aristocrática de su persona adquiría mayores atractivos, y que iba á resucitar en el centelleo de una mirada la muerta alegría de sus ojos. No sé qué nueva fascinación advertí en sus manos ducales, en sus cabellos finos, en sus palabras hondas y breves, ungidas de misterio y encanto. Cuando ella hablaba, yo trasoía lejanas voces llenas de ternura, trémolos de suspiros, fuga de notas atormentadas y entrañables; toda esa armonía de acentos indefinibles que también en el viento y en el mar tienen cadencias, y que á veces se nos figura el eco de cuantas almas lloran en el mundo.

Como era doña Matilde muy inteligente y hacendosa, extendía sus desvelos sobre nosotros igual que una bendición. Así dirigía con admirable tino el trabajo de los jornaleros y la servidumbre, y la administración de las manadas y tierras que constituían mi modestísima fortuna: en los días de feriar, los aparceros llegaban preguntando por «la señora», y en los meses de recolección, los colonos se entendían con ella únicamente. En sus manos, los balances y apuntes de las cuentas eran exactos y primorosos, como las labores de aguja y de bolillos, como las conservas y confituras.

Don Germán, después de inútiles tentativas para que su mujer administrase los gastos de la casa, acabó por entregar á doña Matilde el dinero preciso cada mes, y por acudir á la diligente administradora con toda clase de consultas y propósitos. Quizá por eso yo les veía muchas mañanas pasear en la huerta madru-

gadores y animados; ir y volver por los caminos llenos de sol.

Me inspiraron aquellas pláticas un interés tan grande, que cierto día, luego de contemplar á la pareja, como otras veces, desde mi balcón, vi que la dama se quedaba sola, y corrí junto á ella con un fuerte impulso de curiosidad; apenas acerté á saludarla, y comprendí que se me conocía el sobresalto.

Isabel, respondiendo á mis indagaciones, me había referido que don Germán era zaragozano, como doña Matilde, y que se conocían de su tierra. Yo recordé este detalle, y dije de repente á mi amiga:

—¿Trataba usted mucho á mi padrastro en Zaragoza?

—¡Jesús!—murmuró asombrada—¿Por qué me lo preguntas?

—¡Qué sé yo!

—¡Vienes de una manera!...

Me avergoncé, y ella, muy encendida, mirándome á los ojos, calló un momento: parecía reflexionar y sondearme el corazón. Después dió un largo suspiro, y más serena, comenzó á decir:

—Conozco á don Germán desde niño, pero no le he tratado hasta que, ya casada, me le presentó mi esposo, que era amigo suyo. Pertenece á una buena familia aragonesa, y quedó huérfano muy joven. Dejé de verle porque salió del país, y al enviudar yo, años después, nos encontramos en la corte, adonde me llevó la pobreza. Tu tía Beatriz, paisana mía, recién casada entonces, me proporcionó cerca de sus suegros el cometido de acompañar á tu madre en socie-

dad, y Ercilla, que pidió permiso para visitarme, frecuentó la casa del general Romerosa y se enamoró de la señorita, una belleza de veinte abriles. Porque él tenía bastantes más, ó por otras razones, aquel amor, quizá correspondido, no llegó á madurez, y, á poco, mi paisano se embarcó para América, sin que yo volviese á tener noticias suyas hasta hace dos años, que me escribió desde Madrid, luego de averiguar tu existencia y de visitarte en el Colegio.

—También á usted la visitó.

—A tu mamá.

—Y se casó con ella:

—A los pocos meses.

—¡No son felices!—exclamé despechada, como si aquella señora tuviese la culpa. Me miró con avidez desde el fondo de sus pupilas nobles, guardó silencio, y yo añadí con indiscreta oficiosidad:

—«El» parece que sufre una pena.

—¡Quién no sufre!—clamó.

—¡Pero un quebranto así, tan misterioso!

—Los grandes suelen estar ocultos.

—¿Tragedias de las que usted me hablaba un día?

—Sí, tragedias de casi todos los corazones.

—¿Usted conoce la de don Germán?

Quedó confusa doña Matilde, y al cabo dijo:

—Sí.

—¿Y no quiere contármela?

—Muy curiosa estás hoy—repuso evadiéndose. Confesé que sentía muchas curiosidades, y la señora, dolida del tono ambiguo de mis palabras, añadió con alguna severidad:

—Pues ya te he contado cuanto á mí se refiere en la vida de tu padrastro; lo demás no tengo obligación de saberlo.

Tuve pena de haberla ofendido precisamente cuando en sus frases percibía como nunca la frescura de la verdad, y todo en su persona me hablaba de bondades y abnegaciones, con grito sigiloso: en la radiación triste de la mirada, en el livor profundo de las ojeras, en la estática dulzura del perfil, la paciencia y el sufrimiento parecían enamorados de aquella singular mujer.

Viéndola pesarosa por mi causa, ceñí su talle con el brazo, cariñosamente, y apoyé en su pecho la cabeza. El aroma casto de sus vestidos me envolvía como liviana saturación de azándar y benjuí, y el recio pulso de su corazón sonaba acompasado con el latido de mi sien.

De pronto se alteró la música de aquella sangre armoniosa debajo de mi oído; algo como un fuerte batir de alas rompía el cordial arrullo.

Quise hablar á la estremecida señora, mirarla y pedirla perdón; pero ella me detuvo inmóvil para besarme en los cabellos.

—¿No está usted enojada?—pregunté al sentir las caricias.

—No puedo estarlo—suspiró. Dejóme libre, y vi que tenía los ojos cargados con una nube de lágrimas.

—¡La he ofendido sin querer!—me dolí con toda sinceridad.

Enlazó doña Matilde mi brazo en el suyo con la

confianza de siempre, y ambulamos silenciosas por el ancho camino de la huerta. No supe interrumpir la meditación de mi amiga, y aguardando, con respeto, á que hablase, noté que sus pasos se aceleraban precisos, como si hubiesen tomado rumbo, al mismo tiempo que me decía:

—Ven.

Llevóme al parque, y nos sentamos en rústico sofá, al cobijo de los magnolios. Fluía el aire, manso en la arboleda; el manadero de una fuente saturaba el paraje de frescura, y las olas, jamás cansadas, nos decían desde la ribera infinitas murmuraciones. A nuestro alrededor trepaban los rosales por los anchos troncos, y tenían las flores esa plenitud de belleza que suele durar contadas horas. Entre la masa movediza del follaje caía sobre el césped, á menudo, un dardo de sol.

Sentí la dulzura de aquel momento con extraña profundidad. Y dijo la penetrante voz de mi compañera:

—Creí que aprenderías á leer en los corazones.

—Usted aprendió—afirmé ansiosa.

—Y me sirve de tortura; es mejor que tú no lo intentes.

—Es que no lo consigo.

—Cuanto más se sabe de almas y sentimientos, más se sufre.

—¿Por qué?

Tembló el hilo claro de su palabra, y como obedeciendo al impulso de vaciar la conciencia, confesó:

—¡He descubierto espirituales hermosuras, y no

han sido para mí! —Bajó los ojos, acaso para ocultar la llama de suprema codicia que los había iluminado, y añadió: —Mira, Soles; no conocí á mis padres ni tuve hermanos... Dios me concedió una hija, y apenas vi su alma y gocé pensando que era hermosa, se me escapó al cielo. Desde entonces vivo rozándome con la felicidad y el amor, cerca de espíritus apasionados y sensibles, muriéndome de sed junto á los manantiales que ambiciono. ¡Imagina si fuera menos cruel no haberlos encontrado!

Al desmayarse la quebrantada voz, el mar, el bosque y la fuente alzaron las suyas, más distintas, y me pareció que latía en ellas un apagado sollozo.

Doña Matilde extendió la pesadumbre de su mirada sobre el palpitante bermellón de las rosas, y la dejó trepar como las audaces flores hasta los gromos de los árboles, no sé si buscando entre las ramas un camino para subirla al cielo. Después ató la frase de su roto discurso.

—Fuera menos triste vivir exteriormente, sin anhelos ni sensibilidad, ciega y sorda para la ventura prohibida.

—¿Prohibida?—exclamé rebelde contra la dura frase.

—Ajena, que es lo mismo... En el hogar de tus abuelos asistí al ocaso de un gran amor; sorprendí toda la exquisita dulzura que existe en la dicha de envejecer amando; de morir con la mirada fija en otra llena de dolor y de cariño, de promesas y adioses fervorosos... Y en el hogar de tu madre he conocido el amor juvenil, la gracia y el deleite de cada

minuto colmado de felicidad; la suprema gloria de ver nacer un hijo entre ilusiones... Cuando las alegrías de esta casa naufragaron, hubo quien las salvase... ¡Así tengo siempre bajo los ojos de mi experiencia las virtudes de un corazón varonil; respiro las emociones y los triunfos ajenos, sin arrancar una sola embriaguez á la vida!... ¡Ya ves para lo que sirve mi afición á bucear en las almas, á sorprenderlas y vivir de atisbo en atisbo, soñando con una limosna de ternura!

Iba yo á interrumpir con cualquiera esperanza aquel rosario de tristezas, pero me detuvo la señora, añadiendo:

—Y á veces, cuando he creído merecer un poco de cariño, hallar un sentimiento dulce y confiado, resulta que me engaña mi pobre ciencia de lectora, y que el corazón donde leí consuelos me desconoce... ¡Como el tuyo!...

Vi patente la torpeza y la ingratitud de mis dudas, abiertas como un libro ante doña Matilde, y temí que las juzgase mayores de lo que fueron.

—No, si no la desconozco á usted—protesté cohibida y pesarosa—, y la quiero mucho, cada día más. Ni mi pensamiento ni mi corazón saben ofenderla; solamente mis curiosidades...

—¿Qué quieres averiguar, en suma?

—El secreto de Ercilla—dije obstinada.

—Es un raro secreto—murmuró la dama absorta, mejor para sorprendido que para revelado. Es una pena, un ansia tan sutiles... Yo te creí capaz de adivinarlas... y desvanecerlas.

—Pues no lo soy.

—¡Quién sabe!

—¡Ah, no desconfía usted de mí!—exclamé alegre.

—No, Soles; no desconfío aunque te lo propongas; te vi crecer; te di las primeras lecciones de la vida; te escucho el alma, hasta en sueños, y miro en ella claras hermosuras. Podrá venir una nube á oscurecérmelas; pero Dios querrá que pase, y que brillen muchos años los tesoros de tu bondad; ¡esta es mi última esperanza!

¡Dios mío!... Quedé sumida en pesares y rubores, sin saber qué decir á la generosa criatura. Estrechándome contra ella, la ceñí otra vez con mis brazos, y pronuncié á su oído alguna tímida palabra de agradecimiento.

—¡No dudes; no dudes de ti... ni de mí tampoco!—exhoró, besándome—Déjate llevar por la confianza; la duda es una cosa triste y maldita.

Salimos del bosque asidas de la mano, bajo el delicioso cuchicheo de la arboleda. Yo me sentía muy aligerada de no sé cuales inquietudes; deseosa de cantar y reir, de hacer algún beneficio ó dar una buena noticia.

Un perfume espeso y caliente emanaba de la tierra y el campo.

—Huele á sol—dije.

—Sí; eso mismo—repuso mi amiga con vago asombro—; lo estaba sintiendo.

Y se detuvo para levantar una rosa vencida sobre la rama. Al inclinarse, la encontré parecida á la flor, aterradas una y otra con igual gesto rendido y apasionado.

En sosiego el espíritu y con animosa disposición,

dime á pensar que bien pudiera convertirse en novio mío el galán que me rondaba desde la tarde en que se bautizó el bote de Agustín.

Me contaron que aquel día anduvo el caballero torremarino por los alrededores de la playa, buscando ocasión de hablar con la madrina de la fiesta. Yo no no le vi hasta que le tuve delante por la noche, y como apenas le conocía, no caí de pronto en la cuenta de quién fuese.

Luego, algo preocupada con su repentina aparición, vine á recordar que pudiera llamarse Adolfo Velasco, un joven que en el puerto vecino me presentaron no hacía mucho, yendo yo con doña Matilde á una visita.

Pocas tenemos allí, algunas antiguas relaciones de los Fontenebros, entre los cuales muestro preferencia por una casa solar donde hay dos mozas de mis años. Ellas tuvieron mucho interés en que yo conociese á Velasquín, como le llaman en los contornos con diminutivo que heredó de su padre y que no significa endeblez en la figura ni desánimo ó insignificancia en el carácter, sino alguna familiar costumbre generalizada por el afecto que merecen los Velascos, gente noble y poderosa.

Mis amigas supieron que el mozo deseaba tratarme, luego de haberme visto no muchas veces, porque él no vive siempre en la costa y yo salgo poco de mis parajes ribereños. Una tarde que fuí á Torremar, le convidaron á la visita, y desde entonces no logró verme hasta la noche del encuentro, camino de la playa. Mas, después, los saludos en la carretera y en

los alrededores del palacio van siendo frecuentes. En ocasiones el galán desciende del caballo ó del coche para cambiar conmigo amables palabras ó acompañarme un rato, si es posible. Procuró que le presentaran á Ercilla, y ofreció á mi madre sus respetos en la primera oportunidad que tuvo; con los ojos, con las sonrisas y los viajes á Traspeña me decía cosas muy elocuentes, y yo, al traducirlas, comencé á sentir deseos de enamorarme.

Es Adolfo Velasco hijo póstumo de un Velasquín muerto en trágica aventura marinera, y de doña Regina de Alcántara, señora muy original y discutida, de irreprochable conducta y raro talento. Unico retoño de la breve unión de sus padres, el joven se parece al uno en la intrepidez varonil, en la bondad y la arrogancia, á la otra, en la inteligencia y el desenfado, en los matices y bizarrías del ingenio. Con lo cual resulta un hombre interesante y atractivo, muy seductor. Tiene la mirada á un tiempo dominadora y dulce, sensual la boca, recio el busto y elevada la estatura. Las facciones, el aire y la voz armonizan en él con ritmo ardoroso y viril; y su risa, la pausa caliente de sus frases, todo el empuje audaz de su persona, sugestionan con violenta impresión de conquista y juventud.

Cuando Adolfo se inclina para decirme cualquiera cosa insignificante, imagino yo que se rinden ante mí las potencias y gallardías de medio mundo. Y sólo por aquel gesto singular y magnífico, lleno de galantería y de fuerza, me parece posible y grato convertir en novio al rondador.

XV

ESPUMAS

A mediados de agosto llegó mi primo Vicente, confiado á una familia que pasaba para Santander. Tuvo que ir don Germán á buscarle hasta el ferrocarril, y nos le trajo, tímido y endeble, todavía con el pantalón corto: un niño triste, que daba pena.

Aun me pareció más pequeño y más frágil que cuando le dejé en Madrid el año anterior, quizá porque bajo las perfumadas bóvedas del bosque y en los altos caminos de la costa se amenguaba más su escasa personita.

Vagó el pobre muchacho aturdido por aquellas soledades, nunca lejos de mí, siempre atónita la mirada, que parecía devorarle el rostro. Tenía para los mudos horizontes una interrogación dolorosa en las pupilas, y una inquietud febril para los embates de la henchida marea.

El pasmo y la ansiedad con que el niño explóraba

tierras, mares y cielos, me dolían con penetrante angustia. Veíale yo hundirse en la contemplación, atraído por fatal avidez; empaparse en los rumores y los silencios como algo que les fuera inmanente; arder en la luz; apagarse en la sombra; diluirse en la hermosura triste de los paisajes, convertido en asombro, en acecho, en melancolía.

Muchas veces llamé á Vicente para despetarle, para asirle al borde oscuro de un peligro ignorado. Volvía entonces los ojos hacia mí con estupor, turbios y errantes, como envueltos en una ráfaga de niebla.

Y al través de abrumadora perplejidad, un fuerte sonrojo le ardía en la cara y una sonrisa acerba le temblaba en los labios.

—¿En qué piensas?... ¿Estás enfermo?... ¿Te duermes?—le greguntaba yo.

—No sé—respondía convulso—. Me siento perdido, flojo; parece que me caigo encima de las cosas, que me arrastra y aturde cuanto miro...

Recordando los lloros y languideces de Pilar cuando niña, comprendí que la melancólica inclinación de la hermana era más indefinible y morbosa en el hermano, más aguda, con caracteres de cruel enfermedad.

¡Y mi madre me destinaba para esposo aquel niño doliente!

—A la misma edad en que yo me casé, puedes casarte—me decía en secreto—; contará tu primo veintiún años, y haréis buena pareja; tiene la sangre mía, el nombre de tu padre, la bondad y la dulzura de un santo... ¡Serás feliz!

Yo ni protestaba siquiera. Trataba á mi madre con igual compasión que á Vicente, con iguales blanduras y precauciones; como á dos heridos por una misma puñalada.

Ambos se atraían. Más que á su hermano, más que á Pilar y á Beatriz, mi madre amaba al niño, y él se plegaba dócil á los antojos de ella, la servía de paje y mensajero, de oyente y asesor, mirándola con una incertidumbre semejante á la que sentía contemplando el mar.

A menudo escuchaba yo coloquios en los que apenas sonaba la vocecilla feble del muchacho.

—¿Te gusta este vestido?... Tráeme una rosa... Pregunta qué hora es... Mira si viene don Juan...

Vicente servía todos los mandatos deslizándose por corredores y escaleras sin hacer ruido, huyendo los recodos oscuros y volviendo la cara con precaución hacia la sombra de un mueble ó de un tapiz.

Teniendo mi madre en cuenta que nuestro huésped era miedoso y enfermizo, mandó ponerle el dormitorio cerca del suyo. Por la noche se abría el falsete de comunicación entre los dos, y la madrina hablaba con el ahijado desde su lecho.

—¿Estás bien?... ¿Vas á dormirte?... ¡Que reces mucho!

—Sí, sí—contestaba el muchacho suavemente.

Desde que se había dividido la alcoba matrimonial, yo entraba con mucha frecuencia en las habitaciones de mi madre y me sentía algo mortificada al sorprender tendida hacia otro corazón la tierna solicitud que nunca merecí. ¿Iré á estar celosa?—me dije.

Mas, apenas reflexionaba, la piedad conmovía mi espíritu, y un vago arrepentimiento le mordía. Yo nunca fuí tan humilde, tan sosegada y obediente como el niño á quien se inclinaba mi madre en el fracaso de sus ilusiones. Mi alma, más fuerte que la suya, había escapado á la débil abnegación de la madrecita, y era yo quien debía escudar con el brío y la salud de mi existencia á la pobre mujer.

Entretanto, Beatriz me recomendaba su hijo con especiales ruegos. Cuando yo la escribía que mamá le quería mucho, me contestaba ansiosa: «Llévale fuera de casa, al aire y al sol, que se estimule con tu fortaleza y tu gozo. ¡Tengo miedo por él!».

Yo quería llevarle, pero su poquedad era un estorbo para mí. Debíamos quedarnos siempre en los alrededores de la finca, de no exponerle á que volviera pasado de sudor, tembloroso y rendido, hasta el punto de tener que acostarse. Desistí de que se bañara, ante el espanto que le producían las olas, y ni siquiera en el puerto conseguimos embarcarle; fueron inútiles las bromas de Agustín, que trataba á mi primo como á un nene, y los exhortos de don Germán, llenos de compasivo interés.

El muchacho respondia á nuestras invitaciones con punzante desolación:

—¡No puedo, no puedo!

Y el pánico de sus ojos nos daba lástima.

Algunas tardes le dejábamos en el muelle junto á *Charol*, mirando con angustia hacia la fuerza móvil y terrible que nos soportaba en el bote de Agustín.

—¡Que le cuides!—advertía el marino al golfo. Y

él guiñaba con malicia, pescando «saperos» desde el borde del malecón.

Al volver encontrábamos á Vicente mudo y compungido cerca de su guardián, que le contemplaba á solapo, con no flojo aburrimiento. Comprendimos que de buena gana le hubiese abandonado á su enigmática tristeza para correr por almajares y escondrijos, á gozar las diarias travesuras. Pero el mandato de Agustín pesaba mucho sobre las campantes decisiones de *Charol*. Precisamente acababo el golfillo de «poner casa» en estrecha sociedad con *Bolina*, y al silencioso amparo del marinero: una casa ambulante, de miseria indecible, á la cual no era extraño ningún pliegue profundo de la costa, ninguna escondida latebra de los escollos; á favor de la lumbre del estío, el muchacho y el perro vivían como salvajes, sin más vigilancia cariñosa que la de Agustín. Él detenía cuantas gestiones se iniciaron para recoger en un asilo al rapaz, como único remedio á su infortunio.

—Si le encierran, se muere—decía compasivo el jòven patrón. Y aunque algunos fríos ejecutores de la caridad se encogían de hombros, concediendo poca importancia á la vida del infeliz, íbase retardando la prudente determinación. Y yo sabía que en la tregua, el generoso marinero acrecía su esperanza de regenerar al niño con el ejemplo y el trabajo.

Para Vicente, la existencia audaz y vagabunda de *Charol* era incomprensible; el señorito, cobarde y lastimero, consideraba al golfo con más espanto que misericordia y con menos simpatía que admiración. Quise yo amistarlos un poco bajo mi tutela, con áni-

mo de sacudir la entumecida voluntad de mi primo, y fracasaron aquellas intenciones. Él comenzó á temerme y á esquivar mi compañía; sospechaba que le llevase demasiado lejos, que no volviera de mis escapatorias en el *Cristo del Amparo* cuando me esperaban en el muelle, ó de mis escondites en el monte, cuando intenté que subiéramos juntos y tuve que dejarle en el camino. Me miraba con recelo y prefería quedarse á la sombra del solar, cobijado por las tapias del parque, ó en la quieta frescura de las habitaciones. Allí le halagaba la madrina, modelándole á sus caprichos como á una criatura de cera; hablaban con misterio cosas pueriles hundidos en los divanes, como si estuvieran muy cansados, y al anochecer salían en coche por la entoldada carretera.

Acabé por entregar á mi madre el cuidado del niño, convencida de que así estaba más contento. Y aunque no se dejó fortalecer por el campo y el mar, le veíamos reponerse; el aire libre, los alimentos sanos y el reposo en los estudios le devolvían una apariencia de salud. Su lánguida figura cobraba encanto sobre el fondo grave y señoril de los salones; con la guedeja blonda y larga, ceñido á la rodillla el pantalón, y los cuellos de encaje tendidos en los hombros, parecía un príncipe convaleciente, un delicado fruto de refinamiento y aristocracia.

La madrina le contemplaba con embeleso. Un día, al entrar en su tocador, vi que alisaba los cabellos del niño, arrodillado delante de ella.

—Le peino para ti—me dijo sonriente. Él nos miró á una y á otra sin comprender, y suspiré yo con

pena considerando que mi madre no reparaba en los rizos fuertes y oscuros de Adolfo Velasco, inclinados hacia mí cada vez más; los bellos ojos maternales parecían huir de las cosas verdaderas y posibles, para buscar las fantásticas y absurdas.

El bote de Agustín, luego de atender á las labores de la pesca, solía aparejarse muy lindamente de balandro para divertirme. Entonces la navecilla, limpia como un sol, salía del puerto empavesada y alegre; yo en el timón, de capitana; Agustín de proel, y, á menudo, como pasajero, don Germán.

Cuando el aire puntero no servía para navegar á la vela, nos acompañaba el segundo marino del bajel, un mozo serio y bravo como casi todos los de la costa; respondía por Jesús, y, aparte de responder, yo no le oía nunca el metal de la voz.

A veces venía con nosotros Velasquín, asiduo visitante de Traspeña y devoto amigo de mi padrastro, del cual hablaba con una admiración que me sonaba á homenaje en aquellos labios ardientes y orgullosos.

—Es un hombre singularísimo—decía—; tiene el privilegio de dominarme con simpatía irresistible, y se me figura haberle conocido en días muy lejanos; la expresión de su mirada me suscita pensamientos de inefable tristeza.

Con el estímulo de estas ponderaciones, yo observaba á don Germán, siempre curiosa, convencida de que debía estimarle, conteniendo á duras penas los

impulsos de abandonarme á su ternura con todo el empuje de mi apasionado carácter.

En cierta ocasión, Adolfo puso bajo las alabanzas á mi padrastro una frase reveladora:

—¡Cuánto la quiere á usted!

—¿Mucho?

—¡Ya lo creo!

—¿Él lo ha dicho?

—Lo he adivinado.

Y concluyó, suspirante, el galán, con mucha intención:

—¡También él me adivina á mí!...

Era cierto. Yo pude comprender que don Germán sorprendía la afición de Adolfo desde que le vió á mi lado, lo mismo que doña Matilde.

Solamente mi madre estaba ciega ante la rendida actitud del rondador.

—¿Te gusta?—la pregunté un día que le vimos llegar á caballo.

Y me contestó con algún desdén:

—Sí... ¡Qué lástima que no sea soldado ó marino!

Para mamá, el hecho de ejercar la milicia por mar ó por tierra levantaba á los hombres hasta un rango de príncipes. Nada honroso se podía lograr con las artes, las letras, la industria ó el comercio: solamente con las armas. Los uniformes tenían para ella un prestigio insuperable. Afirmaba que Vicente vestiría muy joven el de general, y llegó á referir en el colmo de la ilusión:

—Cuando Valdés era almirante...

No anduve yo muy segura de mis sentimientos

aquella temporada; la relativa animación de mi existencia después de las soledades del invierno me apartaron del examen interior y de las atormentadas meditaciones sobre lo divino y lo humano.

Hallábame así bien, invadida por el perezoso deseo de infundir en mi alma una paz inconsciente y dejarme llevar por ella á merced del destino. Pero la vieja costumbre de escucharme y de observar á mi alrededor los espíritus y las cosas, alteraba á menudo aquel propósito.

Y las emociones nuevas, la curiosidad del amor, el orgullo de sentirme amada me inducían de continuo á buscar dentro de mí luces desconocidas, recientes caudales de pasión y dulzura... Nada encontré que me sorprendiese, á no ser aquella suave modorra en mis facultades analíticas.

¿Quería yo á Adolfo Velasco ó tenía muchas ganas de quererle?

No acertaba á responder, y el embotamiento delicioso de mi conciencia me hacía sonreir. Hubiera deseado consultar mis dudas con una persona experimentada y amiga, cuando me dijo doña Matilde:

—¿Se te ha declarado Velasquín?

—No, señora.

—Pues no tardará.

—¡Quién sabe!—insinué cohibida, porque no esperaba la pregunta.

—Y ¿qué vas á contestarle?

Me encogí de hombros con una indecisión tan sincera, que la dama se apresuró á encarecer:

—No te comprometas sin pensarlo mucho.

—¿A usted que le parece?—quise averiguar.

—Que eres demasiado joven.

—Pero ¿de él?

—Le encuentro guapo y agradable, es rico y pertenece á ilustre familia...

Como doña Matilde parecía haber dicho poco, interrumpí su pausa:

—¿Qué más le íbamos á pedir?

—¡Ah, mucho más, por mi gusto!

—¿Que sea bueno?

Se quedó un instante pensativa, y repuso con voz sorda:

—O que sepa ser malo.

—¿Qué?

—Sí; imagínate á un hombre, seductor en su figura y modales, que no tenga vicios escandalosos... y se pinte las uñas, corteje á la criada, juegue á los solitarios y haga palomitas de papel.

Solté la risa, y cuando di rienda á mi regocijo, encontré á la señora con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Te ríes!—murmuró.

—¿Pero no es gracioso lo que usted cuenta?

—No... ¡Es horrible!

Me quedé mirándola con verdadero pasmo.

—¡Horrible!...—tornó á decir, estremecida al parecer hasta la raíz de los cabellos—Un hombre liga su existencia á la tuya para matarte poco á poco las ilusiones; te descubre sin ningún escrúpulo su insignificancia, su cobardía, su ridiculez. Se te muestra presumido, infantil, mentecato, grosero... Y todavía cree que te hace un favor llevándote del brazo por la calle

y compartiendo contigo el lecho y la mesa. Nada sabe de tu alma ni de tus dolores; te juzga orgullosa á su lado, porque es buen mozo; piensa que debes sonreir entusiasmada viéndole acostarse con bigotera y rizarse los tufos con tenacilla... Tú, primero te sorprendes; le desprecias después, y al cabo le odias... ¡Es horrible!

—¿Y quién será capaz de casarse con un tipo como ese?—pregunté menos reflexiva que asombrada.

Casi al punto miré á doña Matilde llena de zozobra. ¿Había hecho ella el retrato de su marido? Sin mostrarse ofendida, salió al encuentro de mis temores, confesando:

—Pues con uno de esos me casé yo: no estaba loca, y le admití como dechado de perfecciones... La doncellez pone en los ojos una venda. Cuando niñas, nos enamoramos del amor, y con él vestimos de ideal al primer joven guapo que nos pretende...

—¡Y fué usted desgraciada!

—Mucho.

—Un día me lo negó usted.

—Por la costumbre de ocultarlo. Tuve tal pudor de mi pobre herida, que la desconoció el mismo causante... ¡Bien es cierto que él no veía más allá de sus narices!

Afirmóse la dulce voz de la señora en un extraño matiz irónico para continuar:

—Mi venganza fué esa: darle por sumisión lo que sólo era desprecio; dejarle confundir miserablemente el amor con el desdén; verle henchido de ridícula vanidad desde el fondo de mi repugnancia... Le hubiese

perdonado vicios grandes, pasiones soberbias, arrebatos impetuosos... ¡Los defectos mezquinos de cada minuto no se los pude perdonar!

—Si no supo remediarlos...—insinué conciliadora.

—Por eso mismo constituían para mí una intolerable humillación. Que nos desgarre la vida un hombre inteligente, es una desgracia; ¡que nos la malogre un estúpido, es una vergüenza!

—Cuando no hay mala intención...

—Sí la hay; los toptos la tienen como una consecuencia de su tontería. Son crueles, fatuos, perversos, y, por añadidura, incapaces de reconocer la propia ruindad y la ajena virtud. No cabe esperar de ellos la dulce recompensa, la noble confesión, la soñada hora de justicia y desagravio. Se erigen en protectores de sus víctimas desde la cumbre de todas las sandeces, imponiendo su culto como una merced. Y hay que sufrirlos con apariencia de admirarlos; hay que aborrecerlos ocultando por orgullo el asco y la tristeza... ¡Te digo que es horrible!...

Recordé la sonrisa impertinente que en su retrato enseñaba don Julián como una revelación, y parecióme que la dama correspondía á su esposo con la convulsa mueca de los labios despreciativos y burlones. Toda la belleza suave de doña Matilde tomaba en aquel momento un sombrío cariz de indignación y de amargura. Resplandecían altivos los cándidos ojos; tremaba el acento fulgurante y acusador; el alma entera de la mujer rompía su cárcel de silencio humilde para clamar vindicadora contra el destino.

Me conmovió profundamente la agitación de aquel espíritu que juzgué imperturbable y quise medir la hondura de su tragedia. Compasiva y curiosa pregunté á la dama:

—¿Y no hubo para usted algún consuelo?

—Ni siquiera compasión—dijo, como si gozase ensanchando su pesadumbre en las más dolorosas confesiones—. Mi desdicha fué vulgar, sin relieves ni perfiles interesantes... El hombre que me hizo infeliz cobró fama de correcto y honrado, desempeñaba con exactitud un buen destino y se creía con derecho á que la sociedad me envidiase. No teníamos deudas ni enemigos, escasez de medios ni aparentes disgustos. Se celebró el nacimiento de mi hija como una fiesta de amor, y su muerte, como el fracaso de un hogar; pero yo sola gocé y sufrí acallando los gritos de alborozo y las desgarraduras del corazón para no molestar al egoísta.—Esas son flaquezas de madres, cosas de mujeres—decia fingiendo una superioridad varonil, á su parecer. Y si el quebranto me vendía en un sollozo ó en un lamento, llegaba á prohibirme:—No llores; me hace daño; es de mal gusto y á nada conduce...—¡A nada!... Imagina ante aquella blasfemia el espanto y el duelo en que caí... Después he visto, sin morirme de envidia, cuánto aman los padres á sus criaturas, cómo las desean, las compadecen y las lloran... ¡Ay, Dios mío!...

Al calor de los entrañables dolores se deshicieron en llanto las palabras de mi amiga, y sin saber cómo apaciguar sus rebeldes memorias la dejé balbucirlas con la cara entre las manos, doblada en el silloncito

de mi gabinete, allí donde fué á buscarme con tierna solicitud á la hora confidencial del crepúsculo.

Era un anochecer melancólico que iba cayendo muy despacio sobre el mar; culminaba la luna en creciente magnífico, algo esquiva entre airones de nube, y palpitaban las estrellas, con ansia de encenderse bajo el mudo vuelo de la sombra. Desfallecía el viento en una respiración blanda como un suspiro; la niebla radiaba henchida por los últimos rezagos de la luz, y tenía el murmullo del oleaje una solemne mesura, llena de majestad. Hálitos de sosiego y dulcedumbre emanaban de la hora fugitiva, mientras doña Matilde dejaba correr entre los dedos su voz acusadora y sollozante. En el divino encanto de aquella paz rodaba la tragedia encruelecida, más lastimosa cuanto más ruin y oscura.

—¡No llore usted!—dije, al cabo, sin eficacia, con el corazón oprimido. Y la señora entonó la postura de abandono mirándome al través de sus lágrimas. No sé qué síntomas de ansiedad pudo sorprender en mí cuando se enjugó el llanto respondiendo:

—Ya no lloro; abrí las fuentes de mi desdicha, para enseñarte á prevenir la tuya. Conviene, Soles, que estés en guardia contra los mentecatos; ¡suelen ser buenos mozos!

Trató de sonreir y yo también; pero nos quedamos en el camino, sobrecogidas por singular torpeza, hasta que doña Matilde, serenándose con valeroso esfuerzo, dijo:

—Tienes que mirar á la vida con buenos ánimos. Es menester que tomes los ejemplos tristes como en-

señanzas, no como presentimientos. Espera en lo porvenir, y alégrate; la alegría es una virtud.

Contempló la dama, anhelante, el espumoso cielo donde aun flotaba la desertora claridad del día, y un suave resplandor de aquella luz se detuvo en su rostro y en sus manos con inmensa dulzura.

XVI

EL PULSO DE LA TIERRA

Algunas tardes, paseando con Adolfo por el muelle de Torremar, habíamos encontrado á don Félix Iturbe, que nos saludaba muy atento.

—¿Son ustedes amigos?—pregunté á mi cortejante.

—Un poco. Iturbe es persona ilustrada, de las que no abundan aquí; ha viajado mucho, tiene algo de artista y me agrada su compañía. Por cierto—añadió expresivo—que siente hacia usted una admiración harto significativa.

Hice un gesto desdeñoso.

—Es hombre que vale—aseveró Velasquín, convencido sin duda de valer más. Y exploró mis pensamientos con una mirada sonriente llena de ilusiones. Creo que se las alenté con otra parecida, al rechazar dentro de mi espíritu los homenajes de don Félix.

Desde entoncés Adolfo llevó á menudo al juez en sus rondas por Traspeña, y nos le llegó á presentar

como á su mejor camarada. Yo no podía hablarle sin recelo ni disgusto; lo mismo le sucedía á mi padrastro, conocedor de aquella triste aventura de Isabel, completamente olvidada por el culpable, según las apariencias.

—Hay que advertir á Velasco nuestras prevenciones—había dicho don Germán, aludiendo á las visitas de Iturbe. Y le nombrábamos con sigilo, envolviendo su nombre en oscuras sospechas, esquivándole en los labios y en la memoria.

Era don Félix decidor y galante con cierta originalidad relumbrona tan afectada como su tipo y sus maneras. Pero en Torremar y los contornos gustaban mucho estas singularidades y hacían subir el crédito de que gozaba el juez como buen mozo y rico, flor y nata de los hombres casaderos. Él sabía aprovecharse de tal boga para coquetear de lo lindo y recorrer la comarca á guisa de Tenorio, aquí tomo y allí dejo amores, sin reparar en categorías ni comprometerse en arriesgadas aventuras. Solapado y habilidoso, guardaba las trazas de una conducta alegre y noble que no le alejase de un casamiento conveniente. El temible rival hubiera sido Velasquín, más joven, más guapo, elegante y linajudo que su amigo, y dueño de mayores caudales. Pero Adolfo no pensaba en competir con los caballeros de la región, á quienes trataba con cierta superioridad; él extendía sus ambiciones á más anchos límites, y las ínfulas de los pueblerinos le hacían sonreir. Apenas si el estío le detenía en la costa, atrayéndole al terruño familiar y al rincón donde su madre se había recluído desde la temprana viudez. Vivía

el mozo la mayor parte del año en Madrid, gozando con bastante cordura de sus rentas y su libertad, y viajaba á menudo por el extranjero, aprendedor y divertido, sin contar las monedas ni los días, como quien sólo en gastarlos halla placer. Emprendió diversos estudios, cambió con frecuencia de pareceres, y cumplió veinticinco abriles pensando en casarse, ó al menos diciéndolo así. Aseguraba también que no quería buscar novia, sino «encontrarla», y que la prefería montañesa, de ilustre abolengo y buen palmito, inteligente y bien educada.

Contábame estas cosas con el acento firme y sonoro, muy al cabo de lograr sus aspiraciones, como si la mujer apetecida estuviera allí presente, incapaz de resistirse á las solicitudes del amor. Y yo padecía el dominio de aquellas seguras palabras, recordando con inquietud los consejos de doña Matilde.

¿Qué pensaba don Germán del pretendiente? Se lo pregunté á mi amiga y dijo:

—¿Te importa?

—Quizá—repuse.

—Pues veré si puedo averiguarlo—prometió, observándome con interés. Conocí que no le parecía sincera mi consulta, y anduve curiosa detrás de sus indagaciones, hasta que una tarde me pareció que hablaban de mí, apartados la dama y el caballero de la general conversación.

—Tiene un atractivo poderoso—murmuraba él—, una gracia inolvidable que se filtra en el corazón como una luz; quien sienta su influencia teme cegar, sí no la persigue; Adolfo la perseguirá...

Yo aparentaba entretenerme junto á mi primo, sentados en el césped del jardín, cerca de mamá, que dialogaba con don Juan Valdés. Al oir el nombre de mi rondador, comprendí que me atañían las fervorosas palabras, y quedé tan llena de asombro y de perplejidad, que no supe atender á otra cosa. En vano luego traté de serenarme y aguzar el oído; la dulce voz de doña Matilde corría como lejano murmurio, y mi padrastro apagaba también la suya, quizá descubriendo en mi turbación señales de curiosidad.

No olvido aquel instante de tumultuosas impresiones; perdida en el mundo invisible de los pensamientos, respondía después á lo que me hablaban lo mismo que un autómata.

¿Pero soy yo—decíame—esa criatura singular y brillante, perseguida como una luz?... ¿Pero soy yo?... Y lo asegura un hombre á quien he querido calumniar en algún pérfido rincón de mi conciencia, un hombre á quien debo mercedes y pago ingratitudes...

Le miraba á hurtadillas, con sobresalto y remordimientos, y recordaba la firme alusión de Adolfo: «¡Cuánto la quiere á usted!»; las vehementes frases de Guadalupe atribuyendo al carácter de don Germán simpatías profundas con el mío; su extraña visita al Colegio; su ramo de violetas guardado con inexplicable devoción, á pesar de mis rebeliones; los cándidos elogios de Isabel al enseñarme los regalos del intruso y, más que nada, la entrañable necesidad que yo sentía de quererle, de asirme á su brazo varonil, plena de confianza, y colgarme á su cuello ebria de ternu-

ra... Volví á mirarle de frente, con impulsivo gesto, como para decirle alguna cosa, y se inclinó hacia mí desde la silla donde se recostaba. Parecía preguntarme con muda solicitud: ¿Qué pides? ¿qué sueñas? ¿qué necesitas?... Hallé dulcísimas ansias en sus ojos cálidos y oscuros, y tuve miedo de que se me escapase un grito loco, fatal, que yo misma no sabía qué secretos hubiera revelado.

Y el grito resonó. Alucinada, me tapé la boca, creyéndole mío, cuando oí á Vicente clamar:

—¡Una hormiga, una hormiga!

—¿Y por eso te asustas?—censuré medio en sueños.

—¡Es tan negra!

—¡Qué miedoso!

—¡Ah, pero no hay una sola!—dijo, alarmado, sacudiéndose la que le subía por el vestido—Mira cuántas; ¡un hormiguero!

Don Germán, que aun se inclinaba hacia mí, acabó por quedarse de rodillas á nuestro lado y, sonriente, escudriñó la yerba.

—Tiene razón—fué diciendo según descubría los interesantes animalillos—. Es una caravana de hormigas de jardín. ¿Irán de traslado ó de conquista?

Levantó una entre los dedos, bruna y fugaz.

—Es una *reina*—aseguró, dejándola partir.

—¿Una reina?—preguntó mi madre, embelesada.

—Se dice así á la hembra fértil... ¡Singulares amores los de estas reinas! En cuanto rompen el capullo, emprenden el vuelo nupcial, reciben la semilla y al punto se despojan de las alas con un movimiento fuerte y extraño.

Todos pusimos gran interés en la lección, y don Germán siguió contando, medio tendido en la pradera, prendiendo con maña alguna que otra hormiga para soltarla pronto.

—Tienen estos insectos leyes y costumbres muy curiosas. Divididos en especies se unen para vivir en grandes colonias compuestas de tres clases de individuos: los machos, las hembras fecundas y las *obreras*, que son estériles. Construyen sus nidales con troncos de paja y hojas de pino, algunas veces subterráneos y con habitaciones superpuestas; otras en los árboles, abarcando una gran extensión. Trabajan sin reposo en el verano todo el día y durante la noche si es menester; se alimentan de insectos y mieles, néctar y frutas; aman y odian, pelean y esclavizan, son constantes, abnegados, industriosos, feroces; saben de vicios y virtudes como las demás criaturas de Dios.

—¿Es de veras?—dije con tal maravilla, que toda el alma me tembló en la pregunta.

—Lo puedes creer—respondió el caballero, radiante, como si el divertirme le causara un gozo especial.

Y viendo mi atención pendiente de sus labios, siguió diciendo, muy complacido:

—Las hormigas son unas bestiezuelas interesantes, civilizadas desde el primer período de su formación. Cuando los huevecillos depositados por las *reinas* se convierten en larvas, las *obreras* corren á sacarlas donde les dé la luz y las procuran alternativas de calor y humedad; las distribuyen por edades y tamaños, clasificadas en grupos dentro de los nidos, y así que cumplen sus horas de crisálida, las ayudan con infi-

nita delicadeza á romper el capullo y á vivir como insectos, para lo cual las estiran los músculos y las enseñan á alisarse las alas; sin este maternal auxilio las orugas no podrían evadirse de su cárcel.

—¡Qué buena gente!... ¡Si parecen personas!—interrumpí encantada.

—¡Claro!... Y lo son. Por eso tienen de todo, bueno y malo como las «personas» á quienes aludes—murmuró don Germán—. En los hormigueros hay *soldados* que hacen guardia mientras otras hormigas trabajan ó reposan. Para los combates las familias se arman como verdaderos ejércitos, y existen recompensas para las más valientes, castigos para las desertoras.

—¡Igual que en el mundo!—volví á exclamar.

—Lo mismo. Tienen «como aquí»—subrayó mi padrastro—razas de esclavistas, de aristócratas, de bandoleros.

—¿También?

—¡Vaya! Dejarían de ser mundo. Hay cuadrillas que entran á saco en los nidos ajenos y se llevan larvas y orugas para cuidarlas en los propios hasta que metamorfoseadas en insectos las obligan á los más rudos trabajos.

Yo pensaba en ciertas naciones esclavistas por excelencia, y buscaba en el menudo césped alguna hormiga déspota que pudiese tener un airecillo moscovita ó británico, por ejemplo. Se me escaparon todas las que perseguí mientras Valdés preguntaba á don Germán:

—¿Ha estudiado usted entomología?

Pareció quedarse muy descansado al soltar el término científico, acaso rebelde á la memoria durante la conversación. Y sin aguardar que el aludido respondiese, suspiró mamá:

—¡Pobres *reinas!*... ¿Conque se despojan ellas mismas de sus alas?

—¡Al primer vuelo!—balbució doña Matilde meditabunda—¡El vuelo nupcial que las convierte en madres!

La melancólica voz puso en los rumores de la Naturaleza un treno parecido al sollozo, el temblor de un alma dolorida y profunda. Le oí extenderse como soplo divino y alejarse hacia remotos confines empapando en sí los demás acentos, dejándonos mecidos en una sonoridad altísima. Aquella solemne gracia nos contuvo silenciosos, suspensos entre la admiración y la tristeza.

Ardía la tarde moribunda sobre el manto de un sangriento crepúsculo, y el aire, saturado de perfumes, nos envolvía dormido y espeso, enervador.

Vicente, más lánguido que nunca, luchaba con el sueño y la modorra, sólo espabilado contra la invasión de las hormigas. Y las personas mayores acabaron por hilvanar un aburrido palique. Entonces, caída de bruces desde mi reciente indiferencia hasta los antiguos arcanos de mis curiosidades y mis ansias, me supe deslizar con disimulo unos pasos más lejos para tenderme á solas en la yerba.

Al otro lado de los arbustos que me separaban de la familia escondí mis inquietudes en un recodo blando, igual que un nido, acogedor y caliente como el

regazo de una madre. Fué aquel un violento impulso de todas mis codicias, una palpitación afanosa de mis potencias, impacientes por hundirse en los misterios perseguidos. La vida inerte me imploraba más que nunca; los reinos oscuros de las humildes existencias me conmovían con sordas voces llenas de solicitud, y sobre el repentino huracán de tantos anhelos, las ardientes frases de mi padrastro horadaban mi conciencia antes de caer encendidas en mi corazón... No sabía cuáles gritos escuchar primero, ni con qué razones responder á cada pregunta silenciosa, y quise ayudarme con todos los sentidos á indagar las respuestas, preguntando, á mi vez, cosas inauditas... Apoyé en el césped la cara, donde hervía mi sangre, y traté de aplicar el oído á los imperceptibles rumores: átomos de vida; gérmenes ocultos; incubaciones misteriosas que pululan en la tierra maternal. Todo calló bajo de mí, á despecho de la sonora multitud viviente que en el propio silencio palpitaba... Apliqué los labios febriles sobre las yerbas y las flores y sentí la embriaguez de los perfumes sutilísimos; el gusto amargo y picante de las raíces y las briznas; la inefable suavidad de pétalos y corolas. Cada flor menuda tuvo para mí un rostro, una expresión, una sorpresa, y al mismo tiempo un enigma, una sombra. En los capullos insignificantes, febles como la pluma; en las hojas nacientes; en los brotes apenas iniciados, una fuerza pura y sagrada me escondía su irrefrenable poder: la tuve latente bajo mis manos, y las hundí en ella codiciosa, pero no arrebaté ninguno de sus grandes secretos. Un puñado de tierra hendido por mis

uñas, áspero y tibio, fué el único botín de mi campaña. Al deshacerle rodaron las fibras de un montón de criaturas y las creí arrancadas de mi propia existencia. Repetí las caricias, los besos, los «escuchos», como desagravio y expiación de mi delito, y pensé con amorosa piedad en las *reinas* aladas, en las orugas y los nidales. Quizá largo rato estuve abrazada á un hormiguero, porque me pareció sentir el contagio de muchas pasiones chiquitinas y hasta cierto prurito belicoso, ajeno á mi apacible condición.

En aquella hora rara, nutrida de indefinibles angustias y renovados placeres, imaginé estar caída como sazonado fruto que pesó demasiado en la rama; allí, madura, sobre un regazo que me brindaba hogar. Mi juventud, pletórica de vigores y de ímpetus, se desbordaba pujante al compás del tremendo latido que sordamente repercutía bajo mi cuerpo en una muchedumbre de seres. Y de pronto, por milagro de mi sensibilidad, tuvieron rumor y pulso el estallido de las semillas y la gravidez de las plantas; hálito el aroma del heno y de las flores; lágrimas y alborozos la silente procreación de los insectos; carne y espíritu la tierra, que alumbraba y concebia en incesante agitación de sus entrañas generosas.

Pero el ciego empuje de aquella fuerza haciéndome suya, mezclando conmigo el aliento, el sudor y el contacto, más confundía en su misterio mis ansiedades. Y al sentirme arrebatada por el oscuro aluvión de la vida, sin poder arribar á ninguna margen luminosa, me pregunté con mucho retintín: ¿Por qué dice don Germán que «mi gracia inolvidable se filtra en el

corazón como una luz?»... ¡Aviado está el mundo cuando yo, que soy una pura tiniebla, engaño por ahí con aparentes resplandores!

¡Y poca falta que me hizo una vislumbre de claridad! Rebelde contra mi profundo desasosiego, pensaba con enfado: ¡De todo esto tiene la culpa una hormiga! Mas en el fondo de mi conciencia protestaba un violento resquemor: ¿Y las elocuentes palabras de tu padrastro?

Sí, sí; ¡aquellas palabras!... Medité, en el colmo de las confusiones, sin darme cuenta de mis sentimientos, arrastrada por un torbellino de enigmas y dudas, hasta que me alcé anhelante, como si hurtando el cuerpo de la tierra no fuese á levantar con él mi congoja.

Debía tener los cabellos y el vestido en completa revolución, las mejillas echando lumbre y en la mirada una nueva profundidad.

Había caído el sol en la orilla del horizonte, sobre la cantábrica llanura, dejando las nubes y las olas empapadas en cárdena luz. Y á naciente, allí por donde bajaba tímida la sombra, un fulgor de relámpagos mudos temblaba en el paisaje.

Quedé absorta mirando al firmamento con deslumbrada sorpresa, como si nunca hubiese visto un ocaso tan hermoso. Pasó rozándome la frente una mariposa rubia, vibró en el aire una campana, y una voz conocida murmuró junto á mí:

—¡Soles!

Tenía delante á don Germán. Dijo que me buscaba, extrañando mi repentina ausencia, y se detuvo

dando señales de aguardar con interés una palabra mía.

No hallé ninguna. Entonces me ofreció la mano para levantarme, y apoyándome en ella con gratitud me puse de pie, alcanzada por el fuerte sonrojo de los cielos...

El solo anuncio de la galerna amedrentó á Vicente y le impulsó á refugiarse á espaldas de la mar, en una habitación abierta al Mediodía. Llevóse consigo al lebrel como vago recurso sabe Dios contra cuáles amenazas y entornó los postigos del balcón, celoso en sus precauciones hasta de la cenicienta luz con que iba creciendo la mañana.

Abrazado al perro le encontré cuando le fuí á buscar por encargo de mi madre, y se resistió á seguirme con obstinada angustia.

—No voy—dijo—que hablaréis de naufragios y contaréis los lances de aquellas muertes del invierno.

—¡Vaya, hombre!... ¡Si está don Juan con tu madrina y no piensan en cosas tristes!

—¿Don Juan? ¡Pues ni pintado! Como ha sido almirante, todo se vuelve relatar aventuras tremendas de buques y marinos; en cuanto el mar se pica, ya tenemos el drama en la conversación.

Me eché á reir, divertida de la candidez con que mi primo creía en el almirantazgo del pobre loco.

—¡Estoy bien aquí!—murmuraba Vicente acurrucado en la alfombra con *Amor*. Formaban un grupo singular. El niño, despeinado y perezoso, mezclaba

sus melenas rubias con el pelo albazano del lebrel y le miraba á los ojos lleno de beatitud como si en las doradas constelaciones de las pupilas hallase un escudo para su debilidad.

Comprendí que la compañía del perro, muda y fiel, era para el muchacho más favorable que los deshilvanados discursos á que solía asistir. Y tuve yo misma el repentino deseo de esconderme en algún rincón abrazada á un amigo tan apacible como aquél...

Con los primeros indicios de la galerna comenzó Valdés á mandar papelitos á su amiga la reina Victoria. Eran aquellos mensajes una especialidad del maniático; los escribía en traza de oficio, con muchos requilorios de letra, rúbrica y tratamiento, y los llenaba de frases incoherentes, unidas por la trabazón de un estilo campanudo. En el amplio margen, hacia el borde, apuntaba á lo largo del papel: «Canto dorado», sin duda para significar la importancia y el lujo de la misiva.

Solían ellas venir en un sobre, dirigidas «al pajecillo», para que éste se las entregara á mi madre con toda solemnidad, y pedían á la «Serenísima Señora» un faro, un observatorio marítimo, una revista naval ó el «advenimiento de un regio bajel». Encabezábase la petición con membrete manuscrito, que decía: «Inspección Directiva de Sanidad y Obras del Litoral Cántabro». Y lo firmaba el «Excelentisimo señor Comandante del puerto».

Al través de letras y disparates mayúsculos, releía mi madre con deleite en la orilla de cada memorial: «¡Canto dorado!»... Y la voz fascinada se extendía

como verdadera orla de oro alrededor de los mensajes.

Notaba yo que al triste «pajecillo» le trastornaban mucho aquellas maquinaciones enfermizas. Cuando mamá le señalaba en los papelucos de Valdés su indicación famosa, subrayaba con mohines placenteros, la sonrisa del muchacho era violenta, casi doliente, igual que si un maleficio le bajara desde los ojos á la boca, traidor y cruel. A despecho suyo, con visible perplejidad, repetía como una síntesis de su tortura:

—¡Canto dorado!

Y se quedaba inmóvil, lejano el atisbo de las pupilas, lleno el rostro de lastimosa fiebre. En la última semana me pareció que huía de mi madre tanto como de mí. Con resistencia humilde procuraba esconderse de la madrina, y como yo le preguntase en broma: —¿Estáis enojados?—Contestó muy ruboroso: —Es que me lastiman sus perfumes.

Pero, observándole más, vi que á menudo fijaba los ojos en ella con un deslumbramiento palpitante. Y me quedé confusa, temerosa de no contribuir con demasiada solicitud á la tranquilidad del enfermo. Era indudable que no le convenía el contacto frecuente con los delirios de Valdés y con las exaltadas inclinaciones de la madrina. El propio instinto parecía avisarle y detenerle en las fronteras del contagio, azaroso entre la lucidez la fascinación.

¡Y Beatriz que me confiaba su hijo llena de esperanzas!... Pensé que yo le tenía abandonado hasta el punto de que buscase el pobre un consuelo en los ojos mansos del lebrel.

Mas un vivo sentimiento de impotencia acalló tales preocupaciones.

¿No era yo una criatura desarmada contra la vida poco menos que Vicente?... A mi propia madre, ¿podía yo acaso defenderla de los peligros que la acechaban?... En suma, aquellos peligros, para el uno y para la otra, quizá existieran sólo en mi atormentada imaginación.

Recordé vagamente las palabras tranquilizadoras de don Luis, y desechando todo remordimiento, estuve dispuesta á compadecerme á mí misma; porque el áspero silbo de los aires y la cerrazón del horizonte habían echado sobre mi existencia una triste penumbra. No fué ya la inquietud de los días pasados que se domaba con el ejercicio á campo libre hasta quedarse hundida en el conjunto de las emociones; fué una ansiedad que en el encierro de la casa iba medrando y pidiéndome á gritos un socorro.

Algo envidiosa del escondite donde Vicente se consolaba, anduve meditabunda de un lado para otro y acabé por convenir en que no había motivo para afianzar las puertas con aparatos poco menos que invernales porque en pleno septiembre pusiera el tiempo mal cariz. Una borrasquita de tres al cuarto y pare usted de contar.

Como no era mi madre del mismo parecer, un cierre general de ventanas nos acongojó desde que el mar se puso pálido y violento, á tono con las nubes. Y temiendo que la mañana fuera insufrible entre cristales y suspiros, quise bajar un rato en busca de Isabel.

No estaba muy alegre la casuca marinera; rachas de pesadumbre la estremecían con mayor ímpetu que el vendabal, y reinaba en las breves habitaciones un silencio oscuro, semejante á la pausa de un temor.

Cuando Agustín no salía á la mar ni precisaba componer las redes, era seguro hallarle bajo la socarrena, ocupado en menudas obras de carpintería, más ó menos relacionados con su profesión de marino. Parecía feliz con el nuevo rumbo de su vida: el *Cristo del Amparo* tenía suerte en la pesca y buenas amistades el patrón entre sus compañeros.

Mas si la esperanza y la juventud sonreían al mozo, el sombrío continente de su madre le obligaba á inclinar la cabeza. Y yo vi extinguirse muchas veces los cantares y la risa en labios de Agustín á la sola aparición de Isabel. Con la voz caída y triste, las ojeras moradas y ensombrecido el rostro, ella ofrecía todo el aspecto de una criatura martirizada por ocultos sinsabores.

—No es el remordimiento lo que padece—me decía yo, lastimada y curiosa—porque se siente redimida; no es la vergüenza, porque se debe de sentir honrada... ¡Luego es el amor!: *le* perdona y *le* quiere; sueña con *él*!... A fuerza de pensarlo llegué á imaginar, en la pobre olvidada, actitudes de espera, angustias de celosa, quebrantos amarguísimos de escondida pasión. Y sentía crecer mi desprecio hacia el mal hombre causa de tanta desventura, ajeno hasta á la curiosidad de aquella vida humilde que por él se dolía...

En tales pensamientos me confundí bajo la esquiva luz de la mañana, mientras mi madre departía con

don Juan en su gabinete, muy abrigada y prevenida contra la futura galerna y con el velador confidencial lleno de memoriales.

El palacio, silencioso, parecía vacío. Algunas puertas mostraban corrido el alamud sobre el ferrado maderaje como en los días más crueles del invierno ó en las ausencias de la familia. Y aunque aullaba el viento en los cantiles, quise desatender las voces del moribundo estío y bajar muy campante á la ribera, fugitiva del aburrimiento de mi casa.

Pero mis decisiones tropezaron en un corredor con don Germán, que también acariciaba propósitos de fuga, y temeroso de que me acompañara cambié de parecer. Desde la tarde que en el jardín le escuché generosas palabras en mi honor, le evitaba más que nunca, sin explicarme el motivo; cobarde y agradecida, llena de zozobras.

—Voy á la biblioteca á pasar un rato—dije antes de que me preguntara á dónde pensaba ir. Colgué el *chubasquero* en el rastel de la escalera, y demostrando mi turbación corrí a la sala con poco disimulo, bien ajena á que allí me esperaba, latente y encendido, el gran misterio de la juventud.

XVII

EL VIEJO AMOR

Al volverme para cerrar la puerta con demasiada prisa, como si huyera de don Germán, hallé sus ojos ávidos y dulces clavados en mí, con tan penetrante expresión, que aun al través de la madera los sentía fijos en mi alma. Y me detuve un momento, inmóvil bajo el influjo de su magnetismo, hasta que sacudí aquella fuerza misteriosa con un gesto rebelde.

Entonces abrí de par en par la ventana contigua al sillón de mi padre y me senté allí con mucho aplomo, mientras los papeles y mis cabellos se alborotaban á merced de una brisa, nada apacible, que entró á ventilar la habitación.

Iba á poner los codos sobre la mesa, aburrida y displicente, cuando vi colocada la llave de un cajoncito, que siempre estuvo cerrado para mí. Tiré de él con la mayor frescura, como si no hubiese pensado en otra cosa, y le revolví á mi gusto. Luego de registrar

someramente legajos de papelotes oficiales, hojeé un libro de apuntes, un paquete de cartas que se referían á deslindes y terrenos, y una carpeta con recibos.

No era aquello lo que yo quería, y con la peregrina seguridad de que buscaba algo interesante, hundí la mano hasta el fondo del cajón, rastreé por allí y saqué á flote un atadijo pequeño, cuya ligadura sedosa me puso en la pista del hallazgo. Porque hallazgo tenía que ser y amoroso por ende: no me cabía duda. En prueba de ello corrí á la puerta, eché el pestillo, y me dispuse, golosa, á saborear el hurtado secreto.

Ya al deshacer el nudo de la cinta sorprendí en los apretados renglones frases candentes. No podía equivocarme: allí estaba el amor, divulgado como en las novelas por unas cartas, pero vivo y real ya que no eran ficticias, sino hechas á golpes de pasión, por una mano que respondía al latido de un pecho.

La verdadera historia de unos enamorados vibraba ante mis ojos, sincera, complaciente, tal como había salido de los llagados corazones. ¿De cuáles?

Esto es lo que yo anhelaba saber; mas los pliegucillos, pocos y menudos, nada respondían á mi apremiante consulta; parecían de letra femenina, pequeña y delicada, y como el contenido fuese varonil, vine á pensar que bien pudieran estar copiados por una mujer. Sin firma ni data, sin margen ni sobres, tenían todo el aspecto de una copia, y los hubiese confundido si cada misiva, compuesta por lo general de varios pliegos, no tuviera los dobleces cruzados entre sí, aparte de las otras. Extendí una, con ansiedad, no muy firmes las manos, voraces las pupilas, y leí:

«Angel, milagro mío, ideal hecho carne y sangre y espíritu y pasión; ¡mírame! Soy aquel, ¿no te acuerdas? Aquel que te quería «desde mucho antes», desde siempre... Aquel que lloró por ti sin que tú lo supieras, y juró consagrarte su corazón, su juventud, su porvenir, toda su vida... ¡Aquel soy! Soy el mismo ¿no me ves? Y te quiero más, cada vez más... ¿No estás contenta? ¿No eres feliz?

Siento á todas horas un loco afán de escribirte, de llenar páginas y páginas para ti, para ti sola; de trabajar y sentir y pensar y vivir exclusivamente para tu amor y ventura.

Si pudieras verme cuando estoy en esta soledad llorando por ti, alegrándome de ti, meditando para ti, viviendo exaltadamente para ti, ¡cómo leerías en mi semblante y en mi actitud el amor sobrehumano que te tengo! De día en día se me agiganta la pasión, la veo crecer tirando de mí, empujándome con recias sacudidas, dilatando el espíritu, las venas, el corazón y los nervios. ¿Qué fuerza, qué virtud, qué hermosura, qué señorío incontrastable tienes, que de tal manera me has enamorado, me has puesto á tu merced con tan eterna y gloriosa servidumbre? ¡Oh, cómo soy esclavo tuyo, cómo vivo pendiente de ti, de tus pensamientos, de tus acciones, de tus palabras, de tus alegrías y tus penas!

Soy tan sensible, tan vivazmente sensible para ti, que tiemblo por todos los peligros imaginables: quisiera tenerte al abrigo de mis fieles y celosos brazos como á una criatura recién nacida. Quisiera estar velando por ti siempre, acurrucado á tus pies, dándote

calor y defensa, espiar los minutos de tu vida y cuidarte como una flor exquisita y frágil; robar á la fortuna todos los halagos, todos los lujos, todas las elegancias, todos los refinamientos, para tu casa y tu persona, para tu cuerpo y tu satisfacción... Experimento envidias y penas crueles al ver cuán poco te sirve mi inmensa, mi entrañable solicitud. ¡Queriéndote así, como yo te quiero... aun no te he dado un trono, una estrella, un mundo... y ni siquiera puedo darte la felicidad! ¿No es para estar siempre triste?

Se me agolpan las emociones, los pensamientos y las palabras en el corazón y en la pluma. ¡Tengo tantas, tantas, tan infinitas cosas que decirte! Cosas de mi creciente ilusión, de mi religiosa admiración, de mi deseo inagotable, de mi ternura caudalosa, de tu bondad, de tu belleza, de tu gracia; cosas de ayer, de hoy, de mañana, de siempre; recuerdos, melancolías, esperanzas, gozos, secretos; millones de cosas y de mundos. .»

Crucé los pliegos leídos y desdoblé otros para reanudar la lectura, sin levantar la cabeza, aturdida, envidiosa, febril:

«Tiene mi pasión mareas, oleajes y tumultos como el mar. Después de algunos días, de algunas horas de aparente mansedumbre, se hincha de pronto, muge, salta á los cielos con irritadas espumas, entre bramidos de furor. ¡Cómo padezco ahora bajo la fuerza imponente de una de esas crisis!

Toda la vida interior, emocional, profunda, se me revuelve de súbito en las entrañas y me destroza el pecho con zarpazos desgarradores. Todo mi pasado, mi

ayer inolvidable—aspiración suprema de infinito—, mi presente, hecho carne y alma y locura en ti; mis ansias de futura dicha, mis hambres de pasión eterna, recuerdos, lágrimas, arrebatos y ternuras, codicias y sacrificios, ambiciones y placeres, cosas de la tierra y del cielo, cosas sin voz y sin imagen; todo, todo el gigantesco remolino de este amor sin fondo, sin orillas, sin término, sin fin, trágico, insondable, vertiginoso como la eternidad, hierve y revienta dentro de mí; me exalta, me sacude, me golpea, me muerde, me aplasta y ahoga... ¡no sé cómo decírtelo!

¡Pobre palabra humana impotente y cobarde para expresar las tempestades y explosiones de nuestro mundo interior! ¡Oh tremenda y sublime y espantosa epilepsia, sacro furor, delirio divino de un amor demasiado grande para vivir en la tierra, condenado por eso á destrozarse furiosamente, á consumirse con solitarias calenturas entre las frías murallas de un implacable calabozo... ¡Oh noble, dulce, grande, hermosa y querida mía, siempre lejos de mí, siempre llorando ausencias! ¿No sabes cuánto te quiero? ¿No sabes que me muero de quererte, que me devora una inquietud, un sobresalto, un deseo, un torbellino de amores, un torrente de emoción?

¡Ay vida mía! Me abraso, me sofoco de sed, de ansia, de ardor y plenitud. La fuerza creciente de esta pasión enorme parece que me arrebata y al propio tiempo me estrangula... No soy dueño de mí; á veces se me escapa la razón y sólo quedan dentro de mi carne las fuerzas ciegas de la naturaleza, el «oscuro dominio»...

¡Amor, amor, cómo has entrado por las venas de mi sangre, por las arterias de mi espíritu, por todos mis huesos y mis nervios, por todo mi corazón hambriento de ti; cómo has tomado posesión entera y para siempre de esta vida impetuosa que caería muerta si tú la soltaras de tus manos!

¡Carmen! No comprendes, no, todo lo que vibra en mí, lo que sufro, lo que te quiero, lo que vale este amor mío, no por ser mío, sino por lo que tiene de angustia humana y de luz divina, de heroísmo y de eternidad: no ves mi corazón desnudo, inmenso como un templo para ti... Quizá te olvidas del aliento sobrenatural que me lleva á quererte con un amor religioso, místico, más sabio en sufrimientos que en goces, más grande, más absoluto, más sublime de día en día, cuantos más hermosísimos tesoros van encontrando en ti mi admiración y mi fe».

Hice una pausa: sentía la necesidad de que mi atención cobrase alientos y de que algún comentario cayese como una luz encima de mi asombro.

—¡Carmen!—dije estática—¿Y quien será Carmen?... ¿Vive?... ¿Ha muerto?... ¿La he conocido?... ¿Pertenece á mi familia?... ¿Merece este amor tan grande, tan sublime? Porque el amor aquel se me antojaba la quinta esencia del sentimiento y la felicidad.

Las interrogaciones se sucedían en el caos de mi espíritu con tal rapidez, que sin dar á una satisfacción ya venía la siguiente á pedir respuesta. Y á ninguna pude contestar.

—¿Quién es *él?* ¿Quién es *él?*—repetía, muerta de cu-

riosidad y emoción. Ningún recuerdo me lo supo decir, aunque anduve sacudiendo las más viejas memorias de mi niñez, en busca de imágenes que respondiesen á la evocación de aquellos enamorados.

Tenían las cartas muy terso y juvenil semblante; el papel conservaba límpido el color, y la escritura indelebles los trazos, moderna la forma y el pensamiento. Mas la letra no se parecía á las que me eran familiares, aunque yo quise encontrar en ella rasgos delatores: ¿de don Germán? ¿de doña Matilde? ¿de mis padres?

—No sé; no sé—tuve que decirme. Y sin poder ordenar el cúmulo de mis impresiones, seguí leyendo:

«Aquí me tienes abrasado de amor, desfallecido, viviendo y muriendo en ti, como siempre, para siempre, más que nunca, derribado á tus pies como si fuese á estallar de gozo, de ansia, de orgullo, de loca adoración... Quisiera estar con poderosa inmanencia en el centro vivo de tu alma y ver cómo y de dónde nacen tus volúciones, tus ideas, las imágenes de tu fantasía, los primores de tu ingenio; atisbar el dibujo de tus líneas espirituales, el centelleo de tus sensaciones, la trayectoria sutil de tus pensamientos desde el corazón á los labios.

¡Carmen, fuerza, gloria, numen, alma! Aborrezco todo lo que no eres tú, nada me importa sino tú; vivo presa de monstruosas ternuras en el regazo inmenso de este amor, adorándote, estudiándote, comprendiéndote, alumbrando los tesoros de tu vida, contando sus latidos melodiosos, consagrado á tu culto con un exclusivismo feroz... No hay para mí más realidad, más

universo que tú... La creación entera se resuelve en un solo luminar, en un vértice, una cumbre, una cifra, un lucero, un nombre: ¡Carmen! La imagen de una mujer—¿quïén sino tú?—de una reina, de una musa, de una soberana deidad, llena los cielos y la tierra, lo ocupa todo, lo domina todo, me envuelve, me absorbe, me deslumbra, me ciega, me arrebata como un glorioso torbellino.

En ti encontró el soñador la belleza, el alma la verdad, el hombre la ventura, la fuerza, la alegría, el descanso, el bien, la suma gloria, el soñado y deseado infinito. Por eso mi amor es fe, constancia, fidelidad, adoración, culto hervoroso, plegaria, admiración profunda, ilusión perpetuamente renovada, ternura inmarcesible, confianza sin reservas, respeto nunca ausente, novedad de todas las horas, entrega absoluta de mi alma.

Tu amor me ha despertado, me ha engrandecido, levantándome y descubriéndome el propio corazón; ha sido la revelación de todos los amores, de todos los entusiasmos, de todas las energías del espíritu. ¡Dichoso el que halla en su ruta un sentimiento noble y grande que le eleva, le purifica y le realza sobre la tierra! Así el amor humano es también camino de perfección, gloria y sacramento. Nace de las entrañas del espíritu sin licencia de la voluntad ni sensaciones de la carne, y si llega á encender el deseo, no pierde su valor ni se degrada nunca; porque hasta en lo material está penetrado de un aliento divino... Amándote aprendí á conocer y amar la patria, la grandeza y la misericordia de Dios, la naturaleza, los seres y las

cosas. Yo tenía como escondida una enorme capacidad de amor; llegaste tú y se rompió la corteza de mi alma derramándose el sentimiento como un caudal inagotable.

¿Comprendes ahora, corazón mío, toda la eficacia de tu espíritu y la inmensidad de mi ternura?»

Mientras plegaba la tercera misiva, levanté los ojos hacia la reja donde temblaba el rosal con todas las hojas, y al través de su agitación vi como se inclinaban los árboles abatidos por el viento. Un soplo de inaudita impaciencia me hizo estremecer como al rosal, y ya en mis manos otra carta decía:

«¡Cuánto tiempo sin escribirte como ahora, con toda la libertad y la vehemencia de mi espíritu! ¡Cuántos abismos y tesoros de mi vida, de mi soledad, de mi pensamiento, ignorados para ti, perdidos para siempre en la fuga terrible de las horas! Posos dulces, recónditos, entrañables, cosas sin nombre de las que tengo lleno y preñado el corazón... Nunca saldrán de mí, nunca podré decírtelas ni aun en momentos de luminosa embriaguez. ¡Oh, angustia de los ojos, de la boca, de los brazos, de los sollozos y las palabras: ansia de amor que desfallece en besos mudos y temblorosos balbuceos! Todas nuestras hambres de felicidad se estrellan contra el muro de bronce que nos aisla y separa... ¡Triste y doble cautiverio!...

Acaso un día, para concluir tan dolorosa historia vendrá la muerte á acostarnos en distinta sepultura... Perdona que te hable con tanta oscuridad y tristeza, á ti que eres una explosión de vida y de júbilo en el horizonte solitario de mi abierta madurez. Yo siento

la belleza de nuestro destino—cumbre de amor y de anhelo—en lucha divina con la fatalidad. ¿No es así como vivían los héroes y los antiguos dioses? De tal manera quisiera yo endiosarte, que hiciera de tu amor y tu hermosura un culto nuevo para la humanidad. En un altar te pondría aunque al hacerlo te volvieras de mármol para mí... ¡Pobre enamorado tuyo que ni siquiera puede, que ni siquiera sabe clavar tu nombre en los cielos como una estrella inmortal por encima de las Beatrices y las Lauras de otros siglos!... ¡Malhaya el nuestro donde el amor y el ideal tienen que esconderse como un pecado! ¡Si vieras cuánto sufro!

¿No sabes de qué?

De ambición, de ambición por ti, de locura romántica, de sobrehumanos deseos. Tengo una sed de inmortalidad que me abrasa el corazón. Correría con ansia á la muerte con tal de no morir... Siento, cada vez más, una insensata codicia de gloria. Me muero de envidia, de una envidia alta y heroica: es el llanto de César al acordarse de Alejandro. Es una envidia de los eternos Fundadores, de los Poetas inmortales, de los Santos y los gloriosos Reyes, de los Mártires, de los que no mueren nunca ni en la tierra ni en el cielo... ¿No me tendrás por loco? Contigo, únicamente contigo, puedo hablar de estas cosas... ¡Oh, mis deseos estimulados por ti, exaltados por ti, abrasados en la hoguera de tu amor y tu hermosura!

Tú me infundes de día en día, en la sangre y en el alma, ardores nuevos, codicias nuevas, ansias y orgullos, ímpetus y rebeliones, apetitos y hambres que

no he sentido jamás. Tienes mi alma en tus manos y la tienes siempre como un arco tenso y vibrante: así las flechas de mis deseos van á clavarse en lo infinito. ¿Por qué á veces sientes miedo de los horizontes que tú misma me abres? ¿Por qué te asustas de los aletazos de mi alma? ¿Por qué llenas el vaso si no quieres que rebose? ¿No son tuyos el vaso y el agua, las alas y el azor?...

No hubo nunca en el mundo mujer más bien amada, más deseada, más venerada, más tiernamente comprendida, más dueña y poseedora de un corazón, de un entendimiento y de una voluntad. ¡Y no te das cuenta de semejante prodigio! No ves mi corazón; no vives mi intimidad; no me conoces. Toda mi alma profunda, hirviente, borrascosa; toda mi vida interior, mis anhelos heroicos, mis ímpetus de rey, lloran allá dentro amordazados y escondidos, lloran la pena infinita de su implacable soledad en las prisiones de la carne y en las cadenas de la ley. ¿Me sabes tú conocer al través de estos cautiverios? ¿Adivinas en mí lo que no ves, perdonando por ello lo que ves?».

Volví á mirar la reja, guarnecida de trémulo ramaje, quizá dudando que viniese de allí el temblor de mi cuerpo, el poderoso escalofrío de mi alma. Noté que el bosque se balanceaba todavía, y que los aludes de la niebla tomaban el jardín, palpando los caminos con sus dedos de pálido algodón. Imágenes, sensaciones y memorias tuvieron para mí una vaga apariencia de ensueño, algo también de brumas y de alud... Mucho después de aquel día he pensado que aquello

fué, sencillamente, una borrachera de lirismo y de amor.

Ebria estuve, á no dudarlo, cuando á mí propia me confundí con *Carmen*, y sintiéndome «ella» adorné al autor de las cartas con el nombre y la figura de Adolfo, hecho lo cual, en un santiamén, tomó el idilio una forma de realidad incomparable; no le faltaron ni la reja de las prisiones que, según mi novio, nos estaban haciendo una mala partida.

Y en plena posesión de mi papel, tendí la mano con viva solicitud hacia una de las dos epístolas que aun me esperaban. ¿Qué me diría Velasquín en aquellos últimos renglones? ¿Iría á descubrirme la clase de leyes y cadenas que nos tenían prisioneros, obligados á esconder como un delito aquel amor fenomenal? Me quedé en ayunas cuando leí:

«... Hay horas en que me siento como abrumado y sofocado por este imponente oleaje que me sube de las entrañas del espíritu. Los nervios vibran y tiemblan, la sangre se apresura y me golpea en el pecho y en las sienes; todo mi sér físico parece aplastado y comprimido por la emoción. ¿Cómo podría explicarte?... Las cosas infinitas que yo tenía que decirte no son las que te digo cuando te veo ni las que pienso cuando te escribo, son cosas de todos los minutos, pedazos de mi vida que van cayendo como las hojas muertas de los árboles, sin que los recojas tú; son pensamientos y fiebres de cada día que se va, sensaciones y ternuras del instante que pasa para nunca más volver; soy yo mismo viviendo y sufriendo, durmiendo y soñando, tornando á seguir la jornada,

solo, solo, hacia el fin... con el ansia eterna de amarte y esperarte más allá de la muerte... Así voy vertiendo tesoros de cariño y de fe que siendo tuyos no los puedes gozar... ¡Qué pena más grande! Así anoche, anteanoche, hoy, mañana, pasado mañana, otro día después, y otro y otro... ¿hasta cuándo?

¡Qué fuerte me siento, qué fuerte y qué triste! Lleno estoy de salud, de juventud y de amarguras. Miro mi pobre cuerpo con pena; tiene dueño, mas pasarán los años y quizá se pudra en la tierra sin haber sido suyo. El pensamiento de la muerte me embarga como una pesadilla en plena luz. Y, sin embargo, ¿qué mujer, qué hombre de entendimiento y corazón no deseara querer así? Hasta la muerte es bella y gloriosa cuando se baja al sepulcro con el alma eternizada en el amor, con los huesos y las medulas y la sangre ardiendo en calenturas de amor...

Jamás el tiempo me podrá arrebatar la ilusión eterna del deseo infinito que puse en ti. Más te querré, más te adoraré, más te bendeciré dentro de diez, de quince, de veinte, de treinta años. El barro glorioso de las antiguas ánforas de Atenas vale más, cada vez más, conforme pasa el tiempo; tiene más hermosura, tiene también más alma. Así se quiere cuando se quiere de veras. Lo demás no es amor; es mentira, egoísmo, vulgaridad, bellaquería.

¡Si yo pudiera hacer de mi corazón lecho para acostarte, seda para envolverte, óleos y mirras para ungirte, oro y perlas para enjoyarte, luz del cielo para poseerte sin profanarte ni deslucirte!... Quisiera vivir en ti como algo orgánico tuyo, como tus propias en-

trañas; que respirases por mí y al través de mí pasara tu sangre y no hubiese cosa en tu cuerpo ni pensamiento en tu alma que no tomasen de mi alma y de mi cuerpo raíz y nutrición.

Quisiera morir en ti para resucitar en ti y ser tú con tu propia sustancia, pero sin perder mi *yo*, para gozar siendo *tú*. Quisiera... ¡Carmen! Te adoro, te adoro; me muero de quererte... No puedo escribirte más... ¿No sabes que estoy llorando?...»

¡Yo sí que lloré á lágrima viva! Había tomado en serio y como cosa propia aquella pasión exaltada y frenética; la sentía hervir en mi sangre y derretirse en llanto. Su fraseología de «espumas, oleajes y tumultos» convertíase en vibraciones dentro de mi espíritu, con tal fuerza, que, traspasando la interior penumbra, gemía en voces de humana realidad.

Llena de orgullo, mezcla de espanto y de asombro, oí crecer el estruendo de mis amores, ¡menuda gritería!; sonaba en chasquidos claros, como de cristales; tornábase ronco y adusto, igual que un cañonazo; retumbaba sordo, lento, con gradaciones tristísimas, para estallar en un atronador bramido y volver á rugir con solapada furia.

Era aquel un amor dormido acaso en el fondo de mi naturaleza, que despertaba soberbio, terrible, empapado en lágrimas y cóleras. Y que al compás de tan ruidosas manifestaciones me estremecía «fuerte y triste», lo mismo que mi novio.

Al cabo de una loca meditación, entre fragores y sobresaltos, sentí frío, alcé la vista maquinalmente á la ventana, y en el jardín se doblaron meditabundas

las copas de los árboles... Entonces tuve miedo, no sé á quién ni por cuál motivo, y estiré la mano hacia la última carta con el vago propósito de cogerla y echar á correr.

A tal punto, sonaron unos golpecitos y anunció, melosa, la voz de Guadalupe:

—Señorita: está servido el almuerzo.

Como yo de pronto no respondí, se alborotó el picaporte, hasta que dije:

—Voy, vóy.

Y temblando, con el aire medroso del que borra las huellas de un delito, até las cartas y las sepulté en el cajón...

En la oscuridad del pasillo los ojos de Guadalupe relucieron como ascuas mientras ella decía sofocadamente:

—Ha estallado la galerna. ¿No lo oye?—Y clavándome su mirada luminosa, añadió: —¡Jesús, que *espantá* viene la niña!—Luego murmuró con el mismo acento acongojado: —No habrá salido Agustín al mar ¿verdá usté?

Anduve al lado suyo, muda como un fantasma. ¡La galerna!... ¿De modo que aquellas voces, retumbos y quejidos, obedecían á la borrasca ciegamente? ¿De modo que...

—Pero, conteste, amita; ¿habrá salido Agustín?

—¿Agustín?... No, mujer. ¡Si el temporal estaba anunciado!

—¡Ay, niña Soles, como se sufre con «estas cosas»!

—¿Qué cosas?

La mulata, cerrándose en un enigma, lleno de tristeza, respondió, según á veces tenía por costumbre:

—¡Quién sabe!...

En el comedor reinaba el misterio como en las palabras de Guadalupe. Don Juan, que almorzaba con nosotros, desarrollaba una monótona conferencia sobre «el litoral cántabro», frase que le sonaba muy bien y que repetía como un sonsonete en sus desordenados discursos; sólo mi madre le escuchaba, sonriendo, envuelta en una preciosa piel de armiño. Don Germán y doña Matilde parecían muy preocupados; ella inapetente, silenciosa, haciendo, á mi parecer, esfuerzos por ocultar una tribulación; él observándome con disimulo, como si esperase de mí alguna cosa extraordinaria. Ambos se miraron acordes cuando me preguntó don Juan:

—¿Por qué ha llorado la Infantina?

—¿Llorar?... ¡Por nada! Me duele la cabeza—dije confusa. Y lo corroboré no probando, casi, el almuerzo.

Entonces doña Matilde se deshizo en ofertas y cuidados:—¿Quieres de esto... de lo otro...?

—No, no; más tarde tomaré alguna cosa.

—¿Pero te sientes mal?

Yo negaba, balbucía, torpe y molesta con el despecho de no saber guardar mis emociones. Y mi padrastro me traspasaba con los ojos, advitiendo, sin duda, el origen de mi turbación. Sí; él conocía, de fijo, las cartas amorosas y su procedencia; adivinaba

mi curiosidad al descubrirlas; mi entusiasmo al saborearlas; mi locura al suponer, siquiera por unos instantes, que yo misma las había inspirado. Quizá se estaba riendo, interiormente, de la codicia absurda con que di al autor de las epístolas el nombre de mi cortejante.

—¿No comes nada, nada?—me preguntó mi primo, en quien ni siquiera había reparado.

—Nada—le dije distraída. Y él repuso:

—Ni yo tampoco.

Estaba medio envuelto en la estola de mi madre y tenía sobre las rodillas la cabeza meditabunda de *Amor*.

—La galerna les quita á ustedes el apetito—insinuó don Germán sirviéndose un pedazo de carne. Doña Matilde suspiró:

—¡Cómo rugen las olas!

—Es marea equinoccial y con la añadidura de la borrasca...

Mi madre, volviéndose hacia su marido, repitió como un eco:

—¡Marea equinoccial!...

—¡Hombre, sí, del equinoccio!—exclamó Valdés muerto de risa. Y enamorado de la palabra, la masculló una porción de veces.

Yo miraba y atendía al través de la impaciencia, deseando entregarme en absoluto al encanto de mi descubrimiento. Y bajo su dominio seguía golpeando la memoria con las más urgentes preguntas.

La realidad me decía, á gritos, que no era yo la *Carmen* del secreto. Se complacían todos en nombrar-

me: —Soles, ¿no tomas un vaso de leche?... —Soles, ¿no quieres un sorbo de café?

Encogida, angustiada, ¡cuán lejos estuve de parecerme á la ideal mujer de mi ambición!

Y *él*, ¿quién era? ¿Algún pariente de mi padre?, ¿su hermano Julio, que murió muy joven en la guerra de Cuba, siendo capitán del ejército español?... Las cartas se encendían con rasgos belicosos, con ímpetus de glorias y codicias; pero, ¿quién las llevó á Traspeña?... ¡También podían estar copiadas de un libro por alguna romántica lectora!

No, no; esta idea la juzgué inadmisible. Tenían vida y pasión que no labra el arte, fuerza y humanidad que sólo en el sentimiento efectivo pueden correr incontrastables y llevar á otros corazones la divina centella. El mío ardía como un ascua, y su fuego me subía hasta la frente, me entornaba los párpados con el embotamiento de la calentura.

—Me acostaré un poco—dije, temiendo quedarme allí dormida y soñar á voces. Y subí á mi cuarto con el propósito de escaparme á la biblioteca cuando los demás abandonasen el comedor. Necesitaba leer la última carta del paquete, quizá reveladora, desde luego precisa á mi curiosidad.

Atisbé á los comensales, y después que les supuse en el saloncito del mediodía, encerrados con su aburrimiento, me deslicé al piso bajo.

En el mismo corredor que conduce á la biblioteca hallé á don Germán, que indudablemente salía de allí. Pasé á su lado sin mirarle y entré en la sala con la certidumbre de no encontrar la llave en el cajón. ¡No

estaba! ¡Y aquel secreto era mío; aquel amor también; y la mesa, la llave, la estancia, el palacio!... El intruso se burlaba de mí. ¿Con qué derecho me cerraba los cajones?

—¡Ladrón!—murmuré sordamente, con violentos impulsos de romper la cerradura.

Un largo zumbido del temporal arrastró al aposento las primeras hojas rubias del otoño, y después de envolverme en su desapacible caricia batió de golpe la puerta que yo había dejado entornada. Contuve, medrosa, mi arrebato, y eché á correr haciendo la señal de la cruz.

XVIII

LA GOLONDRINA Y EL DELFÍN

Bien segura de no haber soñado, y algo avergonzada de la exaltación que me produjo el descubrimiento amoroso, me dije, con vanidosa ligereza: «Pues si ese amor no es mío puede serlo uno semejante; si no soy la inspiradora de esas cartas, lo seré de unas parecidas: al cabo no deseo cosa imposible». Y aunque en el fondo de mi confianza ponía la duda un poso amargo, yo trataba de erguirme vencedora, defendiendo con mil argucias todas las posibilidades de mi triunfo.

«El amor es patrimonio de la juventud», pensaba yo, tan complacida como si el argumento naciera con la frescura de la novedad, irrefutable al conjuro de mis cavilaciones. Y me perdía en un sin fin de ideas no menos resobadas y pueriles.

¿Cómo era *Carmen*? Quizá no tan perfecta y encantadora como su enamorado la veía, al través de los

ojos ciegos de Cupido. ¿Por qué no había yo de merecer tanto como ella? Necesitaba un amor como el suyo, hasta con su miajita de drama en forma de «leyes opresoras», ó de otro impedimento cualquiera.

No se me ocultaba que aquel detalle de «la ley» podía rezar con algo tan serio como un matrimonio que convirtiese el amor en imposible. Y yo no apetecía quedar, en este punto, á la altura patética de *Carmen*: mi vocación al martirio era puramente decorativa y transitoria, y debía conformarse con arrostrar, por ejemplo, la oposición de mi padrastro. Parecíame indicadísima esta pequeña tragedia que, además de servirme de interesante nube en el cuadro conmovedor de mis amores, podía ofrecer á don Germán un motivo para definir, al cabo, su verdadero carácter de tercero en discordia.

Pero no descubría yo en el horizonte de mis anhelos otro propicio galán que no fuese Velasquín, y temía, por algunos indicios, que mi padrastro le hallase de su gusto: quizá entre los dos existiese ya una mutua simpatía y entonces ¡adiós drama!

De todo ello me propuse enterarme pronto, con la urgencia de recibir cuanto antes la primera carta de amor, una carta arrebatadora y ferviente, de veras mía, donde comenzase á correr un caudal de cariño que al cabo de muchos años felices se remansara al pie de una cruz, amparadora de dos nombres sobre un sepulcro...

Me sentí heroica y lírica, rebosante de pensamientos encendidos y palabras sublimes, y en tan excep-

cional situación escuché, una tarde de aquéllas, el aviso oficioso de Guadalupe:

—¡Niña; oiga! «don Velasco se pasea por el muelle: ¿lo sabe?

No lo sabía. Corrí á mi habitación para echar una ojeada al espejo, que ya no era yo desdeñosa, como antes, del bien parecer. Tostadita la color por los aires del estío; anchos los ojos, llenos de meditaciones; gozosos los labios y gentil la figura: tal me hallé, sin orgullo ni petulancia, acaso pesarosa de no lucir el busto más relleno y más curvas las caderas. Quedé conforme con mi traje claro y sencillo, cuyos pliegues se ceñían á la cintura con una faja de cuero, y mereció una sonrisa de franca aprobación mi cabellera recogida con un lazo sobre la nuca, alborotada en las sienes, sedosa y magnífica alrededor de mi semblante. La cubrí, apenas, con un sombrero que dejaba libre la orla de los rizos y bajé para comunicar á la familia mis propósitos de excursión: nadie solía oponerse á mis expansiones andariegas y yo las disponía, á menudo, sin previa consulta, con señorío y libertad.

Hallé á doña Matilde cosiendo en el jardín, sola, bajo las acacias un poco marchitas.

—¿Y los demás?—pregunté.

—Tu madre duerme, rendida del insomnio que la molesta por la noche, y don Germán ha sacado al niño por ahí cerquita, donde no se fatigue.

Di la vuelta al parque y les encontré en un sofá, charlando apaciblemente.

—Voy—dije—á que Agustín me apareje el balandro para dar un paseo, ¿me acompañan?

Noté á mi padrastro sorprendido de aquella amabilidad que entraba en mis planes, y la roboré con una sonrisa, cuando él contestó:

—Con mucho gusto.

No consultamos el parecer de Vicente, que nos seguía dócil, sin duda con la esperanza de quedarse en el embarcadero, y bajamos á la ribera por el atajo más arisco, no acertando yo á disimular mis prisas.

Cuando Adolfo nos salió al encuentro, don Germán aparentó sorpresa.

—¡Usted por aquí! Me alegro tanto.

—He tomado cariño á estos contornos—murmuró el joven con intención.

Yo me apresuré á invitarle para salir al mar, espiando el rostro de mi padrastro, que parecía complacido. Agustín, avisado de mis deseos por *Charol*, aparejaba ya la nave.

Mientras tanto, subí de cuatro brincos hasta la casa del marinero, empinada en la cuesta, como los huertecillos y mieses del barrio. Sin llegar llamé á Isabel:

—¿Qué haces? ¿dónde te metes?

Salió á la puerta diciendo:

—Iba á bajar los almohadones.

Y mostraba los que había confeccionado con florida cretona y suave pluma para cuando yo necesitara el bote. Mirando por encima de mi hombro hacia el grupo que aguardaba en el muelle, murmuró alusiva:

—Cuando llegó «el señorito» ya supuse que habías de embarcarte.

—Pensaba hacerlo «de todos modos»—mentí—al

saber que el *Cristo* había vuelto de la pesca temprano.

—¡Sí, tornó al medio día, y como Agustín vió que «se quedaba» la tarde, lo baldeó corriendo por si querías salir... ¿Vais... *solos*?—subrayó, como si temiera la repentina llegada de otra persona.

—Solitos—dije alegre, deseando que renaciera la confianza en aquel bello semblante cada día más receloso.

Desde que Iturbe apareció en Velasco de Traspeña, nos miraba Isabel llena de zozobra. Si bajábamos al puerto no salía á recibirnos sin tomar sus precauciones. Escrutaba los caminos, al amparo de su casa, con la visible intención de refugiarse en ella al menor sobresalto, y quería siempre saber: ¿Viene «alguno» detrás? Llegó á pronunciar la palabra *alguno* con reveladora elocuencia, clavando en mí los ojos, apremiantes y humildes. En sus escapatorias al palacio, furtivas y breves durante la última temporada, había de averiguar también: ¿Tenéis «visita»? Y no emprendía el regreso á su casa ni se asomaba al parque ó á la huerta, sin murmurar á media voz: ¡A ver si hay «gente» por aquí!... Guadalupe que la quería mucho y que ignoraba los detalles de su desgracia, decíale á veces: Criatura, ¿te persigue la justicia? ¡Parece que le andas contando secretos á los rincones de la sombra!... Y los grandes ojos de la mulata se abrían doloridos ante la oscura pena de Isabel.

Cuando aquella tarde la dije que salíamos «solos», bajó muy solícita á colocar los almohadones en los bancos de las amuras; luego convidó á Vicente á quedarse con ella.

Charol iba en el bote y ya saltaba á su puesto seguido de *Bolina* que, más espeluznado que nunca, se escondió en el fondo del «panel».

Algo encogido se mostraba también el rapaz á despecho de su frescura perenne: todo se le volvía agacharse en son de maniobra, aquí tesando una cuerda, allí colando en el tolete el estrobo de un remo. La cuestión era no hacer mucho blanco á los ojos inquisitivos de Isabel. Pero ella le persiguió rencorosa, azorándole cuando más se escondía, hasta que destemplada le preguntó:

—¿No tienes, truhán, ni un trapo limpio para servir de mejor pinta á los señores?

—¡Qué ha de tener!—murmuró compasivo Agustín, mientras el muchacho bajaba la cabezota, silencioso, mostrándonos las greñas más rebeldes y sucias que se pueden imaginar.

—Mira, mira qué pelos—añadió Isabel, con saña, dirigiéndose á mí—. ¡Si da asco! Parece talmente un bicho... Y lo es, fuera el alma; vive como *Bolina*, silvestre y bruto igual que una fiera.

—¡No tiene madre y está abandonado!—clamó el patrón en voz baja, con acento de reproche. Posaba un pie en cada banco de la navecilla y se balanceaba con ella, volviéndose hacia la plataforma del embarcadero donde nos habíamos detenido. La gallarda figura cenceña, ágil y noble, ofrecía sugestivo contraste á la del cabizbajo motil.

Vestía el marinero pantalón azul y *jersey* de punto, del mismo color, con gayas blancas. Su cabello, castaño y revoltoso, quedaba, con cierta coquetería, libre

en parte de una boina oscura muy echada hacia atrás, El mar y el sol parecían haberle dorado los ojos al mismo tiempo que la piel, y el iris de sus claras pupilas brillaba rubio y chispeante con esas irisaciones que trasuntan en simultáneos matices el resplandor del fuego y el del oro. Toda la persona de Agustín despedía, á mi parecer, un poco de aquella claridad, como si en él la porción del «doble etéreo» que los sabios llaman *aura de salud*, se hiciera visible por un milagro que yo sola gozaba. Y violando las leyes de la invisibilidad mis ojos penetraban también el alma del marino, hermosa y saludable, nimbada, como el cuerpo, con un halo de luz.

Había crecido con los años mi devoción por Agustín, transformada y distinta cada vez. La fortaleza y la bondad, unidas á la inalterable dulzura del muchacho, ejercían sobre mí un amoroso dominio. Yo le había educado un poco por medio de lecturas y conversaciones, y aunque se mostraba aficionado á estudiar y curioso de saber, su vida rústica no se prestaba á muchos progresos intelectuales, por cuanto las luces de la ciencia eran muy pálidas en su entendimiento naturalmente luminoso. Y formaba su carácter una mezcla de timidez y de brío, de ignorancia, ingenio y pasión, que me le hacían ver como una criatura singular, ángel y hombre, á quien iba cobrando admirativo respeto.

Sólo en forma de relámpagos me pasaban por la imaginación estas ideas, mientras Agustín se mecía de pie en el bote, defendiendo con tenaz misericordia á su protegido.

Aunque yo estuve muy ocupada en dirigir á Velasco frases y miraditas elocuentes, volví, como los demás, los ojos hacia *Charol* que casi desaparecía detrás del foque izado.

Tapaba mal, el infeliz, sus carnes exiguas con raído pantalón sujeto por un solo tirante de cuerda sobre la camisa hecha jirones. Sus pies, cobrizos y nerviosos, se abrían desnudos en el suelo con el ahinco de dos garras, y las manos, inquietas y rapaces, tomaban posesión de las cosas con prontitud y codicia.

Aun protestaba Isabel, llena de incomprensible rencor hacia el pobre vagabundo, cuando Velasquín saltó al bote para ayudarme á embarcar.

Y ya casi con el pie en la borda, mi padrastro dijo:

—Yo me quedo.

—Qué, ¿se queda usted?—preguntamos con extrañeza.

—Sí; como el paseo no durará mucho, prefiero aguardar aquí. Van ustedes á mojarse, y no me decido á hacerles compañía.

Él, tan resuelto para aquellas breves navegaciones, se mostraba tímido con el viento arrachado, que pudiera meternos á bordo alguna rociada.

—El forano es muy noble, don Germán—afirmó Agustín, deshaciendo el nudo de la barloa que nos unía con otra embarcación.

—Ya lo sé, ya lo sé—repetía el caballero con la sonrisa en los labios, insinuante y expresivo.

Velasco y yo comprendimos que nos quería dejar solos, y mientras éste apenas disimulaba su alegría,

yo pensé con desencanto: Nos proporciona la ocasión de entendernos. ¡No se opone á mi felicidad!

Vi deslizarse el bajel con cuidado, entre los otros, por las angosturas del puerto hasta la estrecha boca.

El rapaz bogaba de proel, con dos remos; Agustín llevaba el timón, y ocupábamos el centro de la nave Adolfo, á horcajadas en un travesaño, y yo muy cerca, sentada á la orilla. El tiempo era magnífico y la tarde crecía hermosa al empuje del Nordeste.

Al perder el refugio amurallado del puertecillo, echó Adolfo una mano al timón para que Agustín soltase la gavia, enhiesta en el mastelero; un soplo de aire la batió henchida, y un golpe de sol, al difundirse por ella, la puso caliente y cegadora como una llama.

Comenzó el balandro á navegar de bolina entre espumas deslumbrantes, sin rumbo cierto, mientras se alejaba la costa en un despliegue triunfal de sus encantos.

Rocas, selvas, praderías y montañas se abrieron en el horizonte, como si celebrasen una solemne exposición de hermosura. Y el misterio de la fronda, la aspereza del cantil, la dulzura del prado y el orgullo de las cumbres ofreciéronse á nuestros ojos igual que la solícita blancura de los senderos y la palidez brumosa de la playa.

Yo bendecía aquel instante generoso de luz y de paz, un poco olvidada de mis anhelos, cuando Velasquín empezó á contarme los suyos. Habló sonriente, con el acento claro y firme: me amaba y quería que yo compartiera aquel amor, que iba creciendo mucho para encerarle en un alma sola.

Comprendí que el mozo se engreía en lo más culminante de la esperanza y sentí una angustia violenta porque, de improviso, sin saber la razón, me parecía imposible corresponderle. Mirábale desconcertada mientras una golondrina de mar, blanca y grande como una paloma, nos rondaba con un vuelo planeado y feliz.

—¿No responde usted?—decía Adolfo extrañado. Y repuse maquinalmente:

—¡Habrá usted tenido tantos amores!

—Amoríos de quita y pon.

Suspiré consternada mientras él fué diciendo una porción de cosas muy vulgares para mi gusto. Se había divertido: tuvo fortuna con las mujeres y disfrutó de la vida á sus anchas, pero quería formalizarse esclavizando la independencia y el corazón en un hogar tranquilo del cual fuese yo reina.

Y yo, ¡loca de mí!, lejos de apetecer aquel reinado posible, seguí dorando la quimera en mi fantasía y preguntándome con creciente pesadumbre por el imperio del soñado amor. Sentía, más que nunca, la inquietud de los vuelos incansables, la sed de lo inasequible, y decíame con desolada amargura: ¿Dónde están, Dios mío, *el vaso y el agua*, *las alas y el azor*?

Porque Adolfo, así de cerca, hablándome de amores y ofreciéndome su blanca mano, me parecía «un infeliz». Hasta aquella impetuosidad que tanto en él seducía me pareció ridícula entonces, y le encontré pedante y jactancioso al comprender que estaba seguro de mi rendimiento. Se había quitado el sombrerito

de paja acaso para lucir los rizos; entreabría los labios, sonreidores, sin duda para enseñar los dientes. Su poderoso busto se inclinaba hacia mí con arrogancia: el pie, la mano, el traje, los anillos, toda la gallarda persona resplandecía en punto de caramelo: ¡estaba demasiado guapo! La advertencia de doña Matilde se me vino en seguida á la memoria; «Conviene que estés en guardia contra los mentecatos: ¡suelen ser buenos mozos!» Y tuve tentaciones de decirle que no me daba la gana de quererle. Pero recordé que yo había provocado su declaración, alentándola primero y casi pidiéndola con los ojos y la sonrisa aquella misma tarde. Debía, pues, mostrarme prudente y disimular mis veleidosas impresiones.

Seguía el balandro haciendo curvas á la vista del puerto, en alta mar, diversión que llamamos aquí «andar de solea», y en las caprichosas virazones embarcábamos un poco de agua, alcanzados de travesío por el Nordeste. Cada gota clavada por el sol, esplendía igual que una centella, y al llover junto á los costados del bote, como levísima nube, se deshacían en una pulverización candente. La sombra de la vela corría á nuestro lado sobre el mar y también la del ave que aun nos acompañaba con elegantes giros, tendidas las redondas alas, ondulante el fino dorso, parados los ojuelos en el agua luminosa, como buen jerifalte que avizora una presa.

Charol se resarcía de las recientes humillaciones dándose mucha importancia en su sitio y luciendo sus habilidades al menor reclamo de Agustín, el cual posaba sobre mí con frecuencia el manso brillo de sus

pupilas, y luego parecía contemplar fuera del horizonte algo infinitamente remoto.

Velasquín dió por terminado su discurso muy prendido de flores, lleno, á mi parecer, de lugares comunes y prolongado quizá por mi silencio. La boda quedaba pendiente de mis labios, fácil y risueña que no había más que pedir. Ni un triste inconveniente, ni una pizca de oposición familiar: el joven tenía ya explorados, en principio, los pareceres de nuestros allegados y nada había que temer.

—En seguida, este mismo otoño, me puede hacer usted «el más feliz de los mortales»—dijo—como yo me figuraba que dirían todos los pretendientes cursis y los galancetes de las comedias malas. Contuve apenas un movimiento de enojo al ver destruídas mis bellas ilusiones precisamente por quien estaba elegido para realizarlas.

A tal punto la golondrina, nuestra rondadora, que había hecho gracia de un ataque á los soberbios delfines, con mucho desdén, lanzó su voracidad sobre un cardumen de pececillos centelladores y voló con la fácil presa lejos de nosotros. Se conformaba con una rapiña humilde como cualquier modesto gavilán, dándome ejemplo de renuncia en los grandes impulsos de la ambición. Pero, ¡ay! me quedaba la certeza de que este pobre milano de los mares era una irrisoria criatura para atreverse á posar su pico en un delfín... Miré á mi pretendiente con encubierta ironía, pensando si yo también debiera conformarme con un pez de *manjua* por incapacidad para mejor conquista.

—¿No me responde usted?—apremiaba el muchacho un poco molesto.

Fuí paliando la respuesta con frases ambiguas que le dejaron cohibido.

Yo era muy joven: no conocía el mundo ni el amor, ni deseaba casarme tan pronto...

—¿Pero me quita usted las esperanzas?—dijo casi indignado.

—Esas nunca se pierden—aventuré, con tan desmayado acento, que me sentí avergonzada al dejar entrever mis intenciones.

—¡No esperaba de usted «esta partida»!—murmuró, con menos enojo y más pesar de lo que convenía á mi conciencia. Nada supe decir, torpe y sin tino en aquel trance, y quedamos tan silenciosos y violentos, que Agustín, sacando, sin duda, una inmediata consecuencia de nuestra actitud, preguntó solícito:

—¿Arribamos?

—Lo que usted mande—me dijo Adolfo. Y yo, contrariada y triste, mandé:

—Arriba.

Orzó el bote, sin poder hurtar el viento, y derivamos hacia la costa escorando un poco, veloces y movidos en la pleamar.

No se pronunciaron á bordo más palabras que las de la maniobra, la cual en el viraje necesitó el auxilio de Velasquín; ello nos dió pretexto para insinuar una lánguida conversación.

En vano la quise dirigir por senderos tranquilos y amistosos que nos llevasen á una conformidad simpática. Mi galán se propuso no atar conmigo ningún

cabo de la reciente solicitud y abandonarla allí con mucha indiferencia como un eco perdido entre la clara voz del oleaje. Y, disimulando mal su despecho se esforzó en que Agustín hablase con nosotros, mezclándole en la charla perezosa y descolorida que á duras penas sosteníamos. Parecíame que el marinero comprendía vagamente nuestra situación, que había sorprendido muchas de nuestras palabras y hallábase, también, conturbado, lejos de su frecuente serenidad.

Según nos acercábamos á la costa cobraban á nuestros ojos mayor vida los familiares pliegues del terreno, cuyos trazos robustos emergían de la bruma prendida en la ribera, vaho encendido de través por el sol y semejante á un velo transflorado por la luz, Al regolfar los maretazos en oquedades de la roca, hervían con florones de espuma y levantaban en cada atrevido ramillete un retumbo de voces y un haz de chispas. Incansable, como el mar, no sosegaba el viento, fino y empapado en salobres aromas. Su invisible hoz acudía lo mismo al reclamo de la vela que á la soledad del horizonte ó á la lumbre cuajada en el espacio. Y el fresco rumor de aquella segadora extendíase á todos los confines con una penetrante lisura tan sagrada como la del silencio.

Todos los milagros del éter, cuantas bellezas y armonías existen en la forma, el color, el sonido y la luz, tuvieron para mí desconocidas vibraciones. Allá, en la ribera, una vez más la vida inerte me atrajo y se me reveló de un modo inefable.

Volví de mi arrobamiento, dolorida como si una mano me apretase el alma, cuando decía Velasquín:

—Ya hemos metido el Remedio.

—¡Y es verdad!—murmuró el patrón—no me había fijado: ¡si hoy parece que navego á tientas!

El interés que puse en estas palabras fué derecho á los ojos de Agustín, los cuales me parecieron en aquel instante maravillosamente embargados en el éxtasis de los míos. Fué cosa de un segundo el misterioso acorde entre las pupilas de los dos, porque al punto sentí la densidad de mis prisiones dentro de los sentidos imperfectos. Y al volver del «más allá», deslumbrada y triste, á los muros de la impotencia humana, sentí el desaire de mi situación con respecto á Velasquín. ¿Cómo me juzgaría él? Una redomada coqueta por de pronto.

No estaba arrepentida de haber desoído sus pretensiones, pero hallábame deseosa de echar sobre alguien la responsabilidad de mi indiferencia, porque me parecía injustificada y cruel. Quizá de ella tenían culpa la tarde, la hora, el mar, ó el *filtro envenenado* de aquellas cartas delirantes de amor. Sin el influjo que éstas ejercían en mi alma y en un escenario menos grandioso, ¿hubiera yo despachado con desdén la solicitud de mi galán, el mejor partido del país?

Respondíame con franqueza que no, y le observaba entre compadecida y curiosa. Estaba serio, pálido, empeñándose en hablar con Agustín. Si le era preciso dirigirme la palabra, lo hacía mirándome «por encima», con cuidado de no descubrir mis sentimientos en la profundidad de los ojos.

Navegábamos ya en plena barra, mecidos entre férvidas espumas, todos algo impacientes por lograr el

manso puerto cuya defensa expone su recio dorso al hostigo de las olas.

Arriamos el trapo en la misma boca de la dársena, y con los remos manejados por *Charol* volvimos á la placidez de aquel refugio, claro entonces y bruñido como un espejo.

Don Germán y Vicente nos esperaban por allí cerca, y no tardó Isabel en bajar á despedirnos. Nos apartamos juntas un poco, porque ella quería decirme:

—Mira; no es que me falte caridad para ese arrapiezo; no pienses que soy tan judía. Sino que me da en cara verle pegado á mi hijo, porque, como ninguno de los dos «tiene padre», dirán por ahí que son tal para cual... Agustín con eso desmerece y yo tampoco gano. ¡Ya ves que no todos somos unos!

—¡Vaya, mujer, nadie os compara!—le contesté, distraída, viendo que el cochecito de Velasco se acercaba, previsor, por la carretera del muelle. Nos dijo adiós el mozo con una precipitación harto expresiva, y se alejó sin volver la cabeza, mientras *Charol* y Agustín conferenciaron en el fondo del bote, y mi padrastro me contemplaba perplejo.

Amaneció el mes de octubre, y un cambiazo del tiempo, que bruscamente se metió en aguas, nos animó á hacer el equipaje en pocas horas. Debíamos estar en Alcalá, para asistir á la boda de mi prima, el día 12, y era nuestro propósito quedarnos unos meses en Madrid.

Aunque mi madre no demostraba impaciencia por marchar, como el año anterior, se puso alegre con los preparativos del viaje, del cual yo creía obtener un remedio contra mis ocultas cavilaciones. Había manifestado doña Matilde intención de quedarse como guardiana del palacio con el pretexto de que aquí su presencia nos sería más útil que en parte alguna. Y por más que mi padrastro, indiscutible jefe de la familia, opuso á tan fino deseo una resistencia amable, hubo, al fin, de ceder poniendo la condición de que también se quedase Guadalupe, la persona de mayor confianza á nuestro servicio y la más á propósito para acompañar y asistir á la señora en nuestra ausencia. Por cierto que la mulata, á pesar de sus fervientes adhesiones á mi madre, no estuvo remisa para obedecer y se mostraba muy feliz repitiendo:

—¡Si el señor parece un brujo!... ¡Dios le bendiga!

Me preocuparon poco las raras exclamaciones de Lupe, porque tenía yo bastante con esquivar las preguntas curiosas de mi gente: «¿Y Adolfo Velasco, ya no viene por aquí?, ¿no te despides de él?, ¿le encontrarás en la corte?»

Yo respondía con vaguedades; manifestando mucha indiferencia, pero no me fué tan sencillo explicar el eclipse del galán fuera de mi casa, y como tuve precisión de hacer visitas, abundaron las ocasiones para que el señorío del pueblo me asediara con bromas impertinentes. No supuse que todo el vecindario conociera los detalles de mi vida. Las veces que Adolfo estuvo en Traspeña por mí; el sitio y hora en que tu-

vimos los encuentros; la circunstancia de haberse marchado el último día desde el muelle sin acompañarme, cuantas probabilidades de ruptura ó de boda pudiese haber en mis relaciones con el mozo, quedaban discutidas y aclaradas por los vecinos, según lo que pude comprender, sorprendida de que tuviesen resonancia cosas tan insignificantes en aquel remanso de existencias donde nada parecía moverse ni sentirse.

Hubiera yo hecho muy curiosas observaciones, al través de aquellas despedidas, de no hallarme impaciente y desazonada. Sin embargo, me distrajeron, y hasta me perturbaron un poco, obligándome á reincidir en una tentación ya vencida con humildad.

Volví á creer que tenía aptitudes de narradora, cierta disposición para la novela de costumbres, con todo lo cual podía y debía escribir la de Traspeña.

Ya prevenida por el resurgimiento de lo que yo llamaba «mi vocación» tomé de memoria algunos apuntes interesantes. Y como aun persisto en cumplir aquel propósito literario, no dudo que en él aparecerá la boticaria publicando «á ruego de sus admiradores» un volumen de poesías con el título de *Alma candente*. No faltarán en mi libro doña Emilia, con su famoso cesto de costura, y Manolo, junto á Leonor, en perpetuo noviazgo. Pero las figuras descollantes de tal novela he de encontrarlas en casa del indianuco, allí donde Laura declina en espero del novio hidalgo, mustia y orgullosa entre cosméticos y suspiros, y padeciendo el bochorno de corregir los disparates que dice la mamá á cada palabra. Refiriéndose á su hijo,

que iba á servir al rey, nos espetó doña Irene en aquella última visita:

—No irá porque le pondremos un prostituto.

—Sustituto querrás decir—enmendó Laura, colérica, mientras doña Matilde y yo nos despedíamos conteniendo á duras penas la risa.

XIX

LA RUECA DE LOS SUEÑOS

He aquí otra vez el mes de Mayo: se me figura que despierto en él habiéndome dormido la víspera de mi último viaje lejos del solar, y pienso que he soñado los acontecimientos de estos ocho meses de ausencia.

Parece que ayer mismo los paisajes, empapados en aguas y nubes, tormentosos y grises, cerraban todos los horizontes. Bajo el puente, esparrancado en el valle, rodaba turbio el río, quebrando sus lindes igual en la aspereza de argomales y *helgueros* que en la blandura de la tierra sativa.

Fué dejando el rabión profundas cárcavas á lo largo de la ribera y quedaron asoladas las mieses, el llano cenagoso y confuso. En mis huertos habían ya perdido los rosales su corona, y las plantas, cargándose de lluvia, se inclinaron como si llorasen con resignación. Tenía el correr de las aguas un son dolien-

te que subía al cielo desde todos los cauces, y estaban erizados de espumas los cantiles, ronca la voz del viento, muertas las plumas al borde de los nidos. Parecíame que la vida sonaba á llanto, á compás con los afluentes del valle, y tuve mucha lástima á doña Matilde que se quedaba aquí sola frente al mar, bajo la cerrazón de las brumas. Como el temporal era medroso, y fuera de Guadalupe no dejábamos en el palacio más que servidores subalternos, quisimos que para la mayor tranquilidad de nuestra amiga subiesen á dormir cerca de ella Isabel y su hijo. Así lo prometieron, serviciales, y la sonrisa del mozo, á pesar de ser melancólica, alumbró suavemente el momento de la despedida.

—Pasará el invierno volando—le dije á la puerta de casa, antes de montar en el coche—y tornaré con la primavera.

—Cuando el campo vuelva á florir—pronunció, dilatando las palabras con expresión añorante, como si la primavera fuese algo muy remoto y esquivo. Y se me escondió en el alma la memoria de aquella dulzura triste con que Agustín deseaba el reflorecer de las campiñas junto con la hora de mi regreso...

Celebramos en la intimidad la boda de mi prima, llena para mí de emociones, y nos detuvimos unos días en Alcalá mientras viajaban los novios. Estaba la madre muy alegre, no disimulando que la satisfacía su yerno, un mozo gallardo y formal, descollante en la milicia y enamoradísimo de su mujer. Desde la primera entrevista simpatizó mucho conmigo, y le cobré estimación, aunque sentía que él me apartaba

un poco de Pilar. En el breve tiempo que estuve con ella antes de la boda, todos los instantes que codicié para nuestras confidencias me fueron arrebatados por el novio. Cuando no coloquiaban «á escucho», sedientos de sí mismos, se miraban olvidándose de mí, extasiados en el tímido silencio de la dicha, mientras yo les rondaba, curiosa de saber si aquel amor se parecía al sensacional de los famosos documentos. Las palabras que sorprendí fueron muy sencillas y hasta vulgares; las mismas, sin duda, que Velasquín me hubiera dicho siendo novio mío, pero en el acento con que eran pronunciadas, en la expresión de los semblantes apasionados, había una embriaguez y un deleite indecibles: de lo cual deduje que el amor escrito necesita el impulso de la elocuencia y la hermosura de las frases para suplir la vida que el rostro y las voces prestan al amor ingenuamente hablado.

Anduve cavilosa por la huella de silencios y palabras detrás de aquella juvenil pasión, que el sacerdote bendijo, y me llegó á doler el trote de los acelerados pensamientos. Viéndome preocupada, me juzgaron harto sensible á la ausencia de Pilar y comenzó mi tío á sermonearme con más emoción de la que pudo esconder en sus bromas. El casamiento de la hija puso al pobre señor frente á una porción de cuestiones que le parecían, como nunca, «inexplicables», y perdiéndose en ellas, entre paseos y suspiros, adelgazaba á menudo la voz para llamarme «romantiquilla» con la menor cantidad posible de censura. Tanto él como Beatriz habían encontrado á Vicente repuesto, aliviando así un poco mi conciencia, que veía en

la sorda enfermedad del niño síntomas peligrosos, más agudos bajo las influencias de mi madre. Ya para el muchacho no era la madrina el hada bienhechora; aunque ella le trataba siempre con igual cariño, él la huía, cada vez más, con un aire de fascinación y de angustia que yo sola notaba, al parecer. Y si pude atisbar en sus ojos un resplandor alegre cuando anunciamos nuestra marcha, me asustó luego la violenta inquietud con que se dejó abrazar por mi madre á la hora de partir. Mirándola estuvo, pálido y silencioso, hasta que arrancó el tren, y lejos de Alcalá, aun me parecía que la mirada ansiosa del niño seguía pesando como una oscura acusación sobre aquel bello semblante.

En Madrid la vida tuvo para mí pocos encantos. No sé qué íntima resistencia se me opuso al ambiente placentero de la gran villa. No supe gustarla; ni diversiones ni buenas amistades lograron hacérmela apetecible. El dinero derrochado con esplendidez por mi padrastro no conseguía desvanecer en torno mío una impresión de soledad que me causaba profundo desconsuelo. Cuanto más rodeada de bullicio y de gente, me sentía más aislada y más triste, lejos hasta de mí misma. Si aquí miro, á veces, con pesadumbre la distancia moral que me separa del vecindario, allí esta sensación de lejanía fué tan áspera y constante, como si para mí no existiese la fraternidad humana. La costumbre de conocer á los pobres, de adivinar sus necesidades y saber sus infortunios me une en Traspeña con los vecinos, á despecho de altiveces de carácter y clasificación de categorías; bajo la hura-

ña rustiquez de mis paisanos, yo siento correr lágrimas y latir corazones. Como sé dónde duele cada pena, las puedo aliviar y compadecer, y acierto, con sutilísima dulzura, á envolverlas en nobles pensamientos, prestándolas el silencioso beneficio de la compañía sentimental. Allí no: el dolor ajeno me era extraño y desconocido; la miseria del prójimo pasaba junto á mí despojada de esa grandeza que conmueve cuando los ojos del alma la saben y la profundizan. Y así, el roce frío con aquel pueblo vestido de alegres apariencias me producía un amargo sabor de abandono, un deseo ardiente de sorprender las vicisitudes ocultas bajo el risueño antifaz de la corte. Toda me volvía contar los carros fúnebres que pasaban, solos con el cadáver, en un incomprensible olvido, y compararlos con los entierros más pobres de Traspeña, donde el muerto es llevado á hombros con esmerada compasión, presidido por el sacerdote y la Cruz, cortejado por la aldea en masa. Y advertía luego que allí, en las iglesias principales, se entra á menudo por invitación, que sólo consiguen las personas influyentes, como si la Casa de Jesús no fuera patrimonio de los humildes. ¡No lo parece en aquellas elegantes capillas que acomodan con holgura á los que pagan y dejan en el suelo, igual que á despreciable rebaño, á los más amigos de Dios! Recordaba yo con orgullo que en mi parroquia marinera, ancha para todas las jerarquías, quiso un duque, hace siglos, imponer los sitiales de su casa, y un regidor le opuso la voluntad del pueblo, no tolerando en la iglesia más señorío que el del único Señor... ¡Filosófica estuve y moralista,

siempre con la protesta al cabo de mis observaciones! Cuando los niños vagabundos me pedían la eterna limosna «para la madre que acaba de dar á luz», parecíame descubrir, al través del reclamo quejumbroso, una sonrisa en cada petición, y estaba segura de que no había, detrás de ellas, ni madres... ni luz. En cambio, escuchaba en los pregones callejeros latentes gritos de congoja, como antaño, y aunque no encontré á mi rabanera de la calle de Fuencarral, otras con la misma mercancía me llamaron *parroquiana* de una manera desgarradora. En las calles la gente se me antojaba más ociosa que nunca, el ruido más importuno, los horizontes más limitados. Durante las visitas al colegio hallé á las monjas menos *Madres* todavía que otras veces, y puesta á criticar, con no sé qué acerbo espíritu de censura, acabé por juzgarme intransigente y fastidiosa, llena de aprensiones y manías. Pero no me corregí. Por más que quise disfrutar algunos placeres, que, soñados, tuve por magníficos, mal dispuesta para los goces frívolos del mundo, se me escapaban todos por debajo de las soledades que me afligían.

Nos alojábamos en un gran hotel, muy de moda á la sazón, donde era costumbre dar bailes de etiqueta favorecidos por lo que llaman «buena sociedad» ó, con frase aún más moderna y bárbara, «gente bien», cuyas bondades quedan allí definidas en los caballeros por la cuota individual de tres pesetas y la añadidura de un *smoking* para entrar en el salón. Igual dinero se pide á las señoras, que, en presentándose vestidas con poca tela y mucho rumbo, obtienen un

gran éxito en tales reuniones, sin que estas circunstancias sean obstáculo para que acudan las damas distinguidas por su linaje; bailan con el primer desconocido que llega y aseguran las crónicas mundanas que esta costumbre, nueva en los salones castellanos, es muy democrática y divertida; dicen que tiene el encanto de lo imprevisto y un sabor yanqui, de buen tono.

Don Germán quiso que yo asistiera á estos bailes frecuentados por algunas condiscípulas mías y me fuí resistiendo á complacerle, con la disculpa de que no sé bailar. Pero mi madre no estaba muy conforme con mis rarezas y me recordaba á menudo que los médicos la prohibían aburrirse. De modo que aprovechando la visita de Beatriz y sus hijos, yo prometí bajar á la famosa reunión.

Mi nuevo primo Enrique Medina disfrutaba aún la licencia militar que le concedieron para la boda, y al regreso de un viajecillo por Andalucía, aceptaron él y su mujer, á instancias de mi padrastro, nuestra invitación para acompañarnos unos días en la Corte. Debían unírseles Beatriz y Vicente, ya que á mi tío le retenían sus obligaciones; pero el muchacho se quedó con su padre, resistiéndose á la solicitud de la madrina, que tuvo mucho empeño en recibirle.

Halagó don Germán á nuestros convidados, mostrándose, como siempre, generoso y amable con la familia, y yo, abrumada por los recelos y la gratitud, luchaba todavía con el obstinado propósito de encontrar en este hombre perfidias sutiles, algún resquicio por donde sus bondades perdieran el derecho á mi estimación.

En las estrecheces de nuestra vida madrileña no me era fácil, como aquí, huir de él. A cada momento debíamos de salir juntos, y las habitaciones contiguas, la consulta para el empleo de cada hora, nos obligaban á una intimidad que tomó apariencias de trato cariñoso.

Sospeché que tal modificación en estas perezosas relaciones trascendía en beneficio de mi madre, pues don Germán estaba con ella más comunicativo y celoso que de costumbre: la llevaba á todas partes con agrado, y sonreía á sus caprichos y monadas con una condescendencia muy prudente.

No creo que mamá se enteraba del cambio casi imperceptible en la actitud de su marido. Ella persistía en sentirse enferma y desgraciada, aunque más débilmente que en otras ocasiones. La placidez adquirida el último verano se le hizo habitual, curándola de aquellas crisis agudas y lamentables que tanto la hicieron decaer. Estaba tranquila, con un aire resignado y altivo que á veces pasaba las lindes de lo normal.

Los médicos famosos barajaban delante de aquella extraña enfermedad muchos términos profesionales: *tics*, *fobias*, *astenia* y otros por el estilo que ya don Luis había pronunciado entre dientes, con anticipación. Y los dictámenes eran siempre los mismos: diversiones, tónicos, bienestar, aire puro, descanso; mescolanza de cosas difíciles de reunir en un solo régimen. Cuando abusaba de las fiestas como elementos de curación, venían las excitaciones del cansancio á producirla insomnio y hacían el gasto los *cachets* de vernoal, el bromuro y otros calmantes depresores que

la debilitaban. Si la sometíamos al reposo, al ambiente de campo y al retiro apacible, parecíanos que no estaba alegre ni agradecida; las quejas sordas, los velados reproches y los elocuentes suspiros, tenían, entonces, en los labios de la enferma un acerbo tono de acusación. Ultimamente la suministrábamos, como remedio, la compañía de Valdés, pero tan peligrosa y triste era la medicina, en realidad, que el mismo esposo, nada aprensivo, y despreocupado, la tuvo al fin por arriesgada y temió sus consecuencias. Así lo pude observar cuando mi madre escribió, solícita, al pobre demente, empezando la misiva con mucho interés y devoción: «Mi distinguido amigo»... Se me figura que don Germán no echó la carta al correo y creí advertirle pesaroso y alarmado. Luego me dijo que no convenía hablar de Valdés ni recordársele á mamá; pero ella no le olvidaba y seguía llamándole «el Comandante» con un pasmoso convencimiento, como si la razón estuviera ausente de sus palabras. Lo mismo sucedía á menudo en otras conversaciones y noté que mi padrastro se daba cuenta de ello, quizá por vivir más cerca de su mujer que antes.

La noche que bajamos al baile dispuestas á no bailar, sentí renovada la impresión de aislamiento que me producía la vida en Madrid, y pensé que no merecía la pena de vestirse y trasnochar para quedarnos á una distancia enorme de aquella gente que teníamos tan próxima. Las pocas amistades del hotel se nos desvanecían con frecuencia á la hora de los trenes, y ningún rostro conocido nos salió al paso en la primera vuelta que dimos por el salón. Formamos,

pues, un grupo aparte, muy ensimismado el nuevo matrimonio al arrullo de una charla continua.

Admiraba yo en Pilar, como en Beatriz, esa hermosura dulce y silenciosa que no á todas las miradas seduce, y en mi madre la distinción exquisita y personal que posee como un secreto de gracia y juventud. Junto á las tres señoras yo no lucía, de seguro, elegancia ni belleza. Vestida con suma sencillez, peinada sin adornos, aburrida y distante de cuanto me rodeaba, supuse que mi persona ofrecía un aspecto algo rústico y desacorde. Me encontré violenta, y, sin embargo, aquel ambiente de galantería, la música y los giros del vals, acabaron por seducirme un poco y llevarme á pensar, blandamente, en el amor. Mi prima, con sus galas de novia y el palique apasionado de su marido, me causaba una envidia suave, llena de vagas inquietudes. Iba á ponerme triste, sin remedio, cuando me sonrió una cara entre el bullicio. De pronto no la conocí bien. Una expresión amiga, el fulgor de una mirada bajo el señorío de una frente rubia, me hicieron exclamar interiormente: ¡Agustín!...—¡Qué disparate!—me dije ruborosa, viendo que se adelantaba á darme la mano don Félix Iturbe. Luego de saludarnos á todos, muy cortés, y decirnos que le habían llevado á Madrid particulares asuntos, me invitó á bailar y, ante la razón de mi desconocimiento del arte, insistió mucho para inducirme á dar, apoyada en su brazo, una vuelta por la sala.

—¡Anda, mujer!—intervino mamá.

Y, medio sorprendida y curiosa, allá me fuí emparejada con el juez.

Abrimos curso á la conversación hablando de la Montaña y no tardó mi acompañante en darme broma con Adolfo, haciéndome comprender que conocía el fracaso de nuestras relaciones.

—No las hemos tenido más que de amistad—dije. Pero don Félix aseguraba que su amigo me las había reclamado más íntimas y dulces. Yo negué con alguna torpeza, él sostuvo su afirmación y al cabo me dejé embromar, sonriente, no sin confesarme que deseaba noticias del caballero torremarino. Pronto averigué, con mucha diplomacia, que estaba en París y no regresaría á Torremar hasta la primavera. No sé qué especie de quebranto me dolió en el alma viéndole tan lejos.

—¡Va herido!—aludió Iturbe halagándome. Y yo escuchaba agradecida, golosa del halago, más amable que nunca con el juez. Todos los atractivos de Adolfo me seducían, y tomaban en mi imaginación proporciones avasalladoras. Me parecía, de repente, un hombre excepcional, destinado para hacerme feliz, y consideraba el orgullo con que le hubiera visto aquella noche á mi lado, hablándome de amor.

Terminada la vuelta por la sala busqué á mi familia, pero don Félix se apresuró á separar un poco el silloncito que me estuvo esperando y á sentarse en otro cerca de mí. Una gran palmera nos servía, casi, de dosel y nos alejaba unos pasos de don Germán, que contemplaba, distraído, el baile.

La embriaguez de mis ilusiones, recien despiertas, me dejaron aturdida mientras el juez hablaba con un lenguaje inesperado y vehemente.

Al principio sólo escuché su voz sin poner atención en las frases; era el suyo un acento que me sonaba muy parecido al de Agustín, y entornando los ojos, adormeciendo un poco la memoria, el semblante de Iturbe me recordaba, también de un modo singular, el de su hijo: la misma centella ardiente en las pupilas, igual gesto repentino en la boca... Estas observaciones flotaban apenas en mi espíritu como espuma del oleaje interior. Porque una recia marejada de la fantasía me tuvo absorta en lejanas visiones: en aquel instante dentro de mi pensamiento Velasquín era mi novio y me escribía unas cartas sublimes, como aquellas dirigidas á la *Carmen* incógnita... Debía yo de tener el rostro maravillado y caliente cuando sentí que me le envolvía la audacia de una frase:

—¡La amo á usted, Soles!

—¿Qué?

—Sí; ¡la amo! Es usted deliciosa; hay en su hermosura una mezcla imponderable de candor y de sensualidad; es usted, á un tiempo la niña inocente y la mujer apasionada: lo veo, lo adivino en su boca y en sus ojos... Usted sabe, por intuición, de todos los amores: los siente y los espera. Será usted una diosa amando, y yo la adoro por la fuerza interior de su alma, llena de ardientes curiosidades... Usted es para mí la vida, el impulso, el deseo... ¡la felicidad!... ¡Quiérame usted, Soles!

Volví la cabeza, sofocada, confundida, á punto de creer que estaba soñando. Pero Iturbe me echó encima su aliento, empujándome á la realidad con otra súplica:

—¡Quiérame usted!

—No, señor—dijo á mi espalda un acento firme—; la niña no le quiere á usted.

Y don Germán se puso á mi lado, muy tranquilo, sin dejar de sonreir.

—Mi hija—pronunció, dando á estas palabras, nuevas en sus labios, una entonación profunda—desconoce el lenguaje de los libertinos y empieza por no entenderle á usted.

—Entonces—protestó don Félix, que se había levantado brusco y descompuesto—, si no me ha entendido, ¿cómo sabe usted lo que va á contestar?

—*Por intuición*, como usted dice—subrayó provocativo mi padrastro, pero con muy afables maneras. Y añadió en seguida: —Vamos, señor Iturbe, no se alborote, que ya no le sientan bien estos lances de seductor. Le juro que la niña es fruto prohibido para usted; con que retírese con mucha prudencia... ¡y hasta nunca!

—Eso lo veremos, señor Ercilla—replicó el galán, torvo y amenazante—, ¡lo veremos!—Y trató de serenarse para decirme con gallardo brío: —¡Volveré!

Haciendo muchas reverencias á mi familia, alejóse, fanfarrón, como un gallo, y de tal modo me pareció ridículo, que sentí remordimientos por haberle hallado alguna semejanza con Agustín. Una mirada inquisitiva me hizo suponer que no había trascendido aquel disgusto á nuestro alrededor, y, cuando me encontraba perpleja respecto á mi actitud con don Germán, tuve la suerte de que dos condiscípulas fueran á buscarme. Di otra vuelta por el salón, mirando, re-

celosa, á todos los rincones, pero no vi á Iturbe por ninguna parte. Poco después nos retirábamos, sin que mi padrastro aludiese al episodio que él y yo, solos, conocíamos.

Seguí padeciendo una aproximación superficial con la vida cortesana, como si mi nombre fuera un símbolo de mi suerte. Bien se me alcanzaba que había más allá de mis soledades un sabor, un goce y un sentimiento en aquel trato, de cuyos deleites me apartaba no sé cual misteriosa esquivez. Fuese la culpa mía ó ajena, yo la pagué con añoranzas de mi valle y lentas pesadumbres sin origen, aumentadas por la ausencia de Beatriz y sus hijos. Iban ellos algunas veces á Madrid y nosotros les visitábamos á menudo en Alcalá, gozando yo en aquellas entrevistas los mejores ratos del invierno. Vicente se consagraba al estudio bajo la custodia de su madre, muy retraído en las costumbres y nada fuerte de salud, pero estimulado por el deseo de alcanzar pronto el grado de bachiller. Había rechazado con tenacidad nuestros convites madrileños, hasta el punto de ofender á la madrina, que llegó á decirme:

—No se casará contigo; ha variado mucho de carácter y no te conviene: será mejor que le hagamos sacerdote.

Me sobraron, por cierto, pretendientes menos infantiles que el preferido por la pobre mamá. Pero yo estaba por las nubes para tales amoríos, acusados en un ramillete de flores, una carta fogosa, un paseo delante del hotel, una persecución por las calles y las tiendas: mi ideal volaba encima de aquellas vulgares

manifestaciones; ¡como si una pasión se midiese por el gesto que la delata!... Yo quería un amor que afirmase sus raíces en lo infinito, y me parecía imposible no verle expresado de manera singular, en rara ocasión y bajo una forma sublime. Volteando siempre la rueca de mis sueños volvía la memoria hacia Velasquín, deplorando que el magnífico instante de su declaración no hubiese coincidido con algún riesgo, donde, al exponer su vida por mí, ensanchara el mozo la grandeza de su amor por los amplios horizontes del mar.

Pensé con cierto orgullo que Velasco era hijo de un hombre espejo de galanes, enamorado, según decían las crónicas, hasta el extremo de jugarse la existencia al capricho de una mujer. No ambicionaba yo un homenaje tan sensible, ni el triunfo de doña Regina de Alcántara me pareció nunca envidiable. Con un rasguito heroico, de menor cuantía, me conformaba: seguido, por supuesto, de una boda muy feliz...

Ya próximo el regreso á la Montaña, hace apenas un mes, pasé algunos días en Alcalá, y una tarde, á solas con Beatriz, se nos vino rodada la conversación á la vida de mi padrastro.

—¿Sabes mucho de ella?—pregunté.

Creí notar que una mirada escrutadora sorprendía alrededor de aquella pregunta las vacilaciones de mi espíritu y los sordos combates de mi corazón.

—Sé un poco—dijo Beatriz, pensativa—y algo de lo que sé—añadió—te debe interesar.

—¡Cuéntamelo!—supliqué.

Puso ella sus ojos en los míos y comenzó diciendo con penetrante dulzura:

—Cuando Ercilla vino á Madrid, desde nuestra tierra de Aragón, fué presentado por doña Matilde en casa de tus abuelos, que eran ya mis padres. Yo no le conocía, porque salí muy pequeña de Zaragoza, donde nacimos, él bastante primero que yo; pero, con su ayuda, recordé á su familia, acaudalada y noble, de la cual iba quedando solo, como único heredero. El trato y el paisanaje me hicieron pronto grata la presencia de aquel señor, joven, inteligente y melancólico. Llegó á tener conmigo mucha confianza y fuí la primera en descubrir que estaba enamorado de tu madre. Germán Ercilla era buen mozo y Amalia una niña preciosa; hubieran formado linda pareja y á mis suegros parecíales de molde el galán. Pero antes de formalizarse aquellas relaciones, todavía platónicas, el interesado me buscó para confidente de sus cuitas y medianera de sus propósitos. Díjome que había querido mucho á una mujer y que de ella tenía una criatura de tres años, en la cual reconcentraba profundísimos afectos.

—La mujer, ¿se llamaba Carmen?—interrumpí llena de ansiedad.

—Creo que sí.

—¿Por qué Ercilla no se casaba con ella?

—Me dijo que había muerto.

—¿Y la criatura, vive?

—Espera—sonrió Beatriz—si me das tanta prisa voy á contarte el final de la historia con demasiada

anticipación. El fruto de aquel amor desgraciado era una niña y se llamaba Amalia. Su padre me confesó que la coincidencia de nombres le había impulsado con simpático atractivo hacia la señorita de Romerosa. Luego la juventud y la bondad de ella le hicieron concebir esperanzas de que, amándole á él un poco, acogiese á la niña como cosa propia en un hogar tranquilo y dulce. Y me nombró mi paisano embajadora de sus anhelos, diciéndome que á cambio de la ternura para su hija, ofrecía, si no un amor grande y vehemente, una fidelidad y una gratitud inmensas, una fortuna y un nombre honrados

—¿Qué respondió mi madre?

—No se opuso á las condiciones raras de la boda: la idea de tener una niña suya, como un juguete vivo, parecíale agradable, y la enorgullecía la seguridad de hacer un brillante casamiento. Era Amalia entonces algo inconsciente y superficial, una muñeca mimada hecha para los goces fáciles de la vida, más dispuesta á dejarse querer que á sacrificarse queriendo, y sus padres que la conocían un poco, no la juzgaron capaz de asistir con solicitud á un corazón doliente y á una criatura ajena. Con el tiempo ha cambiado mucho— aludió Beatriz, halagándome generosa.

—Y ¿qué sucedió?—quise saber, impaciente.

—Pues que Ercilla quedó reconocidísimo á la buena voluntad de tu madre... y desapareció de la corte hasta hace tres años. A su regreso buscó á Amalia y enterado de su viudez y de tu existencia la ofreció nuevamente nombre y fortuna, con la variante de que ahora era él quien debía adoptar á la hija de otro.

—¿Y la suya?

—También se había malogrado. Ercilla guardaba por esta pérdida un dolor inconsolable, pero al conocerte en aquella visita extraña al Colegio, dice que sufrió una impresión terrible de sorpresa y de gozo porque halló en tu acento y en tu semblante semejanzas vivísimas con la criatura muerta... Parece que aquel día formó el propósito de servirte de padre; no tanto, asegura, por el bien tuyo, como por el propio egoísmo. Creía recuperar en ti á la hija malograda y lo sigue creyendo con una fe que le sostiene animoso en muchas largas pruebas de la vida. Es éste un hombre firme, noble, sereno, agraciado con misteriosas fuerzas espirituales... ¡Yo le envidio!—murmuró Beatriz quebrando su relación en pausa melancólica.

Pero yo apremiaba:

—Sigue, sigue.

—Después que te vió—dijo—y creyó *reconocer* tu alma, su camino fué llano porque tu madre le aceptó en seguida por esposo. Cuando estuvo aquí, á presentarse oficialmente como futuro hermano nuestro, no le recibimos con demasiada cordialidad. Su empeño en ocultarte la boda como un delito y la brusca noticia del acontecimiento, nos prevenía en contra del intruso. Quisimos culparle de haber sorprendido la flaqueza de Amalia, escondida en adusta soledad, falta de consejo y apoyo, entregada á un enfermizo dolor que suele ser origen de muchos desaciertos. La vida de aquel hombre, que años atrás nos parecía interesante, llegó á causarnos sospechas: le tuvimos por misterioso, y hallamos en sus palabras enigmas y

penumbras. Pero el trato con él nos ha convertido á su devoción de tal modo que ahora nos parece claro y bueno cuanto piensa y dice, aunque no siempre esté á nuestro alcance.

—¿Pero le consideras un sér superior?—pregunté maravillada.

—¡Ya lo creo!—afirmó Beatriz sin vacilar—Cuando él descubre un poco el espíritu en una plática íntima y profunda se siente un deslumbramiento de horizontes lejanos y el calor de una esperanza confortadora: su amistad ilumina y consuela.

—Nunca me lo habías dicho.

—¿Para qué?

—Para que yo supiera esta opinión tuya.

—El interesado quiere que la formes de él por ti misma.

—Pues no sé hacerlo: toda me confundo en dudas y cavilaciones.

—Por eso te hice, sin su permiso, estos elogios. Es lástima que no conozcas bien al hombre singular empeñado en ser tu padre. Mientras espera que le descubras, que le definas y juzgues á tu modo, yo me impaciento y sufro porque los dos perdéis muchas horas de felicidad.

—¡Es tan raro lo que me cuentas!—pude apenas decir.

—Raro pero muy cierto: Germán vive esperándote, pendiente de tu vida, seguro de haber conocido tu alma en otro cuerpo que él engendró.

—Y que se parecía al mío—comenté incrédula.

—Se parecía, sí: no lo dudes.

—¿Tú lo sabes?

—He visto un retrato de Amalia Ercilla que se puede confundir con el tuyo de hace seis años. Murió á los doce y era como tú en la misma edad, espigada, morena, sonriente: la mirada, la boca, el pelo, ofrecía en las dos una gracia tan semejante que dos hermanas gemelas no se parecerían más.

Escuché estas últimas palabras con asombro rayano en la superstición; no sé cuántas preguntas se me agolpaban á los labios y cuántas emociones me entorpecían los pensamientos. Quise averiguar quiénes conocían los detalles de aquella original historia, y me dijo Beatriz que mi madre los supo á su tiempo, sin darles importancia ninguna, olvidándolos, al parecer, en absoluto, y que doña Matilde los había sorprendido y comprobado al través de su amistad con Ercilla, lo mismo que mi propia confidente. Nadie más descubrió los sutiles hilos espirituales que condujeron á don Germán hasta mi casa y que Beatriz me dejaba entrever á impulsos de un sentimiento generoso.

Aquellas revelaciones me turbaban lo indecible, alumbrando en mi fantasía turbias ideas y en mi corazón oscuros instintos. Quería yo explicarme, de una vez, las secretas simpatías que me unieron á mi padrastro sobre todos los prejuicios y falsedades de mi enemistad con él. ¿Era verdad que nos conocíamos y nos amábamos hacía ya mucho tiempo?

A mis inquietas consultas Beatriz respondió vagamente:

—¡Hay tantos misterios encima de nosotros!

—Luego, ¿tú crees...?

—Quisiera creer lo mismo que Germán para vivir con esperanzas firmes como las suyas... De todas suertes—arguyó—lo indudable es que te quiere lo mismo que á una hija, que es bueno cual pocos hombres y que merece que le comprendas y le estimes.

—¿Y mi madre?—se me ocurrió decir como si para ella pidiese un poco de la ternura que se me ofrecía.

Beatriz me había comprendido y se apresuró á responder:

—Nada pierde con que su marido realice la extraña ilusión de recobrarte.

—¡Pero no se aman!—lamenté.

—Ella, ¡pobrecilla!, está educada para dejarse amar, y él..., entiende de otra clase de amores.

Me asaltó de nuevo la memoria de las hermosas cartas escondidas.

—¿Tú no recuerdas—dije—á ninguna otra mujer, de nombre Carmen, relacionada con nosotros y que haya tenido un grande amor?

Beatriz, reflexiva, respondió con la cabeza y con los labios:

—A ninguna.

XX

LA LUZ DE LO INEFABLE

No he regresado otras veces á la Montaña con tanto afán como ahora. Yo no sé cuántos ciegos impulsos me han acompañado hacia el solar en este viaje.

Traía conmigo la impresión de venir á buscar alguna cosa interesante y amabilísima, algo que yo debiera poseer como supremo logro de mi juventud. Y traía, también, el vago propósito de no salir nunca de aquí y quedarme toda la vida abrazada al tesoro logrado. ¿Qué será ello?

Lo busco por todas partes desde que salté del coche á la puerta de casa. Recorro con aire de pesquisa gabinetes y salones; subo á los desvanes, bajo á los alguarines, me asomo á los nidos del solejar y á los surcos de la huerta; á los paisajes y á los senderos; al monte, al mar, al llano y al río. No olvido un rincón del jardín, ni una sombra del parque, ni un pliegue del horizonte. Y todas las cosas me reciben con ta-

lante animoso, me sonríen y me estimulan á seguir estas exploraciones que no sé á dónde me conducen.

En cuanto veo y descubro encuentro, sin duda, algo de lo que necesito, porque voy calmando un poco el hambre de mi alma sin llegar á satisfacerla. Acudí, también, á las personas queridas, ansiosa de mirarme en los ojos que tanta dulzura han derramado sobre mi infancia: hallé tristes y serenos los de doña Matilde, más tranquilos que antaño los de Isabel y más hondos y rutilantes los de Agustín. Hasta en los de *Amor* he buscado un cariño y una luz, pero está muy viejo y achacoso el pobre lebrel. Sus pupilas, cansadas, apenas resplandecen en el opaco disco que las entolda; ya no salta ni corre y sólo acude á nuestro reclamo por un prodigio de fidelidad. Parece que este invierno estuvo casi inmóvil en un rincón, sin revolverse más que cuando sentía las ruedas de algún carruaje en el camino: nos esperaba, y ahora que hemos llegado nos mira, blandamente, con los ojos llenos de sueño, como si ya no desease más que dormir...

Iturbe no ha venido á Traspeña ni Velasco á Torremar: me lo ha dicho don Luis que sabe muchas cosas y me las cuenta cuando yo quiero. Por él supe ya de todos los amigos de la aldea, los cuales permanecen en la misma postura moral en que los dejé: Laura esperando novio; doña Emilia dándole á la lengua y á la aguja; Manolo y Leonor, enamoradísimos; doña Trini y la maestra malogrando versos y artículos pedagógicos.

El cura, que con el médico subió á recibirnos, ha

dado un bajón: ya no es el mismo anciano saludable y animoso que nos vino á despedir. Se disiparon sus últimos vigores como si el frío los sorbiera, y anuncia que sólo con esfuerzo nos podrá hacer alguna visita. ¡Qué pálidas están sus manos y qué temblorosas! A cada movimiento suyo imagino que se levantan para derramar una postrera bendición...

Reanudo mi existencia aldeana con las viejas costumbres de toda la vida, y sin embargo la vida es otra para mí: siento en el corazón la ternura jugosa de sus raíces nuevas, y una epifanía de pensamientos me bulle bajo la frente, donde la memoria trasueña las cosas de ayer.

De tal modo lo pasado se adormece en mis recuerdos, que olvido horas enteras la historia de don Germán. Y, yo no sé por cuáles misteriosos resortes, la resucito cuando posa en mí doña Matilde la pensativa gracia de sus ojos. Esa penetrante claridad de sus pupilas descubre mi conciencia y me turba, culpable de un confuso delito.

Voy á hablar á mi amiga con la confianza que merece, y á desvanecer entre las dos este malestar que me aturde. Me llego á ella y le explico:

—¿No sabe usted que ya conozco el secreto de don Germán?

—¿Lo conoces?

—Sí.

—¿Y qué dices?

—Que yo he sido siempre Soledad Fontenebro y Romerosa y nada tengo que ver con Amalia Ercilla.

—Pero sí con su padre, que debe serlo tuyo. Si él

abriga otras ilusiones, ¿en qué te ofenden? Responden á la fe de unas creencias dignas de respeto por lo generosas y abnegadas.

—La realidad es una—denegué tercamente—y, según la realidad, Ercilla no tiene conmigo más parentesco que el de padrastro.

—Sólo concedes parentescos á la carne. ¿Y el espíritu? ¿No admites lazos de gratitud y de ternura entre las almas?... ¿No hay amores que constituyen una familia moral, imperecedera?

—Sí los habrá—murmuro, vacilante como una llama.

—Bien lo sabes tú—responde con tarda sonrisa la señora—. Tú sabes cómo se impone la fuerza de un gran cariño aunque uno la esquive, y porque sientes ese yugo que huyes, te rebelas y disimulas tu derrota. ¿Es cierto?

—No lo sé—respondo tan de veras, que doña Matilde avalora mi sinceridad, y replica:

—Pues estás á punto de averiguarlo... Y cuando llegue esa hora—añade con suavísima dulzura—, ¿mereceré tu confianza?

—Sí—afirmo—; pero no me lo tiene que agradecer, porque usted me confiesa con los ojos.

Nos abrazamos: ella vuelve á sus trajines y yo á mis holganzas, en espera de ese instante confidencial que ha de unirnos sagrativamente.

Quizá sean ciertas las profecías de doña Matilde; pero ya no quiero atormentarme analizando mis sentimientos y buscándoles arraigo y procedencia. Prefiero dejarlos correr y que hagan su camino según

Dios lo disponga. Hallé tan claro el ambiente de la Montaña, que las sombras de mis preocupaciones huyeron, y me parece que respiro la luz conforme la vida se me ofrece despejada y risueña.

Después de la revelación que me hizo Beatriz, he tratado á don Germán lo mismo que antes; pero al encontrar su mirada, siento hervir en mi corazón lo incomprensible y me sube á los labios alguna frase cariñosa que el disimulo convierte en pálida sonrisa. Él me observa y sonríe también, con ese aire tranquilizador que le es habitual, gesto varonil, lleno de una esperanza firme y comunicativa.

No ha llegado á Traspeña con nosotras mi padrastro; nos dejó en el coche, camino del puerto, y siguió á Santander, donde permanecerá algunos días ocupado en asuntos personales.

Pero insistió en advertirme, reservadamente, que no admitiéramos á diario la visita de don Juan, y yo resolví decirle á este señor que mamá no recibe más que una vez a la semana. Algo receloso se ha mostrado, y no pocas veces hubo que repetirle la consigna.

—Necesito «despachar» con la señora—apremiaba rotundo, y se iba conformando con dejar un memorial en manos de Guadalupe.

Ya se convence de que no debe subir más que los domingos, y ese día se presenta a la hora de comer, luciendo en el ojal de la parda levita un cintajo pomposo á guisa de condecoración.

—¿Su majestad está visible?—pregunta, acaso un poquito irónico.

Y mi madre le acoge circunspecta, con menos cor-

dialidad que de costumbre. No sé si está quejosa por que Valdés no ha contestado á sus cartas ó porque no viene tan á menudo como antes. Más bien supongo, no sin alegría, que se aburre á su lado. Y al mismo tiempo noto que me llama y me busca con frecuencia, sin duda porque en Madrid contrajimos lazos de intimidad nuevos entre nosotras.

Ella, torpe para vestirse y arreglarse, mal hallada con la doncella recién adquirida, necesitaba á cada momento de mi auxilio, y como yo se lo fuí prestando, á título de diversión, con mucho esmero, llegó á sentir la egoísta necesidad de mi compañía...

¿No era egoísmo la solicitud que yo la prodigaba en mis soledades del hotel? Aunque ahora Guadalupe la sirve á su gusto, me reclama por hábito, se complace en verme á su alrededor, y yo me propongo sacrificar, si es preciso, excursiones y placeres, para no quebrantar este primer vínculo de confianza establecido entre las dos. Permanezco muchos ratos al lado suyo, ocupada en nimiedades que la entretienen, y siento crecer su gratitud como una planta débil y chiquitina que se entorna al menor soplo del aire.

A veces mamá me observa con recelo si atajo sus velados reproches contra Ercilla; pero yo insisto en defenderle con mucha diplomacia, y concluye por quedarse meditabunda, acaso en camino de conceder á su esposo alguna estimación.

Esta mañana, al entrar yo en su gabinete, mi madre me pregunta muy solícita:

—¿Y aquel joven de Torremar que venía por aquí?

—No le he vuelto á ver—respondo, algo azorada.

Reflexiona, y como quíen descubre un secreto importante, dice:

—Pues me parece que te quería.

Como nunca supuse que mamá reparaba en las atenciones de Velasco, recibo una impresión que me conmueve y aflige; pienso que todos en casa hemos pecado de indiferencia y abandono con esta criatura infantil que sólo mi padre supo amar. Con un celo como aquél, que la sostuvo en la vida y la hizo dichosa, recobraría la normalidad y la salud.

Ella, mirándome perpleja, murmuraba:

—No podemos contar con tu primo; se ha vuelto muy tonto, y por añadidura va á hacerse bachiller, y reniega de nuestro abolengo militar.

La dejo decir, sólo escuchando la dulzura de su voz que me suena arrulladora como en la niñez...

Ahora madrugo, y mientras mi madre duerme bajo á la playa y me engolfo un rato en la contemplación del mar, trémulo de vida en su llanura.

El humilde tráfico marinero, más penoso cuanto más pobre, me interesa mucho, y sigo con la mirada todas sus variaciones, influídas por el estado del tiempo ó la abundancia de la pesca.

En este suave amanecer tiene el muelle una fugitiva animación.

Arribaron dos lanchas con sardinas y las compran á millares las mujeres que han de ir á venderlas por los pueblos del contorno. Cargan sus canastos con un

peso que excede, á menudo, de cuatro arrobas, y corren con la mercancía, aguijada cada una por el deseo de llevar la delantera á las demás. Su paso veloz, rítmico, igual que el de los andarines profesionales, se llama gráficamente aquí, *trote de sardineras*, y supone un bárbaro esfuerzo en estas mozas de casta fina y maltratada juventud. Tres son las que veo cruzar la playa camino de la carretera que conduce á Santillana del Mar. Van una en pos de otra á la misma distancia, bajo el brutal acicate del mismo trote y bajo el rudo castigo del mismo peso que abruma sus cabezas: sin embargo, los andares son armoniosos y conservan una inconfundible gracia femenina. Con los pies desnudos y el vestido corto, lucen la carne morena y firme que va reflejando su tersura en la arena convertida en cristal. Como ha escorado la marea, el sable de la orilla, húmedo y terso, al resplandecer bruñido por la luz, reproduce las imágenes con una cándida suavidad de espejismo y hace correr sobre la rubia linde dos veces la figura de cada sardinera.

La que trota delante lleva un pobre trajecillo claro, que en la segunda es rojo y en la tercera oscuro. El talle ceñido, holgado el escote y las mangas recogidas, ofrecen una silueta gentil que no se descompone un solo instante, porque marchan seguras, con una intrepidez fatal, hundiendo en el reluciente camino una huella clara y silenciosa donde brillan el agua y el sol... Así correrán muchos kilómetros, acaso al través del monte por salvajes rutas llenas de abrojos y peligros, para subir á unas empinadas aldehuelas y bajar á otras escondidas en los hondones. ¡Así,

trotando, cargadas como bestias, ganarán un jornal mezquino en los días más afortunados!

Siento una inmensa lástima de estas mujeres admirables en su honradez, un poco altivas y bruscas, que nada piden, y malogran su mocedad con una abnegación llena de heroísmo.

Ya pasaron, como raras y luminosas visiones, á perderse en las soledades del Miradorio, buscando los altos valles de Ruiloba. Y aquí me quedo, avergonzada de mi vida inútil, arrepentida de mis holgorios y mis regaladas costumbres.

Pienso con rubor cuánto me gustan los manjares caros; los muebles cómodos; las telas finas y dóciles; entregar el cuerpo á la frescura de las ricas sábanas y sentir su caricia en el mármol de mi carne ociosa; hundirme en las calientes plumas del colchón cuando en la ribera rugen los fieros aletazos del ventar; urdir ensueños; tejer fantasías; ensanchar ambiciones... ¡y cruzar las manos mientras otras mujeres *trotan* por ahí, lastadas y maltrechas de camino en camino!

Haré una confesión general y cambiaré de vida: necesito ocuparla en algo bueno y grande. No importa que Traspeña quede lejos de mí: iré siempre á buscar sus dolores; me haré amiga de las mozas y de los niños...

Allí se escurre *Charol* por el muelle abajo. Quiero empezar por él mis obras de caridad: le coseré un traje; le enseñaré la doctrina; trataré de que Isabel secunde los deseos que tiene Agustín de recogerle. Voy ahora mismo á verla.

Ha madrugado á componer «las artes», que tendi-

das al sol ponen en el césped una violenta mancha roja.

Me entero de qué el *Cristo del Amparo* sale á pescar «á cacea» y veo que *Charol* maniobra muy orgulloso en el bote: emberga el trapo; almacena la raba, y concede pasaje á *Bolina* que lo pide con ahinco desde el embarcadero. Allí cerca Agustín, meditabundo, preside las faenas del grumete. Ya me ha visto y le hago señas para que venga á saludarme.

Después de hablar de cosas indiferentes, Isabel, que se muestra más preocupada que otros días, me dice:

—¿Quién será un señor de Torremar que anda preguntando por ti?

—¿En dónde?

—En el puerto ayer tarde. Llegó á caballo, averiguó quién era *Charol* y dióle dinero para que le contara muchas cosas... El rapaz no le conoce y nosotros no le vimos. Pero no era don Adolfo.

—Pues no sé quién sería—murmuro. Y en seguida pienso: Es Iturbe.

Me está observando el ama con inquietud, y arriesga:

—¿No lo supones?

—Es difícil—respondo evasiva, para añadir: —¿Y qué dijo *Charol*?

—Habló como una cotorra, ¡como había perras por delante! Que don Germán estaba ausente, que tú salías sola por la mañana temprano hacia estos caminos de la playa, que te ibas muchas tardes al Miradorio con librotes...

—Y el caballero preguntón, ¿cómo era?—interrumpí.

—Un mozo algo pasado, según dice el chiquillo.

Me había sentado en el suelo junto á Isabel, y ambas enmudecimos de pronto, sobrecogidas al escuchar en la carretera el trote de un caballo.

Fué aquel un instante de aguda zozobra que acabó en la incertidumbre del temido suceso. El que llegaba á rienda suelta, sonriente y conquistador, era el juez. Le conocimos como él me conoció, y á pesar del violento disgusto que nos causaba su presencia, nos quedamos inmóviles aguardándole. Tuvo tiempo de tomar el atajo y subir hasta la riba donde las redes se oreaban sobre la hierba en flor. Y ya descabalgaba muy solícito y galante, ya me tendía la mano con su habitual gesto de contrahecha finura, cuando Isabel pudo levantarse y huir, haciendo rodar desde el enfaldo los menudos utensilios de su labor.

—¿Qué le sucede?—aludió sorprendido Iturbe...

—Se ha puesto mala y voy con ella—dije, deseando echar á correr.

La siguió con mirada insistente, algo ceñudo y molesto, pronunciando:

—Parece que huye de mí... pero no la conozco.

Entonces, con una audacia brusca, inexplicable, repuse:

—Es mi nodriza, Isabel Martínez, ¿no la recuerda?

Quedóse muy perplejo don Félix, mirándome de hito en hito, como haciendo memoria, y de repente palideció, falto de serenidad, cuando yo, más turbada que él, me despedía de cualquier modo.

—Espere usted—dijo, y me detuvo por el vestido—. Quise hablarla antes, y ahora con más urgencia. Es preciso que tengamos una explicación: ¿dónde nos podemos encontrar?

—No se ocupe de mí—contesté, desasiéndome—. ¡No me incomode—añadí, enérgica, viendo que insistía en detenerme. Y le dejé con la palabra en la boca.

Sin llegar á la casa de Isabel, que allí mismo se asela, ya escuché el trote del caballo, y, casi al propio tiempo que yo, subió Agustín en busca de su madre. Juntos entramos, llamándola, y se apareció en seguida con el rostro ceniciento, esforzándose todo lo posible en disimular su profunda emoción.

—¿Qué, ya os vais?—dijo maquinalmente.

—Yo me estaré un rato contigo—repuse, mientras Agustín murmuraba:

—Subía antes de embarcar... por si queríais mandarme alguna cosa.

Y nos quedamos los tres indecisos, soslayando las frases y las miradas, sin aludir al desdichado encuentro. Fué Isabel la primera que habló diciéndole á su hijo con leve impaciencia:

—Anda, no esperes.

—Pues, condiós.

—Hasta luego.

Salió el mozo y la madre se dejó caer en una silla, escondiendo la cara.

—¡Pobre Isabel!—balbucí, llena de compasión, cuando el marinero volvió atrás callandito y se puso á contemplarla con honda pesadumbre. Ella no le

veía, ciega de llanto, y yo le despedí con un gesto apremiante. Luego traté de levantar los ánimos á la infeliz.

—Ya «no me conoce» ¿verdad?—aludió entre sollozos.

—No sé... quizá sí—le dije—. No te aflijas.

—Esto es una locura—murmuró acongojada—, un pecado mío, y tengo miedo de que Dios me castigue... Al «verle», después de tantos años, creí, talmente, que me iba á morir. La sangre se me heló y me quedé como tonta, aplastada en el suelo. Cuando «le oí» el metal de la voz, sentí como la picadura de un cuchillo en la carne y entonces me pude levantar... Lo que quiero es no volver á «encontrarle» en la vida ¿sabes? Y estar cierta—añadió con amarga inquietud—de que «no te pretende...» ¡Mira que eso sería horrible!

—¡Qué me va á pretender!—respondí, temblando—¡Si puede ser mi padre, y además...

—Y además... «eso»; además... ¡si llegaras á quererle!... ¡Cristo del Amparo!...

—¡Isabel, por Dios!

—Perdona, hija, no estoy en mi juicio. Haz cuenta de que no he dicho nada. Que á «él» le gustas... paréceme que sí; es mocero y audaz. Pero ¡lo otro! ¡Se me ocurren muchos disparates á fuerza de penar aquí sola!... Desde que ese hombre volvió á la comarca y se asomó por esas coteras, no vivo ni sosiego, y me acuso de ofender á Dios con mil ideas que se me habían olvidado... Temo que al hijo de mi corazón le suceda mal en castigo de mis pensamientos, porque

yo debía estar con él orgullosa y tranquila, contenta de verme amparada, y sin cavilar en cosas imposibles... El diablo me ronda, me enloquece y discurro un sin fin de atrocidades...

—Yo pediré á la Virgen que te cure.

—¡Ah, sí, me hace mucha falta!... Si no volviera á «verle» ni á «oirle» mentar, creo que viviría como antes, conforme y resignada.

—Pues mira, haremos una cosa: pedirle á don Germán que gestione el traslado... de ese señor.

—¿Se puede?

—Me parece que sí. Y Ercilla, como es rico, tendrá, de seguro, influencias. En Madrid le visitaron muchos señorones.

—Y eso del traslado, si se consigue, ¿es para siempre?

—Por supuesto. «Le» ascenderán á otro distrito de más importancia, y ¿á qué ha de volver?

—Tienes razón...

Muy pensativa, el ama inclinó la cabeza hasta esconder el rostro, el cual juraría yo que había perdido su mortal palidez para colorearse de repente.

Aun gastamos en aquella conversación, nueva para mí, un buen cuarto de hora, sin que la desconsolada me recordase que debíamos procurar el traslado de Iturbe.

La dejo libre de llantos y suspiros, como aliviada de haber desahogado un poco el dolor de su vida, y al tomar los altos caminos de mi casa descubro la barquía de Agustín que, allá, borrando la blancura de su vela entre el agua y la nube, me parece un átomo

casi imperceptible de sufrimiento, absorbido por el lejano horizonte.

Estuve unos días sin salir, temerosa de encontrar á don Félix por esos andurriales, limitada á recorrer los senderos de la huerta y el jardín, á registrar, aún, los rincones del palacio y los anaqueles de la biblioteca.

No desisto de enhebrar la historia de *Carmen* ni de aprender su epílogo. He preguntado á doña Matide, con mucha cautela, sobre el asunto y me ha parecido que lo ignora, así como el nombre de la mujer á quien Ercilla amó en su mocedad.

Tampoco mi madre está enterada de los enigmas que deseo descubrir, ni la importan un comino. Lo cierto es que á mí no me preocupan tanto como antes, quizá porque tengo muy colmada la imaginación con otras ideas; es menester que yo consiga el traslado de Iturbe y que empiece mis obras de caridad regenerando á *Charol*. Luego extenderé las generosas intenciones por Traspeña hasta sus más urgentes desventuras; presiento que mi padrastro ha de ayudarme y que doña Matilde será, también, una buena aliada.

Pero mi amor propio necesita la llave de aquel cajón donde encontré las cartas amorosas; me la quitaron de una manera brusca y desconsiderada, en plena fiebre de curiosidad, y me la tienen que devolver; esta exigencia es como una condición que me pongo á mí misma, un requisito que precederá á mis campañas redentoras.

Se me figura que sin saldar esta cuenta con mi orgullo no podré hacer cosa de provecho; este es un detalle que me interrumpe y enoja, y quiero hacerle á un lado en mi vida nueva, acaso edificante por los caminos de la misericordia y la abnegación.

Algún milagro va á esplender sobre mis diéciocho primaveras, porque yo siento la proximidad de lo inefable y conozco que llegan para mí unas horas llenas de luz. Ya no me pregunto qué será lo que estoy buscando desde que volví á la costa: vivo segura de que lo encontraré cuando menos lo piense, y obedezco á las más raras sugestiones, fiada en el presentimiento, convencida de que está girando la «rosa» de mi destino. Me turba un soplo de aire; me aturde una voz que me llama; una carta que me entregan; un latido fuerte de mi sien: porque, en cualquiera de estos instantes, puede sobrevenir el cambio de suerte que me anuncia mi propio corazón...

Hoy amanece el día magnífico, soberano entre estos últimos, claros también, pero algo melancólicos á estilo de la Montaña, donde se nubla el sol y se aneblan los horizontes hasta en las horas vernales más apacibles.

Con la primera luz ha posado en el puerto el *Milagroso*, y su vista me produce en la memoria una resurrección fulgurante de recuerdos. Mi vida entera, ligada á ese barco por las dulces impresiones de la infancia, revive y cobra en mi fantasía poderosos relieves. Desde aquellos días tristes de la orfandad en que era para mí causa de admiraciones y deliquios ese andariego bajel, por los rumbos de su aguja náutica

pueden contarse muchas de mis horas. Y sus velas, rociadas de sol, batidas por la bruma y el viento, saben de mis ilusiones como un libro donde yo misma las hubiera expresado. Descubriéndome están los más olvidados instantes de mi existencia; todos los pliegues de mi espíritu, con sus hondas ternuras y su henchida sensibilidad. Leo de corrido mi breve historia en esas páginas veleras que allá abajo se arrían, y me miro en el bergantín igual que en un espejo.

Aquí estoy al cabo de la infancia hecha una mujer; tengo dieciocho años y soy feliz. Sí, lo soy: no importa que bajo mi sonrisa vacilen mis pensamientos y se alboroten con un sordo zumbido de colmena. Ya se irán aplacerando como las olas del mar, prendidas hoy en los cantiles, sus mayores enemigos, ayer rugientes en la playa, fácil barrera suya.

Yo ataré el corcel de mis fantasías, veré apaciguarse los rabiones de mi conciencia y me someteré á las disciplinas de la virtud para lograr el equilibrio sereno de las criaturas privilegiadas.

Ahora mismo bajo á la parroquia, le digo á don José mis propósitos y mis flaquezas, y espero los designios del cielo con la bendición del sacerdote sobre la frente.

Está el campo hermosísimo: resurge potente y generoso en la fecundidad eterna de su juventud, y acosa la aldea, cruzándola de festones á lo largo de los tapiales, de alfombras que florecen en todos los caminos y palios que se columpian sobre todos los huertos.

Llego á la iglesia bajo la acariciadora frescura de los árboles, y me postro delante del confesonario. Voy

diciendo, diciendo, mis congojas y mis ambiciones: don José calla y escucha.

Cuando termino, él dice:

—Hija mía, no te comprendo mucho: creo que estoy algo sordo y tú me cuentas demasiadas cosas... Eso que te duele y te bulle en el alma, á mi ver es soberbia. Hazte humilde como los niños para que entres en el reino de los cielos: hazte chiquitina y mansa como una paloma, inocente como un corderín... Vaya, hijuca, recibe la santa absolución...

Masculla unos rezos, con los ojos cerrados, y levanta sobre mi cabeza el signo grave de la Cruz. La mano, pálida y finísima, resplandece un segundo en la penumbra, recogiendo en su temblor un rayito de claridad.

Después me acerco al comulgatorio, recibo la sagrada Forma, amo y ruego y confío en la misericordia de Dios.

Y al deshacer mi camino, sonriente y vagorosa, envuelta en el alborozo del día, se me figura que la luz desciende sobre mí como un rocío de bienaventuranza.

Mi madre no se ha levantado, y esperándola, entro en la biblioteca y abro mi ventana preferida; un susurro de vuelos rasga el aire, y un bullicio de hojas estremece el rosal lleno de flores.

Me distraigo, perdida la mirada en el jardín, vuelvo los ojos á la mesa y ¡zas! la llave, muy puestecita en el consabido cajón.

Vacilo. Quiero resistir mi vehemente curiosidad. Imposible: ya están dentro mis manos hábiles y co-

diciosas; buscan allí, hacia el sitio donde encontraron el testimonio de un amor, que ahora no parece por ninguna parte. Voy sacando paquetitos engañadores con cartas y documentos; pero aquel de la cinta de seda no lo descubro. Para quedarme convencida de que no está aquí, desocupo el cajón hasta el último papel. ¡Nada!: el secreto ha volado.

En el fondo del mueble, dentro de un sobre, hay un retrato mío. Me representa vestida de colegiala, con las trenzas sobre los hombros y el semblante dulce, un poco triste. Debe de ser la fotografía que me hicieron al llevarme á Madrid á los trece años; he visto una copia de éstas en Alcalá y creo que otra la tiene Isabel.

Contemplando mi efigie, me asalta el recuerdo del día que don Germán fué á visitarme con el ramo de violetas. Y me absorbe esta evocación á la vez que empiezo á extrañarme, un poco, de ser yo esta criatura de semblante cansado y pupilas misteriosas apenadas... No siento llegar á doña Matilde, que me pasa el brazo por el talle diciendo:

—¿Qué buscas?

—Nada—respondo torpemente, quedándome en desolada actitud delante del cajón desocupado y de los papeles esparcidos por la mesa.

Como no es posible permanecer así mucho tiempo, adopto una resolución heroica, y declaro:

—Buscaba unas cartas de amor.

—¿De amor...?

—Estaban aquí—afirmo.

—Pero, ¿eran tuyas?

—No, señora.

—¿Entonces?

—Quería acabar de leerlas.

—¿Y á quién pertenecen?

—A Carmen.

—¡Ah, vamos!... ¿á la dama por quien me hiciste aquellas preguntas?... Pues no la conozco.

Confieso todos los pormenores de mi hallazgo y hasta repito alguna elocuente frase de las epístolas. Doña Matilde continúa negando con la cabeza y pronuncia al fin:

—Habrás soñado esos amores: tal vez ni Carmen ni las cartas han existido más que en tu fantasía.

Juro que mis manos, mis ojos y mi corazón, saben muy bien de tal secreto, pero la señora permanece incrédula. Y, obediente á sus costumbres de mujer ordenada, va colocando en el cajón, con mucha curiosidad, los documentos y manuscritos.

—Aquí—dice—no ando más que yo; conque, ¡figúrate si sabré de memoria lo que tengo y dónde y por qué!... No vuelvas á pensar en semejantes cartas.

—¿Y la llave?

—La guardo con otras, sólo que á veces vengo de prisa y la olvido puesta.

—¿Y este retrato?—pregunto desorientada, sin saber qué decir.

—¡Ah! Me lo dió hace tiempo don Germán y lo conservo en mucha estima—murmura, contemplándolo antes de meterlo en el sobre.

—¿Don Germán, dice usted?

—Sí: ¿te llama la atención?... Más te podía sor-

prender lo que la nena se parece á ti—y me pone la fotografía delante de los ojos.

—¿A mí?... ¡Claro está!: ¡como que soy yo!

—¿Esta?

—Sí, señora.

—¡Fíjate bien, criatura: esta es Amalia Ercilla.

Me enseña el reverso del retrato con aquel nombre escrito por una pluma nueva, de colegiala. Lo tomo, lo miro, me acerco á la luz y me separo de ella: temo que se escuchen los fuertes latidos de mi corazón y hago un esfuerzo por no dejarme caer en una silla.

—Usted me embroma — digo temblando —. ¡Esta niña soy yo!

—Es «ella».

—Pero, ¡Dios mío!, ¿no me conoceré á mí misma?

—¡No te conoces!—exclama doña Matilde con expresión amable. Me obliga á contemplar con ella el retrato y va diciendo—Mira: estos ojos son más sombríos que los tuyos; en ellos se hunde yo no sé qué tristeza inconsolable: la mirada es dulce como la tuya, pero en el fondo de las pupilas hay un dolor acerbo que tú ignoras... Tu sonrisa tampoco tiene la incertidumbre de ésta. En la boca, los cabellos, el perfil y todo el encanto de la fisonomía, no pueden ser más semejantes las dos colegialas.

—Y hasta en los uniformes—dije atónita, dándome á partido y confesando que la de Amalia Ercilla no era mi propia imagen. Doña Matilde guardaba ya el retrato y se lo detuve, aun dudosa—. En Alcalá tienen uno igual que éste.

—El que te hiciste en el Colegio durante las primeras vacaciones.

—¡Se confunden!

—¿No te lo había dicho Beatriz?

—Pero yo no lo creía.

—Pues ya lo ves—murmuró la señora echando la llave al cajón—. ¡Hay cosas increíbles!

Parecióme que sus palabras se extendían en el aire con un misterio dulcísimo, llenas de emoción y de ansiedad. Y salí de la sala olvidando los amores de *Carmen* como se olvida un sueño.

Quizá no habían existido nunca: acaso yo en aquella mañana del galernazo me dormí, aburrida, en la biblioteca y soñé un gran amor, un amor imposible, de esos que no se realizan en el mundo.

Al despedirme de la hermosa ilusión que se desvanecía, yo no desfallecí porque el vacío de mi alma se iba llenando con una certeza rara y milagrosa: mi parecido con Amalia Ercilla era una tremenda realidad, base de otra gran pasión, no soñada, viva y caliente junto á mí...

XXI

«POBRE BARQUILLA MIA...»

Al anochecer llegará don Germán. Pide que el automóvil no le espere en la estación del ferrocarril, punto el más próximo de enlace con la carretera de este olvidado puerto, sino en Torremar, adonde viene con un amigo.

Mi madre se queda muy preocupada con este anuncio, como si ya no esperase que su esposo volviera, y se apura mucho, diciéndonos:

—¿Quién será ese amigo?... ¿No os parece raro que él tenga un amigo, y precisamente en Torremar?

A mí no me extraña gran cosa, y doña Matilde se lo explica muy bien.

—Es Adolfo Velasco.

Yo pregunto con displicencia:

—¿No estaba en el extranjero?

—Estaría; pero, según dijeron ayer las de don Luis, le han visto ahora en Santander.

—Si fuera «ese» — insinuó — le nombraría don Germán.

—¡Quién sabe! —responde nuestra amiga con cierta intención. Me mira de reojo, sonríe y se marcha á disponer con la mayor solicitud un gran recibimiento á mi padrastro, apercibiendo esos mil detalles menudos del hogar que ella sola acierta á prevenir con admirable primor y diligencia. Para que los liños de la sembradura campen airosos en los cuadros, y el riego esponje las plantas, y se destaquen los caminos sin una brizna de maleza, es menester que los obreros se espabilen toda la tarde. Luego hay que conducir de modo conveniente los retallos de las enredaderas, despeinadas y viciosas en su brusco desarrollo primaveral. Hay que segar la hierba en algunos macizos del parque; limpiar los pilones de las fuentes; extender las sillas de mimbres bajo la fronda; desplegar, en fin, todos los encantos de la finca, para que resalten y enamoren.

Sin contar con que dentro de casa se han de poner en juego los grandes recursos: tapicerías descubiertas, flores recientes, algún cambio estratégico de adornos y novedades. Durante el invierno se han llevado á cabo algunas obras de reparación, como las pide á menudo fábrica tan vieja, y doña Matilde, que está orgullosa de haberlas vigilado, quiere lucirlas hoy con especial coquetería, y se afana porque los pormenores contribuyan á ofrecer en el palacio un amable conjunto. Esperó ella este día con propósito de cele-

brar una especie de inauguración oficial de la temporada, y para que no estemos celosas, nos ha dicho, sonriente:

—Hijas, me esmero con «él» tanto, porque disfruta mucho con estas buenas impresiones de la llegada.

Ahora la veo desde el balcón ir y volver por la huerta y el jardín, activa y alegre como una moza. Se inclina sobre los injertos delicados y las plantas nuevas; acaricia con los ojos los capullos y los brotes henchidos; se hunde en las glebas calientes, que aguardan la semilla, y torna á subir á los finos senderos, sin descomponerse el traje ni la actitud. Parece que la circunda una exquisita gracia juvenil, y que ha perdido el nimbo de los pensamientos dolorosos. Mientras la estoy contemplando, oigo que me dice mamá:

—¿Qué vestido me pondré?

—El que más te guste.

—¡Para el caso que me hace!

Recojo la alusión y la hablo del marido en términos laudatorios, convincente y reflexiva, como si yo fuera la madre. Me escucha muy atenta, y á lo mejor del discurso me interrumpe, exclamando:

—Si es tan bueno, ¿por qué tú no lo quieres?

Esta lógica me aturde un poco, y replico indecisa:

—Sí le quiero.

—Pues lo disimulas.

—Al principio le sufrí á duras penas—declaro—; pero ahora que le conozco bien, le juzgo sin prevenciones... le quiero.

—¿Mucho?

—Mucho.

—¿Le llamarías padre?

—Se lo llamaría—digo, pasmada del interrogatorio y de mis propias contestaciones.

—No me lo explico—balbuce mamá con el mismo gesto absorto que tiene su hermano para los grandes problemas.

Cruza el gabinete, se mira al espejo y decide:

—Me pondré el traje azul...

Ya va rendido el sol, y una emoción creciente se apodera de mí. Quisiera detener á la tarde que declina, tirarla del manto hermosísimo que luce y rogarla: ¡Espera, espera!... Y al mismo tiempo me parece que ha pasado un siglo desde que ayudé á vestirse á mi madre, y á doña Matilde á colocar flores en el comedor.

Para calmar esta impaciencia que me agita, voy á dar un paseo por ahí, fuera de las tapias, en los libres caminos de la costa. Así hallarán espacio mis pensamientos, incapaces de robustecerse en una idea firme. Porque yo estoy convencida de que hoy debo recibir á mi padrastro con una cordialidad nueva y generosa, como lo piden á voces mi conciencia y mi corazón. Comprendo que este propósito ya no debe aplazarse ni un solo día, y una timidez invencible me acobarda según se acerca la hora de que llegue don Germán. ¿Qué le diré?

Se quedará asombrado mientras le abrace, y la familia creerá asistir a un paso de comedia; cuando el afán mío hacia ese hombre obedece a un sentimiento

grave y hondo, tan íntimo y reservado, que ni yo misma le encuentro el origen y la razón... Si el viajero viniera á buscarme en esta soledad, acaso me atrevería á ser sincera, sin mas testigos que el mar y el cielo: ¡Pero delante de gente!

Doña Matilde, con su mirada quieta y tranquila, me aprende las incertidumbres, y mi madre, nada observadora, hoy me cela con una atención vigilante, muy extraña.

Por eso aquí solita estoy muy á gusto, dada á mis aficiones contemplativas, que pocas veces me podré permitir como única ocupación, porque estoy resuelta á trabajar para el prójimo con muchísimo entusiasmo. Ya tuve una entrevista con Isabel acerca de *Charol*, y aunque no adelanté gran cosa en mis propósitos, allá quedó la simiente de ellos. Muy hostil se muestra el ama contra el pobre chico. Mira en él un germen de perversiones que la repugnan y una ignominia que tiene semejanza triste con la de Agustín. Piensa que amparando en su hogar al golfo rebaja los méritos del hijo, y quisiera socorrer al abandonado lejos de aquí, donde la desgracia de uno y otro no se pudieran comparar.

Pero tales intenciones están en pugna con las mías, porque yo busco para el niño un poco de calor familiar, junto con el ejemplo y la ternura de Agustín, y quiero favorecer con mis ahorros, en lo que cabe, esta idea regeneradora. Isabel rechaza mis ofrecimientos, asegurando:

—Mujer, si no me resisto por codicia; la pesca da bastante, y con el apoyo vuestro nos sobra para vivir;

ni me falta cristiandad y compasión... pero no quiero igualar á mi hijo con los de otras que no tienen vergüenza.

He insistido mucho sobre esto de las igualdades, que no se miden por la proximidad material de las personas, y tengo esperanza de que mis sermones vayan haciendo camino en el ánimo de Isabel.

Allá, distante, veo su casita cerrada, como si la dueña se hubiese ausentado; la domina ahora una inquietud febril, y se afana subiendo á trabajar á las órdenes de doña Matilde, perdidos, al parecer, sus temores de encontrar «gente» por estos contornos.

Sin darme cuenta, empapando las miradas en el hermosísimo paisaje, me asomo á un camino que en la niñez anduve muchas veces, estrecha ruta abierta al filo de la roca para bajar á la playa. Por aquí me deslizaba yo á la calladita con propósito de bañarme ó de holgar en la ribera, siendo Agustín muy á menudo cómplice de mis escapatorias.

Hoy acaso no bajaría yo por este precipicio con la audacia de entonces, porque sólo al medirle con la vista me hace el vértigo retroceder. Corre el atajo duro y salvaje entre la aspereza del cantil, y me enorgullezco de haberle frecuentado en las temerarias aventuras que me hicieron fuerte y marinera, y me enamoraron de la vida ancha y libre... Cuando la marejada sube, queda el bárbaro sendero salpicado de espumas, cegado por las olas en el arenal, inservible para comunicarse con el puerto. Y á estas horas de bajamar se aparece callado y solo, más arisco en su desnudez, aunque abajo le espera el sable

rubio, tendido hasta el muelle como una invitación.

Avanzo, aún, por el roquedal, cortado á pico sobre la playa, y me siento á descansar en un retazo de musgo.

Volviendo la cabeza distingo un poco de la hondura del valle, mórbida bajo las explosiones de la vegetación, acostada entre el abrupto acantilado y el alto monte, donde ya se adormecen las selvas arrulladas por el último vuelo del Nordeste.

De cara al mar vislumbro en las encendidas lontananzas algunas velas tendidas al aire con un cándido resplandecimiento. Son las barquías de los pescadores, que rinden su jornada mientras el día se deshoja sobre el Cantábrico como una inmensa flor.

Yace el muelle tranquilo, quietas las embarcaciones en el puerto, atracado el *Milagroso*, que aguarda la pleamar para salir.

Las olas, chiquitas, estallan suaves como besos en la costa, y la arena desnuda se ensancha hasta los arrecifes del canal, alejando el murmullo del oleaje.

Ha salido la luna, altísima y redonda, tan desvanecida y pequeña, que me produce una impresión de remoto desconsuelo. Cuando más lastimosa la miro, oigo detrás de mí un paso blando y una voz contenida que no sé qué murmura. Doy un grito, y Agustín me dice:

—¿Se asustó?

—Sí, hombre. ¿De dónde sales?... No te esperaba.

—Subí por el atajo.

—Pues no te he visto.

—Como tiene tantas revueltas, se esconde uno sin querer.

El marinero trae, como de costumbre, primoroso de limpieza el humilde traje. Calza unas alpargatas blancas, igual que la galladura del *jersey*, y lleva los cabellos al aire, crecidos y rizosos, muy despeinados porque á menudo le sirven de sortija entre los dedos enredadores. Está guapo, á cien leguas de aquel rapaz deslucido y zancudo, buen compañero de mi infancia.

Adivina, sin duda, que recuerdo los días en que yo le encontraba un lejano parecido con *Amor*, y me pregunta por él.

—Está muriéndose; ya tiene los ojos apagados, y no conoce más voz que la mía.

—¡Pobretuco!

—Sí, da mucha lástima.

—Iré á verle... A despedirme.

Brota oscura la voz de Agustín, que siempre tuvo sonidos claros como los del agua corriente, y observándole con atención, le descubro en los ojos una penetrante melancolía. Ese halo refulgente que yo imagino en torno á su cabeza, el *aura de salud* que me infunde un respeto devoto, diría yo que hoy no existe, que está apagado el fuego en el alma y las pupilas de mi amigo. No sé cómo interrogarle acerca de la angustia que leo en su rostro, cuando él me dice con algunas vacilaciones:

—Pues subo al tanto de que *ese señor* anda otra vez por ahí.

—¿El juez?

—El mismo.

—¿Y á qué viene?—pregunto alarmada, viendo crecer la desazón del mozo.

Me mira con zozobra, y responde, tuteándome:

—A preguntar por ti.

—¡Válgame Dios!... ¿Y para qué me quiere?

—Según «dicen»... para casarse contigo.

—¡Jesús! eso lo dirá algún loco.

El marinero se ha sentado á horcajadas en una roca y baja la cabeza sin replicar.

—¿«Le» vió tu madre?—aludo impaciente, aturdida por mil inevitables pensamientos.

—No; ha ido al monte con otras vecinas.

—Trabaja demasiado.

—Ya se lo digo, pero me contesta que eso la distrae y la conviene... ¡Se me hace que tiene razón!

Yo traduzco en el tono con que me habla Agustín una extraña amargura que me lastima. Le debo tranquilizar respecto á las pretensiones amorosas de Iturbe, y me sofoca esta conversación, triste y violenta entre nosotros, en la cual parece que necesito justificarme de algún pecado.

—¿Ahora mismo está ahí *ese hombre?*—pregunto con esfuerzo.

—Está... buscándote.

—¿Cómo?

—Llegó al muelle á media tarde y preguntó á *Charol* por ti; que por dónde paseabas; que si te asomarías á la verja del jardín; que si dale si torna, con el aquel de que el chiquillo fuese á llevarte una esquela. Pero él ya está en autos de que hizo mal el otro día en darle palique al *individuo* y recibir dinero suyo.

Con que va, y salta y dice: —Yo no soy correo de nadie.—Y, con la misma, corrió á contarme el caso, á tal punto que íbamos á salir al mar... Fuí yo y dije: —Ya no salimos; voy á ver si la «encuentro», para advertirla lo que pasa... aunque bien pudiera ser que lo supiera...

Se detiene un instante, inquisitivo y suspicaz, y como yo no despliego los labios, torna á decir:

—Conque en esto, *él*, que todo se volvía mirar para la nuestra casa, empezó á hacer preguntas á las sardineras que andaban por allí, y cuéntate que á una le largó el volante que *Charol* no quiso llevar; porque salió la mujer pitando por la cuestona, corre que te corre, mientras el señorito ataba el jaco á la portilla del merendero y se paseaba muy campante, en espera, á mi ver, de la contestación. Estúvele mirándole desde el bote sin perderle de vista, hasta que la mandadera bajó, muy sofocada, y dióle una cosa así como un papeluco... Digo yo que bien pudiera ser la misma carta, despedida con muchísimo desprecio...

Vuelta el narrador á interrogarme con los ojos; yo á callar y él á decir:

—O, si á mano viene, otra, que eso lo sabrás tú.

—¿Otra, mía?—pregunto indignada.

—Es un suponer.

—Pues supones muy mal.

—Según... Para despedir á uno, á lo mejor hay que escribirle.

Como no respondo, Agustín continúa:

—Ello fué que el caballerete se corrió por la playa alante, con ánimo, sin duda, de escurrirse hasta el

Miradorio, aprovechando la bajamar... *Ese* ha olido que llega hoy el señor, tiene prisa por hablarte, y que hala y que orza, el hombre te busca el rumbo: iba rastreando como el perro que levanta una pieza... Es un decir.

—¿Y le viste subir al Miradorio?—pregunto, registrando los alrededores con la mirada.

—Se me oscureció por ahí abajo, y á tal tiempo me avisa *Charol*: —¡Ostra! Mira á la señorita por dónde se pasea... Voy, miro y discurro: —Pues, si le aguarda, ¡mal camino lleva él y menuda vuelta para dar con la subida!

—Agustín, ¿crees que le aguardo?—interrumpo quejosa.

—Es á lo que iba antes—murmura—. Para decir á un prójimo que *nones*, habrá que ponerse al habla de alguna manera... Como, á lo mejar, no había semejantes acuerdos, yo pensé y dije: —También será fuerte cosa que «ella» no le espere ni sepa que está aquí, y cuando se pasee, muy tranquila, «el otro» suba á molestarla... De modo y forma que, en tales cavilaciones, determiné llegarme acá, de un pronto, para desengañarme.

—¿Desengañarte de qué?—pregunto ofendida.

—De lo que hubiera.

Voy á responder con desagrado, pesarosa de esta especie de interrogatorio, que tiene trazas de espionaje y atrevimiento, y me desarman los ojos de Agustín, leales y tristes como nunca; recogen las luces del crepúsculo, que en ellos trasfundidas adquieren, de improviso, una rutilación siniestra, y aguardan an-

chos y misteriosos, como si su hondura no tuviera fin. Me atraen y me conmueven; estoy á su mandato al confesar:

—Te juro que trato á «ese señor» con repugnancia, y que mis encuentros con él han sido siempre casuales y aborrecidos.

—¡Eso bien lo decía yo!—clama el muchacho sin un asomo de incredulidad.

—¿Y quién decía lo contrario?

—El demonio—balbuce trémulo. Y se queda ensimismado con los ojos, llenos de lumbre, fijos en el mar.

—Acaso tu madre desconfía de mí—insinúo.

—¿Ella?

—Me lo parece.

—Conmigo nunca habla de *eso*... Pero dentro de las personas hay un diablo que dice muchas veces disparates. Puede ser que á la pobre le diga más de cuatro diabluras.

—Como á ti el tuyo, ¿no?

El marinero nada responde, ni se alegra, como yo esperaba; permanece absorto, clavadas las pupilas en el sol moribundo, sin que le cieguen las rojas centellas. Hay en su expresión una trágica pesadumbre que me hubiese parecido imposible, si no la tuviera delante.

—¿Qué meditas?—le pregunto con sobresalto.

Vuelve la cabeza y me sobrecoge otra vez su mirada, honda y brillante, donde parece que se asoma hecho ascuas el pensamiento. Como hablando consigo mismo, pronuncia, ronca la voz y acerba:

—Todos los hombres que te ven se enamoran de ti. Quiere decirse que no me importa si es «ese» ó es otro el que te gusta... ¡Uno ha de ser!

—¿Qué estás ahí pensando, criatura?

—«Ese» tiene razón.

—¿En qué?

—En quererte.

—Oye; estás medio loco y no atinas con lo que dices. Si á Iturbe se le pasó por la cabeza pretenderme, fué porque no sabía que yo era... hermana tuya.

—¡Hermana mía!... ¡Cristo!

—¿De qué te asombras?... Pues, ¿no soy casi la hija de tu madre?

—Sí, sí... Y, además, el ama del palacio, la señorita más nombrada de los contornos. Yo, un pobre pescador sin apellido, un palurdo, una cosa así, parecida á tu perro. A veces me has llamado por su nombre. ¿Te acuerdas?

—¡Agustín!

Rió amargamente. Yo me había puesto de pie. Quise marcharme, cuando él, presa de una extraña fiebre, nervioso y audaz como nunca le vi, me detuvo.

—Cuentan que le diste plantón al señorito Adolfo, y que en Madrid «hablabas» con el juez.

—¿Pero á qué viene todo eso? ¿Quién eres tú para pedirme cuentas?

Aterró la frente y llevóse á ella las manos con un gesto enloquecido, fieras como dos garras entre el pelo rizoso y la bermeja cicatriz.

Movida á compasión quise calmarle con palabras dulces y serenas.

—No; no me hables así—dijo abrumado—: es peor... Trátame de cualquier modo; insúltame, despréciame.

Yo temblaba. Me miró despavorido, y, como si le doliera mi inquietud, quiso, á su vez, tranquilizarme.

—Estoy malo: tengo calentura—murmuró torpemente—. Desde que me herí en la cabeza, á veces me remonto y me ciego.

—¿Tú, siempre tan apacible?

—No, que á escondidas me dan como ramos de locura.

—¿A escondidas?

Yo disimulo muchas cosas.

—¿Y por qué? Debemos consultar con dón Luis.

—Mejor es morirse; que el diablo salga del cuerpo y el ánima descanse.

—¡Pero qué ideas se te ocurren!

—¡Ojalá me hubiese matado en el bergantín cuando me hice la herida! Entonces estaba yo como aquel que sueña sin despertarse nunca... Ahora—añadió volviendo á exaltarse—¡estoy despierto!

—Y también parece que sueñas.

—Pues necesito dormir... y no soñar.—Dió unos pasos hacia el borde de la costa y le seguí maquinalmente. Se detuvo contemplándome con una emoción indefinible que me sugestionaba, y bajó los ojos hacia la ribera murmurando:

—Mira al pobre *Milagroso*: ¡también le queda poca vida!

—¡Pero á ti mucha!—protesté, asiéndole por el

brazo con un movimiento inconsciente. Noté que temblábamos los dos y balbucí medrosa: —Vámonos á casa: acompáñame tú.

Pero él, sin moverse, decía, embriagado de tristeza, con la mirada hundida en el barquito:

—Cuando me despedí para el primer viaje, tú llorabas mucho; me abrazaste y me diste un montón de besos... ¿Te acuerdas?

—Sí, hombre.

—Me querías; ¡me querías á mí solo! Desde la ventana me dijiste adiós hasta que la costa y el bergantín se despidieron... Después, al arribar, yo te enseñaba los rumbos de la *rosa* en el cuadrante, y el destino de la *línea de fe*... ¿Te acuerdas?

Escuchaba yo tan conmovida que no pude contestar, y él con una fascinación dolorosa siguió diciendo:

—¡Ya se te habrá olvidado!... Si yo supiera explicarme como los señores, con las palabras finas y justas, te recordaría en un vuelo nuestra niñez, que la guardo en los escondites de la memoria, clara como el sol. Luego, te contaría secretos atroces. Y después...

Estuvo mirándome un instante y cerró los ojos con rápido estremecimiento.

Rutilaba el mar, encendido por los fulgores del poniente, y llegaban al puerto, con blandura, las barcas pescadoras. La marea verberaba ya sus primeros empujes en los cantiles del Miradorio, y empezaba á crecer en la orilla la voz del oleaje.

Obligué á Agustín á moverse, asiéndole con brío por el brazo.

—Acompáñame á casa; no quiero volver sola.

Pasó rasante á las peñas una golondrina y él la fué siguiendo con la mirada. De repente, inclinándose hacia mí, puso los ojos en los míos con inmensa ternura. Le vi otra vez la frente alboreada como en los días mejores, las pupilas insondables lo mismo que la eternidad. Sentíme arrebatada en un frenético abrazo que me dejó en la boca el amargor de un sollozo y en el alma el eco de un rugido.

Me quedé atónita, muda de terror y de asombro mientras el marinero corría al borde altísimo del acantilado.

—¡Agustín, Agustín!—grité espantada, sin un sorbo de sangre en el corazón.

No volvió la cabeza: alargó el paso firme y un segundo su arrogante figura se destacó agitada sobre el rojo matiz de las nubes.

—¡Detente! ¡Por tu madre!—clamé loca de angustia cuando ya el cuerpo rebotaba en la roca para caer en el arenal con golpe sordo y lúgubre...

XXII

CENTELLAS EN LA NOCHE

Grabados en la memoria con siniestra claridad tengo los detalles del drama, vivos como para resistir á cien vidas que yo tuviera. Y no son únicamente los pormenores materiales de aquella hora terrible, sus circunstancias y accidentes, sino los ocultos sentimientos que despertaron en mi espíritu y las profundas voces que levantaban en mi corazón.

Al desaparecer el infeliz marinero en el tajado de la costa, no perdí toda la serenidad en medio de mi espanto, y una fibra de esperanza me sostuvo, empujándome por el rudo camino que poco antes me daba miedo. Lo bajé asiéndome á las peñas, hiriéndome las manos y la ropa, destrozada y jadeante. ¡Cómo hervían los pensamientos atropellados y confusos en mi alma, súbitamente encandecida por el rayo de aquella fatal revelación!

—¡Dios mío!—iba diciéndome con esa extraña cla-

rividencia de los minutos trágicos—¡Dios mío! ¿Quién lo podía imaginar?... Agustín me quiere... con amor de hombre, con pasión inmensa y desesperada... como ningún otro me ha de querer... Es bueno, inteligente, honrado... ¡y se mata por mí! ¿Matarse? Quizá no... ¡Virgen Santísima, valedle!... Acaso vive... sólo está herido... ¡La altura del cantil es enorme! Sí; pero la arena es blanda... ¿Y las salientes de la roca? Yo sentí cómo el cuerpo batió en ellas, ¡qué horror!... ¡Pobre Isabel! ¡pobre madre!... ¿Y qué dirán de mí? Tal vez me echen la culpa... Pero yo, ¿qué sabía de estos amores?... ¡qué iba á saber! Y eso que á veces me han pasado por la cabeza, acusándolos, ideas repentinas: eran como ráfagas que al disiparse no me dejaban rastro alguno... Nunca he visto claro en los clarísimos ojos de mi amigo, cegadores á fuerza de luz: los miraba y perdíame en ellos como en un enigma... Aun adivinando esta pasión... no podía corresponderle... ¡Imposible! ¿Querer yo por esposo á un marinero, á un muchacho sin nombre, al hijo de mi nodriza?... Y ¿por qué no? ¿El alma no es lo que vale?... Yo misma, en ocasiones, puse al novio soñado el cuerpo y el alma de Agustín... pero en otra posición social... Ahora, al bárbaro empujón de la desgracia, ruedo por estas peñas hacia el alma y el cuerpo del hombre que me quiere, y juraría yo que no existen en el mundo diferencias sociales, categorías ni prejuicios; sino un solo nivel: ¡el del amor!...

Aun siento la fatiga de mis pasos hundidos en el arenal, violentos y afanosos en busca de la trágica silueta. Allí estaba el desgraciado amigo, inmóvil como

si durmiese en el fonje lecho del sable. Al descubrirle aumentaron mis congojas, mezclé las lágrimas con el sudor, y corrí llorando, suplicante, diciendo á gritos no sé qué palabras de ternura y piedad.

Apoyaba Agustín la cabeza en un brazo, con la cara escondida, y, arrodillándome cuidadosa, se la pude colocar en mi regazo. Fuí limpiándole el rostro lleno de arena, blanquísimo, inerte, y advertí que tenía cuajada de sangre la madeja de pelo. Con la mejilla junto á su boca me aseguré de que alentaba mientras sentía en mis dedos el blando pulso de su muñeca, y acariciándole, igual que á un niño, pretendía reanimarle.

Quise poner mi mano sobre su corazón y le desabroché el *jersey*. Apareció un escapulario pendiente por una cinta del cuello del herido. Y al dorso de la imagen de la Virgen, envuelto y prendido á la sagrada tela, hallé un retrato.

—¡Amalia Ercilla!—dije mirándole. Y de pronto la historia de mi semejanza con la hija de don Germán me acudió á la mente, mezclándose con el recuerdo de un relicario que Agustín guardaba con mucho sigilo en sus aventuras de navegante... ¡Las más escondidas pruebas del triste amor descubierto, resplandecían á la roja luz de aquel mortal crepúsculo!

Aun ardía el sol, clavado como un puñal en la sangrienta herida del horizonte; la queja del aire tenía una profunda entonación y estaban llenos de aromas los rumores de la marejada.

Envuelta en la agonía de la tarde, con infinito desconsuelo, me inclinaba yo sobre Agustín, acuciando

su vida, pidiéndole á Dios algún socorro en aquella soledad. Pensaba con pavor en la creciente marea y en la callada noche que ya extendía por el llano las primeras sombras.

—¡Si yo corriese al muelle á buscar auxilio!—me decía. Y la cabeza del marinero, yacente en mi regazo, me clavaba en el arenal, húmedo el vestido de sangre, inmóvil y sumida en turbia desolación. Nunca he visto la playa tan extensa, tan altos los cantiles, la mar tan sola y el cielo tan remoto. Empezaban á mirarnos, pensativos, los resplandeciente ojos de las estrellas, y la luna descendía, curiosa de su elevado sendero.

Parecióme escuchar voces lejanas. Puse atención, mirando á todas partes, y no vi mas que un poco de niebla, bogando hacia nosotros en las curvas olas.

Se estremeció el herido; vibraron sus músculos, y abrió los ojos, donde también navegaba en silencio la bruma. Quise yo, ansiosa, recoger en mis pupilas aquella opaca luz; pero cayeron los párpados en seguida, débiles y vencidos.

—¡Agustín, óyeme, atiéndeme! —clamé depositando las palabras con penetrante dulzura sobre el rostro exánime. —¡Hermano!... *¡Amor!*—añadí, dándole, como de niña, el nombre del lebrel, entre frases llenas de intimidad y de recuerdos.

Alzó de nuevo las pestañas, y un amago de sonrisa tembló en sus labios al responder, únicamente:

—¡Soles!

Aquella voz parecía modularse en el fondo de las entrañas, y penetró en las mías como un dardo al

mismo tiempo que el ala de la muerte rozó mi espíritu.

—Aquí estoy—protesté, abrazándome al sentenciado y mintiendo piadosamente —. Vas á curarte y á ser feliz.

—No—dijo apenas—, tengo que morirme.

—¿Por qué?

—Porque... te quiero.

—Por eso mismo es menester que vivas... No te vayas, no me dejes sola—lloré sin ánimos, viéndole en realidad agonizante. Con un hilo de voz, seguía él murmurando:

—¡Te quiero!

Trató de levantar las manos hasta mi cabeza y me adelanté á buscarlas: estaban muy frías. Y volviendo á mirar en torno, loca de angustia, descubrí del lado del muelle un remolino de arena á ras de la playa, volando hacia nosotros. De la rasante nube salieron unos ladridos y *Bolina* quejoso y desalado, cayó sobre Agustín deshaciéndose en manifestaciones cariñosas.

Cobré esperanzas de conseguir auxilio, porque detrás del perro iba *Charol* no menos anhelante que el animal.

—¿Está muerto?—gimió pávido, señalando al herido, sin acercarse del todo. Por única respuesta le encarecí con ansia que buscase gente, y desapareció al galope, en carrera medrosa que tenía mucho dehuída.

Trataba yo de sostener á fuerza de súplicas la vida de Agustín que se extinguía como un soplo, y seguí diciéndole fervorosas palabras mientras él repetía con la obsesión del moribundo:

—¡Te quiero!... ¡te quiero!...

Ya la hebra de la voz sonaba casi rota, expirante en unos labios contraídos. La cabeza herida, pesaba más dura que antes, con una rigidez mortal, abiertos los empañados ojos donde aun quería encenderse la luz del sentimiento: me buscaban perdidos en las nieblas de la agonía, y al brillar en ellos un instante la memoria, se convertía en una lágrima cada centella del corazón.

Yo miraba hacia el puerto con vivísima ansiedad, y de súbito, por el lado del Miradorio, alguien dijo detrás de mí:

—¿Qué sucede?

Quedé atónita delante de Iturbe que me reconoció exclamando.

—¿Usted... usted? Pero, ¿qué pasa? ¿Quién es ese hombre?

Crucé un dedo en los labios y detuve con un gesto imperioso el avance del juez.

Se moría Agustín; el hielo de su carne me traspaba, y la sangre de su cabeza extendía en mi vestido una mancha roja que iba calándome con húmeda frialdad.

Ya en las pupilas del agonizante no temblaba el rehilo de la luz interior. Apagadas y turbias, reflejaban, con pavorosa quietud, los cárdenos resplandores del crepúsculo, y al acercarme yo para mirarlas, puse, con la imagen, una apariencia de vida en el fondo yerto del cristal.

Todo mi corazón estaba fijo en aquella agonía y de él se desbordaron, con las palabras dolorosas, oracio-

nes que pretendieron conducir á Dios el alma del moribundo. Quería yo á todo trance redimirle con la suprema contrición y acompañarle entre jaculatorias hasta la orilla de la eternidad.

Recé ferviente y humilde, calentando cada frase en mi alma donde ardían en montón los deseos; recé á gritos cuando sospeché que Agustín no me escuchaba. Acaso alguna fibra de mi acento hirió las cuerdas ya durmientes de aquella sensibilidad, porque vi estremecerse al infeliz, y aplicando el oído á su boca, alcancé, apenas, dos sílabas:

—¡Soles!...

—¿Quiere usted decirme qué drama es éste?—pronunció el juez avanzando con mucha decisión, repuesto del primer asombro.

Nada contesté, sólo atenta á depositar plegarias en la linde borrosa de aquella vida. Cada instante era un siglo de zozobra para mi pena, porque el hombre que yo tenía en los brazos estaba rígido y glacial. Había hundido la cabeza inerte en mi falda, lívido el rostro con un gesto de suprema angustia, tirantes los miembros, callado el corazón.

—¡Agustín... Agustín!—clamé, desolada, en el arranque de la postrera despedida, cubriéndole el rostro de lágrimas y besos.

—¿Quién es ese hombre?—repetía don Félix inclinándose, también, sobre el desgraciado. Aun me resistí á romper mi último coloquio con el alma fugitiva. Lloraba yo sin tregua, sumida en el derrumbamiento de no sé cuáles ilusiones, exhorando con una amarga sed de la muerte:

—¡Dios mío... Dios mío!

—Ahora llegan gentes del puerto que me contestarán—afirmó Iturbe con voz recia, sacudiéndome un brazo como para despertarme. Alcé la frente con brusca energía:

—¡Este mozo es hijo de usted!

—¿Cómo?

—Hijo de usted y de Isabel Martínez.

—¿Qué?

—Hace veinte años que usted la engañó... ¿No se acuerda ya?... ¿Nada le dice la sangre? ¿Nada la conciencia?

—A ver... ¿este marinero?... á ver... — y desemblantado, tembloroso, estuvo mirándole de hito en hito.—¡Esas son patrañas!—sentenció al erguirse, tocando con la fusta el cuerpo de Agustín.

—¡Cobarde!—acusé, furiosa.

—¿Me insulta usted?

—No; le llamo por su nombre. ¡Cobarde!... Se burla usted de las mujeres y de los muertos.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Conque me desafía?

—Le prohibo á usted tocar á esta criatura.

—¿De veras?—murmuró, avanzando los dos pasos que había retrocedido. Y el rayo ardiente de la mirada se le trocó en hielo duro al hacer con el látigo un nuevo ademán hacia su hijo.

Pero no tuve miedo: una indignación heroica me impelía; con las dos manos, veloces, le tiré al infame puñados de arena á la cara. *Bolina*, agazapado junto á mí, trocó sus lamentos en gruñidos rencorosos, y el juez se detuvo, pálido como el cadáver.

Un grupo de gente corría hacia nosotros, ya crecida en la playa la sombra de la noche. Temblé pensando si llegaría Isabel con las mujeres vocingleras que se acercaban, y por fortuna sólo reconocí entre todos á Jesús el marinero y á don Juan.

Llovieron sobre mí preguntas, quejas y exclamaciones, apenas contenidas por la extraña presencia del juez.

—¿Está muerto?... ¿Cómo ha sido?

—Paseábamos allá arriba y al asomarse demasiado...

—¿Perdió la cabeza?

—Sí.

Mi voz pasaba por todos los matices del terror y del pesar.

Sentíame vencida por el fardo del secreto y de la culpa—no por involuntaria menos dolorosa—, víctima también de aquel infortunio que lastimaba para siempre mi existencia. El desconsuelo me parecía inacabable, y creciente el peligro de verme acusada en la oscura muerte de Agustín. En medio de tantas inquietudes el propósito de sincerarme íbame solicitando con ansias instintivas y justicieras, porque en realidad mi delito, inconsciente, no merecía una pública reparación y le bastaba, si en él me alcanzase alguna responsabilidad, el oculto dolor de conocerle.

No tuve tiempo de poner muy claras estas ideas porque entre el murmullo general de lástimas y comentarios alzóse imperativa la voz de Iturbe pidiendo, con urgencia, nada menos que un coche.

—¿No se alquilan en el pueblo?—preguntó paseando por los concurrentes la mirada.

—Hay uno de alquiler—contestó alguien—, el de Fabián.

—Pues que lo avisen y salga inmediatamente á la carretera mientras subimos allá sin que llegue la marejada.

Señalando la dirección del Miradorio, hablaba con una autoridad campanuda, algo temblorosa, á mi juicio. Imaginé que pretendía sacar de la playa el cuerpo de Agustín, por aquel lado, mucho más distante de la aldea que la subida del muelle.

Un marinero dispuso que fuera *Charol* á pedir el coche y ya echaba el chiquillo á correr, cuando aclaró don Félix sus intenciones, manifestando:

—Dispongo que el cadáver sea conducido al cementerio hasta que el forense haga la autopsia... Y detengo á la única testigo de este... accidente ó crimen, ¡que eso ya se verá!

Quedé aterrada y muda, sin ánimos para defenderme.

—¡La señorita!—murmuraban los circunstantes con inaudito asombro, mientras don Juan abría la boca muy pasmado.

Se detuvo *Charol* á preguntar:

—¿A onde la lleva?

—A la cárcel...—respondió una atribulada voz femenina.

—¿Y pa eso quiere el coche?:.. Yo no voy por él ¡ostra!

—Obedece, muchacho—susurró otra mujer—, que aquí, el señor, es de la Justicia.

—¡Pues me chiflo en el señor!

—¿Cómo es eso?—protestaron varias voces.

—Que no hago el mandado porque no me da la rial gana: ¡córcholis!

Querían obligarle y se tiró en el arenal resistiendo. El juez le dió una patada.

Bramó el rapaz con los puños crispados, desatándose en improperios, y en su rostro cayó sonora la vara de la justicia convertida en fusta. Pugnaba el niño por levantarse, escondiendo la cabeza á los golpes, pero los fustazos seguían lloviendo sobre él, más ciegos y furiosos.

Callaba la gente marinera con aire de estupor; don Juan se iba refugiando á la retaguardia del grupo y yo desfallecía bajo la pesadumbre de aquellos inesperados lances, angustiosos y absurdos para mí como el horror de una pesadilla. ¡Cada vez me abrumaban con mayor frialdad y congoja la cabeza de Agustín, las acusaciones del juez, las inquietudes é indignaciones del alma.

Alcanzado por la fusta, ladraba furiosamente *Bolina* junto á su dueño. Y como ambos, perseguidos aún, venían hacia mí, rodando por la arena, tendí los brazos conteniendo al iracundo juez.

—¡Cobarde! —repetí con impulso irresistible—¡También se atreve con los niños!

Quedóse un instante perplejo, sin saber qué decir.

—¡Nos veremos, hermosa!—respondió al cabo, á media voz, aproximándose en actitud insolente—Pero, ¿qué es esto?—añadió de súbito, mientras se inclinaba con avidez—¡Ah!... Ya tengo aquí el testimonio

de mis sospechas: ¡un retrato! ¿Lo llevaba el difunto como recuerdo de amor?... ¡Porque esta niña es usted!

Había recogido sobre el pecho de Agustín la fotografía desprendida del escapulario.

—No cabe duda...—aseguró, mirándola de cerca, sorprendido y torvo.

—Démela usted — balbucí—. ¡Démela, por Dios!

—¿Con que un drama de amores?—pronunció sordamente, vertiendo sus infames palabras en mi oído—Usted desdeña á los caballeros y se enamora de los villanos... ¿Se arrojó el mozo desde arriba... ó acaso usted...

—¡Oh, Dios mío!—proferí, desesperada.

—¿Le había hecho usted demasiado feliz?...

Aunque al pronto no alcancé toda la perversidad de la frase, yo sentí el dolor de la injuria en lo más hondo de la conciencia. ¡Con qué santa indignación me erguí entonces y arrojé á la cara del mal caballero cuantos ultrajes merecía! ¡Cómo le puse delante de los ojos su culpa, el abandono de Isabel, aquella historia cuyo final estaba allí escrito con sangre, con su propia sangre, con la sangre inocente de su hijo! ¡Y aun venía con trazas de juez el reo de semejante crimen! ¿No le temía al castigo de Dios, implacable para estos delitos que escapan á la ley de los hombres?... La indignación y la inocencia se mostraron en mí terribles y elocuentes: fué mi discurso tan rápido, certero y vigoroso, que brilló como un rayo de fuerte luz sobre el drama sombrío. En mi vida creo que hablaré como en aquella inolvidable hora; con-

vertí mi defensa en una formidable acusación, que tenía la fuerza avasalladora de la verdad.

—Calle usted—suplicaba Iturbe confuso, avergonzado, presa de viva agitación—, calle usted que la van á oir... ¡Hable usted mas bajo, por favor!

Los espectadores de la extraordinaria escena se mantenían retirados y medrosos, no comprendiendo bién nuestra actitud, quietos y juntos, con la emoción invencible del trance.

Ya las líneas del horizonte se iban desvaneciendo bajo el manto oscuro del anochecer; subía la mar, bajaba, más brillante, la luna, y crecían los relieves siniestros de la tragedia.

Iturbe me devolvió, silencioso, el retrato que yo guardé en seguida, y se aproximó á los asustados vecinos, muy amable. Noté que hablaba con mesura de mi comprometida situación y de los deberes enojosos que él necesitaba cumplir.

—Es menester que detenga á la testigo, preventivamente; estas cosas son muy delicadas y mi responsabilidad exige...

—Sí, sí, *los superiores* están obligados á tener mal genio—interrumpía muy hueca la voz de don Juan.

—Es que se le acaba á uno la paciencia cuando lucha con caracteres obstinados... Al llegar ustedes me cansaba ya de suplicar á la señorita que declarase lo ocurrido.

—Que se someta á la *Superioridad*—insistía el loco, pronunciando la eminente palabra con barruntos de letra mayúscula, según era su costumbre escribirla. Ibase tranquilizando á medida que se amansaba el

juez, y éste, que no conocía al buen señor, le hablaba con preferencia, distinguiéndole por el traje y el porte.

—Será preciso que nos marchemos ya—le decía—; vendrá usted con nosotros porque yo le confiero atribuciones para detener á la señorita.

—Sí, claro, atribuciones; es indudable.

—Pura fórmula, puesto que ha de quedar libre, bajo fianza, mientras se prueba...

—Naturalmente, hay que probarlo.

—Que fué un accidente casual... cosa que yo doy por hecho, aunque mi deber...

—¡El deber, sí, señor!

Me parece que Iturbe escribía alguna cosa en su cartera desdoblada, y se me figura que hubiera renunciado con el menor pretexto á llevarme consigo.

Su expresión era vacilante, sus palabras embarazosas.

—Si alguien quiere, aquí mismo, salir fiador de la joven—se atrevió á insinuar, apagando el acento.

Pero Valdés, á quien estas frases iban dirigidas, no las tomó en cuenta, y, ya en posesión de sus aptitudes oratorias, disertaba sobre el *litoral cántabro*, uno de sus tópicos usuales.

Es posible que Iturbe fuera comprendiendo que se las había con un loco. Ya no puse atención ninguna en el murmullo de aquellas voces, y mi alma, desprendida de todo humano interés, volvió á velar atenta junto al amigo infeliz. Iba á dejarle y aún su espíritu estaba ligado al cuerpo yacente, aun pudiera oirme y repetir en muda caricia. ¡Te quiero!

Estuve absorta en la contemplación del rostro helado, más sereno á cada instante, más fino y puro, como labrado en místico marfil. La señal que en la frente rubia tuvo un color de rosa, era entonces de una blancura intensa; los ojos, abiertos, recogían estáticos la fugitiva luz... ¡Yo hubiera querido también morir, dormir ó soñar con el dulce compañero de mi niñez!

Las tenaces ansias de lo inexplorado me atraían á los pálidos reinos de la muerte, esclavizándome en sus fronteras, ávida y triste como nunca. Alcé la vista al cielo donde germinaban luminosas entrañas de mundos, y sentí el escalofrío de los espacios insondables, el sordo rumor de la eternidad, manando como una fuente desde todos los misterios. ¡Quizá en aquel minuto el alma de Agustín cundía en el rebalaje infinito de las vidas, residenciadas para siempre! ¡Con qué inmenso afán pedí entonces á Dios misericordia para aquella que, en un momento de locura, rompió sus lazos corporales!

Volví á tierra los ojos con ansiosa incertidumbre. Un triste murmullo se adunaba con las voces del mar: eran el niño y el perro lamentándose junto á mí; una dorada abeja volaba zumbando sobre nosotros. Más allá se aparecían el juez y sus acompañantes.

De pronto se produjo en ellos cierta confusión. Habían visto avanzar por la playa un grupo de gente, prevenida, sin duda, por una mujer que fué al pueblo en lugar de *Charol*, y alguien apuntaba la idea de que entre los curiosos pudiese llegar Isabel.

Advertí de nuevo la alteración recelosa de Iturbe. Miraba á todas partes como buscando donde esconderse, con visibles tentaciones de echar á correr, vulnerados de una manera lastimosa sus pujos de autoridad, convertido en agobio su aire amenazador.

—Vámonos; es muy tarde—balbucía impaciente—. Hágase cargo de la joven, señor de...

—Valdés, comandante del puerto—se apresuró á decir don Juan. Y acercóse á ofrecerme el brazo con mucha galantería.

El riesgo de que Isabel llegara causábame una pesadumbre tan angustiosa que, sin vacilar, dejé suavemente caer la cabeza de Agustín en el sable amasado con el calor de mi cuerpo. De rodillas, antes de levantarme, quise besar por última vez la noble frente del amigo. Y apliqué mi ardiente boca sobre aquella nieve dura, con una suprema efusión de todo mi sér.

A *Charol*, huraño y gimiente, le encarecí en voz queda:

—Avisa en el palacio lo que ocurre.—Y á Jesús, el marinero, que se acercaba muy conmovido, le supliqué, señalando al cadáver: —No le abandones.

—La marea nos va á cerrar el paso—apremiaba el juez con desaforada prisa, pugnando por escapar de aquella violenta situación.

¿Cómo pude resistir tantas y tan brutales emociones? Al levantarme sentí un cansancio tan agudo que allí me dejara caer de nuevo á no escuchar estas palabras angustiosas:

—¡Ya viene la madre, ya viene!

Miré llena de terror mi ensangrentado vestido y me dejé conducir entre Valdés é Iturbe, el cual no sé si buscaba en mi compañía justificación para su fuga, ó alivio para su espanto al través de la solitaria ribera. Le vi cerrar los ojos estremecido y vacilante al pasar junto á su hijo y llegué á sentirme contagiada del mudo pavor de aquel hombre.

Seguíanle las injurias de *Charol*, desatadas otra vez, y los ladridos del perro, furiosos, como los insultos del niño.

—¡Ladrón!: ¡lo que te llevas es robao!... ¡A la cárcel tú, so vaina!... ¡Pintamonas!... ¡Tío lila!... ¡Tengo de comerte las asaduras!...

Iturbe callaba sin volver la cabeza, y yo, apartándome de él cuanto podía, me apoyaba en el brazo de don Juan, envueltos ya en la noche bajo el pálido creciente de la luna. Como también nos acosaba la ronca voz del oleaje, pronto dejamos de oir los gritos del rapaz, coreados por *Bolina*.

Crecía la marea, desencadenada y potente. Las olas de cada maretazo al tenderse en la playa, tejían á nuestros pies encajes de espuma, que al cabo de pocos minutos habían de convertirse en hervores de agua, y nuestro paso veloz, silencioso, entre el mar y la roca, al arrimo oscuro del cantil, daba una siniestra impresión.

Iba don Juan penetrándose de la sorda angustia que nos aguijaba; hería los aires con suspiros muy hondos y movía la cabeza preocupado, como diciendo: —¡En buena me he metido!—Yo me aferraba á su brazo lo mismo que á un escudo, considerando pro-

videncial y salvadora la compañía del pobre loco; el juez, al otro lado mío, jadeaba sin levantar la frente.

De súbito, una voz entrañadísima y tremenda levantó los rumores de las olas, y, traspasándonos la carne y el corazón, llevó su desesperado treno á las mudas lontananzas, de tal modo, que parecían conmoverse los soportes de la humanidad: era Isabel, que á orillas del mar y de la muerte clamaba desgarradora:

—¡Hijo mío, hijo mío!

XXIII

AMANECIENDO...

¡Qué dulce sueño!... Soñé que había soñado la tragedia de Agustín y que, al despertar, le veía saludable y alegre, levantado á la categoría de novio mío. Decíame unas cosas bellas y profundas como las que me revelaron el Amor en las cartas á *Carmen*, y no me las decía precisamente con los labios, sino con los ojos y la sonrisa, en un romance sin palabras, lleno de intraductibles sutilezas y de inefables ternuras. Leíalo yo de corrido, muy versada en la ciencia del corazón, que no necesita voces materiales y se aprende entre enamorados á la luz de las pupilas. Y parecíame natural que mi futuro esposo vistiera siempre de marinero, partido el *jersey* azul por la blancura de un jabeque, al aire la hermosa cabeza, libertado el cuerpo de las trabas absurdas con que la moda esclaviza á los señores. Nadie preguntaba á mi lado por la condición social del novio, y gozaba nuestra ingenua pa-

sión de su primer deleite, en una gran vendimia de ilusiones: ¡íbamos á ser tan felices!... Para fincar los nobles propósitos en la tierra, con esperanzas de elevarlos hasta el cielo, leíamos una y otra vez el mote, sabio y grave, de mi escudo: *¡Velar se debe á la vida de tal suerte, que viva quede en la muerte!...*

¡Pero estaba soñando!... Un amor de tan exquisito linaje, alto, puro, claro y firme, sólo en sueños se realiza.

Despierta, la emblasonada estrofa del palacio, me dice, al través de mi duelo, que es preciso velar á la vida con sacrificios y dolores para verla florecer más allá del sepulcro.

¡Si me oyera doña Matilde!... Ella asegura que la felicidad se hace, no se halla. Quiere ayudarme á labrar la mía, y se empeña en que luzca para mí en toda nube un rayo de sol.

Mas advierto que en los bellos ojos de la señora nace á cada mirada la tristeza por debajo de la dulzura; ¡y no me convence el optimismo de unos labios donde la voz suena á lágrimas!

Sin embargo, es menester que yo vierta un poco de suavidad en la presente amargura; que levante mi vida apoyándola en el grande amor que me ha sido devuelto por inovidable prodigio.

Amaneciendo estuvo para mí, entre nieblas, este amor singular, y de pronto, cuando la cerrazón en mi alma era tan dura que parecía lóbrega noche, esplendió el nublado sentimiento en un haz de vivísima luz.

Fué allá abajo, en plena tragedia; nunca olvidaré

cómo se me llenó de claridad el tenebroso abismo... La evocación de aquella hora me conmueve con afanes de gratitud y de esperanza...

Corría yo como una loca, hostigada por el espantoso grito de Isabel, más ligera que mis compañeros, sin apoyo ni respiro, como si fuese una amenaza para mí, una nueva acusación, el grito de la madre.

Cuando estuve segura de que el mar había sorbido aquellas desgarradores voces, todo me pareció indiferente; rendida, estoica, impávida, tuvieron que ayudarme á subir el áspero camino del Miradorio, y ya en la carretera me dejé acomodar en el coche que nos estaba esperando, y viajé con la memoria distraída en oscuros pensamientos.

Trémulas y largas las sombras de los árboles, dejaron clavarse en el camino los dardos de la luna; antes de llegar al suelo, algunos resbalaban sobre la mancha roja que humedecía mi regazo, y aquella luz de plata encima de la sangre me daba mucho frío.

Nos adentrábamos en la costa; ya el resuello del mar sonaba confuso, como fatigado estertor de una inmensa agonía. De pronto aquel apagado quejido se desataba en clamores desde las aberturas del valle; lamentos y espumas imaginaba yo que se decían fúnebres «escuchos» en los playazos y la roqueda, y el hálito salobre de aquel misterio me hacía tiritar, febril y supersticiosa.

Nadie hablaba. Quiso Valdés colocarnos algunas variaciones sobre sus temas favoritos; pero la hostilidad del silencio dejóle mudo y suspirante, no muy dueño de su escasa razón en aquella extraña aventura.

Ya muy cerca de Torremar nos cruzamos con un automóvil, raudo y encendido, que en un instante se perdió de vista en la carretera.

—¡Ahí va don Alvaro!—clamó el loco muy alegre, y se puso á charlar de nuevo, deplorando que el esposo de *doña Victoria* no rescatase allí mismo á la pobre *Infantina*.

Pero Iturbe, que sin duda había ya advertido la demencia de Valdés, callaba á todo, presa de huraño abatimiento. Sentado enfrente de mí, procuraba no mirarme, fijos los ojos con obstinación en el camino.

Yo me sentí más animosa desde que pasó tan cerca don Germán:—Llegará á casa—decíame—, y al saber lo ocurrido, vendrá en seguida á buscarme.—Mas luego aduje: —¿Y si no viene? ¿Si desconfía de mí; si me culpa ó me desprecia?... ¡Bien lo merezco! No me conoce, porque viví siempre recatándole mis sentimientos más generosos...

Pensando de esta suerte, miraba alrededor con penosa incertidumbre. Vi que habíamos dejado atrás, en una altura, la finca del *Robledo*, donde viven unos parientes de Velasquín, y se amasaba en el paisaje la sombra espesa del arbolado. Yo hubiera querido huir hacia aquel bosque alto y sereno, impregado de luna, y perderme en su corazón, convertida en algo insignificante: una hoja, un soplo de brisa ó de perfume.

Recordé entonces la historia triste que se contaba de aquellos lugares. Parece que hubo allí hace tiempo una dama sin ventura á quien apellidaron *La Bella Durmiente*, por lo escondida y sola que vivió en el

bosque, martirizada por un sabio que no sabía eso que llama doña Matilde «Ciencia de la Felicidad».

Cuentan que la madre de Adolfo conoce mucho de este drama, y hasta dicen que de él se ha escrito una novela...

—De modo que ese bosque—pensaba yo—sabe también de humanas pesadumbres... ¡Quizá no hay en el mundo tierra, planta ni flor que no se hayan nutrido con el llanto de las criaturas!

Entramos en el barrio de San Martín, y don Félix mandó al cochero que guiase hacia el Juzgado por calles retiradas. Luego de dar no pocos tumbos sobre las piedras y revolver muchas esquinas, detúvose el coche por detrás de la Plaza Mayor, en una puerta de la Casa Consistorial.

Bajé aturdida y halléme en un patio adusto, alumbrado apenas. Iturbe, más perplejo que yo, me invitó á subir, no sé á dónde.

—Descansará—me dijo muy azorado—mientras vienen á recogerla, y si tardan puede valerse de amigos que tenga aquí, para que me respondan de usted.

En efecto, mi familia tiene allí buenas relaciones; pero la idea de pedir á los extraños un favor de tal especie, volvió á encender mi enojo y mi vergüenza.

—¿No me traía usted á la cárcel, acusada de un crimen?—pregunté con brío.

—No tanto como acusada—pronunció sordamente; —usted conoce lo ocurrido allá abajo, y era mi deber detenerla hasta que prestase declaración... Si quiere usted hacerlo ahora mismo, la dejo libre.

—¿Libre aquí sola, después de este escándalo?

—Con el señor...

—Valdés, Comandante del Puerto—volvió á decir don Juan con mucho empaque de letras mayúsculas.

Tuve asco de la medrosa impaciencia que por soltarme demostraba el juez; me crecí ante su cobardía, y con acerba obstinación proferí:

—¡No declaro!: métame usted en la cárcel.

—¿Quiere usted comprometerme?

—Usted me compromete á mí con grave daño, y no tengo culpa.

—Ni yo tampoco.

—¿De veras?

—¡Vuelve usted á desafiarme!—masculló temblando. Y cuanto más temblaba, sentíame yo más decidida á dormir aquella noche en un calabozo con grillos y cadenas, si fuese menester.

—Vamos, *Infantina*—suplicaba don Juan, galante y melifluo—; que nos aguardan, hermosa; despídete de la *Superioridad*.—Y miraba inquieto al coche, aun detenido en la puerta, á la cual se asomaban con fisga algunos curiosos.

Mandó Iturbe al portero que cerrara, y llegóse á decirme con sigilo:

—¿Se quiere usted marchar?... La dejo libre, sin condición ninguna... El coche espera.

—Entonces ¿á qué conduce este bárbaro viaje?—repuse, cada vez más indignada contra la miserable debilidad de aquel hombre—¡No me voy; cumpla usted lo que llama su deber, ya que para eso me trajo aquí!

—¿Es su última palabra?

—La última.

—¿Y si usted se arrepiente?—indujo, amenazante.

—¡Eso se queda para usted!—respondí con más orgullo que tranquilidad.

—¡Portero!—ordenó furioso—; encierra á esta señora en la Prevención.

Acercóseme un hombruco nada temible, y me dijo con mesura:

—Venga por aquí.

—Había descolgado de la pared un ruin farolillo, y le iba encendiendo por una encrucijada tenebrosa del patio.

Volví la cabeza para despedirme de don Juan, que estaba á punto de desmayarse, palidísimo, con los ojos desencajados puéstos en el juez.

Imaginaba yo con ciega terquedad, hostigada y embravecida por tan crueles agitaciones, que mi actitud no podía ser más gallarda y heroica. Pisé los umbrales de la prisión orgullosamente, serena la conciencia, altivo el porte... y sentí un desfallecimiento horrible cuando, desde la sombra, me dió en el rostro una vaharada húmeda y fría. No alcancé á medir las proporciones del recinto, aunque me pareció largo y estrecho, en forma trágica de túnel. Avancé á oscuras, buscando medrosa algún apoyo, sobre un tillo crujiente, y al oir que cerraban la puerta, se me acabaron todos los bríos.

Sola y en tinieblas, estuve inmóvil hasta que percibí la débil claridad de una ventanuca. A ella me acerqué, la abrí fácilmente, y al través de la reja enmohecida entró un rayo de luna á visitarme.

Una emoción inmensa me hizo juntar las manos, como si la flecha de aquella luz llevase todo mi desconsuelo hacia la fuente de una plegaria. Creíme abandonada en el mundo, sin padres, sin amigos, sin fuerza alguna contra la adversidad; recé y lloré, apagando mis sollozos por un resto de indignación y de altivez.

No sé cuánto tiempo estuve así; quizá solamente unos minutos. Dudaba ya, en tan extraña situación, si todo aquello era verdad ó pesadilla, cuando sentí unos pasos firmes en el patio, un violento latido en el corazón, el áspero crujir de la cerradura. Abrióse la puerta, brilló de nuevo el ruin faroluco, y un hombre se adelantó hacia mí.

Quedé al punto en sus brazos estrechamente cobijada; con un calor y una ternura que arrancaron de mi henchido sentimiento, como sazonado fruto, la dulcísima confesión:

—¡Padre!

—¡Hija de mi alma!

Y salí de aquel antro sin que nadie lo impidiera, apoyada en don Germán.

Me envolvió en su abrigo antes de subirme al automóvil que nos esperaba resplandeciente, acogió mi cabeza en su pecho con exquisita bondad, y me preguntó, sin apresurarse, estrechando mis manos entre las suyas, cómo había muerto Agustín.

La impresión dulcísima de aquel instante, soñado muchas veces, temido con supersticiosa resistencia, no me dejaba responder. Sólo tuve alientos para levantar mis ojos hacia los que derretían con su acen-

drada lumbre las entrañas de mi corazón. Largo rato, pupilas con pupilas, dejamos que bebieran una en otra las dos almas, con insaciable sed, y al fin la mía se me volcó en los labios deshecha en confesiones, sin hurtar ni un solo pliegue á la revelación. Hablé con ardiente confianza en íntimo lenguaje filial, como si aquel hombre tuviera los derechos más sagrados sobre mí. Al saber con todos sus pormenores y reconditeces la tragedia y conocer la herida que dejaba en mi espíritu, me estrechó mucho más en los recios brazos, diciéndome, con aquella su voz amorosa y reposada:

—Ya nos hemos encontrado para siempre, ¿verdad?

—¡Para siempre!—aseguré.

—¿Confías en mí?

—Mas que en nadie del mundo.

—Bueno, pues oye, hija mía; este secreto doloroso se queda entre los dos. Tú dices, como antes en la playa, que Agustín resbaló en la roca al asomarse cuando paseaba contigo allá arriba, y nada más. Yo me encargo de que el juez pida con urgencia su traslado «por motivos de salud»; de que lo consiga y no vuelva nunca al país.

—¿Y la pobre Isabel?—suspiré con ansia, como si don Germán fuera poderoso hasta contra el dolor de la madre.

—La ayudaremos—dijo—todo lo posible á llevar la cruz, y Dios hará lo demás.

—¡Se va á morir de pena!

—Las penas no matan, y en su negrura amanece el sol para los que tienen fe.

—¡Pero un dolor tan profundo como éste!

—Así era el mío, y ya amaneces tú para mí.

—¡Después de hacerte sufrir y esperar!—murmuré transida por los remordimientos—Perdóname, padre, ¡padre!—gemí, hambrienta del santo nombre que la duda había sellado en mi corazón y que al fin se envolvía en mis labios con las palabras más dulces y compensadoras.

—Tardabas porque mi hora no había llegado. No te aflijas; para la felicidad nunca es tarde.

Yo quise adormecer la memoria bajo el sentimiento generoso que fluía en mis venas como un torrente; pero se me escapaban las ilusiones murmurando:

—¡La felicidad...!

Y mi padre, atajando aquella fuga de mis ensueños, dijo:

—Crees que amabas á Agustín porque le perdiste. Acaso te equivocas: la compasión y la gratitud se confunden á menudo con el amor.

—Ahora me parece imposible equivocarme—pensé en voz alta—. Es como si en el corazón se me hubiera roto un secreto.

—Pues amor ó lástima, déjalo allí hecho pedazos, para que fecundice la tierra de tus sentimientos. No lo descubras: conviene tener en el fondo del espíritu un sagrario para las cosas inefables. Por debajo de ellas hay que tejer la vida con mucha serenidad y mucho valor. No lo olvides, Soles; yo te ayudaré con todas mis fuerzas á edificar la tuya.

Llegábamos á Traspeña, y cuando lo advertí ya columbré el palacio vigoroso en la cumbre del camino.

Su vista sacudió de un golpe todos mis recuerdos y me indujo á preguntar, con íntimo propósito:

—¿Ayudaremos también á mi madre?

—También; entre los dos...

Nos aguardaba doña Matilde inquietísima. Me abrazó entre un diluvio de preguntas, diciéndonos que había logrado ocultar á mamá parte de lo ocurrido. Estaba en su aposento con don Luis y me suponía al lado de Isabel.

Antes de pasar á verla debía yo mudarme el vestido. Corrí á mi gabinete, que tenía los balcones de par en par, y sin encender luz me acerqué á uno de ellos, seducida por la belleza de la noche.

¡Qué piedad y qué dolor tuve! El *Milagroso* filaba las olas con las velas tendidas, pálido y ligero como un fantasma, envuelto en el manso luar.

Todo el paisaje adolecía de una blancura triste; nieblas y horizontes recordaban los pliegues fríos de un sudario. Se henchía la pleamar bajo las nubes albas y rútilas, como torvas de nieve, y estaba la ribera poblada de sollozos...

Me esperaba mi madre con inquietud, interesándose mucho por Isabel, á la cual quería subir al palacio aquella misma noche. Se fué don Germán á verla, encargando que me acostara pronto, y el médico, después de observarme con atención, me tomó el pulso y dijo:

—A la cama, niña; tienes fiebre.

Me empujaron las señoras á obedecer en seguida,

y cuando ya salía yo del gabinete me detuvo mamá:

—¿No sabes? También se ha muerto el pobre *Amor*.

—¿Sí?... ¿Cuándo?

—Al anocheçer.

—¡Pobre *Amor!*—repetí, ensanchando mi lástima á todos los amores humildes y leales del mundo. Y anduve hasta mi aposento, apoyada en el brazo de doña Matilde, temblando de frío y de tristeza.

Mientras me desnudaba contó mi amiga sus zozobras desde que por *Charol* supo los terrible sucesos de aquella tarde.

Subió el chiquillo en tanto que Guadalupe me buscaba por los contornos de la finca, extrañando mi ausencia. Y allí fueron los apuros de la buena señora, impaciente por correr en mi ayuda y obligada á ocultar á mi madre, siquiera lo que me concernía, con riesgo personal. Cuando llegó al palacio el doctor, enterado en el cementerio de lo que sucedía, llegaba también don Germán, que inmediatamente volvió á salir.

—Para traerte en un vuelo—añadió con maravilla doña Matilde, deseosa de conocer el proceso de aquellas oscuras novedades.

Las fuí relatando, entre el sopor de la calentura, hasta que mi oyente me invitó á callar.

—Te hace falta dormir—dijo sobresaltada—. Cuando estés buena, si quieres, me contarás lo qué ahora se te escapa del corazón sin querer.

Supuse que había confiado mi secreto, y miré á doña Matilde con ansiedad.

—No te alarmes—pronunció cariñosa—, no te preocupes, hija mía; duerme, duerme...

Había en su rostro una pacífica dulzura llena de comprensiones, quieta y honda como un remanso de bondad. Y me acogí á tan benigna influencia lo mismo que á un puerto de refugio, ansiosa de reposo después de los tremendos temporales.

Dormí cansada hasta que me despertó el hervoroso tumulto de mis sueños. Abrí los ojos y escuché unas voces cautelosas á mi alrededor.

El médico explicaba que la caída de Agustín desde la roca pudo obedecer á un vahído, á un arrebato de repentina locura, á un derrame cerebral, originados fácilmente por la herida que sufrió el mozo en el bergantín.

—¿Y de eso ha muerto?—preguntaba mi madre.

—Aun no lo sé, porque el golpe que hoy recibió me parece mortal.

Dime vuelta, impaciente, y las cuatro personas que allí había se apresuraron á preguntarme cómo estaba.

Me pulsó don Luis otra vez, y luego de hacerle á doña Matilde algunas recomendaciones sobre mi asistencia, consintió en retirarse á instancias de los demás, que se lo rogaron mucho. Puso por condición que también mi madre se recogiera; la encontraba nerviosa y era menester que descansara.

Ella decía con sigilo:

—Tengo miedo por Soles... ¡Todo el mundo se muere!

—Sí, todo el mundo—sonrió don Germán—; pero la niña no se muere ahora.

—¿No?... ¿Lo sabes tú?

—Lo sé.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El corazón.

Mamá se quedó muy convencida por las revelaciones cordiales de su esposo, y acercóse á darme un beso. Había en sus labios cierto suave temblor que dejó en los míos una caricia nueva, llena de amorosa gracia.

Volví á dormirme, con un sabor dulce en la boca, y al despertar, mucho más tarde, otro beso largo y profundo se me posó en la frente, mientras un acento varonil tremaba, contenido y gozoso:

—¡Hija mía!

—¡Padre!

A los pies de la cama doña Matilde se arrodilló á rezar. Entendí que decía entre ardientes palabras fervorosas:

—¡Gracias, Dios mío!

Ya en los balcones amanecía la luz del sol.

XXIV

TRISTES RELIQUIAS

Hace días que me levanto, curada de la fiebre que padecí. Bajo al parque y á los jardines, recobro fuerzas y alientos, y procuro edificar la vida como dice mi padre que lo debo hacer.

Sólo por lo mucho que él me ayuda camino un poco, detrás de esa ilusión; ¡qué trabajo me cuesta!

Siempre — imagino —, aunque la felicidad me brinde sus dones, por encima de todos los beneficios de la suerte pesará en mi regazo, enamorada y suplicante, la moribunda cabeza de Agustín.

Sufro la obsesión de ese trágico peso y necesito apoyarme en un brazo muy fuerte para andar. Dios me le depara, y no intento dar un paso sin que el bendito apoyo se me ofrezca.

Como á criatura que suelta los andadores, acude mi padre á sostenerme en toda vacilación; me aconseja: me estimula, me sonríe, y viéndonos unidos

mamá se acercà á nosotros, atraída por el influjo de este noble amor lleno de paz. El marido procura hacerla un sitio á nuestro lado en cada plática, y la asocia á los proyectos que él tiene de una vida intensa y feliz.

—Ahora—la dice—vamos á ser muy buenos y muy grandes.—Y se me figura que á ella le pasan por la mirada pensamientos generosos; que observa las almas con más lucidez, y pone algo de la suya, infantil, en las cosas que antes olvidaba con indiferencia egoísta. Una prueba de su penetración la tuve cuando el otro día me fué á decir:

—Desde que has convalecido no vemos á doña Matilde más que á las horas de comer. Se pasa el tiempo trabajando con mucha prisa, y parece que huye de nosotros.

—Es verdad—repuse. Y corrí á buscarla, sintiendo no haber reparado que después de cuidarme con esmerada solicitud, sufría nuestra amiga un eclipse dentro del trato familiar.

Halléla en el invernadero muy ocupada en sustituir los cristales por encañados, junto á un plantel de camelias.

La llevé por caminos llenos de flores, y la dije cuánto echábamos de menos su compañía.

—Ya no os hago falta—respondió amable.

—¿Cómo que no?

—Ahora seréis dichosos.

—Aunque así fuera—aduje, muy dolida el alma—¿no había usted de gozar con nuestra dicha?

—¿Mirándola?—interrogó con desaliento.

—No: compartiéndola.

—Sólo se comparte lo que se posee.

—¿Y no es de usted cuanto poseemos?

—Las cosas materiales, si quieres, lo serán.

—Y los goces del espíritu.

—¡No consiste en vosotros el dármelos!

—Si usted no los quiere recibir...

—Porque no puedo hacerlos míos... Soy tan mezquina—balbució inmutada—que no me conformo con el calor del goce ajeno.

—Y se apropia usted las penas de los demás...

—¡Ay, eso no es virtud! Dondequiera que hallo al dolor le reconozco; le siento y le saludo como á un viejo amigo... ¡La felicidad es una extraña para mí!

—¿No dice usted que se hace?

—¡Cuando se puede!—murmuró con desconsuelo.

—¡Vaya!... Usted en mi convalecencia me estuvo engañando.

—¡Eso no! Te dije la verdad.

—Yo no lo creí.

—¿Por qué?

—Usted hablaba de alegrías con una voz muy triste.

—No importa; hablé de veras, con todo mi corazón. Queriéndote yo tanto, hija mía, te voy á perjudicar, porque te dejas influir por mis dolores y no por mis palabras. No hagas caso de lo que siento y atiende á lo que te digo: la felicidad es una ciencia que se aprende, se cultiva y se goza; pero tiene muchas dificultades, muchas prohibiciones... y pocos elegidos... Yo no pude remontarla, ni siquiera ini-

ciarme en sus caminos más abiertos; ¡soy una verdadera infeliz!... Pero tú naciste con mejor estrella y mi última ilusión es conocerte dichosa.

—¿Ve usted cómo le basta el goce extraño? Yo la he visto dar gracias á Dios por la dicha nuestra—recordé enternecida.

La señora hizo un parvo gesto de pesadumbre al decir:

—No me estorba el bien que otro disfruta; en mí no llega á tanto la miseria humana. Si el bien es de persona que estimo, le deseo, le imploro de la divina misericordia y doy gracias por él... Mas no me atribuyas virtudes que no tengo, Soles; yo ignoro lo que es la absoluta conformidad, la cristiana y sublime resignación. La persigo y trabajo por lograrla, como único refugio de mi vida... A veces creo haberla merecido, y de pronto caigo en absurdas rebeliones, sacudida por una loca ráfaga de anhelos, pidiéndole á Dios algo para mí, para mí sola, ¡un hallazgo, un disfrute, una compensación.

—Lo conseguirá usted—murmuré estremecida.

—¡No!—repuso con violenta amargura. Y bajo la ceniza de sus pálidos cabellos quiso apagar el brillo de los ojos, ardientes, entonces, como penacho de un volcán.

Yo asistía llena de inquietud al estallido de las misteriosas lumbres que guarda mi amiga en su corazón. Nadie hubiera podido adivinarlas en las serenas pupilas vueltas hacia mí un instante después. Resplandecieron con lágrimas suaves mientras la señora dijo, ya dominado el treno pesaroso de la voz.

—Como no hallo en mis semejantes un sentimiento que responda á estas codicias, me afano vínculos entre las plantas y las flores.

—¡Válgame Dios!—compadecí—. ¡Piensa usted cosas tan sombrías cuando la quiere todo el mundo, y mucho más en esta casa!

—Sí; me queréis; pero al cabo soy entre vosotros una intrusa... como dondequiera que estuve.

—¡Oh, no hable usted así! Nos ofende.

Me acarició muy conmovida, musitando:

—Tu madre, por suerte, mejora de salud y tú eres ya una mujer. No me necesitáis... Quiero hacer penitencia de mis ambiciones entre una choza y un jardín.

—¡La necesitamos siempre, cada vez más!—prorrumpí esforzándome por contener el llanto.

—Te engañan el cariño y el deseo... y me duele mortificarte con esta conversación; pero es menester que os diga mis propósitos. Guardo algunos ahorrillos y he pensado comprar cerca de ti un huerto y una casuca... Ya ves á lo que debe conformarse mi ansiosa rebeldía... ¡un pedazo de tierra y un pedazo de pan!

Hablaba doña Matilde refrenando con valentía su acento que temblaba otra vez.

—Yo la doy mis jardines y mi casa—prometí llorosa—. Se lo doy para toda la vida ¡quédese conmigo!

—Tú, con tus padres, frente á la ventura—dijo exaltada.

—¿Y usted?...

—Cultivaré unas rosas á la lumbre del sol.

Tremaron heridas las últimas frases, y nos detuvimos sin poder hablar.

De súbito clamé, con angustioso despecho:

—¿Luego usted me deja porque me cree feliz?

Doña Matilde clavó en los míos su profundos ojos.

—Ahora no—dijo—, pero estás en buen camino de serlo. Y, entretanto, aquí me tienes para ayudarte á serenar ese pobrecillo corazón.

—¿Sabía usted?...

—Sí, niña; tu mirada luminosa es para mí como un espejo de lo que sientes y sufres... Además, con la fiebre deliraste...

—¿De modo que?...

—Sosiégate; nadie más que tu padre y yo sabemos lo que decías.

—¡Ah, mi padre, sí; ya tengo padre!—memoré, despertando á la esperanza con un suspiro.

—Le tenías hace tiempo; sólo era necesario que le reconocieras.

—Y le reconocí... ¿Verdad que es milagroso lo que nos sucede?

—Es providencial—respondió la señora, convencida.

Yo añadí, con inquietud:

—Me asustan los misterios del destino.

—Sin la luz de la fe, todas las cosas dejan detrás de sí una medrosa oscuridad...

—¡Cuánta sombra alrededor nuestro, en los dolores y en las alegrías!

—Sí, ¿ves qué oscuras son las tragedias?

—¡Mucho! Y aun es preciso echarles encima la penumbra del misterio.

—Pues de otras sé más negras y escondidas que la tuya... más invisibles y silenciosas... que ni siquiera tienen el consuelo de poder confiarse á un pecho amigo... Vidas hay condenadas á morir de sed junto á la fuente y arrecirse junto al calor de los grandes amores... á recoger las cenizas en los rescoldos del hogar ajeno... Tú, en cambio, naciste para ser feliz, para ser amada y comprendida; tu noche es breve con anuncios de claro amanecer. ¡Hay otras en las cuales no amanece nunca!

Enmudecimos bajo el silencio lleno de aromas, rozando un bancal de claveles. Al cabo de un instante doña Matilde repitió con acerbo susurro:

—¡Nunca en la vida!...

Cuando referí á mi padre la triste conversación, quedóse tácito y pensativo un buen rato y después con sonrisa algo violenta repuso:

—Hay que dejar á doña Matilde libre su camino... El corazón tiene sus razones que la razón no comprende: seamos respetuosos con el de nuestra amiga aunque nos lastime.

No estaba serena la voz que así me respondía, y su incertidumbre parecióme tan reservada y honda que no me atreví á sondear el misterio de aquella turbación.

Segura de que en mi madre hallaría mejor aliada para combatir los proyectos de doña Matilde, hablé con ella del asunto y obtuve un gran apoyo de ruegos cerca de la desertora.

Son inútiles. Dice la dama que su rumbo la empuja lejos de nosotros. No tanto, añade, que no pueda vernos y servirnos en ocasiones propicia. Vivirá muy humildemente en la costa, cultivando flores y plegarias, y promete guardar para mí la semilla de muchos pensamientos.

Debo resignarme á que se cumpla la voluntad de Dios, y en la sombra de mis tristezas me parece que oigo girar la «rosa» de un imaginario bajel...

Al menos doña Matilde concede una tregua, quizá larga, para dejarnos. Quiere esperar á que yo sea feliz.

Y yo veo lejano el reposo de mi espíritu, el instante de vencer las atentadas amarguras que me atosigan.

Sólo en el regazo familiar encuentro algún alivio, aquí entre los semblantes que me recibieron rescatada. El anuncio de que llegan visitas me aturde, con impresiones de tal zozobra que no las puedo recibir sin que la fiebre se me inicie de nuevo.

Se me figura que viene el señorío de Traspeña poco menos que á tomarme declaración sobre la muerte de Agustín. Me azoro y tiemblo al menor atisbo de curiosidad, y hasta que no me tranquilice en absoluto me está prohibido asistir al desfile de amigos impertinentes que padecemos.

Con pretexto de interesarse por mi salud, lo más ilustre del vecindario viene á sorprender entre nosotros las noticias del reciente drama, y ya alguna indiscreción puso á mamá en antecedentes de mi odisea. No hubo más remedio que darla explicaciones, por-

que las pedía con medrosa inquietud. Y fué preciso despertar el enojoso recuerdo que yo trato de adormecer en la memoria.

Entonces supe que Adolfo Velasco había contribuído eficazmente á libertame aquella noche horrible.

Llegó con él mi padre á Torremar, invitado desde Santander, y se detuvo en su compañía más de lo que pensaba, muy entretenido y obsequiado, bien ajeno á la noticia que le esperaba en Traspeña.

Cuando desde aquí tornó á la ciudad, lleno de ansiedades, fuése derecho á pedirle á Velasco su mediación con el juez para conseguir mi libertad, temiendo no lograrla directamente. Adolfo la obtuvo en seguida.

Mi padre, al contarlo, pone mucho interés en elogiar la indignación de su amigo ante los violentos procederes de Iturbe; después ensalza la finura de Adolfo retirándose del Juzgado antes de yo salir, para no cohibirme con su presencia, y pondera las atenciones que tuvo durante mi enfermedad.

Yo escucho estas alabanzas con cierto melancólico placer, porque me gusta hacer las paces con Velasquín y ser buena amiga suya. Su recuerdo me causa una beneficiosa impresión de fortaleza, me estimula á vivir y á luchar de tal modo, que me va pareciendo necesario nutrir este impulso bienhechor en la propia fuente donde surte.

Como si mi padre lo adivinara me dice:

—Creo que debemos traer á Velasco á almorzar con nosotros un día de estos, significándole nuestra gratitud. Y haremos que suban don José y don Luis para celebrar un poco tu restablecimiento; ¿quieres?

Me da un salto muy fuerte el corazón. ¡Celebrar mi salud cuando tengo la vida toda quebrantada!

Siento deseos de negarme al convite, remordimientos de haber pensado en la compañía de Adolfo, y vergüenza de verme sorprendida en los rincones de mi espíritu.

—Es menester que te animes—añade mi consejero mientras dudo—, que disimules y te esfuerces para que tu cuita no dé lugar á comentarios...

—Pues haz lo que tú quieras—pronuncio. Y en seguida me aterra un pensamiento. Si me acomodo en la vida normal, si los extraños saben que ya estoy curada, no es posible que dilate mi visita á Isabel.

Esta idea me infunde un terror angustioso aunque sé que la pobre madre ha hundido su inmenso infortunio en una resignación heroica. Imagina que merece su desgracia, y la sufre como una penitencia sin sospechar ni remotamente el triste lance de amor y de culpa en que Agustín sucumbió.

Nadie ha visto el fondo oscuro de este drama. El mar y el viento apagaron con piadosos rumores las indignas frases con que el juez me quiso culpar. Y la gente marinera, testigo de mi detención, me bendice por caritativa y generosa, y acusa á Iturbe de crueldad y de infamia, sabiendo de pública noticia que es el padre de Agustín.

Pero yo temo que se claven los ojos de Isabel en mi secreto y vacilan mis resoluciones animosas al pensar que tengo que verla y responder á sus preguntas. Quisiera que ese instante no llegara, y al mismo tiem-

po necesito vencerle para ver si alivio un poco el grave peso de mis zozobras.

Dicen que Isabel está muy cambiada, envejecida de repente, cómo si su dolor contase largos años. Mis padres y doña matilde la visitan á menudo sin conseguir que acepte nuestra hospitalidad. No se queja ni se postra, y á su abatimiento físico se sobrepone la energía con que hace propósitos y los mantiene.

Dará en arriendo el bote á Jesús, obligándole á que lleve de motil á *Charol*, y servirá de madre al pobre golfo, completamente abandonado por la suya.

Todo el barrio se hace cruces de esta decisión, que la infeliz mujer ha empezado á cumplir con una prisa y una firmeza llena de abnegaciones.

Muchos vecinos saben la repugnancia con que Isabel consentía que su hijo amparase á *Charol*, y ahora no comprenden que se constituya en providencia del muchacho. Algunos indican que debe de estar un poco trastornada, y otros dicen que Agustín, presintiendo su muerte, le había recomendado el niño. A nosotros bien se nos alcanza el delicado intento de la madre, póstumo tributo al más generoso de los amores.

Ella quiso venir á verme durante mi enfermedad, y se lo impidieron para evitarnos á los dos una impresión demasiado fuerte en aquellas circunstancias: ¡ya no puede aplazarse! Debo ir á la casuca marinera, recorrer el camino tan lleno hoy para mí de tristes memorias, y mirar de frente, con valentía, todas las cosas amadas de las cuales huyo: el mar y la costa, la playa y el puerto, el *Cristo del Amparo*...

XXV

...QUE VIVA QUEDE EN LA MUERTE

Ha subido al palacio Guadalupe que acompaña á Isabel desde la triste noche. Entra en mi gabinete, donde procuro distraerme con un libro, y se me arrodilla deshecha en llanto.

Me pongo de pie alarmada.

—¿Qué ocurre?

—¡Dígame lo que sepa de *él*; lo que habló en la última hora!... ¡Dígame algún consuelo, por la Virgen de Regla, que nadie me compadece y yo «le» quería, «le» quería más que á las niñas de mis ojos!

Las niñas de la mulata, llorosas y febriles, me están mirando con profunda desolación.

La obligo á levantarse y trato de consolarla con mejores deseos que habilidad, llena de asombro ante este oculto amor que ha vivido tan cerca de mí sin que yo le sorprenda ni le atisbe.

Dice Lupe, muy vergonzosa, que dió en querer al

marinero no sabe cómo, ajena á toda esperanza, segura de que él nunca lo había de adivinar. Le aventajaba mucho en años, y sufre grandes confusiones al referirme cómo el cariño que le tuvo desde rapaz se fué mudando poco á poco en amor.

Al llegar aquí, en la imprevista confidencia, se arrepiente de habérmela hecho, y me ruega que la olvide, imaginando haber cometido un atrevimiento imperdonable; llora, se aturde y quiere ponerse otra vez de hinojos en actitud humildísima de esclava.

La doy un abrazo, no sabe ella con cuánta compasión. Nuestros corazones laten unidos un instante al impulso de la misma pena, que nos iguala y nos confunde en la más santa fraternidad.

Conozco que al partir conmigo el peso de su quebranto, goza un poco de alivio el alma de esta mujer; en cambio, la mía siente una pesadumbre mayor: la amargura de una lástima nueva que también es preciso ocultar.

Pero no me queda tiempo para detenerme en estas consideraciones. Hoy es día de convidados, día para mí de honda preocupación; he decidido bajar esta tarde donde Isabel, ya que se me considera fuerte para andar la vida cotidiana entre los extraños y los curiosos.

Desde hoy recibiré visitas, saldré á paseo, hablaré de cosas indiferentes y pueriles, hasta nombraré á Agustín con una encubridora piedad que no delate la cuita de mi espíritu...

Llega mi madre con rostro alegre; ha tenido carta de Alcalá con noticias interesantes. Me la entrega, y

leo que mi tío asciende á teniente coronel y que Pilar aguarda un hijo para el mes de Octubre. Dice Beatriz que la encuentra muy cambiada, mucho más animosa, fuerte y saludable, con decisión y bríos para sufrir y gozar los grandes acontecimientos que la esperan.

¡El amor la ha salvado!—medito yo, gozosa y triste. Y sigo leyendo que mi primo estudia cada vez con más dificultades, perezoso, enfermizo, lleno de vacilaciones y melancolías. No saben qué hacer con él: se niega á venir con nosotros y se resiste á todo intento de curación, hundido en una pasividad enervadora.

Levanto la mirada hacia mi madre, consultándola sobre el penoso relato y ella sonríe sin darle importancia.

—¡Bah!—murmura—Se pondrá fuerte el chico cuando se case, lo mismo que la niña. Lo peor es—discurre, algo meditabunda—que no va á encontrar quien le quiera si no se espabila un poco... ¡Tan amilanado y sin un triste uniforme!... ¡Válgame Dios, qué simple!

Ha vuelto á sonreir mamá mientras le acude un pensamiento que me comunica:

—Oye; ese galán tuyo que almuerza hoy aquí es muy buena persona y te quiere mucho.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me he fijado en él. Venía á preguntar por ti cuando estuviste mala y solía recibirle yo. Prestaba grandísimo interés á los menores detalles de tu enfermedad, y sólo con oir tu nombre se conmovía.

—¿Estás segura?

—¡Vaya! Para cosas de amor soy muy inteligente si reparo en ellas... Ese joven me gusta aunque viste de paisano.

Quédase pensativa, y alude tomando muy en serio la solicitud amorosa de Adolfo:

—Consultaremos el parecer de tu padre.

—¡Mi padre!—exclamo, sacudida por la impresión de oirla pronunciar estas palabras.

Ella como en sueños repite:

—Sí... Parece raro decirlo, ¿verdad?... ¡Pero como ahora le llamas así!

—Le llamo padre y lo es, porque lo han querido la Providencia y el Amor, ¿no lo quieres tú?

Pone en mis ojos los suyos que están llenos de incertidumbres y sorpresas.

—¡Si por quererlo vamos á ser felices!—murmura.

—¡Muy felices!—respondo avariciosa, exaltada por el deseo de inculcar á mi madre la fe que yo necesito.

Hablamos luego en dulce intimidad, y me confiesa que su esposo le parece cada día mejor; que le va comprendiendo y admirando y no se siente ya desdeñada por él. Suspira, acariciándome, sonríe y me pregunta:

—¿Qué vestido me pondré para el almuerzo?...

Cuando poco después bajo al saloncito donde aguardan nuestros huéspedes, me voy diciendo con esforzada voluntad: ¡arriba corazón!

Salen ellos á recibirme con mucha deferencia, beso la seráfica mano de don José, tiendo al médico la

mía, y, por último, se la ofrezco á Velasquín, que la retiene afectuoso. Me felicitan por la recobrada salud, y se habla de mil cosas alegres, como si todos hubiesen convenido en no tocar la dolorosa conversación que rehuyo.

En la mesa me coloco entre Velasco y don Luis, frente al sacerdote, y cuando éste bendice los manjares, se me figura que me alcanza de un modo especial el signo de la cruz.

Aparezco serena. Al mirar á la mulata que nos sirve con su acostumbrada mansedumbre, dudo si los secretos que yo guardo serán el poso de alguna pesadilla. Luego me punzan con crueldad las realidades, pienso en que me espera Isabel y acudo á todo mi valor para sonreir.

Me dirige mi padre las más alentadoras promesas, escondidas en el cauce de la charla general. Habla de los viajes deliciosos que podemos hacer, de las obras buenas á que debemos atención. Mi madre asiente á cuanto dice su marido, y doña Matilde manifiesta con ambos una conformidad alegre, bien extraña á los proyectos que yo conozco. Este admirable disimulo me anima á seguir celando mis dolores y oigo risueña las galantes palabras de Velasquín, llenas de ese fogoso empuje que él pone en la vida, con orgullosa virilidad. Nada peregrino me cuenta, y, sin embargo, su acento me conforta, siento la obsesión de que me sostiene, la esperanza de que me levante. Con su ayuda voy dominando la tristeza, y transcurre para mí esta hora sin disgusto, un poco adormecidos mis recuerdos.

A los postres me presenta Lupe un «oficio» de los que á menudo envía don Juan Valdés. Ya no se los dirige á mi madre: desde que fuimos juntos á Torremar aquella inolvidable noche, me ha convertido en la señora de sus pensamientos. Llenándome de «altezas» y de letras mayúsculas, me habla hoy de nuestro viaje por el *Litoral Cántabro* y me pide la cesantía de nuestra *Odiosa Superioridad*.

Como el papelote anda de mano en mano, temo que la conversación recaiga en el juez. Nadie le alude, hasta que Adolfo, leyendo, sonríe y me dice:

—Pues ha cumplido usted en parte los deseos de don Juan; ha trasladado usted á Iturbe..

—¿Yo?

—Para justa satisfacción de usted, ha pasado á otro distrito; no será fácil que vuelva por aquí.

—Amén—dijeron casi á coro los comensales.

Y como el recuerdo de aquel hombre puso en la mesa una sombra huraña, nos quedamos silenciosos.

—¡Canto dorado!—murmura de repente Velasquín dando vueltas á la famosa comunicación—¿Qué significa esto?

Me señala el margen del escrito donde el loco suele apuntar el imprescindible detalle.

—Pues que la orilla del pliego debe ser dorada—respondo.

—Nada menos merece usted; ¡canto dorado!—repite el joven con delicia.

Y esta frase que he oído tantas veces balbucir con vaga expresión maravillosa, adquiere una firmeza rotunda en los labios de Adolfo. Le miro agradecida,

como si él acabara de alumbrar mi existencia con una orla de sol.

Media la tarde. Se han marchado el médico y el cura, y antes de que llegue alguna otra visita manifiesto con decisión que voy á bajar donde Isabel.

—Germán y yo queremos ir contigo—dice mi madre. Y Velasquín se levanta para despedirse, según lo había anunciado.

Salimos juntos hasta la puerta porque yo no quiero detenerme ni un minuto, temerosa de perder el valor.

Velasco indeciso, como si le costara separarse de nosotros, insinúa:

—Si me lo permiten les acompaño al puerto.

—Con mucho gusto—se apresura á decir mi padre.

Y allá nos vamos en dos parejas, por el camino que tantas veces anduve indagadora y febril detrás de las quimeras y los misterios. Ya la vida responde á mis ávidas preguntas: ¡sé, al menos, qué cosa es el amor! Lo sé aunque mi padre lo dude. El dice que á mi edad los sentimientos se deshojan en el alma sin dar fruto, como las flores de un arbolillo débil; la hermosean, la perfuman y la nutren con sus despojos para que logre al cabo una fecundidad gloriosa... ¡Yo no puedo creer que mi pena se marchite lo mismo que una flor.

Pero voy demasiado ensimismada. Es preciso que atienda un poco á Velasquín. Me recuerda sin rencores nuestra última entrevista y con mucha delicadeza alude al desengaño que padeció.

La interrumpo con leves frases conciliadoras, asiéndome, egoísta, á la noble amistad de este mozo, cuyo brío me subyuga y ampara como un broquel. Y voy notando, llena de pesadumbre, cuán cerca vamos ya de la casita de Agustín.

Cae el sol con blandura; están callados en la costa el mar y el viento: parece que la tarde escucha ó duerme.

Nadie transita por estos contornos. El mezquino tráfico marinero tiene trazas de gozar una siesta, y en el horizonte del Cantábrico pueden contarse los quietos perfiles de lanchas pescadoras.

A pesar de que el día resplandece, se baña el paisaje en ese indefinible matiz norteño, amasado con la tristeza y la hermosura; es como un infinito vaho de lágrimas que se difunde por los mares y las tierras, y trasciende á las almas y á las cosas.

Dejo á mi acompañante en el camino y corro en busca de Isabel, desalada, poseída por el sentimiento desgarrador que pesa sobre nosotros como una fatalidad.

Encuentro á la infeliz esperándome, sola, inmóvil, desconocida. Tiene el pelo casi blanco, el rostro marchito, la expresión abrumada. Corresponde á mi estrechísimo abrazo sin llorar ni gemir; me mira con avidez y estupor, y me hace las preguntas más tristes y crueles con una voz mate y sorda, como venida del otro mundo.

Mientras respondo á sus atroces inquietudes con la más piadosa voluntad, llegan mis padres á colmar á Isabel de atenciones y cariño, y permanecemos al

lado suyo un largo rato proponiéndome yo volver todos los días. Cuando me resisto á dejarla sola otra vez, me dice:

—Sola no, que estoy muy acompañada; mira.

Y me conduce al cuarto de Agustín. En la cama que fué del pobre marinero, duerme á pierna suelta *Charol*, y quedito para no despertarle, murmura Isabel:

—Salió al mar de amanecida y tiene mucho sueño.

El golfo no rebulle. Muy á gusto en el mullido colchón, descansa dulcemente con la boca entreabierta y los brazos tendidos en cómoda postura.

A la media luz del dormitorio observo que el muchacho no parece el mismo: lavado, con la camisa limpia, alisado el cabello y extendida en el semblante la dulzura del reposo, está casi guapo. Como no enseña el extravío de las pupilas que le da un aire pícaro y truhán, ofrece una ennoblecida expresión, llena de placidez.

Me inclino á contemplarle, enternecida y admirada, cuando algo se revuelve en el suelo junto á mí. Es *Bolina*, que gime cariñoso y sacude con inaudita velocidad el amago de su rapada cola.

Isabel le reprende, suave, con un dedo sobre los labios como á una criatura racional, y el perruco se acuesta silencioso y humilde, dale que te dale con el rabo, y muy alegres los tímidos ojuelos.

Salimos de la habitación y no sé cómo expresar mis impresiones. Allí se quedan, acogidos al amparo de una sagrada memoria, el niño y el perro vagabundos, constituyendo un hogar que sin la compasión y el heroísmo no tendría razón de ser.

Ante mis frases encendidas de asombro, la autora de aquel milagro sublime, pronuncia, sencillamente:

—Esa es la herencia de Agustín; vivo para estimarla y bendecirla con todo mi corazón...

¡Qué hermosa estela de piedad va á dejar en la vida Isabel!—voy pensando—mientras subo la cuesta junto á Adolfo que nos esperaba en el muelle.

—¿Quiere usted apoyarse en mi brazo?—me pregunta, al notar que suspiro con fatiga.

Acepto, porque la emoción me pesa mucho, y vuelvo la cara á mirar á mis padres, que me siguen, muy habladores los dos y enlazados también.

Ella me sonríe y él me hace con la mano un expresivo ademán, como diciendo:

—¡Adelante!

Seguimos ascendiendo. Me habla con fervor y con ansia Velasquín, y escucho sus razones varoniles embargada por un vivo interés. Díceme cosas bellas de la piedad y del amor, cosas dulces y sencillas que se tiñen de noble fortaleza en el cálido acento de este mozo singular. Muéstrase lastimado con la historia de Isabel, que por mi padre conoce, y discurre lleno de valentías y de ternura sobre los abismos del dolor y la virtud, como si tuviese larga experiencia del corazón humano.

Bien se me alcanza que no la puede tener, pero sí un justo y claro concepto de todas las cosas, una serenidad que procura infundirme poco á poco mientras

me arrulla con sus palabras ardientes. Y al oirle imagino que al lado suyo mi existencia sería gallarda y fácil.

Yo necesito recoger todas las energías de mi espíritu, dispersas y malogradas por tanto tiempo; concentrarme toda en una fuerte y severa resolución; la vida, ya lo conozco, pide una gran solicitud, una prudente y exquisita vigilancia, como nave que sigue un alto rumbo al través de los vientos y de las olas. Faltóle á mi niñez, apasionada y triste, esa robusta educación, esa ciencia elemental y amorosa que sólo se aprende en los brazos de una madre solicita y discreta; carecí después, por rehusarlo ciegamente, de un firme apoyo varonil, de una mano paternal y segura que entre los peligros y alteraciones de la primera juventud, me señalase el derrotero; anduve al azar, en un ambiente de tragedias mudas y amores silenciosos, de vidas atormentadas por un oscuro destino, viejos misterios cuya clave no acerté á descubrir; me hice mujer respirando las esencias enervadoras de muchas pasiones contenidas, los vahos del éter y del llanto... ¿Cómo no había de girar mi pobre espíritu, sin norte y sin gobierno, cual loca aguja marinera á todos los vientos de la «rosa»?

Pero ya adivino que al fin de los duros temporales se me ofrece libre y aplacerado el porvenir, mansa la ruta, fijo el corazón en su *línea de fe*... Tal pienso mientras llegamos á la cumbre frente al palacio, recio y orgulloso igual que mi casta montañesa. Los viejos sillares, bruñidos por el sol, tienen matices de oro, rútilos chispazos de fuego. Arde el escudo, como fun-

dido en un crisol, y se me figura escuchar las voces claras y austeras de la estirpe, los ecos de una heroica experiencia, de sacrificio y de victoria, cuando Velasquín se descubre para leer el mote, con acento seguro y penetrante:

BELAR SE DBE Á LA VIDA Đ TAL SVERTE
QVE BIBA QVEĐ EN LA MVERTE.

ÍNDICE

Capítulos.	Páginas.
I.—La invisible estela	5
II.—La rosa de los vientos	17
III.—Rumbo adelante	25
IV.—Vida y dulzura	37
V.—El intruso	51
VI.—Exploraciones	65
VII.—Las cuerdas de la cítara	79
VIII.—La galerna	99
IX.—«Literaturas»	115
X.—Desde el solejar	131
XI.—Lección de libros y pasión de rosas	151
XII.—Don Juan	167
XIII.—Cosas sin nombre	185
XIV.—Una comedia, un drama y un idilio	201
XV.—Espumas	217
XVI.—El pulso de la tierra	233
XVII.—El viejo amor	251
XVIII.—La golondrina y el delfín	271
XIX.—La rueca de los sueños	291
XX.—La luz de lo inefable	313
XXI.—«Pobre barquilla mía...»	335
XXII.—Centellas en la noche	351
XXIII.—Amaneciendo	369
XXIV.—Tristes reliquias	383
XXV.—... Que viva quede en la muerte	395

Acabóse de imprimir este libro en la Imprenta de la Viuda de Prudencio Pérez de Velasco, calle de la Libertad, núm. 31, á los ocho días del mes de Septiembre del año de MCMXVII

7589

ay que amargos
Dyas de mi ma
ay que fatigas
de fingir
y callar
como puede
mujer tu ju-
dicio no
ser que
otro puesto
sea de dar
lugar de amor

863.59 E77R
a39001 0008157953b

De tus labios mis
besos
Juan Mas cuando
te dieron
olvido
Yo solo se que te quiero
en secreto
Tu si me olvidas
Verdad que lloras

39613